

CIÓN

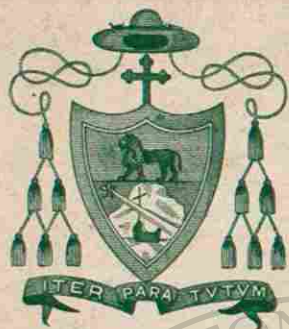


Clavé  
—  
HISTORIA  
de Pio IX



BX1373  
C5  
c.1

009268

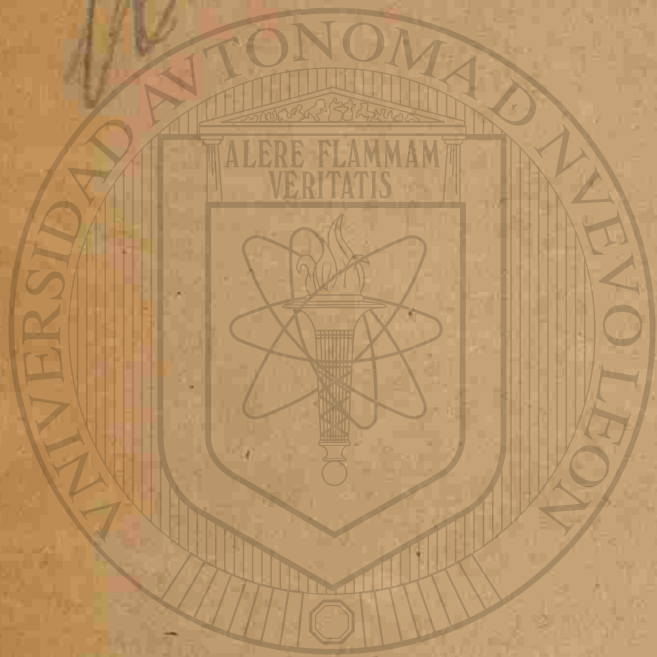


1080021368

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

B 8  
W



HISTORIA

DE PROIX

POR FÉLIX CLAVÉ

VERSION ESPAÑOLA POR

D. LUIS DE TAPIA Y SEIJO,  
ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CORTE.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIPOGRAFIA GRECO-LATINA

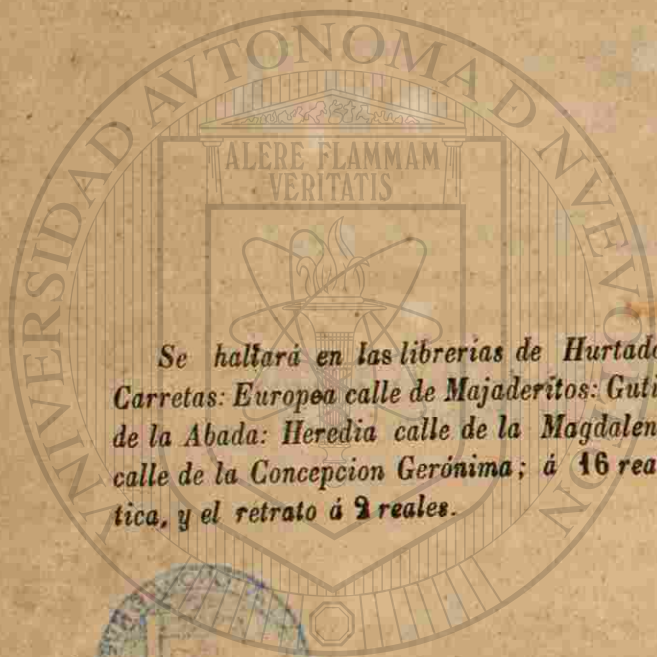
DIRECT. D. INOCENCIO RIESCO: TORRECILO DEL LEAL N.º 13.

MADRID: 1848

45800

Bx1373

C5



Se hallará en las librerías de Hurtado calle de Carretas: Europea calle de Majaderitos: Gutierrez calle de la Abada: Heredia calle de la Magdalena: Garcia calle de la Concepcion Gerónima; á 16 reales en rústica, y el retrato á 2 reales.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

00582

## CAPITULO PRIMERO.

*Introduccion.*—De como el autor ha adquirido intimos pormenores de la vida del Papa.—M. Augusto Barre y Mlle. Rachel.—El padre Ventura protege al escultor francés.—M. Barre es encargado de hacer la estatua del Papa y aposentado en el salon de San Jorge.—Sesiones de S. S.—Conversaciones familiares.—Este bosquejo tiene la exactitud de un retrato al daguerreotipo.

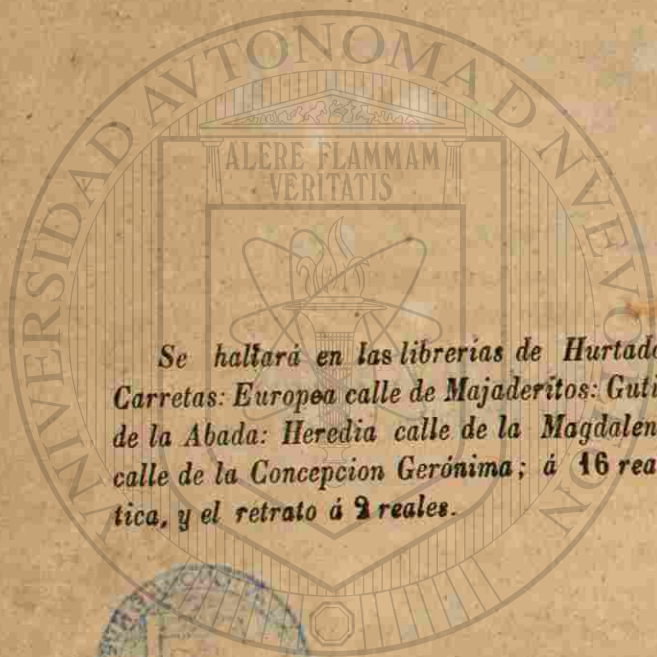
Nunca han escitado los viajeros tanto interes á su regreso de Roma, como en el dia. Se les busca con empeño y abruma con preguntas. Habeis visto al Papa? Parece tan joven como dicen? Tiene ese aire de bondad y de dulzura angelical que se le atribuye? Cual ha sido su vida? Obra por si mismo? Sus reformas son definitivas? Se ocupa de la Europa?

De este modo quisieran todos penetrar los secretos del Quirinal, adelantarse al porvenir; conocer en sus mas pequeñas particularidades la vida de este hombre á quien un año de reinado ha sido suficiente para hacerle ilustre.

009268

Bx1373

C5



Se hallará en las librerías de Hurtado calle de Carretas: Europea calle de Majaderitos: Gutierrez calle de la Abada: Heredia calle de la Magdalena: Garcia calle de la Concepcion Gerónima; á 16 reales en rústica, y el retrato á 2 reales.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

00582

## CAPITULO PRIMERO.

*Introduccion.*—De como el autor ha adquirido intimos pormenores de la vida del Papa.—M. Augusto Barre y Mlle. Rachel.—El padre Ventura protege al escultor francés.—M. Barre es encargado de hacer la estatua del Papa y aposentado en el salon de San Jorge.—Sesiones de S. S.—Conversaciones familiares.—Este bosquejo tiene la exactitud de un retrato al daguerreotipo.

Nunca han escitado los viajeros tanto interes á su regreso de Roma, como en el dia. Se les busca con empeño y abruma con preguntas. Habeis visto al Papa? Parece tan joven como dicen? Tiene ese aire de bondad y de dulzura angelical que se le atribuye? Cual ha sido su vida? Obra por si mismo? Sus reformas son definitivas? Se ocupa de la Europa?

De este modo quisieran todos penetrar los secretos del Quirinal, adelantarse al porvenir; conocer en sus mas pequeñas particularidades la vida de este hombre á quien un año de reinado ha sido suficiente para hacerle ilustre.

009268

Nosotros queremos poner al público en el caso de resolver todas las dudas, y dar á aquellos á quienes no sea posible visitar la ciudad eterna, el medio de hacer, sin salir de su casa, la peregrinacion que nosotros hemos hecho: tal es el objeto de este libro.

Las noticias que hemos adquirido, los documentos interesantes que nos han sido comunicados, nos han producido un pesar tan vivo por el ningun fundamento de las aventuradas publicaciones de que ha sido objeto el Papa, que no tememos, al publicar la verdad, ser acusados de indiscretos. Lejos de esto, no es un deber destruir los falsos rumores, los cuentos ridiculos acreditados á favor del interes que escita la persona de Pio IX? Contribuir cuanto nos sea posible á hacer amar, respetar y bendecir, al que es por tantos titulos, el ídolo de su pueblo, no es reconocer la hospitalidad que de él hemos recibido?

Sin embargo, los ignorados detalles sobre la vida y la persona del Papa, en cuya esposicion vamos á entrar, nos obligan á decir, ante todo, á qué particular circunstancia hemos debido el poder penetrar en el interior del palacio Quirinal, y recoger allí, ya por conducto del mismo Soberano Pontífice, ya por los prelados y servidores que le rodean, un gran número de indicaciones preciosas sobre los hábitos de su vida interior, las ocupaciones y los acontecimientos de sus primeros años.

La circunstancia de que en la adquisicion de estas noticias, Pio IX ha desempeñado el principal papel, le presentará bajo un punto de vista interesante, entera-

mente nuevo, y permitirá al lector conocer muchos rasgos distintivos de su carácter, que no pueden revelarse en las audiencias pasageras y oficiales que se obtienen por la mediacion de embajadores.

Estábamos establecidos en Roma, ocupados en reunir datos sobre la vida de Pio IX, en recoger todos los actos, todos los acontecimientos que han marcado de una manera tan variada su carrera de hombre de mundo, de sacerdote, de obispo y de Papa, cuando uno de nuestros mas hábiles escultores, Mr. Augusto Barre, vino á partir con nosotros el alojamiento que ocupábamos en la *via dei Coronari*, en casa del grabador Squanquerillo.

El único objeto del viage de Mr. Barre era hacer la estatua de Pio IX. Traia por toda recomendacion una pequeña estatua de Mlle. Rachel que acababa de ejecutar.

Para el que ignore las costumbres francas y tolerantes del clero romano, parecerá bastante temerario presentarse en el Quirinal y á solicitar del Soberano Pontífice, bajo el patrocinio de una trágica, de una judia; pero el artista habia hecho una obra maestra, y su instinto, como se verá, no le habia inspirado mal.

Al primer paso dado en favor del artista francés, Pio IX contestó negándose á acceder á semejante pretension. Acosado desde el principio de su reinado por una multitud de escultores, que bien porque estuviesen preocupados, bien por insuficiencia personal, no habian podido conseguir retratar su fisonomia, tan noble, tan fina y simpática, habia resuelto concluir con este

género de persecuciones; así que al presentarse el reverendo padre Ventura recomendando á nuestro amigo le dijo sonriéndose: «Este *gesto* (questo grugno) ha sido ya reproducido demasiadas veces, y no merece el honor que quiere hacersele;» á lo cual contestó el padre Ventura que no era indiferente para el bien de la religion, que las facciones de S. S. se reprodujesen por un artista apreciado de la Europa entera, que le debía ya la imagen viva y popular de la mayor parte de las notabilidades del arte y de la política; que en el paso espontáneo dado por el joven escultor extranjero, estaban en realidad representadas, la Francia, la Inglaterra, la Irlanda, la Bélgica, que pedían el retrato de S. S., y que puesto que el artista acompañaba á su demanda una muestra de su habilidad, convenia al menos juzgarle por su obra.

El rasgo característico de Pio IX, es su amor absoluto á la religion. Para acabarlo de disponer favorablemente bastó indicarle las dudas del público al hallarse enfrente de una multitud de retratos que se contradecían todos, puesto que no se parecían entre sí, y la necesidad que habia de que una imagen notoriamente semejante al jefe de la Iglesia viniese á satisfacer las simpatías que inspiraba, y á doblar su prestigio manifestándose por medio de una copia real en el seno del hogar doméstico. «Que soy? dijo, un instrumento en las manos de Dios! puesto que eso debe ser útil, recibiré á vuestro amigo.» Dicho esto se le enseñó la estatua de la Rachel.

Al observar aquella actitud sencilla y natural, aque-

lla fisonomia tan reflexiva, aquellas formas débiles y aquellos rasgos sombríos y delicados en los cuales se leían á la vez las miserias, los dolores, el triunfo y el amargo desden de la hija del pueblo, el Papa se conmovió. Comprendió que la semejanza debía ser sorprendente; admiró todos los prodigios de fisonomia, de movimiento y de vida, que el artista habia conseguido reunir en tan pequeño espacio, y dijo á Monseñor de Médicis, *maestro di cámara*: «Esta es la obra de un talento verdadero que es preciso no tratar con ligereza. Preparadlo todo para que sea complacido.» Desde el día siguiente, nuestro compatriota Barre y nosotros como amigos suyos, fuimos instalados en la sala de S. Jorge, que es el salon particular del Papa entre su dormitorio y comedor. Se habia dado la orden de disponer esta sala de manera que entrara en ella la luz como en un taller. La ventana delante de la que se colocó Barre fué tapizada en su parte inferior á su presencia y con arreglo á sus instrucciones. Una tarima cubierta de paño se colocó enfrente de él, y sobre ella hicimos poner el sillón con las armas pontificales, que sirve en las audiencias públicas. El escabel, los cínceles, la cera, todo estaba preparado cuando se presentó el Papa.

No es este el lugar de referir todos los incidentes de aquella entrevista y de las siguientes. Solo queremos manifestar en este momento, en qué ocasion y por qué circunstancia nos ha sido dado adquirir pormenores curiosos, enteramente ignorados sobre la vida, las costumbres, el origen y la persona del Papa.

Desde su llegada, y apenas hubo tomado asiento



nos indicó S. S. que queria descansar conversando familiarmente con nosotros, de los trabajos de aquella mañana. Pudimos pues hablar sobre mil diferentes objetos, y escitar los recuerdos del Papa sobre sus primeros años que ofrecen tanto interes. El Papa permaneció á nuestro lado mas de hora y media en esta primera entrevista.

Antes de retirarse, miró el bosquejo, que parecia adquirir vida en las manos del escultor, y dando un golpecito en la espalda de Mr. Barre: »*Va bene*, dijo sonriéndose S. S. una ó dos sesiones mas, y la obra será perfecta.»

Al dia siguiente vino á sorprender al artista en medio de su trabajo, diciéndole: »Mr. Barre, robo un momento á mi paseo para consagrárosle.» Señaló para el otro dia la tercera sesion, y manifestó deseos de que asistiéramos á ella.

En fin, durante ocho dias, hemos podido penetrar en el palacio á cualquier hora, vivir cerca de Pio IX, en la intimidad de todos los que le rodean, sin etiqueta, sin ceremonia y sin otra indicacion mas que la de andar de puntillas, abrir y cerrar sin ruido la puerta del salon cuando el Papa, retirado solo á nuestro lado en su dormitorio, dormia la siesta á la hora que tenia de costumbre.

Facilmente se comprenderá que no habremos desperdiciado ningun momento, teniendo en cuenta que una ocasion como esta no se nos volverá á presentar; asi es que en la presencia misma del Papa, conversando con él, escuchándolesobre todo, es como hemos tra-

zado este bosquejo, que, á falta de otro mérito, tendrá al menos la esactitud de un retrato al daguerreotipo.

Y si el juicio que tenemos de las intenciones y de la politica del Soberano Pontifice, llega hasta él, esperamos que experimentará á la vista de este libro la misma satisfaccion que la estatua de Barre le ha hecho experimentar, y que dirá del escritor, lo que ha dicho del artista.  
»*M' ha capito.*»



## CAPITULO SEGUNDO.

*Retrato del Papa. — Su caracter y hábitos. — Distribucion del dia. — Orden personal e interior del Palacio Quirinal.*

Pio IX tiene cincuenta y seis años. Su aspecto es el de un hombre de esta edad, de complexion delicada, pero sano y bien conservado. Su estatura es algo mas que mediana; bastante grueso, de pecho ancho, y sus manos son pequeñas y llenas. Un paso lento, pero siempre sencillo y natural en las solemnidades, ofrece, en las circunstancias ordinarias de la vida, un aire lleno de bondad.

La cabeza grande y poderosa presenta á la vez una admirable armonia de contornos, y aquella configuracion especial que es el signo ordinario de las altas facultades de administracion y gobierno. La frente espaciosa y elevada, está cubierta en su parte superior por una porcion de cabellos grises, que salen en mechones espesos de su birrete de seda blanca. Sobre las sienes y en la nuca, los cabellos cortados en forma de melena son canosos y abundantes.

Al primer golpe de vista, la fisonomia de Pio IX, sorprende por su grande expresion de bondad, de inteligencia y desinterés; sus facciones son eminentemente simpáticas; nada hay en ellas de comun, de trivial: cada linea está marcada por un aire de dis-

tincion. La nariz sin ser larga, es aguileña y de un caracter noble. La disposicion de la boca, que abanza inclinándose un poco hacia la barba, hace parecer las narices ligeramente encorvadas. La separacion media del labio inferior está bastante pronunciada.

La parte derecha de su cuerpo es mas débil que la izquierda; así es, que su cabeza está ligeramente inclinada hacia ese lado. La mejilla derecha es menos carnosa; el ojo derecho, velado mas sensiblemente por el párpado, sufre en el rayo visual una separacion casi insensible. La oreja derecha tiene una cicatriz, á causa sin duda de alguna caída en su infancia.

La conformacion original de la boca es mas notable aun por una circunstancia, que un examen minucioso permite solo descubrir: el hábito de vivir con todos y para todos y prestar á las manifestaciones de todas las naturalezas, de todos los caracteres, de todos los proyectos, una atencion viva y sostenida, ha impreso en el labio superior una oscilacion nerviosa que da á la sonrisa habitual de Pio IX un encanto inesplicable.

En fin, el conjunto de su fisonomia aparece como iluminado por la mirada amorosa y plácida de sus grandes ojos negros que derraman á su alrededor una especie de atmosfera de dulzura y de calma, y subyugan hasta á las naturalezas menos dispuestas á sufrir su influencia.

Tal es el Papa en su exterior. Sus modales son benévolo, reservados y dignos; su vida, á juzgar por la distribucion del dia, es sencilla y regular.

Todos los dias se levanta á las seis y media de la ma-

ñana; acostumbrado á hacer por sí muchas de las cosas concernientes á su persona, se afeita el mismo. No ha conservado de los hábitos aristocráticos mas que el gusto á una limpieza esquisita. Todas las mañanas se lava con estremado cuidado. Los familiares que le sirven en esta operacion dicen que su cuerpo tiene la blancura y casi la transparencia de la cera.

A las siete y media, el Papa dice la misa solo en su oratorio, y despues oye una.

Este acto es el mas solemne, el mas importante de la vida de Pio IX. El sentimiento que allí le lleva ejerce una influencia tan considerable sobre todos sus pensamientos, sobre todas sus acciones, hasta sobre sus relaciones con las potencias estrangeras y los actos de su gobierno, que es preciso buscar allí la llave de toda su politica tanto temporal, como espiritual.

Cuando se trata de hacer conocer las costumbres de un Papa y su caracter, parece superfluo hablar de su devocion. Cómo imaginarse un Papa de otro modo que buen Catolico? ¿Como pensar otra cosa del sacerdote, del pastor mas serviente del ganado que él dirige? Bajo este punto de vista, los pontificados de Pio VI, Pio VII, Leon XII, Pio VIII, y Gregorio XVI, no han dejado nada que desear. Todos estos Pontifices han sido de una piedad ejemplar; pero existe entre su devocion y la de Pio IX una gran diferencia.

Gregorio XVI y sus antecesores no llevaban el sentimiento religioso mas allá de las cosas espirituales. Los Estados de la Iglesia no eran en sus manos mas que un vasto dominio cuyas rentas debian asegurar la inde-

pendencia de la corte de Roma. Fuera de esto, las necesidades del gobierno, solo las consideraban como un embarazo. En su inespriencia de los derechos, de los intereses y de las pasiones de este mundo, trémulos aun á los solos recuerdos de la revolucion francesa, creian no poder hacer nada mejor que seguir la marcha de los gobiernos absolutistas de Europa. Dejaban al cuidado de la corte de Viena la direccion que se habia de dar á su politica interior. M. de Metternick gobernaba en Roma.

Pio IX no entiende el gobierno temporal de sus Estados de la misma manera. Por esa razon no limita sus deberes religiosos al cumplimiento de las cosas espirituales. Pio IX está sinceramente convencido de que su salud en este mundo y en el otro depende de la manera con que gobierne, no solo á la Iglesia, sino tambien los Estados pontificios. De ahí la contestacion sencilla y concluyente que hace poco dió á las representaciones de un embajador: « Dios me ha confiado la felicidad de mi pueblo: debo responderle de ella.» Este es pues el principal objeto de la meditacion cotidiana á que Pio IX se entrega en la misa que dice y en la que oye. Cuando, despues de la comunion, arrodillado delante de Dios, reflexiona sobre los trabajos de la vejez y piensa en lo que hará aquel dia, la politica le preocupa tanto como la religion, y pide al Todopoderoso, al que debe un dia realizar en la tierra, como ha realizado en el cielo, el reinado de la justicia, tantas inspiraciones para el gobierno temporal del pueblo como para la conservacion y progresos de la Fé.

Asi es que en el fondo de su corazon, el Papa está

persuadido de que producen ventajas á la religion las reformas que realiza en sus Estados. En un siglo en que la indiferencia por la enseñanza y practicas de la Iglesia viene sobre todo del silencio y aun de la oposicion de esta; enfrente de las necesidades nuevas de la sociedad, el gobierno liberal de un Papa es un ejemplo ofrecido á los reyes, un apoyo fecundo, dado á la causa de los pueblos. El reconocimiento que se eleva hasta el jefe del clero recae en el clero entero. La armonia del Papa y de sus súbditos, aunque estos ocupen un pequeño rincón del globo, inspira la confianza y el respeto de los pueblos, disipa las prevenciones, reanima el celo, y volverá en el estado actual del mundo á levantar una de las mas poderosas propagandas.

Hé aqui pues de lo que Pio IX está penetrado, y este nuevo vinculo, esta conformidad viva, esta comunión de la politica y de la religion hecha en su corazón, no será el lado menos grande y admirado de su reinado.

A las ocho y media, el Papa ha cumplido con sus deberes pontificales. Ha fortificado su alma con la súplica y comunión. Su espíritu está libre y preparado para los trabajos del día.

Sale de la capilla y toma en su gabinete una ligera colación empapando algunos vizeochos en una mezcla de café y chocolate, costumbre bastante frecuente en Italia. En este momento, el mayordomo, el *maestro di cámara* y los *camerieri segreti* son introducidos á su presencia y toman las órdenes de S. S. para las audiencias, el paseo, la policia y la administracion del palacio.

Entonces comienzan á circular bajo las galerias laterales de la corte de honor, los empleados, los pretendientes, y bien pronto hacen retumbar el pavimento las ruedas de los coches ocupados por los ministros, cardenales, prefectos de las congregaciones, embajadores y extranjeros admitidos al honor de una audiencia. El Papa recibe indistintamente á todo el mundo, ministros, cardenales, empleados, diplomáticos ó extranjeros todos le ven en su gabinete de trabajo. Se sube á él por una grande escalera que conduce á la sala de guardias al costado izquierda del palacio, dos suizos guardan la puerta exterior del vestibulo donde se encuentran muchos *familiari* (criados de á pie) con la librea del Papa, se pasan varios salones donde están los *camarieri segreti* de servicio, y en el último hay una puerta que dá entrada al gabinete del Soberano Pontífice.

Este gabinete está adornado con una sencillez severa: todo el mueblaje se compone de una mesa, sobre la cual hay un crucifijo, y todo lo necesario para escribir; de un sillón, que el Papa ocupa, y de una silla que ofrece á las personas que quieren hablarle despacio.

En medio de su trabajo personal es como el Papa recibe á los empleados, ministros, prefectos de las congregaciones, representantes de las cortes extranjeras y hasta á los simples pretendientes. Así es que todos le encuentran ocupado, casi siempre con la pluma en la mano, lo que indica á los interruptores, aun cuando sean de la mas elevada categoria, que no de-

ben prolongar su visita mas que el tiempo necesario para manifestar el objeto que allí les lleva. Aseguran que los representantes de los poderes observan escrupulosamente esta indicacion muda.

Todos á escepcion del Conde Rossi, ponen un especial cuidado en economizar los momentos tan preciosos y tan bien empleados por S. S. El embajador francés tiene razones para seguir otra conducta; las explicaremos esponiendo cuál ha sido, despues de los matrimonios españoles, la actitud ambigua, hipocrita y torpe del gabinete francés en Roma. Contentándonos por ahora con decir que M. Rossi, siguiendo á través de mil tergiversaciones un objeto que todos adivinan, pero que él no puede confesar se vé obligado á cubrir su pensamiento con un velo de perifrasis, que alargan tanto mas sus discursos cuanto que el hace uso, como todo el mundo sabe de un lenguaje muy lento, interrumpido ademas por sus repetidos bostezos.

Esta especie de fastidio propia de pedagogo gastado, del que es la personificacion, y que lo comunica á todos los que se le aproximan, la emplea M. Rossi como si fuera un talisman diplomático. Cree que nada se resiste á este genero de fatiga, y que en estas ocasiones es cuando debe emplearse, como decia Napoleon, la mas poderosa figura de la retórica, la repetición; pero tenia que haberselas, como se verá, con otro mas diestro que él.

A las tres concluye el trabajo de la recepcion y el de el gabinete. El Papa vuelve por su dormitorio y el

salon de S. Jorge, al comedor, situado en el angulo derecho de la fachada que dá á la plaza de Monte-Cavallo. Esta pieza es bastante espaciosa, no hay en ella mas que una mesa cubierta con un tapete de terciopelo encarnado, un sillón colocado sobre una tarima y encima de él un dosel con las armas pontificias.

En Roma, el Papa come siempre solo; esta regla de etiqueta que Pio IX ha respetado, fué establecida por reaccion á causa de las opíparas y mundanas comidas de Leon X. Esta regla no sufre mas escepcion que cuando S. S. descansa en la *villégiature*.

En Frascati, en Albano, en cualquier sitio que no sea su palacio, el Soberano Pontifice tiene en su mesa algunos cardenales y prelados: en estas ocasiones, su asiento y plato en el que colocan su cubierto están, en señal de dignidad, mas elevados que los de las demás personas.

La comida ordinaria de los Papas, desde el siglo diez y seis, ha sido siempre ligera y frugal. En tiempo de Gregorio XVI costaba tres escudos romanos (cerca de 64 reales).

Pio IX que no gastaba en su mesa, siendo obispo y cardenal, mas que un escudo, ha pensado que su dignidad de Papa no le obligaba á comer mejor ni peor. Ha conservado sus costumbres. La comida del Papa no cuesta hoy mas que un escudo; dura veinte minutos, durante los cuales es introducido el *signor* Baladelli, ministro de los negocios privados de Pio IX. Esta es la única persona agregada á la casa del Santo Padre, que no tiene ninguna distincion eclesiás-

tica ni de otra especie, y que viste el traje de paisano.

Mayordomo del obispo de Imola, en los catorce años que el cardenal Mastái pasó en aquella ciudad, Baladelli administraba con un cuidado y una economía admirables, las rentas del obispo, que ascendían á 12.000 escudos (cerca de 252,000 reales).

El Papa manifestó deseos, de que fuera con él á Roma, y Baladelli, su mujer y su hijo abandonaron su familia, sus amigos y sus costumbres por seguir al Papa, sin otro interés que el de satisfacer un cariño que había venido á ser la primera necesidad de su vida. Baladelli es un hombre de cuarenta y cinco años, sencillo, franco y honrado. El fué quien, despues de la eleccion de Pio IX, dirigió á los familiares del palacio esta alocucion corta y terminante: «Señores, la casa del obispo de Imola pasaba con razon por la mejor administrada de todos los Estados Pontificios. La casa de Pio IX no debe estar peor administrada que la del cardenal Mastái; quiero decir con esto que es preciso que desaparezcan todas las suciedades (*porquerie*) toleradas en el último reinado.» Baladelli ha unido el ejemplo al precepto, y á su celo se debe el orden, economía y regularidad que se notan hoy en todo el servicio del Papa. Concluida la comida Pio IX se retira solo á su dormitorio á descansar un rato. Esta es la hora de la siesta.

A las cuatro están preparados los carruáges; el Papa sale de la ciudad y se dirige al campo, donde acostumbra bajarse de su coche y pasear una hora. Al

ir, ó al volver, visita, sin previo aviso, algunas iglesias y conventos. Su corazon elige con preferencia los lugares célebres por los actos ó por las reliquias de los mártires. Nosotros le hemos oido pintar con una sencillez encantadora, á su vuelta de la iglesia subterránea de S. Pedro la emoción profunda que experimentaba rezando bajo las bóvedas de aquella Basílica, una de las mas antiguas de Roma, delante del sepulcro donde reposan las dos cabezas de S. Pedro y S. Pablo. «Estos gloriosos recuerdos, nos decia, inspiran mucha devoción.

Frecuentemente, en su paseo solitario, ve arrodillarse en la orilla del camino y entre las personas que por allí pasean, niños y mujeres pobres, que aprovechan esta ocasion para implorar su bondad. Recibe las súplicas, escucha las reclamaciones y socorre de su bolsa, cuando no está ya vacia, las miserias mas lastimosas. Otras veces llama su atencion un espectáculo menos triste: contempla los trabajos del campo, y admite, de las jóvenes que han distinguido desde lejos los carruáges pontificios, ramos y obsequios improvisados.

Un dia, volviendo al palacio Quirinal, le hemos visto mandar parar su carruaje en un sitio en que había divisado un grupo de niños vestidos con el uniforme de la guardia cívica, el sable de plomo al costado y el fusil de madera al hombro, haciendo el ejercicio. Cuando aquel pequeño peloton vió acercarse el carruaje del Papa, se colocó en buen orden y presentó gravemente las armas. La alegría paternal con que Pio IX recibió los honores militares, las caricias que prodigó á aquella valerosa compañía de chiquillos, fueron acojidas, como es fa-

cil presumir por mil gritos infantiles de: *Viva Pio IX!* á los cuales se mezclaron con entusiasmo las voces de las madres y de la multitud de curiosos atraídos por aquel gracioso espectáculo.

A las seis el Papa ha vuelto á su palacio. Se dedica nuevamente al trabajo y no le interrumpe hasta las diez y media de la noche. Despues de una súplica y una larga meditacion en su oratorio se retira á su dormitorio y se acuesta. En este momento su ministro particular Baladelli vuelve á ser introducido: todos los dias se presenta á la misma hora. Las novedades, los acontecimientos interiores, los pormenores del dia son las cosas que entonces les ocupan. Esta conversacion familiar sobre objetos estraños á las altas cuestiones del gobierno, es una distraccion que agrada mucho á Pio IX y que su digno servidor prolonga hasta que le ve dormido. Cuando el Papa no responde ya, Baladelli echa las cortinas, y se retira despues de haber visto si el familiar de servicio, que debe acostarse en el gabinete inmediato al dormitorio del Papa, está en su puesto.

Tal es el dia de Pio IX, cuyo orden ó habitual no se modifica, sino por las congregaciones que preside y las solemnidades á que asiste.

Nada de fausto, nada de lujo, ni aun en aquellas cosas por las que se demuestra el aparato de la soberanía. Pio IX no ha querido conservar en todo lo que atañe á su persona ningun gasto supérfluo. Ha reducido los noventa caballos de los escuderos papales á veinte y cinco, y ha rebajado los gastos de los jardines pontifi-

cios, de treinta mil escudos romanos á seis mil.

Antes de la elevacion de Pio IX al sólio pontificio, habia la costumbre, durante los calores del estio, de tener, como *en cas*, un gran surtido de sorbetes y helados de todas clases. La sorpresa de Pio IX fué grande, un dia que pidiendo agua de naranja, vió entrar á los lacayos con grandes bandejas cubiertas de todo género de helados y pasteles. Hubo necesidad de hacerle saber la costumbre establecida; vió en ella tan solo un despilfarro, y mandando retirar todo aquel aparato, hizo que le llevaran cuchillo y una naranja, cuyo zumo esprimió él mismo en su vaso, ordenando al mismo tiempo que en lo sucesivo no le sirviesen otra cosa siempre que quisiera refrescar.

Pio IX observa en todo lo que le es personal esta misma sencillez y moderacion. Su guarda-ropa es actualmente él mismo que tenia en Imola. Nada ha añadido á el en quince meses de reinado mas que la sotana de lana blanca que se mandó hacer en el momento de su eleccion. Esta sotana, gracias á su extraordinaria limpieza, no tiene aun mancha alguna; únicamente se nota salpicado su lado izquierdo por el polvo de tabaco de que usa el Papa con exceso, y que el movimiento habitual que hace al tomarlo lo arroja sobre dicho lado. Asi es, que sin conocimiento suyo y aun contra su voluntad, Baladelli ha hecho añadir á aquella antigua sotana, durante nuestra permanencia en Roma, la sotana de seda blanca que lleva hoy el Papa. Hemos creído que debiamos entrar en estos pormenores sobre la persona y el interior de Pio IX para satisfacer desde lue-

go la justa curiosidad del público, y porque nos ha parecido que el relato de su vida ofrecerá al lector mas interes, despues de haber conocido al hombre, su caracter y sus costumbres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO TERCERO.

*Mastai gentilhomme, y hombre de mundo.*—Sus relaciones con la familia Devoti.—Es inscrito en la lista de los guardias nobles.—Sus visitas á Tata Giovanni.—Hospicio industrial para los huérfanos aprendices.—Su origen.—Historia del viejo albañil que lo fundó—Mastai es hallado sin conocimiento en la callejuela de Santa Anna.—La epilepsia de que es atacado le impide seguir la carrera militar.—Pío VII le consuela y anima.—Curacion.—Resolucion de entrar en las sagradas órdenes.—Es nombrado director del hospicio y reemplaza al abate Bighi.—Palabras pronunciadas por este último en compañía del padre Ventura.—Palabras de Graziosi.

Existe en Roma, y bastante bien acomodada una mujer octogenaria, la signora Devoti rodeada hoy de hijos y nietos, y que recuerda que hace unos treinta años su hijo la presentó un dia á un amigo y condiscipulo suyo, joven de una educacion sólida, de costumbres puras, discreto, reservado y sobre todo muy poco hablador. La vida de este joven, oscura hasta entonces, no habia sido señalada por ninguna aventura extraordinaria. Un solo acontecimiento del cual estaba lejos de cono-



go la justa curiosidad del público, y porque nos ha parecido que el relato de su vida ofrecerá al lector mas interes, despues de haber conocido al hombre, su caracter y sus costumbres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO TERCERO.

*Mastai gentilhomme, y hombre de mundo.*—Sus relaciones con la familia Devoti.—Es inscrito en la lista de los guardias nobles.—Sus visitas á Tata Giovanni.—Hospicio industrial para los huérfanos aprendices.—Su origen.—Historia del viejo albañil que lo fundó—Mastai es hallado sin conocimiento en la callejuela de Santa Anna.—La epilepsia de que es atacado le impide seguir la carrera militar.—Pío VII le consuela y anima.—Curacion.—Resolucion de entrar en las sagradas órdenes.—Es nombrado director del hospicio y reemplaza al abate Bighi.—Palabras pronunciadas por este último en compañía del padre Ventura.—Palabras de Graziosi.

Existe en Roma, y bastante bien acomodada una mujer octogenaria, la signora Devoti rodeada hoy de hijos y nietos, y que recuerda que hace unos treinta años su hijo la presentó un dia á un amigo y condiscipulo suyo, joven de una educacion sólida, de costumbres puras, discreto, reservado y sobre todo muy poco hablador. La vida de este joven, oscura hasta entonces, no habia sido señalada por ninguna aventura extraordinaria. Un solo acontecimiento del cual estaba lejos de cono-

cer la causa é importancia, interrumpia la monotonía de sus infantiles recuerdos. Un dia que jugaba cerca de un lago que habia en las inmediaciones de la casa de su padre, fué de repente acometido por un vértigo, perdió el sentido, y cayó al lago, donde infaliblemente se hubiera ahogado sin el socorro de un jóven pastor, que habiéndole visto caer se precipitó detras y lo sacó á la orilla.

Este accidente inesplicable contenia en si mismo el secreto y el gérmen de una enfermedad terrible. Era en el porvenir del que lo referia con indiferencia, como esos puntos negros que anuncian al marino en el horizonte las tempestades tropicales. Pero el amago de esta dolencia era ignorado de todos, y este relato sencillo y sin pretension, escuchado con benevolencia, no habia servido mas que para aumentar el interes que inspiraba el mérito personal del recién venido, y las cualidades de su corazon y de su espíritu.

En esta época, la signora Devoti no era aun abuela; su familia se componia, del primogénito y dos hijas, de las cuales la una está casada en el dia con el baron Camuceini, y la otra con un empleado del gobierno pontifical, ambas entonces, de una belleza angelical, y que despues han trasmitido á sus hijos. En el seno de esta familia patriarcal disfrutando de los placeres que proporcionan la lectura, la música y las pláticas francas y cariñosas, era donde el amigo del jóven Devoti, acogido como un hijo de la casa, pasaba todas las noches que no consagraba á llenar obligaciones mas graves.

El jóven de quien esa buena anciana y sus dos hijas han conservado tan grato recuerdo, no era otro que el conde Mastai, hoy Pio IX.

Una de las épocas mas interesantes de la vida del Papa es aquella en que, á los veinte y dos años, dedicado por su familia á la carrera militar, mezclado en los negocios y pasiones del mundo, y no buscando ni rechazando los placeres propios de su edad, ignoraba aun su destino. Descendiente de una familia antigua de Sinigaglia, personalmente conocido de Pio VII, venia, confiado en su poderosa proteccion, á solicitar del principe Barberini, comandante mayor de los guardias nobles, el honor de ver su nombre inscrito en la lista de los aspirantes á este cuerpo. El principe puso algunas dificultades: la palidez y debilidad del jóven Mastai le parecia que no ofrecian garantias suficientes para las exigencias del servicio. Sus obstáculos cedieron ante el interés que Pio VII manifestó por su protegido, y Mastai fué definitivamente alistado en aquella compañía, compuesta solo de personas escogidas, y que pudiera llamarse la guardia de corps del Papa. Esperando que una vacante le diese derecho para llevar la charretera, Mastai, estrangero en Roma, recorría los sitios célebres y buscaba en ellos ocasiones de salir de la ociosidad en que se hallaba siguiendo el impulso de su corazon noble y generoso.

Entre los establecimientos de beneficencia que tanto abundan en la ciudad eterna, hay uno, quizá el mas modesto de todos, que llamó mas particularmente la atencion y el interés del jóven conde. Es un hospi-

cio pequeño nominado de *Tata Giovanni*, destinado para los aprendices huérfanos, en el que estos infelices niños encuentran cama, alimento, una instrucción elemental y religiosa, y sobre todo un protector benévolo que los sigue á las tiendas y talleres donde hacen su aprendizaje y pasan todo el día. Este establecimiento es demasiado interesante por sí mismo, y ha desempeñado en esta época de la vida del Papa un papel importante, para que no entremos en algunos pormenores sobre su origen y organización.

El hospicio de *Tata Giovanni*, destinado á recoger los niños pobres ó huérfanos, á educarlos cristianamente y á procurarles un oficio que los ponga al abrigo de las primeras necesidades, es debido á la caridad de un albañil que murió en el siglo pasado.

Giovanni Borgi, nació en Roma en 1752, no recibió, como les sucedía á la mayor parte de los hijos de los pobres, ninguna clase de educación; pero naturalmente inclinado al bien, había adquirido por su piedad y por sus buenas obras una gran reputación de virtuoso, en las horas de descanso que las penosas ocupaciones de su oficio le dejaban, recorría los hospicios, asistía á los pobres y á los enfermos, pasaba noches enteras á su lado; así es que, le vieron más de una vez en medio del día dejarse caer de fatiga y dormirse con la llana en la mano. Una noche que atravesaba, de vuelta de una procesión, la plaza de la Rotonda, se detuvo delante de un grupo de muchachos que después de haber vagado todo el día por las calles, se veían reducidos á acostarse bajo los cobertizos de los

corrales de gallinas ó bajo el peristilo del Panteón. Las plazas públicas estaban llenas entonces de esas criaturas medio desnudas que crecían ociosas como una presa preparada para el vicio y algunas veces para el crimen. Enternecido de piedad á la vista de estos desgraciados, unos huérfanos y otros abandonados por sus parientes, Borgi recogió unos cuantos, que consiguió vestir decentemente por medio de algunas limosnas, colocándolos después de aprendices en casa de algunos artesanos conocidos suyos. Dos virtuosos eclesiásticos, el abate Pinchetti y el abate Miguel di Pietro, viendo pasar con frecuencia á aquel viejo rodeado de chicos que conducía asiduamente á los ejercicios de piedad, le siguieron hasta su habitación, y sorprendidos de hallar en un lugar tan oscuro, en casa de un hombre tan grosero en la apariencia, el principio de una institución tan inteligente y caritativa, le ayudaron con sus consejos y bienes. Tal fué el origen de uno de los establecimientos de beneficencia más útiles, y que sería de desear se imitase en todo. El viejo Giovanni llamaba á los huérfanos sus hijos; ellos por su parte le daban el nombre familiar de *Tata* (Papá). De ahí viene la denominación de *Tata Giovanni*, que se dió al hospicio, y cuyo origen es demasiado tierno para que se haya pensado nunca en cambiarlo.

El viejo Giovanni velaba por las noches con sus educandos, rezando con ellos el rosario; al amanecer los llevaba á oír misa, daba á cada uno un panecillo y en seguida se marchaban todos á sus respectivos talleres, donde permanecían hasta las doce, hora en que

iban á participar de la modesta comida del albañil para volver á su trabajo hasta la noche.

Borgi visitaba con frecuencia las tiendas en que habia colocado á los huérfanos para preguntar á sus maestros y asegurarse de los adelantos de sus hijos, como él los llamaba. Siempre volvía á su casa antes de las oraciones, se colocaba en la puerta con un saco en la mano, y cada aprendiz depositaba en la bolsa comun lo que habia ganado durante el dia.

Desgraciadamente el albañil no sabia leer ni escribir y por consiguiente no podia enseñar lo que él ignoraba; pero algunos eclesiásticos y aun algunos legos se ofrecieron á ayudarle consagrando todas las noches una hora á la educacion de sus huérfanos.

A esta gracia, á esta costumbre que se perpetuó aun despues de la muerte de Borgi, debió el jóven conde Mastai, poco tiempo despues de su llegada á Roma, poderse poner en comunicacion con Tata Giovanni.

La obra comenzada por el oscuro artesano habia progresado considerablemente en la época á que nos referimos, por la caridad pública y la proteccion de Pio VII. Todos los hospicios de esta especie se habian unido al de Tata Giovanni, bajo la direccion de una sola persona, en el local que hoy ocupan cerca de la iglesia de Santa Anna di Falegnami; recibian una renta de la Santa Sede y formaban un establecimiento bastante regular.

A título de curioso, de visitador, y por último de profesor benévolo, el conde Mastai, esperando su en-

trada en el cuerpo de Guardias nobles, empleaba el tiempo que tenia desocupado en frecuentar el hospicio de *Tata Giovanni*. Bien pronto se aficionó á aquellos pobres niños, y partió sus noches entre la sala de estudio del hospicio y el salon de la *Signora Devoti*. Los niños al volver de sus trabajos, le encontraban muchas veces por semana instalado en el sillón del profesor, y le daban las lecciones de lectura, escritura, cálculo ó geometria.

Mastai tomó con mucha seriedad su papel de maestro de escuela. Reprendia concienzudamente la pereza, la inconstancia y la disipacion; pero cuando, despues de la leccion, llegaba la hora de recreo, se mostraba tan amable y alegre como severo habia sido antes.

Los domingos despues de las doce y cuando el aire fresco de la tarde venia á reemplazar al ardiente y sofocante de la mañana, se dirigia regularmente á las praderas que coronan el monte Aventino; donde sabia que sus discipulos irian á disfrutar de aquel dia de holganza.

Si las señoritas Devoti hubieran visto al amigo de su hermano, al futuro oficial, rodeado de chicos del hospicio jugando con ellos, y poniendo generosamente á su disposicion la alegria que reinaba en su alma, y el dinero que contenia su bolsa, se hubieran reido sin duda de las pretensiones militares del aspirante á guardia noble, y le hubieran dado el consejo de alistarse mas bien en la legion pacifica del que ha dicho: «Dejad que lleguen junto á mí los niños.»

Este consejo hubiera sido sin duda una prediccion que no hubiera tardado en cumplirse.

El momento que debía decidir de la suerte de Mastai, se acercaba en efecto. Aquel accidente de su infancia, incomprendible hasta entonces, iba á dejar de ser un enigma, el punto negro iba á extenderse en el horizonte, y de él iba á salir un huracán, un rayo que amenazaría el porvenir del joven conde.

Una noche, á la hora en que tenia costumbre de estar en *Tata Giovanni*. Mastai no se presentó. Los aprendices que le amaban con ternura, le esperaron en vano hasta la hora de cenar. Cuando entraban en el refectorio, un carruaje vacío paró á la puerta del hospicio; era el coche del cardenal Fontana, cuyas cuadras y cocheras estaban situadas en la inmediata callejuela de *Santa Anna*. El cochero llamando al conserje de la casa, le dijo que cuando iba á entrar el coche en la cochera, habia distinguido sobre el pavimento de la calle, á la claridad del farol de una madona, un hombre que bregaba con las convulsiones. No he podido socorrerle á causa de mis caballos; cualquier coche que por allí pase podría aplastarlo, corred pronto!

El portero cogió una linterna y corrió al lugar indicado. Qué espectáculo se presentó á su vista! Mastai atacado de un accidente epileptico. Llamó á los palafreros del cardenal Fontana que le ayudaron á transportar el enfermo al hospicio, y á echarlo en la cama del abate Pio Bigli, director del establecimiento. Cuando los huérfanos supieron que su maestro y amigo estaba cerca de ellos y sin conocimiento, corrieron adonde se hallaba; todos querian verle, estrecharle entre sus brazos y cuidarle; pero bien pronto se les

envió á sus respectivas habitaciones, para evitar á su imaginacion infantil la impresion que este doloroso espectáculo hubiera dejado grabada en ella.

No tardó en divulgarse en Roma la noticia de este acontecimiento. La signora Devoti y sus hijos, al saber esta horrorosa nueva, experimentaron al propio tiempo dolor y piedad. Los amigos de la familia de Mastai estaban llenos de sentimiento, por que este golpe imprevisto destruía todas las esperanzas que habian fundado sobre el porvenir de este jóven.

El principe Barberini, que se habia visto obligado á admitir en su cuerpo á un individuo de un exterior débil y enfermizo, fué á ver á Pio VII y le manifestó que su protegido estaba atacado de una enfermedad que le inutilizaba para el servicio de los guardias nobles, y que se hallaba en la precision de borrarle de las listas.

El Papa, profundamente afligido, quiso, para hacer aquel golpe menos sensible á Mastai, anunciarle él mismo la decision del principe Barberini. Envio á uno de sus camareros para que acompañara al convaleciente. Mastai lo comprendió todo.

Apenas estuvo en presencia de aquel á quien debia reemplazar un dia, se arrojó á sus pies desecho en lagrimas. Que haré ahora? exclamó; todas las carreras van á cerrarse pera mi: ya no tengo porvenir! estoy perdido! Calmaos, hijo mio, le respondió el augusto anciano; nada hay malo en este mundo, cuando se pide á Dios se haga su santa voluntad. Quién puede penetrar sus designios? Quién sabe si os cierra

Todas las carreras para atraeros á él? Creéis que esto os pierde y quizá os salva! Tened confianza en su omnipotencia! entregaos á su amor. Decidle: Dios mio! vos me habeis dado el nacimiento, la fortuna, y heme aqui vencido, consternado á mi entrada en el mundo. Dios mio! protegedme! empleadme! que mi vida no se estinga inutil á vuestros ojos! haced de mi lo que os agradare! Dios no es nunca sordo á esta súplica; os ama y os responderá. Mientras que estas dulces palabras penetraban como un bálsamo en el corazon de Mastai, dos tibias lágrimas caian sobre su frente; experimentó entonces lo que jamas habia experimentado: el vertigo de S. Pablo hirió su memoria! Se preguntó si cuando se revolcaba sobre las piedras le habia hablado alguna voz. Despues de haber besado muchas veces la mano que Pio VII le alargaba, se levantó consolado, resignado y abandonó el palacio lleno de una emocion muy diferente de la que sentia cuando entró.

En este lugar debemos mencionar una opinion muy acreditada en algunos circulos, y que por otra parte no se opone á la verosimilitud.

Las personas con quienes Mastai debia ligarse por su próxima entrada en los guardias nobles, y que estaban acostumbradas á ver en él un camarada, aseguran que en esta época, el jóven conde ocultaba en el fondo de su alma, tan tierna, un doloroso misterio; un sueño dulce y fatal habia emponzoñado su vida, y las luchas, los sufrimientos de un amor sin esperanza no fueron estrañas á la catástrofe de la callejuela de Santa Anna.

Tales la opinion, la esplicacion que nosotros damos de ella, tal como circula en Roma. Apresurándonos á añadir, que no nos atreveriamos de manera alguna á garantirla.

Sea de esto lo que quiera, al otro dia de su entrevista con Pio VII, Mastai abandonó á Roma: nadie sabia donde estaba, que habia hecho, donde habia ido; pero algunos meses despues apareció en medio de los huérfanos del hospicio, y en los salones de la signora Devoti. Habia dejado el frac de paisano, y estaba vestido con el traje eclesiástico que llevan en Roma los jóvenes que aspiran al sacerdocio: Mastai habia renunciado al mundo y se consagraba á Dios!.... Cualquiera que fuera su mal, estaba curado.

En los tres años de estudios teológicos que pasó bajo la direccion del abate Graziosi en la Academia eclesiástica, y no en el colegio romano, como algunos han creído, Mastai, lejos de cesar en sus visitas á *Tata Giovanni*, las hacia con mas frecuencia. A medida que se acercaba la época de su ordenacion, se aficionaba mas y mas á los jóvenes huérfanos.

Lo que habia emprendido el seglar, por recreo y pasatiempo, lo continuaba el sacerdote; era á sus ojos un deber, una mision sagrada de cuyo cumplimiento nadie hubiera conseguido disuadirle.

En fin, Pio VII viéndole tan inclinado á aquel trabajo, creyó no poder hacer nada mejor, por el interes mismo de los niños y la prosperidad del establecimiento, que encargarle su direccion.

Mastai no habia recibido aun los órdenes sagradas

Su nombramiento era, en algun modo, una violacion de las costumbres establecidas; porque hasta entonces los diferentes directores que habia habido, al dejar su cargo, habian ellos mismos elegido la persona que debia reemplazarlos. Habia, pues, en el hecho del nombramiento directo del Papa una usurpacion de poder.

El abate Bighi, aunque hacia justicia al talento y virtud de Mastai, conservó largo tiempo un vivo resentimiento al jóven conde que le habia sucedido por órden superior. Creyó que gran parte de su victoria era debida á la intriga; asi es que un dia, subiendo con el padre Ventura, simple clérigo entonces, un tramo de la escalera del Capitolio, cuando Mastai le bajaba: veis ese jóven abate, le dijo, representa un papel para hacerse Papa. Esta prediccion arrancada por el despecho, nos recuerda otra de la misma época inspirada por un sentimiento bien distinto.

El abate Graziosi, el ilustre profesor de teología, dijo tambien en medio desus discipulos, y citádoles á Mastai como un modelo de piedad y caridad: Late en su pecho el corazon de un papa.

El venerable profesor espresaba con toda formalidad el juicio que habia formado de Mastai, y sin embargo estaba lejos de creer aunque no como Bighi que fuese tan buen profeta.

No obstante el padre Ventura se sorprendió al notar esta coincidencia, y desde entonces sin conocer personalmente al joven conde observó con interés su carrera; y cuando á la muerte de Gregorio XVI se reu-

nió el cónclave para nombrarle sucesor, recordó la doble prediccion y contribuyó ella sin duda al consejo que dió al cardenal Pignatelli, consejo que influyó como mas adelante tuvo de ello la prueba Pio IX en su eleccion.



— 66 —

CAPITULO CUARTO.

*Mastai, director de Tata Giovanni.*—El zapatero Angelo Tocacelli, su antiguo discípulo, nos sirve de guía.—Visita al hospicio, la capilla, el refectorio, la sala de estudio.—Aposento ocupado por Mastai.—Deja el hospicio para emprender una mision en Chile.—Tierna despedida de sus discipulos.—El zapatero nos suplica hablemos de él al Papa.—El Papa recuerda á su antiguo discipulo y le envia una memoria.

Lo que el establecimiento de Tata Giovanni debe principalmente á Mastai, es el desarrollo del bienestar material y moral que en la actualidad disfrutan los huérfanos. El jóven sacerdote empleó parte de su fortuna en mejorar las camas, los vestidos y alimentos.

El es quien ha introducido los elementos de geometria entre las demas clases de enseñanza: él conoció, el primero, la utilidad que esta ciencia podria traer á la mayor parte de los artesanos; y añadió á ella cursos de dibujo, grabado y escultura. Este complemento indispensable permite descubrir en los discipulos, que tienen poca aficion á los oficios mecánicos, otras disposiciones, y de este modo dirigirles á la profesion que deban ejercer con mas provecho; profesion, por otra

parte, que los niños eligen por si mismos, porque en este punto no se ejerce sobre ellos la mas pequeña exaccion.

Mastai introdujo en el hospicio una reforma mas importante aun, que fué restablecer en todo su vigor el primer reglamento de *Tata Giovanni*. Por este reglamento, los niños debian hacer siempre su aprendizaje fuera de la casa, como se habia observado en tiempo del viejo Borgi, pero las revoluciones que alteraron la paz de Roma á fines del siglo pasado y principios de este, hicieron caer en desuso esta sábia disposicion. En primer lugar, porque en las crisis financieras que la institucion tuvo que atravesar, no fué siempre posible vestir á los niños con la limpieza necesaria para enviarlos fuera; y en segundo, porque en aquella época de conmociones no hubieran podido todos los días recorrer las calles sin peligro.

Inténtaron pues establecer en la misma escuela talleres de aprendizaje; pero, faltos de recursos, los artesanos maestros, encargados de instruir á los huérfanos, empleaban poco tiempo en la enseñanza. Resultaba de aquí que la instruccion era escasa, y que cuando los educandos salian del hospicio, como no habian frecuentado las tiendas, ni talleres de la ciudad, se encontraban sin relaciones en medio de los empresarios y obreros de su clase, y no conseguian sino muy difícilmente hallar colocacion.

Durante este periodo de ociosidad, consumian sus pequeños recursos y perdian frecuentemente el fruto de su educacion. Ademas, como era imposible tener



en el hospicio talleres de toda especie, la mayor parte de las vocaciones se veían forzadas, porque los niños no podían elegir más que entre un número muy limitado de oficios. Todas estas razones decidieron á Mastai á restablecer el método del viejo albañil, y los huérfanos han agradecido mucho el restablecimiento del primitivo reglamento. Los estudios son más formales; el aprendiz, viviendo en los talleres de la ciudad, adquiere muchas y buenas relaciones. La variedad de trabajos entre los que puede elegir, le permite perfeccionarse y seguir su vocación. Esta regla se ha observado después, y en la actualidad, cuenta el hospicio en ciento veinte educandos, treinta oficios diferentes.

Para completar nuestros apuntes, resolvimos visitar el hospicio en compañía de uno de sus antiguos huéspedes.

Pudimos haber ido con un librero, un hojalatero ó un corredor de comercio, recogidos de los primeros por el fundador, y cuya industria próspera acredita los beneficios de la institución; pero preferimos llevar con nosotros un hospiciano del tiempo de Mastai, que ha conservado de aquella época de vida del Papa, ignorada de todo el mundo, los recuerdos más encantadores.

Angelo Tocacelli, hoy modesto zapatero, establecido en una tienda portátil del barrio del Corso, está dotado de una fisonomía leal y dulce; la sencillez de su corazón se refleja en sus ojos negros; pero ¡ay! es lo único que tiene que agradecer á la naturaleza.

Su cuerpo horriblemente disforme está torcido hacia el lado derecho, y la desigual longitud de sus piernas comunica á sus espaldas una cruel oscilación.

¿Quién sabe lo que habría ya sufrido cuando, pobre niño abandonado, encontró un asilo bajo el techo hospitalario de la casa donde tuvo por maestro y padre al que lleva hoy el glorioso nombre de Pio IX?

Al traspasar el umbral de la puerta del hospicio, que hacia veinte años que no había visto, el zapatero se conmovió: «He sido muy dichoso en esta casa, nos dijo; tanto, que estoy por decir que he nacido en ella, puesto que no recuerdo nada de mi vida anterior. Aquí es donde he aprendido el oficio que hoy tengo y que me dá de comer. Aquí es, añadió enderezándose con orgullo, donde he conocido, servido, amado, antes que los romanos, antes que todo el mundo, al grande hombre que gobierna la Iglesia!»

La frente del miserable zapatero resplandecía de júbilo, sus ojos centelleaban; no se notaba su deformidad, estaba bello.

Lo primero que nos enseñó fué la capilla.

La capilla de Tata Giovanni, como es fácil presumir, no es espaciosa ni rica. Dos hileras de bancos y un altar modesto es todo lo que contiene. Pero allí, en aquel altar sencillito, Mastai ha dicho su primera misa. Cuando todos los jóvenes sacerdotes dan la preferencia para este acto solemne de su vida, á las basílicas llenas de grandes y gloriosos recuerdos religiosos, él, noble conde, protegido por Pio VII, quiso en aquel momento supremo verse rodeado de aquellos niños

que el Salvador llamaba hácia él; en medio de su familia de huérfanos, fué donde cumplió aquel primer acto de su sacerdocio con el cual firmaba, como despues lo ha demostrado, un tratado de alianza y de amor con los hijos del pueblo.

Tocacelli se arrodilló y permaneció un instante en oracion; despues levántandose nos dijo: «Hé ahí el altar donde todas las mañanas nos decia la misa, y donde el domingo y los dias de fiesta nos enseñaba la adhesion á nuestros deberes, el amor de Dios y del prójimo: le escuchábamos con sumision, porque él nos daba el ejemplo.

«Cuando fué nombrado obispo de Espoleto, en esta capilla fué tambien donde quiso decir su primera misa episcopal. Estaba identificado con sus pobres huérfanos.

«Tambien, cuando ha sido nombrado Soberano Pontífice, hemos sido nosotros los primeros que hemos dicho; Mastai es nuestro Papa, es el Papa de los pobres, de los abandonados! ¡Es el padre del pueblo que sube al trono!... Pero Roma no le conocia.

«La primera vez que se presentó en la *loggia* la multitud á su vista permaneció silenciosa, indiferente. No hubo allí mas que un pequeño grupo que no cesó de gritar desafortadamente: ¡*Viva Pio nono è viva il padre del popolo!* Éramos nosotros sus antiguos discipulos, los huérfanos de Tata Giovanni!»

Quando salimos de la capilla pasamos al refectorio.

«He comido ocho años en este sitio,» dijo Angelo, tocando con la mano la esquina de una de las mesas: «y como no era de los mas silenciosos ni de los mas limpios; Mastai solia levantarse de su asiento para tirarme de la oreja, no muy fuerte! No era como el viejo Tata Giovanni, que nunca iba sin su palmeta de la que hacia no poco uso, segun dicen sus discipulos.

«Mastai no comia con nosotros, sino con los demas eclesiásticos del hospicio. Solamente en las vacaciones de las Pascuas y de Octubre, cuando nos llevaba fuera de la ciudad, á la basilica de San Sebastian, nos mandaba hacer alto sobre el césped á la hora de la comida; enviaba á comprar, á la taberna mas inmediata, un pedazo de carne asada, una ensalada, vino, frutas y pan, y, despues de habernos distribuido estos sencillos manjares, se servia él, comia como nosotros sobre la yerba y bebia en la misma botella.»

Del refectorio pasamos á la sala destinada á la enseñanza, que se encuentra en el mismo estado que tenia en el tiempo de Mastai. Las paredes, llenas de inscripciones, tienen en un lado un gran crucifijo y en el otro un retrato del fundador Giovanni Borgi. Bancos en forma de gradas están arrimados á las cuatro tapias; en el centro hay una mesa vieja llena de manchas de tinta y tres sillones de cuero raído, de forma de los del tiempos de Luis XIV. En el de en medio es en el que Pio IX se sentó todas las noches, durante siete años consecutivos, para instruir á los

huérfanos. Mastai queria que se estuviese siempre en lo que se hacia; asi es que queria que sus discipulos en las horas de recreo se entregasen completaménte al juego; pero queria tambien que durante las clases no pensasen sino en el estudio. Se ausentaba algunas veces, encomendando el cuidado de mantener el órden á los que hacian de pasantes. En esos casos, como confesó Angelo, no se guardaba el mayor silencio.

«Habia entre nosotros, nos dijo, un chico mudo, de origen mahometano, que los piratas argelinos habian abandonado en la costa, y que, despues de haber sido recogido y bautizado, se educaba en Tata Giovanni con el nombre de Marco. Este mudo tenia tanta actividad en la vista como torpeza en la lengua. Colocado de centinela en el corredor durante las auséncias de Mastai, apenas lo distinguia á larga distancia, se precipitaba corriendo en la clase, nos anunciaba su vuelta con un pequeño sonido gutural, y nos indicaba, pasando la uña de su dedo pulgar por el labio inferior, que el hombre del labio hundido se acercaba; en seguida todo quedaba en silencio.

«Ahora, continuó Angelo invitándonos á seguirle, voy á llevaros á su habitacion.»

Entramos en ella. Nada ha sido cambiado desde aquel tiempo. El mismo lecho, el mismo sillón, la misma mesa. «Ya lo veis, nos dijo Angelo, á penas hay lo necesario. Este es el cuarto que Pio IX ha ocupado durante siete años!»

Seria imposible, en efecto, imaginarse nada mas modesto que el aposento de Mastai en Tata Giovanni:

el jóven abate, que ocupaba esta habitacion reducida, era sin embargo de una familia noble y rica. Sus parientes no le dejaban carecer de nada. Pero Mastai consagraba hasta el último ochavo de la pension que su familia le tenia señalada en procurar á sus huérfanos vestidos mas calientes, alimentos mas sanos, y tambien algunas distracciones, algunos placeres propios de su edad. ¿Bastaba alimentar á los pobres niños privados de las caricias maternales y de las dulzuras de la vida?

¿No es un dinero bien empleado aquel que produce por intereses las sonrisas, los trasportes, la estrepitosa alegría de esos infelices seres, entregados desde su infancia al dolor y á la amargura?

Angelo Tocaccelli interrumpió de nuevo nuestras reflexiones: «Aquí es, prosiguió, donde he presenciado una de las escenas mas tristes de mi vida. Era la noche de un hermoso dia de estío; despues de siete años de permanencia en el hospicio, Mastai, elegido para formar parte de una mision lejana debia abandonarnos. Nosotros lo ignorábamos aun, y sin embargo habia llegado el momento de la separacion. Notamos que, durante la cena, no habia pronunciado ni una sola palabra. En el instante en que, despues de haber dado las gracias, íbamos á levantarnos de la mesa, nos mandó que permaneciéramos sentados, y nos anunció la fatal noticia. No se oyó mas que un solo grito de dolor ed un extremo á otro del refectorio. Eramos entonces ciento veinte y dos, entre grandes y chicos, y no hubo uno siquiera que no llorase.»

«Todos; á la vez, abandonamos nuestros puestos en desórden para arrojarnos en sus brazos. Los unos besaban sus manos, los otros se agarraban á sus vestidos; aquellos que no podían tocarle le llamaban con los nombres mas cariñosos y le suplicaban que no les abandonara. ¿Quién nos consolará? ¿Quién nos amará? Se conmovió tanto de nuestra afliccion, que desecho en lágrimas y apretando contra su pecho á los que se hallaban mas cerca de él: No hubiera creído nunca, dijo, que nuestra separacion debiese ser tan dolorosa.»

«Entonces desprendiéndose de nosotros se precipitó en su cuarto; pero intentó en vano cerrar la puerta, nosotros entramos tras del. Aquella noche nadie pensó en dormir en Tata Giovanni: chicos y grandes permanecieron al lado de Mastai; nos acariciaba y nos instruía á la vez.

«Nos recomendó el trabajo, la sumision á los que debían reemplazarle, el amor de Dios y de nuestros semejantes, el cumplimiento de todos los deberes y la resignacion en las desgracias. El dia nos sorprendió en esta escena triste y tierna. Oímos detenerse ante la puerta el carruaje que debía arrebatarnos nuestro bienhechor. Una hora despues éramos huérfanos por segunda vez.»

El pobre zapatero se enjugó una lágrima al concluir su relacion, á la cual la viveza de sus recuerdos y la elegancia de la lengua italiana daban un encanto inesplicable.

Hemos reproducido fielmente sus impresiones y su

lenguaje y aconsejamos á los viajeros que quieran visitar como nosotros el modesto teatro donde Pio IX preludiaba, en medio de niños abandonados, el gobierno de la Iglesia, hagan esta interesante peregrinacion en compañía del zapatero de viejo, del Buen Angelo Tocacelli.

Cuando saliamos del hospicio, niños de todas edades empezaban á entrar en él. Notamos en su aspecto un aire de salud y robustez.

Algun tiempo despues, habiendo sabido Angelo que nuestro amigo Barre estaba instalado en el Quirinal, y que nosotros teniamos el honor de ser admitidos á la presencia de Su Santidad, durante el trabajo del artista, nos suplicó le habláramos del pequeño zapatero á quien habia tirado tantas veces de la oreja. De este modo nos dió ocasion de conocer la veracidad de su relato.

El Santo Padre no habia olvidado el oscuro nombre de Angelo Tocacelli. Le habia encontrado y detenido en la calle en 1841, despues de su elevacion al cardenalato, y le habia preguntado qué eran, qué hacian sus antiguos compañeros. Se sonrió al saber que uno de sus discípulos, un pobre zapatero, reconocia á Mastai en lo que Pio IX hacia por su pueblo.

Despues añadió:—No es dichoso, ¿no es cierto? tiene necesidad... de un pequeño recuerdo.

Al dia siguiente le envió un doblon de oro que Angelo besó repetidas veces, y que conserva como una reliquia.

CAPITULO QUINTO.

*Mastai forma parte de la mision de Chile. = Llegada á Génova. = Hospitalidad de Lambruschini. = Singular encuentro. = Se hacen á la vela. = Tempestad y parada en Mallorca. = Los pasaportes. = La mision sospechosa. = Mastai arrestado y preso. = Golpe de Estado. = Los prisioneros son puestos en libertad. = Encuentro de un corsario. = Castigo de un marinero. = Mastai entre un buque negrero y la roca de Santa Helena. = Llegada á Buenos-Aires. = Larga travesia por los Pampas. = Sufrimientos. = Privaciones. = Paciencia y alegría de Mastai. = El historiógrafo Sallusti. = Aventuras. = La funcion frustrada. = Vuelta á Roma. = Utilidad del viaje para Mastai. = Enseñanza.*

La legacion á que habia sido unido el director de Tata Giovanni se componia de Monseñor Muzi, arzobispo *in partibus* de Felipe, vicario apostólico de Chile, del Perú, de Méjico, de la Colombia y de todos los países de América que acababan de sacudir el yugo de la España; del jóven abate Mastai, recientemente nombrado canónigo, y del abate José Sallusti, que debia llenar las funciones de secretario historiógrafo.

A estos señores se habian reunido, para la travesía solamente, el arcediano Cienfuegos, ministro plenipotenciario de Chile, cerca de la Santa Sede, y el reverendo padre D. Raimundo de Arce, de los dominicos reformados de Santiago.

La mision salió de Roma la mañana del 3 de julio de 1823 para Génova, donde debia embarcarse en la *Heloisa*.

Apenas se aposentó en la fonda de Santa Marta, supo la noticia de la muerte de Pio VII: el venerable anciano se habia roto una pierna al pasar de una cámara á otra en su palacio y habia sucumbido de resultas de la fractura. Este acontecimiento llenó de luto y amargura esta primera parte del viaje de los misioneros. Mastai sobre todo se afligió profundamente: no podia olvidar que Pio VII habia sido para él mas que el amigo de su padre, mas que el protector de su juventud, puesto que le debia la nueva carrera que habia abrazado, su salud, su felicidad en este mundo, y la esperanza de su salvacion en el otro.

Durante la permanencia de Mastai en Génova, aconteció un hecho indiferente entonces en sí mismo, pero que ha dado lugar despues de su elevacion á un curioso *quid pro quo*.

Despues de muchas dilaciones llegó por fin el dia de la marcha: los efectos embarcados la vispera habian sido colocados en la sentina, cuando los tres misioneros, al dirigirse á bordo, supieron que el navio, detenido en el puerto aguardando un cargamento, no podia hacerse á la vela hasta despues de muchos dias.

Volvieron de nuevo á la ciudad y encontraron en la posada ocupadas ya sus habitaciones. No sabian qué hacer, cuando á Mastai le ocurrió la idea de presentarse al arzobispo. Se dirigieron pues al palacio episcopal, y Mastai, con su paquete en la mano y su breviario debajo del brazo, manifestó al prelado la apurada situacion en que se encontraban, el cual acogió á los tres eclesiásticos con suma benevolencia y les señaló hasta su partida una habitacion encima de la suya.

El arzobispo de Génova, aquel á quien Mastai se dirigió, no era otro que el cardenal Lambruschini. ¡Encuentro singular! ¿Quién le hubiera dicho entonces á aquel príncipe de la Iglesia, que aquel jóven desconocido, que iba á desempeñar una mision oscura en el fondo de la América, daría veinticinco años despues un golpe mortal á su ambicion, desbarataría todas sus intrigas, y en el momento mismo en que el, Lambruschini, creeria sentarse en la silla del Santo Padre, ocuparía su sitio? ¿Quién le hubiese dicho que entonces desenmascarado por la opinion pública, perseguido por el odio popular, se vería reducido á implorar la clemencia del simple canónigo á quien en aquel instante asombraba con su magnífica hospitalidad?

Tales son las vueltas de este mundo: la historia de la Iglesia, y la de Mastai ofrecen de esto mas de un ejemplo.

El 5 de octubre la *Heloisa* levó anclas: los primeros dias de la navegacion fueron dichosos, pero el

10 por la noche, se levantó un viento espantoso que arrojó el navio á las costas de Cataluña donde creyeron perecer. La *Heloisa* no escapó de este peligro sino por los esfuerzos desesperados de los marineros. Mastai, cayó de su cama, y rodó de un extremo á otro de su cámara. Sin embargo, habiéndose calmado un poco el viento, pudieron ganar la rada de Palma, donde aguardaban á los viajeros peligros de otro género.

Apenas habia echado el áncora la *Heloisa*, cuando las autoridades de la isla, queriendo que hiciera veinte dias de cuarentena bajo el pretexto de que habia tocado en paises en que reinaba la peste, exigieron, contra todos los derechos de gentes, que se les remitiesen los libros de bordo y los pasaportes de los pasajeros. Pero estaban en España, en el pais de la arbitrariedad, y fue preciso ceder.

Habiendo descubierto las autoridades por estos papeles que la *Heloisa* conducia á las colonias españolas sublevadas una mision apostólica, intimaron al representante de la Santa Sede la orden de pasar á tierra: bajo pena de echar á pique el navio por las baterías que dominaban la rada.

Monseñor Muzi llevó consigo á Mastai, y dejando á bordo de la *Heloisa* al abate Sallusti, desembarcó en la Sanidad. Allí, un grupo de soldados, arrojándose brutalmente sobre ellos, y apoderándose de sus personas los sumieron, á pesar de sus reclamaciones en los calabozos del lazareto.

Esto era empezar un poco rudamente el aprendizaje de misionero. Pero este viaje, qué parece haber

sido destinado para madurar el juicio, para formar la experiencia de Mastai, debía hacerle conocer y sufrir por sí mismo una porción de injusticias y dolores ignorados hasta entonces.

Los cinco días que estuvo privado de toda comunicación, aun de la de los marineros del navio, ignorando por consiguiente la suerte que le estaba reservada, debieron hacerle reflexionar profundamente sobre los abusos de los gobiernos despóticos, y sobre todo sobre el respeto de los gobiernos temporales á los representantes de la Santa Sede.

Sin embargo, Monseñor Muzi habia resuelto poner en manos de los cónsules de Cerdeña y Austria una protesta de aquel acto; pero el mismo obispo de Mallorca se habia anticipado. En la ciudad reinaba una gran fermentación.

La misión de la Santa Sede ¿era puramente religiosa ó política? Las autoridades españolas ¿tenian derecho para arrestar á un vicario apostólico? Si tenian este derecho ¿les convenia hacer uso de él? Mil cuestiones dividian al consejo municipal de la ciudad, cuya mayoría se inclinaba á trasportar á los viajeros á las prisiones de Ceuta, hasta que el gobierno central decidiese. No parecia sino que porque los americanos sublevados del sur se hallasen privados de toda comunicación con la Santa Sede, se conseguiria sin duda alguna el restablecimiento de la autoridad real.

Por fortuna, el gobernador, que estaba ausente de Palma, regresó antes que se llevara á efecto este golpe de Estado, y los dos prisioneros, puestos en liber-

tad á instancias del cónsul de Cerdeña despues de cinco días de cautiverio, sin haber podido dormir, hambrientos y estenuados de comparecencias é interrogatorios, pudieron reunirse á la *Heloisa*, que inmediatamente se hizo á la vela.

Los días que siguieron fueron señalados por multitud de incidentes que hicieron experimentar á Mastai sensaciones diversas.

Abordada por un brick colombiano en la puata de las Islas Canarias, en un parage donde muchos navios habian sido poco antes despojados y echados á pique por los corsarios, la *Heloisa*, sin defensa, vió de pronto su puente y costados invadidos por una multitud de piratas armados hasta los dientes. Mastai soportó sin terror sus injurias y amenazas; el sacrificio de su vida, que en aquél momento creyó cierto, no le causaba ningun pesar, ninguna emoción.

Pero cuando la *Heloisa*, libre ya de sus peligrosos huéspedes, que la habian respetado por la pobreza de su cargamento, bogaba sola, muellemente mecida sobre un mar de leche, en los primeros albores de la mañana, Mastai no pudo ver sin verter lágrimas un pobre grumete, que le recordaba sus huérfanos de Roma, atado sobre un cañon por una falta grave, y azotado hasta el punto de hacerle sangre.

Habiendo sobrevenido mas allá de la línea una gran calma, la *Heloisa* tuvo que navegar por algun tiempo á la inmediación de un negrero que regresaba á Rio-Janeiro cargado de su mercancía de carne humana. El corazon de Mastai se conmovió extraordinariamente á

la vista de aquellos desgraciados esclavos que aparecian sobre el puente, desnudos y encadenados como bestias feroces.

Los dos navios estuvieron á punto de chocarse, y por una estraña coincidencia, en el momento en que los ayes de aquellos infelices llegaban hasta él, mezclados con el ruido de sus cadenas, Mastai vió por el lado opuesto elevarse en el horizonte como una mancha siniestra, entre el doble azul del cielo y de las olas, la roca de Santa Helena! Napoleon acababa de dar allí el último suspiro.

La *Heloisa* vogaba silenciosa entre las angustias de la esclavitud y la agonía del despotismo militar.

Mastai debió entregarse en aquel momento á profundas meditaciones, é inspirado quizá por aquel antagonismo doloroso del pasado, en medio de aquel doble martirio del poder y del pueblo, pensó por la primera vez en esa union divina que constituye hoy su gloria, la alianza de la religion y de la libertad.

Por fin se acercó la *Heloisa* á las costas del Nuevo Mundo. Hasta allí no habia conocido Mastai sino los menores inconvenientes de la vida de los mares: las noches sin sueño y los dias sin descanso: le faltaba aun apreciar los verdaderos peligros.

Mastai habia conocido los sufrimientos de los pobres de las ciudades, de esos niños abandonados de la tierra; la Providencia queria iniciarle tambien las vicisitudes, los riesgos del marinero, ese proletario del Océano, ese huérfano abandonado del mundo comercial.

Despues de un dia sofocante, á la caída de la tarde, los pájaros llamados en italiano *tempestosi* (pájaros de las tempestades) descendieron de pronto sobre las vergas: á este funesto presagio, los marineros sacudieron tristemente la cabeza, el capitan mandó cargar las velas altas y preparar las del palo mayor. En fin, el viento comenzó á soplar. Todos los grandes aires experimentados hasta entonces por la *Heloisa* no habian sido sino suaves céfiros en comparacion del huracan que desde aquel momento hizo doblar sus mástiles y silvar sus cuerdas. Mastai fué la primera victima de aquel temporal.

El abate Sallusti, historiógrafo de la espedicion, que ha reunido en dos volúmenes, los minuciosos detalles de ella, y que no puede ser acusado de haber querido, veinte y cinco años antes, escitar un interés romancesco hácia la persona de un futuro Papa, el abate Sallusti refiere que en el primer sacudimiento de el navío, Mastai fué arrojado de cabeza contra el Padre Arce. Sus compañeros atribuyeron á una gracia especial de Dios el que no se hubiese roto el cráneo ó al menos que no hubiese hundido el pecho del buen dominico.

Pero un peligro mas grave amenazaba á nuestros viajeros en la parte de afuera. El huracan los empujaba á la costa; ninguna vela podia resistirle: se habia desplegado una y habia sido arrancada por el aire con espantosas detonaciones. Los timoneros no eran ya dueños de la barra; el brick flotaba á merced del viento y de las olas.



En estas desesperadas circunstancias, queriendo asegurarse el capitán de la distancia á que se encontraba de la tierra, mandó al contra-maestre que echara la sonda: el desgraciado se olvidó de amarrarse, y una ola enorme lo precipitó al mar.

Mastai estaba aun aturdido de su caída, cuando aquel grito de desolación *¡hombre al agua!* se dejó oír, á través de los rugidos de la tempestad, de un extremo á otro del navio. En un instante todos los viajeros se hallaban sobre cubierta. En aquel momento de horror y de angustia todo el mundo tenía la firmeza del marino: no había mas que un corazón, un pensamiento á la vista de aquel hombre que la estela del navio dejaba atras, tan pronto suspendido en la cima de las olas como precipitado en el abismo que amenazaba devorarle.

Mientras que los marineros se esforzaban en echar al mar un bote, Mastai, el obispo Muzi y el historiografo Sallusti, arrojaban á las olas las jaulas de gallinas, los baneos y en fin, todo lo que podia desprenderse del navio. Cuando la *Heloisa* se elevaba sobre las olas, veian al desgraciado contra-maestre luchando desesperadamente, oian sus gritos angustiosos: despues caia el navio entre dos montañas de agua, el horizonte se estrechaba, y no se atrevian á preguntarse, si á la inmediata ascension volverian á ver al náufrago: todos los ojos estaban vueltos hácia él, todos los pensamientos hácia el cielo.

Por fin se consiguió echar el bote: tres valientes marineros se lanzaron á la frágil embarcación; Qué ab-

negación, qué generosidad por parte de aquellos hombres, que sin pensar en los riesgos que les amenazaban se sacrificaban por salvar la vida de un compañero! ¡Cuántas bendiciones, cuántas lágrimas les acompañaron!

Los esfuerzos desesperados de aquellos hombres hubieran sido inútiles si el contra-maestre, por una favorable casualidad, no hubiera podido agarrarse á uno de los bancos que se habian arrojado al mar, y que le permitió renovar sus aniquiladas fuerzas. Despues de una hora de lucha sublime, sus compañeros le alcanzaron: se le vió subir á la barca: pero las angustias no habian llegado aun á su término. El bote se dirigia hácia la *Heloisa*; el viento y la mar continuaban cada vez mas embravecidos: arribado el costado del navio, creyeron veinte veces ser estrellados contra sus flancos; por fin, despues de mil esfuerzos infructuosos, y de mil peligros renacientes á cada paso, pudieron agarrar la cuerda que se les arrojaba.

Un instante despues, los marineros y el contra-maestre, los valerosos libertadores y el resucitado, estaban en los brazos de sus compañeros, en medio de los gritos de alegría, de las lágrimas y de las fervientes acciones de gracias dirigidas á Dios por Mastai y los otros religiosos.

El 4.º de enero de 1824 la *Heloisa* entró en el Rio de la Plata. El vicario apostólico y sus compañeros fueron recibidos en Buenos-Aires con las mas altas consideraciones; sin embargo no permanecieron allí mas que algunos dias, porque el gobierno republica-

no, celoso del entusiasmo que su presencia causaba en el pueblo y de las manifestaciones de que eran objeto, les mandaron que abandonaran la ciudad lo mas pronto que les fuera posible.

No quisieron permitir al vicario apostólico ni aun que diera la confirmación en la catedral, y cuando intentaron reclamar, el gobernador de la provincia fingió una indisposición para dispensarse de recibirlos.

Desde aquel momento comenzaron las persecuciones, que no cesaron hasta que nuevamente se embarcaron.

De Buenos-Aires á Santiago de Chile, el viaje se hizo por tierra, á través de los desiertos de las Pampas. Es preciso haber cruzado el continente americano, como nosotros lo hemos hecho, para formarse una idea exacta de los peligros que aguardaban á nuestros viajeros.

Caminar todo el dia bajo un sol ardiente, en medio de aquellos llanos desiertos: esponerse á cada paso á ser muertos alevosamente por los indios salvajes ó devorados por los animales feroces durante el sueño; carecer de agua para apagar la sed y de alimento para apaciguar el hambre; dormir en cabañas fétidas, habitadas por millares de insectos venenosos, ó al aire libre, bajo aquel cielo que derrama incesantemente rocíos abundantes y mal sanos; tal es la vida de las Pampas, tal fué por espacio de tres meses la vida de Mastai. Pero ¡con qué dulzura, paciencia y alegría soportaba todas las privaciones y afrontaba todos los peligros de aquella larga travesía!

Sus compañeros han conservado el recuerdo de su buen humor inalterable y de sus graciosos dichos.

Él era quien sostenia el valor de los débiles y quien mas contribuía por su prevision y actividad á multiplicar los medios de seguridad y de hacer mas llevadero aquel largo destierro del mundo civilizado.

Los primeros dias se pasaron bastante bien, porque se hallaban inmediatos á los lugares habitados y por que les duraban aun las provisiones que habian sacado de Buenos-Aires.

Pero, á medida que penetraron en lo interior del pais, las privaciones se fueron aumentando hasta el punto de hacerse insoportables.

En las *Hermanas*, Mastai y sus compañeros, después de una comida á la cual les fué imposible tocar, tan malos y repugnantes eran los manjares que la componian, se vieron obligados á acostarse en una cabaña cuyas paredes construidas con los huesos de animales mal disecados exhalaban un olor fétido y pestilente.

Sobre sus cabezas, y en palos atravesados se veian colgados quesos hediondos, calabazas silvestres y carnes corrompidas. Felizmente el techo y las paredes estaban llenas de mil agujeros que permitian la renovación del aire, lo cual preservaba á nuestros viajeros de una asfixia inevitable.

En *Desmochados*, faltó poco para que la pequeña caravana fuera sorprendida por una horda de salvajes: veinte y dos muleteros, que se habian detenido en aquel lugar después que pasó la misión apostólica, fueron asesinados cruelmente.

Algunos días despues, en el *Chorillo*, los viajeros se vieron asaltados por enemigos de otra naturaleza: como tuvieron necesidad de pasar la noche al aire libre, se despertaron por la mañana rodeados de una multitud de sapos.

El abate Sallusti refiere, que uno de estos asquerosos reptiles se habia colocado justamente sobre la cabeza de Mastai y le chupaba la corona. Dice que le costó no poco trabajo el lograr arrancarle de aquel sitio.

Sin embargo, la paciencia y fortaleza de ánimo de Mastai no se desmintieron nunca. Se trataba de dormir en el suelo y recordaba á los huérfanos recogidos por Tata Giovanni en las losas de piedra del Panteon. Les presentaban una mala comida y exclamaba: «¡cuántos pobres se creerian felices con tener una semejante!» La lluvia caía á torrentes sobre las capas pesadas que cubrían sus cuerpos, y decia entonces: «¡cuántos marineros en este mismo instante tendrán que sufrir esta lluvia y luchar ademas con el furor del viento y de las olas!» Virgilio, el Tasso y los Padres de la Iglesia suministraban á su memoria citas que le daban valor. El abate Sallusti respondia siempre con versos de *Métastasio*, su poeta favorito, y ambes lo olvidaban todo, cansancio, aburrimiento y privaciones.

En fin, caminando de peligros en fatigas, de moches sin sueño en ayunos forzados, la mision apostólica llegó á Santiago de Chile, despues de tres meses de viaje á través del continente el 17 de marzo de 1824.

Los enviados de la Santa Sede fueron recibidos por

la poblacion con grandes demostraciones de entusiasmo; pero no tardaron en conocer que allí, como en Buenos-Aires, si su presencia era agradable al pueblo, no agradaba de la misma manera á los depositarios del poder.

Empezaron por señalarles un alojamiento tan reducido, que el secretario de la legacion, el abate Sallusti, tuvo que establecer su despacho en un corredor que daba á un patio y que estaba espuesto á todas las mutaciones atmosféricas. Despues, como el gobierno chileno se hubiese ofrecido espontáneamente á costear la mision, se dió tan mala traza en el cumplimiento de su compromiso, que Monseñor Muzi, y sus compañeros, se vieron casi reducidos á vivir de limosna.

Tres meses se emplearon en la comprobacion de sus poderes, y cuando ya empezaban á secularizar á los regulares que deseaban abandonar sus hábitos para volver á entrar en el mundo, les sostuvieron que no tenían ningun derecho para hacer aquello: los tribunales rehusaron registrar sus decisiones y fué preciso que de nuevo sometiesen sus piezas al exámen del congreso.

Este era, sin embargo, el principal objeto de su viaje. Las cosas habian llegado á este punto, cuando el vicario apostólico, despues de increíbles esfuerzos de moderacion y de paciencia, se vió en la necesidad de pedir sus pasaportes, y la mision volvió á tomar el camino de Europa el 19 de octubre del mismo año.

La vuelta se efectuó sin que ocurriera nada notable: nuestros viajeros doblaron el cabo de Hornos, to-

caron en Montevideo, en Gibraltar y echaron el ancla en el puerto de Génova la mañana del 5 de junio de 1825.

Un mes despues entraban en Roma.

Este viaje de Mastai á Chile, atravesando las inmensidades del Océano y los desiertos de la América meridional, acabó de fortalecer su cuerpo, madurar su experiencia y formar su juicio.

¡Qué de espectáculos desconocidos habian herido sus ojos! ¡Qué de recuerdos y lecciones para su carrera apostólica!

Habia llegado á las estremidades del globo y de la civilizacion humana. Asociado por mucho tiempo á la vida del marino y del salvaje, habia visto todo lo que la ruda compañía y la vida activa del mar pueden producir de encantador y sublime; habia visto la justicia desconocida, las costumbres perversas y la Iglesia misma contrariada, humillada y perseguida en el pueblo mas acostumbrado á las prácticas de la fé, en el pais clásico de la inquisicion.

Doble leccion que debia dejar en su alma impresiones profundas, mostrándole por una parte todos los recursos morales que desarrolla la lucha contra los elementos y la asociacion en el trabajo. Y por otra la confianza instintiva de los pueblos en la Iglesia, en contraposicion de la celosa desconfianza de las potestades temporales que temen su poder y que no piensan mas que en ponerle trabas.

CAPITULO SESTO.

*El hospicio de San Miguel. — Su origen. — Objeto del establecimiento. — La escuela mas antigua de las artes y oficios de Europa. — Mastai director. — Descubre sus facultades administrativas. — Orden en las rentas. — Participacion de los obreros aprendices en los productos de su trabajo. — Leon XII conoce á Mastai y le nombra obispo de Spoleto. — Aficion de Pio IX por el hospicio. — El dia de San Miguel. — El Papa abre en persona la esposicion de las obras hechas por los alumnos.*

La Providencia, que debia poner un dia en las manos de Mastai el cetro del catolicismo, parece haber querido prepararle á los deberes y dificultades del Pontificado por las ocupaciones y acontecimientos de toda su vida.

En su larga carrera no hay nada que sea extraño á los sufrimientos y á las necesidades de la sociedad ó al gobierno de la gerarquia eclesiástica: el amor del prójimo no se paraliza jamás en su persona por la preocupacion esclusiva de su interés ó de su salud. Diremos mejor, que por el amor del prójimo unido al de

caron en Montevideo, en Gibraltar y echaron el ancla en el puerto de Génova la mañana del 5 de junio de 1825.

Un mes despues entraban en Roma.

Este viaje de Mastai á Chile, atravesando las inmensidades del Océano y los desiertos de la América meridional, acabó de fortalecer su cuerpo, madurar su experiencia y formar su juicio.

¡Qué de espectáculos desconocidos habian herido sus ojos! ¡Qué de recuerdos y lecciones para su carrera apostólica!

Habia llegado á las estremidades del globo y de la civilizacion humana. Asociado por mucho tiempo á la vida del marino y del salvaje, habia visto todo lo que la ruda compañía y la vida activa del mar pueden producir de encantador y sublime; habia visto la justicia desconocida, las costumbres perversas y la Iglesia misma contrariada, humillada y perseguida en el pueblo mas acostumbrado á las prácticas de la fé, en el pais clásico de la inquisicion.

Doble leccion que debia dejar en su alma impresiones profundas, mostrándole por una parte todos los recursos morales que desarrolla la lucha contra los elementos y la asociacion en el trabajo. Y por otra la confianza instintiva de los pueblos en la Iglesia, en contraposicion de la celosa desconfianza de las potestades temporales que temen su poder y que no piensan mas que en ponerle trabas.

CAPITULO SESTO.

*El hospicio de San Miguel. — Su origen. — Objeto del establecimiento. — La escuela mas antigua de las artes y oficios de Europa. — Mastai director. — Descubre sus facultades administrativas. — Orden en las rentas. — Participacion de los obreros aprendices en los productos de su trabajo. — Leon XII conoce á Mastai y le nombra obispo de Spoleto. — Aficion de Pio IX por el hospicio. — El dia de San Miguel. — El Papa abre en persona la esposicion de las obras hechas por los alumnos.*

La Providencia, que debia poner un dia en las manos de Mastai el cetro del catolicismo, parece haber querido prepararle á los deberes y dificultades del Pontificado por las ocupaciones y acontecimientos de toda su vida.

En su larga carrera no hay nada que sea extraño á los sufrimientos y á las necesidades de la sociedad ó al gobierno de la gerarquia eclesiástica: el amor del prójimo no se paraliza jamás en su persona por la preocupacion esclusiva de su interés ó de su salud. Diremos mejor, que por el amor del prójimo unido al de

Dios es por lo que él trabaja en su salud personal. Su inclinacion no le arrastra ni hácia los empleos lucrativos de la prelatura, ni hácia la soledad del claustro; y sus trabajos como sus estudios, el celo de su devocion como las funciones que desempeña, todo respira una caridad activa, todo tiende á mejorar la suerte del hombre.

Le hemos visto ya, á su entrada en la órdenes, vivir por espacio de siete años entre los huérfanos de la clase obrera, instruirlos, moralizarlos, y asegurarles por el aprendizaje, un oficio que les permita vivir honradamente al abrigo de las primeras necesidades.

Le hemos visto participar en la inmensidad de los mares y de los desiertos del nuevo mundo, de los peligros y privaciones de las misiones lejanas. Le hemos visto en las prisiones de Mallorca, y bajo el cielo libre de las modernas repúblicas americanas, experimentar á la vez los rigores y los caprichos del absolutismo y de la anarquia.

A su regreso de Chile le vemos nuevamente ocupado en la educacion profesional de la juventud, pero en mayor escala que en Tata Giovanni, y menos como maestro que como administrador.

En la ribera derecha del Tiber, en un lugar en que el rio, despues de mil vueltas se aleja de la ciudad eterna para ir á perderse en el mar, existe un edificio inmenso, cuya fachada cae en toda su longitud sobre el muelle de *Ripa-Grande*.

Este vasto edificio, al pie del cual las góndolas de *Ostia* y *Finnicino* desembarcan sus mercancías, y

que domina por la otra ribera los conventos y jardines del monte Aventino, es el hospicio de San Miguel.

El objeto primitivo del establecimiento fué arrancar de la vagancia y de la ociosidad á los niños abandonados. Inocencio X concibió este pensamiento é hizo construir á fines del siglo XVII la parte mas vieja del edificio, donde recogió una centena de niños, á los cuales hizo que enseñaran un oficio.

Inocencio XII, habiendo agrandado el hospicio y llevado á él hasta trescientos niños, afectó á la dotacion del establecimiento el palacio de *Monte-Citorio*, la posada de las postas y las dos aduanas, que habia hecho construir de sus propias rentas para los huérfanos de San Miguel, que él llamaba afectuosamente sus sobrinos.

Despues de él, Clemente XI añadió un cuerpo mas, destinado á recibir un número considerable de ancianos y enfermos.

Clemente XII hizo construir en el mismo recinto el departamento que sirve de prision á las mugeres de mala vida. En fin, en 1790 Pio VI completó el edificio y llevó á él una escuela analoga de niñas, que hasta entonces habia ocupado el palacio de San Juan de Letran.

La direccion de este vasto establecimiento fué confiada á Mastai á su regreso de Chile.

San Miguel es, sin contradiccion, la escuela mas antigua de oficios y artes que ha sido fundada en Europa, tanto bajo el punto de vista moral y social, como del industrial, es la mas completa, porque ademas

de enseñarse en ella, sin escepcion alguna, todos los officios mecánicos y artisticos, recibe á los niños de ambos sexos y ofrece un asilo á los ancianos.

De esta escuela han salido los artistas italianos mas memorables de nuestro tiempo, Mercuri, Calamata, y el escultor Taccini, muerto hace poco.

Se encuentran en ella talleres de impresores, encuadernadores, zapateros, sastres, herreros, caldereros, tintoreros y hasta manufacturas de tejidos de todas clases.

Las imprentas gozan del privilegio de imprimir todos los libros necesarios para la enseñanza de las escuelas públicas y seminarios.

La manufactura de paño provee tambien, por privilegio, de uniformes para las tropas papales, y las charreteras, los alamares, los pasamanos y en fin, todos los adornos de seda, lana ó algodón son ejecutados esclusivamente por los jóvenes huérfanos. La fabricacion de tapices para las colgaduras y muebles, abandonada en toda la Italia, ha sido fomentada en San Miguel, donde cerca de mil doscientas personas de toda edad reciben una educacion y un asilo.

El gobierno de este pequeño mundo industrial, complicado con las exigencias diversas de la caridad, la enseñanza y la fabricacion, iba á descubrir en el joven Mastai los recursos de prudencia, economia y talentos administrativos de que hasta entonces no habia tenido ocasion de dar ninguna prueba.

Cuando Leon XII dió á Mastai, simple canónigo aun, el título de presidente de la comision directiva

del hospicio, era ya ocasion de que una mano firme, un talento integro y vigilante viniesen á reparar algun tanto el estado de desorden en que se hallaban sus rentas. El despilfarro y las dilapidaciones de los empleados subalternos alentados por la falta de vigilancia, habian hasta tal punto agotado el cargo y aumentado la data, que el establecimiento estaba amenazado de una banearrota.

Mastai previno este escandalo con medidas tan sabias como enérgicas. El déficit, reducido en pocos dias á la insignificante suma de 554 piastras romanas desapareció bien pronto completamente.

Despues de haber reformado la hacienda del hospicio, y dado á su administracion una base solida, el joven canónigo puso el mayor cuidado en la distribucion entre los trabajadores del fruto de su trabajo.

Hasta entonces los aprendices y obreros empleados en los talleres y manufacturas del hospicio no habian recibido ningun salario; solamente en el momento de su salida, se les entregaban 50 piastras. El establecimiento era el único que se aprovechaba del producto de la venta de los objetos fabricados. Este estado de cosas pareció injusto al nuevo presidente, que propuso al consejo se admitiera en adelante al obrero aprendiz á la participacion de los beneficios que resultasen de su trabajo.

Esta proposicion fué aceptada, y se abrió un gran libro en que se llevaba una razon exacta de lo que cada alumno producía al establecimiento para asignarle la mitad: con el objeto de evitar que lo que ganasen fue-

se en gran parte derrochado durante el tiempo del aprendizaje, Mastai decidió que aquellas sumas se depositaran en bancos dispuestos al efecto, con lo que consiguió además que aumentadas con la acumulación de intereses proporcionasen al alumno un pequeño capital con el cual podía establecerse á su salida del hospicio.

Así Mastai manifestaba en la administración de S. Miguel ese espíritu de justicia y de bondad, de que tantas pruebas ha dado después Pío IX.

Al asociar de esta suerte al aprendiz obrero á la participación de las utilidades que su trabajo contribuía á realizar; se anticipaba á satisfacer una de las necesidades más imperiosas, y á resolver uno de los problemas más importantes de las sociedades industriales que después se han presentado, indicando así el modo de verificarlo, y esto sin estudios, sin sistema, por el instinto de un corazón honrado, por la sola inspiración de la caridad y del buen sentido y por la aplicación del verdadero espíritu cristiano á la economía interior de la manufactura y de los talleres.

Mastai permaneció un mes escaso en S. Miguel. El orden que había establecido, las reformas que había introducido, el respeto y cariño que inspiraba á sus subordinados, empleados y educandos, llamaron bien pronto la atención de Leon XII, que no dudando que la alta capacidad que el joven canónigo acababa de demostrar podría servir de mucho á la Iglesia, le elevó á la dignidad episcopal.

Mastai pasó de la presidencia del hospicio al arzo-

bispado de Spoleto. Pero en este nuevo ascenso, lo mismo que en los que sobrevinieron después, no olvidó nunca á su pequeño pueblo industrial de S. Miguel. Al subir á la silla de S. Pedro, anunció á su sucesor actual el cardenal Tosti, que todos los años, el día del Santo, patron del hospicio, iría en persona á abrir la exposición de objetos ejecutados por los alumnos, y á la que asiste lo más escogido de la sociedad romana.

Esta promesa ha sido ya cumplida dos veces. Hemos asistido á una de estas visitas verdaderamente paternales, y de ningún modo podemos completar mejor el bosquejo de esta grande y magnífica institución industrial, dar á conocer su carácter, sus costumbres y su importancia social, que obligando al lector á acompañarnos en esta solemnidad y haciéndole participar de todas nuestras impresiones.

Multitud de centinelas se hallaban colocados en todas las avenidas, era imposible entrar en el hospicio; pero en Roma en esos días no hay ninguna consigna inalterable, así es que habiendo insistido un poco, pudimos unirnos al cuerpo diplomático y á algunos estrangeros de distinción que habían sido invitados á la fiesta, y que estaban colocados en una galería por donde debía pasar el Papa.

Pío IX se detuvo en el piso bajo, donde el cardenal Tosti le presentó los jóvenes huérfanos que se habían distinguido más en aquel año. Les echó su bendición, se informó del nombre de los que se hallaban más cerca de él, de su profesión y de sus progresos con una bondad, una complacencia y un buen humor tan



grandes, que manifestaban toda la alegría que experimentaba por hallarse en medio de ellos.

Subió en seguida la gran escalera, atravesó la galería y fué á sentarse en el salon, sobre un trono que habia sido preparado precipitadamente. Allí, todas las personas presentes, sin orden, sin distincion de rango fueron admitidas á besar su pié. El primero que llegaba era el primero que lo besaba. Dos camareros, que formaban todo el acompañamiento del Papa, se esforzaban en vano por dejar á su alrededor un pequeño espacio libre para que pudiese respirar.

Parecía que Pio IX gozaba con aquel apresuramiento y aquella confusion; se reía de los esfuerzos que hacian para llegar hasta él, los que se hallaban en el otro extremo del salon. Cada vez que descubria entre la multitud alguna persona conocida, la hablaba familiarmente, y siempre encontraba palabras agradables que dirigirla. Despues de haberse asomado al balcon y haber bendecido á la multitud que se agrupaba en el muelle de *Ripa Grande*, el Papa aceptó una ligera colacion. Infinidad de lacayos con bandejas, cruzaron en todas direcciones, y las personas de todas condiciones que llenaban aquel aposento, fueron admitidas á participar del chocolate, sorbetes y dulces que se ofrecieron el soberano Pontifice.

Durante la colacion, el cardenal Tosti suplicó á S. S. aceptará un busto en marmol y un camafeo esculpidos por los alumnos del establecimiento. El Papa admiró largo tiempo estas dos obras, las alabó sin exageracion y las criticó con benevolencia, como verda-

dero amigo de las artes, despues él mismo se encaminó hacia las salas de esposicion situadas en el piso superior.

Los productos de los diferentes talleres estaban colgados con el mayor orden y simetria en las paredes de una larga hilera de habitaciones, y presentaban un magnífico golpe de vista.

Se pasó del salon de grabados al de las esculturas y camafeos. Despues de los objetos de cerrajería se hallaban colocados los de imprenta y encuadernacion, despues los muebles elejidos, los paños, los tegidos de seda y algodón, los tapices de todas clases por el estilo de los de *Gobelins* (1) entre ellos habia uno cuyo suelo representaba un mosaico antiguo y que estaba desempeñado de una manera admirable.

Pio IX. se paraba á cada objeto que encontraba, examinando detenidamente las cualidades de los tejidos, el tinte de las telas, la correccion de los dibujos, la encuadernacion de los libros; nada se le escapaba; y cuando alguna cosa llamaba su atencion por cualquier circunstancia, terminaba sus elogios preguntando el nombre, la edad del autor y el lugar de su nacimiento.

Al volver de las galerías de la esposicion, el cortejo pontifical pasó por delante de una puerta que comunica de los aposentos de los varones á los de las hembras: aquella puerta solo estaba abierta por esas circunstancias. Doscientas ó trescientas huérfanas es-

(1) Nombre de una famosa fábrica de granas y tapices que hay en Paris. (N. del T.)

peraban al Papa para cumplimentarle á su paso, Pio IX se encontró de repente rodeado de aquellas jóvenes, que se propusieron mostrarle su reconocimiento de una manera tan estrepitosa y familiar, que no pudiendo conseguir oirlas ni hacerse oír, tomó el partido de bendecirlas riéndose de sus francas demostraciones.

El viejo cardenal Tosti lanzaba á aquel pequeño pueblo en zagalejo, miradas fulminantes, pero el Papa desarmó con un gesto de buen humor su severidad, y se declaró en retirada, no sin correr el riesgo de dejar en aquellas manos audaces algunos trozos de su vestido.

La misma escena tuvo lugar á la entrada del departamento de los ancianos. Pio IX demostró en todas estas circunstancias, una alegría, una dulzura y una bondad, que no disminuían en nada el respeto debido á su persona y aumentaban á cada paso el entusiasmo de los que le rodeaban.

Tal fué la visita de Pio IX al hospicio industrial que habia dirigido, siendo simple canónigo. Qué diferencia entre este espectáculo tierno, esta alegría sincera y recíproca y aquellas demostraciones acordadas en honor de algun gran personage á quien se atribuyen los ventajosos resultados de una institucion hacia la cual en el fondo de su corazon no siente interes alguno! Nada de arengas vanas, nada de sonrisas ni otros actos ridiculos de pura fórmula; todo era allí sencillo, grave, paternal; se hallaba uno á su placer, porque asistia á una fiesta de familia. Tales el caracter de Roma. Jamas soberano alguno ha represen-

tado mejor su pueblo; jamas pueblo alguno ha representado mejor su soberano: son dignos el uno del otro.

Cuando Pio IX salió, buscamos en vano las huellas de la permanencia de Mastai en el alojamiento del director actual.

Todo está cambiado; los tabiques han desaparecido; las dos piezas habitadas por el modesto canónigo bastan á penas á formar el vestibulo que hay en el dia: su mueblage, retirado en los graneros, ha sido reemplazado por la suntuosa elegancia de un príncipe de la Iglesia.

Apresurándonos, sin embargo, á decir, que en medio del lujo de las artes, el cardenal Tosti no manifiesta menos celo que Mastai para la enseñanza de los educandos y la buena administracion del establecimiento. Pero henos aqui lejos de Spoleto, y ya es tiempo de seguir á Mastai y verle tomar posesion del episcopado.

## CAPITULO SEPTIMO.

*Mastai arzobispo de Spoleto. — Estado de la diócesis. — Desórdenes reparados. — Fusion de opiniones. — Revolución de 1831; los Austriacos llegan á Spoleto. — Mastai les obliga á retroceder. — Desarma á los rebeldes. — Lista de los sospechosos. — Mastai y el agente de policía. — Gregorio XVI envia á Mastai á Roma. — Mastai y su mayordomo. — La pobre mujer y el candelero.*

El 21 de Mayo de 1827 fué elevado Mastai á la dignidad de Arzobispo; al llegar á Spoleto, encontró los negocios de su diócesis en un estado análogo al en que se hallaban los del hospicio de S. Miguel cuando fué nombrado su director. A causa de la inaccion de su predecesor, el celo del clero se habia debilitado, y los lazos de la disciplina se habian relajado; reinaba el mayor desorden en la administracion de los bienes de la Iglesia, tanto que la mayor parte de sus rentas se hallaban invertidas en cosas muy ajenas á su verdadero destino, y por último el espíritu público se encontraba dividido en multitud de bandos y facciones que diariamente se declaraban la guerra en los salones, en las sociedades secretas y hasta en los parques públicos.

Mastai dedicó un año entero en estudiar el mal antes de ponerle remedio. No comprendiendo el pueblo la causa de esta inaccion, la atribuyó en un principio á insuficiencia ó incapacidad, y se lamentaba de no haber cambiado de Obispo: pero cuando al cabo del año vió reanimarse poco á poco el celo del clero por medio de frecuentes ejercicios de piedad y devocion, restablecerse la regularidad de los monasterios, el orden y la economia hasta en el último eclesiástico, y erigirse á favor de estas reformas establecimientos útiles para instruir á la infancia y ocupar los brazos que carecian de trabajo, recobró su confianza.

El palacio episcopal se hizo el punto de reunion de las diferentes opiniones y partidos, y acogidos todos en los salones del arzobispo con igual afabilidad y benevolencia, siguieron el ejemplo que este les habia dado, se miraron sin odio y acabaron por tenderse la mano.

El secreto de esta metamorfosis que Pio IX realiza paulatinamente en el dia en mas vasta escala, existia únicamente en su corazon: Mastai habia separado á muchas personas de los cargos que desempeñaban, ya por su edad ó por su insuficiencia, reemplazandolas en ellos con sugetos jóvenes ó de mérito; pero esto sin violencia y sin hacer la desgracia de nadie.

Ninguno de los separados quedó descontento, porque encontraron en las ventajas de sus nuevos destinos ó en las satisfacciones del amor propio, una compensacion á la mudanza de sus anteriores cargos.

Se acercaba el tiempo en que Mastai debia recojer

el fruto de la union que habia cimentado, del respeto y del cariño universal que inspiraba.

La revolucion de 1830 acababa de estremecer la Europa: la Bélgica, imitando á Paris, habia recobrado en tres dias su independencian; la Polonia empezaba la lucha sangrienta cuyo fin debia ser tan desastroso. El contagio invadió tambien la Italia: el partido liberal reunió todos los recursos que le daban las asociaciones con la nobleza de las campañas; con la juventud de las escuelas y hasta con el ejército. Una insurreccion general estalló en los estados de la Iglesia, las tropas se unieron en muchos puntos á los sublevados, y el Papa amenazado en la misma Roma, imploró la proteccion del Austria.

La actitud firme de Mastai y sus discursos conciliadores, habian logrado sostener la paz en su diócesis; no se habia alterado el orden en lo mas mínimo: pero bien pronto, arrojados los insurgentes de ciudad en ciudad, de posicion en posicion, retrocediendo siempre ante los austriacos, llegaron hasta Spoleto, y se introdugeron dentro de sus murallas en número de cinco mil. Las tropas extranjeras avanzaban entre tanto; ya no les faltaban sino algunas horas de marcha para llegar á Spoleto, cuando el arzobispo les intimó que se detubieran, asegurándolas que no tendria necesidad de nadie para desarmar á los rebeldes.

Los austriacos se detubieron. Mastai, mientras volvia el correo que habia enviado á Roma, arengó á los sublevados, haciéndoles ver la inutilidad de la resistencia, los peligros que acarrearían á la ciudad entera

persistiendo en combatir, y la desgracia inevitable que á él mismo le esperaba por el paso que se habia atrevido á dar y cuya responsabilidad pesaba toda sobre él.

Conmovidos todos aquellos jóvenes con las palabras de Mastai, renunciaron á prolongar la guerra civil y depositaron sus fusiles á los pies de aquel que debia un dia recompensarles su sumision, y darles espontáneamente, por su plena autoridad, esa libertad que no hubieran nunca conquistado por la revolucion y la violencia.

Fué este un dia de júbilo para Spoleto y para Mastai, asi como aquel en que el redoble siniestro del tambor se perdió en lontananza, y en que los colores tudescos desaparecieron en el horizonte. La ciudad entera se iluminó, y el palacio episcopal fué asaltado por una multitud de personas cuyas aclamaciones estrepitosas no cesaron de testificar su alegria y gratitud.

Era el principio de esas demostraciones entusiasmadas que tan frecuentes son en Roma desde hace un año.

No le bastaba á Mastai haber desarmado á los rebeldes, necesitaba reconciliarlos con el poder, ó al menos ponerlos al abrigo de sus golpes. Las listas de proscripcion habian sido dirigidas á Roma, y la policia, hacia en las provincias, las mas activas pesquisas.

Uno de sus agentes se presentó un dia al arzobispo: «Ya, le dijo, puedo hacer conocer á Roma los nombres y el asilo de los promovedores de la rebelion: hé

aquí la lista!» y entregó á Mastai un papel que este leyó con una profunda atención. El fuego ardía en la chimenea sobre la cual se apoyaba Mastai: su mano temblaba. De repente, y fijando en él espía su mirada dulce y límpida, le dijo sonriéndose: «Pobre hijo mío, no conocéis vuestra profesión ni la mía: cuando el lobo quiere engullirse los corderos, se guarda mucho de prevenirse al pastor del rebaño.» Y arrojó al fuego la lista acusatoria que desapareció bien pronto en las llamas á la vista del agente que se quedó absorto y consternado.

A penas hubo salido, cuando Mastai se apresuró á mandar un aviso á los proscriptos cuyos nombres había retenido en su memoria: todos se pusieron en salvo, y muchos de ellos debieron á su bolsa los medios de llegar á Toscana y embarcarse.

La noticia de este rasgo generoso del arzobispo llegó bien pronto al Vaticano, envenenada por el espíritu de partido. Entregado Gregorio XVI á los terrores y al sistema de reacción que fomentaban los miembros más influyentes del sacro-colegio, se previno, según dicen, fuertemente contra Mastai y le llamó á Roma bajo pretexto de asistir á la beatificación de un santo personage, aunque en realidad fué solo para pedirle explicaciones de su conducta.

Costó poco trabajo al ministro del señor disculparse con el Evangelio en la mano, y Gregorio XVI después de oírle, desechó sus prevenciones y quiso provárselo confiriéndole un cargo más importante. Su nombramiento al obispado de Imola, retarda

do algún tiempo por las instancias de las personas notables de Spoleto que vinieron en diputación á Roma á suplicar al Papa que les conservase su pastor, tuvo lugar el 17 de diciembre de 1852.

La traslación desde un arzobispado de jurisdicción modesta á un obispado más considerable, más populoso, más rico es siempre en Italia un ascenso de consideración para el titular que toma la denominación de Arzobispo-Obispo.

La diócesis de Imola, situada en el centro de las provincias más agitadas de los Estados de la Iglesia, además de su mucha extensión, tenía una gran importancia en las circunstancias políticas y en la disposición general de los ánimos.

Se necesitaba que la Romania permaneciese tranquila: una sorda fermentación paralizaba allí la acción del poder y de la justicia, ineficaz para prevenir las venganzas personales, consecuencias inevitables de las conmociones italianas.

Enviando al foco más peligroso de la rebelión, á aquel que un año antes acababa de desarmar á los sublevados de Spoleto, el Soberano pontífice demostraba suficientemente la confianza que le inspiraban sus talentos y virtudes.

Mastai se vió precisado á separarse de aquellos á quienes había unido y protegido contra las facciones, contra las bayonetas extranjeras y contra los abusos del poder interior. Pero el recuerdo de su bondad, quedó grabado en sus corazones, y hoy, después de quince años, la tradición conserva aun entre las gen-

tes del pueblo una multitud de rasgos naturales y tiernos del noble arzobispo. Citaremos uno.

El arzobispo era, en Spoleto, quien socorria todos los infortunios que llegaban á su noticia: asi es que su caja se hallaba frecuentemente vacia. Cuando esto sucedia y el dueño de la casa pedia á su mayordomo que la llenara nuevamente recibia de este, sermones en vez de escudos.

Un dia que Mastai habia sido muy severamente sermoneado por su viejo servidor, lo cual indicaba el lastimoso estado de sus bienes, una mujer se presentó y pidió hablarle á solas.

En cuanto hubo salido el mayordomo, aquella mujer se echó á los pies del arzobispo, trémula, afligida, consternada, sus hijos no habian comido nada desde la vispera; lloró, y las lágrimas asomaron tambien á los ojos de Mastai. Pero al mismo tiempo que la consolaba y la animaba, buscaba en los cajones de su mesa, registraba los bolsillos de su sotana, todo era inutil, no encontraba ni un escudo.... De repente fijó su atencion en dos candeleros de plata que habia sobre la chimenea, cogió uno y presentándosele á la desgraciada madre, un poco confuso de verse reducido á aquel extremo, la dijo: «La verdad es que en este momento no tengo ni un ochavo, pero os darán lo que necesiteis sobre esta prenda. Yo la desempeñaré mas tarde. Tened cuidado de entregarme á mí, á mí solo, el recibo de empeño.»

Mastai pensaba en su mayordomo. La pobre mujer, cuando esta vez de alegría, corrió á casa de un plate-

ro, recibió algunos escudos, y sin sospechar siquiera que pudieran seguirla, llevó pan á sus hijos.

Al dia siguiente Mastai la esperó en vano. Tuvo necesidad de confesar al mayordomo todo lo que habia sucedido, porque justamente se ocupaba en empaquetar los muebles, pues al otro dia salian para Imola. En aquella ciudad recibió Mastai una carta del juez de Spoleto, en la que le decia, que un candelero de plata con las armas de el arzobispado, habia sido robado y empeñado por una mendiga que en el momento de su arresto, tenia aun el recibo de empeño.

La sorpresa y el disgusto del digno prelado fueron extremas: «Yo, decia él, yo solo he sido quien ha merecido esa prision!» Facil es presumir que el error seria prontamente reparado, y que este nuevo infortunio, del que Mastai habia sido la causa inocente, atraeria sobre la que lo habia sufrido, nuevos y multiplicados beneficios.

CAPITULO OCTAVO.

Mastai arzobispo-obispo de Imola. = Entrada en la ciudad. = El obispo en el púlpito. Reforma en la disciplina y la instrucción del clero. = Ejercicios espirituales en el Piratello. = Asesinato cometido por un cura de aldea. = Mastai consigue de los aldeanos que entreguen al culpable y reciban otro cura. = Niños abandonados puestos en aprendizaje. = Mastai introduce en Imola las hermanas de la caridad. = Construye el Convitto para los esternos de los seminarios. = Sus salones abiertos á todos los partidos. = Elevacion al cardenalato en 1841. = Solemnidades y regocijos en esta ocasion. = La mujer del porta-estandarte y el padrino del niño, anecdota. = Asesinato cometido en la escalera de la catedral, en el carnaval. = Mastai en las cárceles. = Muerte de Gregorio XVI. = Baladelli en el Piratello. = Presentimientos. = Dicho de Mastai.

Mastai habia retardado su marcha de Spoleto hasta principios de 1835, con el objeto de dejar arreglados todos los negocios de su diócesis. Llegó á las inmediaciones de Imola la noche del martes de carnaval, é hizo su entrada en la ciudad al dia siguiente, miércoles de ceniza.

Un inmenso gentío le esperaba á las puertas deseoso de contemplar las facciones del nuevo obispo y de recibir su primera bendicion.

Le condujeron procesionalmente hasta la catedral; allí, despues de haber tomado posesion de la silla episcopal, subió al púlpito, hizo la pintura del estado en que se encontraba su diócesis, de las ventajosas reformas que en ella se podrian introducir y que él estaba dispuesto á realizar, si le prestaban su apoyo y le ayudaban en aquella empresa las personas honradas de la misma. Este estreno paternal, este paso sencillo y franco, y sobre todo, el espectáculo nuevo para la ciudad de un predicador cubierto con la mitra y revestido con los ornamentos pontificales, causó una profunda impresion en el auditorio y le previno tan favorablemente, que el nombre de Mastai, desconocido hasta entonces en Imola, empezó desde aquel dia á hacerse popular.

Los primeros cuidados de Mastai fueron para su clero; visitó con frecuencia el seminario, fortaleció en él los estudios y los completó con la enseñanza de todos los conocimientos prácticos de la naturaleza, bastantes para iniciar á los jóvenes eclesiásticos en las necesidades, sufrimientos y trabajos de la vida positiva. Reunió en ejercicios espirituales, que dirigia él mismo en el convento del Piratello, á los curas y vicarios de las diferentes parroquias. Allí, encerrándose con ellos dos veces por año, en un local que habia mandado disponer al efecto, les predicaba, les recordaba los deberes de su estado y procuraba imbuir en sus corazones ese ardiente amor á Dios

yosá los hombres de que él se halla tan animado.

El clero de la diócesis de Imola tenía entonces gran necesidad de que se le recordase el verdadero espíritu del Evangelio; era preciso que por todas partes diese ejemplo de las virtudes cristianas; mas de una vez en aquellos tiempos de revueltas, la conducta de algunos eclesiásticos había sido, para sus feligreses, un motivo de escándalo. Mastai mismo no pudo corregir por el pronto algunas naturalezas rebeldes. Un día, mientras tenía lugar un ejercicio piadoso en el Piratello, vinieron á avisarle que el cura de una aldea, situada en la montaña, había asesinado á su criado.

El pueblo exasperado por un crimen que el carácter del que lo había cometido hacia mucho mas monstruoso, tenía sitiado al culpable en su presbiterio, y juraba hacerse justicia por sus propias manos.

Mastai corrió á aquel sitio y se presentó solo á la multitud furiosa; á fuerza de súplicas y lágrimas consiguió que se calmaran algun tanto los espíritus de aquellos hombres y obtuvo de ellos que entregasen á la justicia á aquel que un instante antes querían sacrificarse.

Sin embargo la fé y el santo ministerio acababan de recibir un gran golpe; la aldea reusaba recibir un nuevo cura; el obispo tuvo que ir durante muchos dias á predicarles él mismo, y á fuerza de amor, de paciencia y de caridad, acabó por enternecerlos y por volverlos á las prácticas de la religion.

Tan pronto como el obispo de Imola contó con el apoyo de algunos eclesiásticos celosos e inteligentes,

trató, lleno aun de recuerdos de Tata Giovanni, de poner término á la ociosidad y á la vagancia que embarrataba las calles de la ciudad con una infinidad de personas de mal vivir y de mendigos de ambos sexos.

Imola en esta época como Roma en tiempo del viejo albañil, contaba un gran número de niños abandonados que pasaban los dias y las noches en las escaleras de las iglesias y de los monumentos públicos, pidiendo una limosna á todas las personas que por allí pasaban y perdiendo, en el seno de una vida abyecta, su pudor y moralidad.

Ademas, los hijos de los colonos de las cercanias, que asistian al seminario como esternos, por carecer de medios para pagar la pension, frecuentaban mas bien los paseos, los casinos y los cafés que las cátedras. Se mezclaban en cuestiones y disputas políticas, que multiplicaban por su carácter turbulento, y se entregaban á todo género de escándalos.

Mastai, por sus sabias disposiciones, purgó poco á poco la ciudad de todos estos desórdenes.

Encargó á siete eclesiásticos y á un número igual de hermanas de la caridad, que mandó venir espresamente de Nápoles, que recogieran todos los niños de ambos sexos que estuvieran abandonados, que los colocaran de aprendices en casa de los artesanos mas honrados y que allí vigilaran su conducta.

Los domingos y dias de fiesta iban todos estos niños reunidos á la pequeña iglesia de *S. Concittadino*, á oír misa y una instruccion.

Para atender á su alimento y camas habia un fon-



do de 1,000 piastras; y el obispo para animarles á cumplir exactamente sus deberes les prometió, que al empezar el estio y en las inmediaciones del invierno, vestiria á sus espensas, á los que en aquellas dos épocas hubieran dado mas muestras de su aplicacion.

En los trece años que Mastai ocupó la silla episcopal de Imola, el número medio de niños vestidos por él no fué nunca menor de cuarenta por año, y muchas veces pasó de sesenta. Su corazon se regocijaba entonces.

Después de haber purgado las calles de niños abandonados, Mastai, para poner un término á la vagancia peligrosísima de los esternos del seminario, mandó construir al lado de aquel establecimiento un nuevo edificio conocido hoy con el nombre de *Convitto*, en el que los discípulos esternos, cualquiera que fuese la mediania de sus recursos, encontraban siempre mesa y alojamiento.

A pesar de la solicitud de Mastai para las clases populares y para aquellos que tenían mas necesidad de que se remediaron sus sufrimientos, no por eso perdía de vista las demas clases de la sociedad.

Al mismo tiempo que mejoraba las costumbres y la instruccion del clero, que desterraba de las calles la mendicidad, la turbulencia de una juventud ociosa, se esforzaba en calmar los rencores de los partidos estremos, en inspirar á los agentes del poder la mansedumbre y el olvido, y en restablecer la union y la paz perdidas entre todas las clases de ciudadanos.

Sus salones estaban abiertos, como en Spoleto, á

los hombres de todas las opiniones, y sobre todo á los descontentos; porque con estos tenia mas deberes que cumplir.

¿No debia él aconsejarlos, calmarlos, y salvarlos de la exageracion de sus propios principios y de los peligros de una ilusion que podia atraer sobre sus cabezas, y aun sobre el pais entero, los males mas grandes?

Esta calma, este celo apostólico en medio de la efervescencia de los partidos, le hicieron algunos enemigos. Tuvo que sostener luchas bastante serias con los partidarios de las ideas retrógradas. Pero habia conquistado la estimacion, el respeto y el cariño de todas las clases, y su elevacion al cardenalato en 1841, fué objeto de regocijos públicos.

La ciudad entera se iluminó por espacio de muchos dias; las sociedades científicas y literarias le enviaron diputaciones que le felicitaron en su nombre, en las sesiones solemnes se hizo su apologia, y los poetas de la provincia arrojaron sobre él una lluvia de sonetos.

Mastai sin embargo nada escaseaba para ilustrar y conmover el corazon de sus adversarios; nada puede compararse á la bondad, á la paciencia y delicadeza con que se conducia respecto de estos.

Refieren con este motivo, que un mes antes de la apertura del cónclave, la mujer del confalonier, ó portandarte adversario fanático del obispo, fué á verle y á manifestarle cuanto sufría por los sentimientos y proceder de su marido hácia él.

—Ah! exclamó, y sin embargo todo es o podria cambiar muy pronto. Estoy en cinta. Si Vuestra Eminencia

consintiese en tener á nuestro hijo sobre la pila bautismal, seria un lazo con la familia, ante el cual desaparecerian sin duda alguna todos los resentimientos políticos.

—Y bien! si no es mas que eso, dijo el buen obispo, todo está ya arreglado, porque yo no rehusó ser padrino del niño.

—Si, dijo la pobre mujer algo turbada, pero hay una dificultad. En la disposicion de ánimo en que se encuentra mi marido, no querrá venir á hacer esa peticion.

—Pues bien, mi querida hija, se lo pediré yo mismo, dijo Mastai.

Y en efecto, dos dias despues, á la salida de una junta que acababa de celebrarse para poner al corriente las cuentas de la administracion del hospicio, Mastai, llamando á parte al porta-estandarte, le dijo:

—Recibid mis felicitaciones, querido conde; vuestra mujer ha venido á darme parte de vuestra dicha. Sé, que pronto os dará un nuevo hijo. Es un gran placer que Dios os envia.... A propósito, ¿teneis ya padrino?

—Todavía no, dijo el porta-estandarte.

—Pues bien. Tengo que proponeros uno..... yo! Quisiera ser el padrino de vuestro hijo.

—¡Vos! ¡un liberal! exclamó el porta-estandarte! ¡Jamás!!! Jamás!!!

Despues, olvidando en la exaltacion de su arrebató la politica que en sus relaciones con el obispo habia al menos respetado hasta entonces, le volvió la espalda y se alejó.

Mastai se declaró en retirada; pero pensando que esta escena no acabaria con aquello. De allí á algun tiempo el cónclave se reunió. Mastai fué elegido, y el porta-estandarte recibió, de parte del nuevo Papa, un billete que contenia estas sencillas y laconicas palabras:

«Habeis rehusado para padrino al obispo de Imola; ¿aceptareis al de Roma?» Como es fácil presumir, el porta-estandarte tomó inmediatamente la posta y corrió al Quirinal á echarse á los pies de Pio IX.

Mastai no podia olvidar los escesos, las catástrofes, las desgracias de todo género producidas por las discordias civiles. A los atentados de la rebelion habian sucedido las venganzas particulares. Los asesinatos ensangrentaban algunas veces el pavimento de las calles y los suelos de las iglesias.

Una noche del carnaval de 1846, mientras que Mastai estaba arrodillado en el altar mayor, un grito de muerte atravesó la algazara lejana de la alegre multitud. Personas enmascaradas entraron en la catedral llevando en sus brazos á uno de sus compañeros que luchaba con las angustias de la agonía. No habia en la iglesia ningun sacerdote mas que el obispo, y en los brazos de este, que recibió su última confesion y le administró, exhaló aquel desgraciado su último suspiro, vestido con el traje de fiesta.

Semejantes escenas, reacciones sangrientas contra el espionaje y las esacciones de un poder desconfiado, obligaron mas de una vez al obispo de Imola á abogar

cerca de la Santa Sede por la causa de la moderacion y de la clemencia. Cada vez que visitaba las cárceles de la ciudad, sufría cruelmente al ver los reos de delitos políticos confundidos con las personas mas degradantes y corrompidas de la sociedad. Suplicaba entonces que se le entregasen los culpables, que se le permitiese hacerlos guardar en los conventos, custodiados por buenos religiosos que los moralizarian en lugar de pervertirlos, y en cuyo sitio podria él mismo visitarlos é instruirlos con mas frecuencia. En cuanto á esto es preciso hacer justicia á su predecesor; favores de esta especie le fueron varias veces concedidos á Mastai, y gracias á esto mas de una familia le es deudora de la salvacion de uno de sus miembros.

La vida de Gregorio XVI se estingua poco á poco. Hacia algun tiempo que su cuerpo robusto luchaba en vano con la edad y los achaques. Signos inequívocos anunciaban su próximo fin.

Se vió, segun costumbre, agitarse al rededor de su tumba entre abierta, las pretensiones y las intrigas de los cardenales influyentes y de los representantes de las potencias extranjeras.

Mastai, que no abandonaba nunca su diócesis y que habia ya venido á ser un extranjero para Roma, ignoraba la existencia y hasta la causa de aquellas maniobras.

Estaba encerrado en el convento del Piratello, en uno de aquellos ejercicios bis-anales que él habia instituido, y con los cuales instruía á su clero, cuando

la noticia de la muerte del soberano Pontífice llegó á Imola por correo extraordinario.

Baladelli, el ministro particular que hacia catorce años que ocupaba la plaza del viejo mayordomo de Spoleto, corrió al convento con los despachos y con una turbacion inesplicable. Baladelli es la sencillez y rectitud en persona. Él mismo nos ha referido, que en el momento en que supo la noticia de la muerte de Gregorio XVI, asaltó á su imaginacion un presentimiento extraordinario, y que este presentimiento adquirió tal fuerza, durante su travesía, que llegó al Piratello nadando en sudor y todo trémulo.

Mastai estaba solo y arrodillado en su oratorio. Al volver la cabeza vió á Baladelli y le hizo seña de que esperara.

Cuando hubo concluido sus oraciones se levantó, y con su serenidad habitual se informó de la causa que allí conducia á su mayordomo. Baladelli le entregó los despachos y le anunció que la silla de San Pedro estaba vacante.

—En efecto, dijo el obispo despues de haber roto el sello y recorrido las diferentes misivas; Gregorio no existe ya.

Despues, notando la emocion extraordinaria de su mayordomo, que estaba delante de él como estasiado, con los ojos fijos y bañados de lágrimas, le dijo:

—Y bien! mi pobre y querido Baladelli, ¿qué tienes? ¿En qué piensas?

—Ah! dijo el buen servidor; me parece que Imola no debe ya volveros á ver.

Jamás habia pasado por la imaginacion de Mastai que pudiera llegar algun dia á ocupar la silla pontificia. Conocia la naturaleza real y positiva de Baladelli y sabia que hasta entonces no habia gozado nunca del don de segunda vista; asi es, que no pudo menos de sonreirse de la profecia, y tocándole familiarmente en la espalda le dijo:

Pues bien, si Dios quiere hacer un milagro, no le costará mucho mas hacer dos; le pediremos que enterezca el corazon de nuestro bravo Baladelli, y tal vez le decidirá á abandonar la ciudad que le vió nacer y á establecerse en Roma con su familia.



### CAPITULO NOVENO.

*Situacion de Italia á la muerte de Gregorio XVI.*—

*Estado de la opinion.*—*Los partidos en el cónclave.*—*Gizzi y Lambruschini.*—*Nadie pensaba en Mastai.*—*Encuentro del cardenal Pignatelli y del Padre Ventura en Nápoles.*—*Disposiciones en la ciudad de Roma.*—*Apertura del cónclave.*—*Misa del Espiritu Santo en San Pedro.*—*Procesion.*—*Nubes y tempestad.*—*El sacro colegio entra en el Palacio Quirinal.*—*Geremonias en la capilla Paulina.*—*Lectura de las bulas.*—*Juramento de los cardenales.*—*Los embajadores y los principes romanos admitidos en las celdas.*—*Señal de partida.*—*Salidas tapiadas.*—*Doble proceso verbal de la clausura.*

En el momento en que Gregorio XVI espiraba como un monge sobre su estera de junco, se verificaba un gran cambio en la opinion pública de Roma.

Despues de la tentativa abortada de 1831, el partido reformador, libre ya de la exaltacion febril que conduce á los medios extremos, habia podido atraerse poco á poco á las personas de ideas moderadas. Las sociedades secretas se habian disuelto. No se temia ya ver enarbolar

Jamás habia pasado por la imaginacion de Mastai que pudiera llegar algun dia á ocupar la silla pontificia. Conocia la naturaleza real y positiva de Baladelli y sabia que hasta entonces no habia gozado nunca del don de segunda vista; asi es, que no pudo menos de sonreirse de la profecia, y tocándole familiarmente en la espalda le dijo:

Pues bien, si Dios quiere hacer un milagro, no le costará mucho mas hacer dos; le pediremos que enterezca el corazon de nuestro bravo Baladelli, y tal vez le decidirá á abandonar la ciudad que le vió nacer y á establecerse en Roma con su familia.



### CAPITULO NOVENO.

*Situacion de Italia á la muerte de Gregorio XVI.*—

*Estado de la opinion.*—*Los partidos en el cónclave.*—*Gizzi y Lambruschini.*—*Nadie pensaba en Mastai.*—*Encuentro del cardenal Pignatelli y del Padre Ventura en Nápoles.*—*Disposiciones en la ciudad de Roma.*—*Apertura del cónclave.*—*Misa del Espiritu Santo en San Pedro.*—*Procesion.*—*Nubes y tempestad.*—*El sacro colegio entra en el Palacio Quirinal.*—*Geremonias en la capilla Paulina.*—*Lectura de las bulas.*—*Juramento de los cardenales.*—*Los embajadores y los principes romanos admitidos en las celdas.*—*Señal de partida.*—*Salidas tapiadas.*—*Doble proceso verbal de la clausura.*

En el momento en que Gregorio XVI espiraba como un monge sobre su estera de junco, se verificaba un gran cambio en la opinion pública de Roma.

Despues de la tentativa abortada de 1831, el partido reformador, libre ya de la exaltacion febril que conduce á los medios extremos, habia podido atraerse poco á poco á las personas de ideas moderadas. Las sociedades secretas se habian disuelto. No se temia ya ver enarbolar

en la Rumania la bandera de la insurrección; pero en vez de rebeldes, y bajo el pretexto de defender la religión contra los carbonarios, se veían partidas de vagos cruzar los campos, pedir rescate por los viajeros que apresaban, coger los frutos de las tierras y entregarse en las ciudades y pueblos á la vista de los magistrados, á tales escesos, que familias enteras se habían visto precisadas á huir de los Estados de la Iglesia y á buscar un refugio en Toscana.

Lo que se temía entonces era la reacción del fanatismo, las persecuciones de una policía inquisitorial, los rigores del ostracismo y las sangrientas sentencias de los tribunales escepcionales, azotes tanto mas terribles cuanto que en el arsenal confuso de leyes de todas épocas, la secretaria de Estado podía encontrar á su elección las disposiciones mas contradictorias, y dar á la arbitrariedad, cualquiera que fuese la consagración de la legalidad.

Estos temores, estas vejaciones, estos sufrimientos, mantenidos durante quince años, habían hecho nacer en todas las clases la necesidad real de una libertad sabia, de reformas administrativas, de instituciones constitucionales. A esta necesidad se unía una esperanza mas vaga de unidad nacional, que es el paraíso terrestre de los italianos.

El liberalismo no era, pues, en los Estados romanos una escentricidad peligrosa; era una opinion sabia, mesurada, y que se daba tanta cuenta de su debilidad como de su fuerza; su fuerza sabia consistía en su unidad, su debilidad en su pobreza de recursos de

hombres, de influencias oficiales y de medios de acción.

La opinion absolutista poseía todos los cargos de la administración, el favor del Austria, que tenía prontos, en caso de necesidad, sus tesoros y soldados. Contaba en sus listas con la mayoría de los cardenales, y tenía á su cabeza á Lambruschini, secretario de Estado hacia veinte años. Iniciado en todos los secretos de las chancillerías, poseyendo el hilo de todos los negocios, la llave de todas las intrigas, la tarifa de todas las conciencias, el cardenal Lambruschini se había dado prisa á poner en juego los resortes que tenía en su mano, y creía estar seguro del cónclave poblándole de personas que no solo eran de su opinion sino que además eran hechuras suyas.

Después de él, el partido absolutista contaba en el sacro-colegio una multitud de personajes de consideración, partidarios de sus doctrinas, y que, á falta suya, debían heredar de él el beneficio de sus manobras y continuar su política.

El partido liberal no tenía confianza y fe mas que en un solo hombre, Gizzi, cuyo carácter era generalmente estimado que había dado pruebas en muchas nunciaturas de su esperiencia y habilidad, y que su oposición enérgica al establecimiento de un consejo prebostal en su legación de Forli le había hecho sobre todo popular. Pero estaba solo; así se creía al menos. Fuera del, el partido reformador no contaba en el sacro-colegio mas que corazones débiles y prevenidos y en la expectativa de un nuevo Gregorio XVI, Roma

falta de paciencia, entreveía temblando en el porvenir, el día en que ella no tendría delante de sí mas que el último recurso de los pueblos: la revolucion. Nadie, como se vé, pensaba en Mastai.

Tal era el estado de las cosas, la naturaleza de las ilusiones y de las preocupaciones populares, cuando se abrió el cónclave. Los cardenales iban llegando sucesivamente á Roma; casi todos venian á fortalecer el partido de Lambruschini. Algunos, sin embargo, pasaban para él como contrarios, pero sus intenciones, en cuanto al candidato que iban á nombrar, eran desconocidas.

En el número de estos últimos, uno solo quizá, el arzobispo Pignatelli, venia con disposiciones favorables á Mastai, á pesar de que no le conocia personalmente; pero el padre Ventura ex-general de la orden de los teatinos, de la que el cardenal formaba parte, acababa de hacérselo conocer. El padre Ventura, que se habia fracturado un brazo yendo de Roma á Palermo, y á quien la torpeza de un cirujano de aldea habia condenado á una segunda operacion, se hallaba alojado en Nápoles, en el convento de su orden, cuando el cardenal Pignatelli viajando hácia Roma, acertó á pasar por aquella ciudad. Sabiendo que el célebre predicador se encontraba enfermo en Nápoles, Pignatelli se apresuró á visitarle, con el objeto de consultar la opinion de un hombre que, habiendo pasado la mayor parte de su vida en Roma, debia conocer á fondo las personas, las cosas y las intrigas de la ciudad eterna. Estaba persuadido de que la eleccion de Lambruschi-

ni seria perjudicial para la política y la religion. Comprendia las necesidades de las sociedades modernas. Era partidario de las reformas, pero cuál era en el cónclave el hombre mas capaz de realizarlas? á quién debia dar su voto?—Nada de esto sabia. El cardenal confió su embarazo al religioso.

—Puesto que V. E. quiere consultarme, respondió el padre Ventura, mi parecer es que la eleccion no debe salir de estos tres nombres: Gizzi, Falconnieri ó Mastai, arzobispo-obispo de Imola. Fuera de estos tres nombres, cualquiera que sea el mérito ó la importancia de las dignidades de los demas, no hay entre ellos un corazon bastante liberal para poner fin á la arbitrariedad, ni una mano bastante firme para prevenir la anarquía. Ahora, si quereis conocer el carácter de los tres candidatos que os propongo, hé aquí como los clasifico: Gizzi, es el hombre de la legalidad; Falconnieri, el hombre de la ciencia en la acepcion cristiana de la palabra, y Mastai, el hombre del deber.

El cardenal Pignatelli abandonó á Nápoles, resuelto á dar su voto á aquel de estos tres que tuviera mayor número de ellos; llegó á Roma al mismo tiempo que los cardenales Mastai y Falconnieri que habian venido juntos parte del viage.

Roma se llenaba de gentes venidas de las provincias, y de estrangeros ávidos de contemplar este espectáculo único sobre el globo, este drama divino en que luchan tantas esperanzas y tantas ambiciones, que da origen á tantas intrigas, y que tiene en espectacion los destinos del mundo cristiano. Las noticias,

las presunciones, las confidencias, el cálculo de los votos de cada candidato, eran el objeto de todas las conversaciones.

A pesar del respetofilial que el pueblo no había nunca dejado de manifestar á Gregorio XVI, sufría con impaciencia las dilaciones causadas por los largos funerales del Soberano Pontífice; deseaba con ánsia ver á los albañiles tapiar según costumbre el gran aposento del Quirinal y las dos estremidades de la calle Pia; seguía distraído al cortejo de legados, embajadores y gefes de órdenes que iban todas las mañanas solemnemente al palacio para dirigir al decano del sacro-colegio sus cumplimientos de duelo. Todas estas ceremonias simbólicas que acompañan al fin de cada reinado, y cuyo verdadero sentido conocen los romanos con esa facilidad de inteligencia que los caracteriza, las miraban celebrarse con la mayor indiferencia.

En fin, los doscientos diez y seis soldados de la milicia urbana que se arman durante el interregno para la guardia del centro de la ciudad, tomaron posesion del portico del Capitolio y de los puntos que están unidos á él en los catorce cuarteles de Roma. La guardia del *Ghetto* y de los puentes, á escepcion del de San Angelo, fué encomendada á las tropas levantadas por la casa *Mattei* que tiene derecho de darlas sus colores y uniformes, por un privilegio antiguo. Esta era la señal de la reunion del cónclave.

En efecto, el 14 de Junio de 1846, los cardenales se reunieron bajo las bóvedas de S. Pedro para oír la misa del Espiritu Santo. El coro de la Basilica presen-

taba el golpe de vista mas imponente: Roma entera se hallaba bajo los arcos del templo, menos para gozar de este espectáculo, que para unirse á las súplicas que se dirigian al cielo, pidiendole la gracia de una acertada eleccion. Terminada la misa, los cardenales se sentaron en sus sillas, y un orador pronunció un discurso en latín que tenia por objeto exortar, según costumbre, á los electores á no elevar á la silla de S. Pedro sino á un hombre digno de ocuparla.

Agunas horas despues, el sacro-colegio se reunió de nuevo en la iglesia de San Silvestre, la mas próxima al Quirinal, donde iba á abrirse el cónclave. Esta vez, no debian separarse los cardenales hasta despues de la eleccion. En aquel momento, un cielo amenazador y sombrío cubria la ciudad eterna; pálidos relámpagos surcaban de cuando en cuando las nubes; el pueblo se agrupaba silencioso al rededor de las tropas que estaban formadas en fila, contemplaba con tristeza aquellos nubarrones de color de pizarra, escuchaba el toque fúnebre de las campanas de Roma, cuyas notas monótonas vibraban desordenadamente y se preguntaba si aquella tempestad no era un funesto augurio.

Cuando estuvo completo el número de cardenales, un maestro de ceremonias tomó la cruz papal y se arrodilló en la última grada del altar; á esta señal, los chantres de la capilla entonaron la primera estrofa del *Veni Creator*: la asamblea la escuchó de rodillas. Terminada la estrofa, el maestro de ceremonias se levantó, y precedido de la familia de los cardenales, se



dirigió hacia la puerta de la iglesia; detras de él se colocaron de dos en dos todos los Eminencias, comenzando por los obispos y concluyendo por los diáconos. A la cabeza de la procesion iba el gobernador de Roma; una multitud de prelados, seguidos de su servidumbre, cerraban el cortejo.

El sacro-colegio atravesó la plaza en medio de un profundo y melancólico silencio; el chischás de las armas era el solo ruido que se mezclaba á los sagrados cánticos. Parecia que el pueblo contenia su respiracion; se hubiese dicho que queria leer su suerte futura en todas aquellas fisonomias macilentas que pasaban delante del.

La procesion se ocultó bajo la bóveda del Quirinal, siguió en el patio, la galeria cubierta que está enfrente de la entrada, y subió lentamente la gran escalera que conduce á la capilla Paulina: allí, los chantres acabaron el *Veni Creator*; el cardenal sub-decano, que oficiaba por la ausencia del decano que estaba enfermo y encerrado ya en su celda, recitó la oracion *Deus qui corda fidelium*; despues dirigió á los electores una corta alocucion, recordándoles el objeto solemne de su reunion y conjurándoles á que se recojieran ante Dios para suplicarle les guiara en la eleccion.

Entonces los maestros de ceremonias y el secretario del sacro-colegio leyeron en alta voz, segun costumbre, las bulas pontificales sobre la eleccion y sobre la disciplina interior del cónclave. Los cardenales juraron sucesivamente la observancia de estos reglamentos. Se introdujo al mayordomo, que ordinariamente es go-

bernador del palacio hasta el nombramiento del Papa, y se le hizo prestar el juramento prescrito en manos del sub-decano. Los cardenales ocuparon en seguida sus celdas, donde los embajadores, los príncipes, los prelados, y otros personajes fueron admitidos, hasta que una campanada vino á advertirles que tenian que abandonar aquel lugar en que solo debian quedar los que formaban parte del sacro-colegio, ó de la servidumbre de estos. Todas las salidas fueron tapiadas, á escepcion de los tornos y la puerta principal, cuya llave fué confiada á la custodia del mariscal. Se instruyó proceso verbal tanto dentro como fuera del Quirinal acerca de esta clausura, y la multitud abandonó lentamente la plaza y las avenidas de Monte Caballo.

CAPITULO DECIMO.

*Disposiciones interiores del cónclave.*—Departamento ocupado por los cardenales.—Ceremonial.—Reconocimiento de los manjares.—Los dapíferos.—Llamada de todas las personas que deben permanecer encerradas para el servicio del cónclave.

Los cardenales ocupaban, siguiendo la costumbre establecida desde Pío VII, el departamento de los Suizos que se extiende á lo largo de la calle *Porta Pia*, así como el pequeño palacio que se eleva al lado de las cuatro fuentes. Todas las comunicaciones entre este departamento y el gran palacio habían sido tapiadas, á escepcion de la puerta de la sala real por la que debían volver los cardenales á la capilla Paulina que es donde se hace el escrutinio. Grandes barreras, cubiertas con tapices y guardadas por suizos armados de alabardas, interceptaban el paso en la parte de la calle *Pia*, correspondiente al cónclave. Las persianas de todas las ventanas del palacio estaban cerradas, y el gran aposento que domina la puerta de entrada, tapiado en toda su altura, no debía abrirse sino para la primera bendición del nuevo Pontífice. Las celdas de los electores, situadas á los dos lados del corredor que atra-

viesa el departamento de los suizos, daban, las unas á la calle *Pia*, y las otras al jardín.

*Mastai* ocupaba una de estas últimas.

Nueve tornos, abiertos en diferentes puntos de las paredes del palacio, servían para la comunicación del cónclave. Había tres en lo alto de la escalera real; allí era donde los cardenales encerrados debían recibir sus visitas. No les era permitido hablar á nadie sin testigos; así es que estos locutorios están vigilados por los Conservadores y los prelados Auditores de la Rota, que prestan juramento de no desviarse de allí ni un momento.

Los otros tornos, destinados á pasar á los cardenales los alimentos, condimentados en sus casas y conducidos por sus criados, están distribuidos de la manera siguiente: cuatro bajo el arco tapiado que comunica del patio real al de los suizos, y dos al otro extremo del departamento por el lado de la entrada de pequeño palacio. Los primeros están confiados á la custodia de los Prelados votantes de firma; los otros á los Patriarcas, Arzobispos, Obispos asistentes, y á los prelados, Clérigos de cámara.

Todos los días, á eso de las doce, llegan las comidas al Quirinal conducidas con gran pompa en los coches respectivos de cada uno de los Eminencias, y escoltadas por sus gentiles hombres y dapíferos. Los diferentes manjares de que estas se componen van encerrados en grandes y magníficas cestas con los manteles, la plata, la vagilla, y todo lo que es necesario para el servicio de la mesa.

En el patio se detienen y descargan los carruajes. Los criados de á pie, de gran uniforme, se apoderan de las cestas, y la servidumbre del cardenal se dirige en el orden siguiente, hacia el torno mas próximo á la celda del noble recluso: abren la marcha dos palafreneros, armados de bastones con bolas de oro; sigue un camarero que lleva una maza de armas de plata colocada lo de arriba abajo, si su señor ha sido nombrado cardenal por el último pontifice; vienen en seguida los gentiles hombres y los dapiferos, con la cabeza cubierta, despues, un ayuda de cámara con la servilleta al hombro y á sus dos lados el copero y el escudero trinchantante; y por último, los criados encargados de la conduccion de las cestas.

La comitiva se detiene en la sala que precede al torno; allí, los prelados encargados de la custodia del cónclave proceden, con el cuchillo en la mano, al reconocimiento de todos los manjares, no dejando entero ni un pastel, ni un ave, ni un fruto, para evitar de este modo el que introduzcan alguna carta.

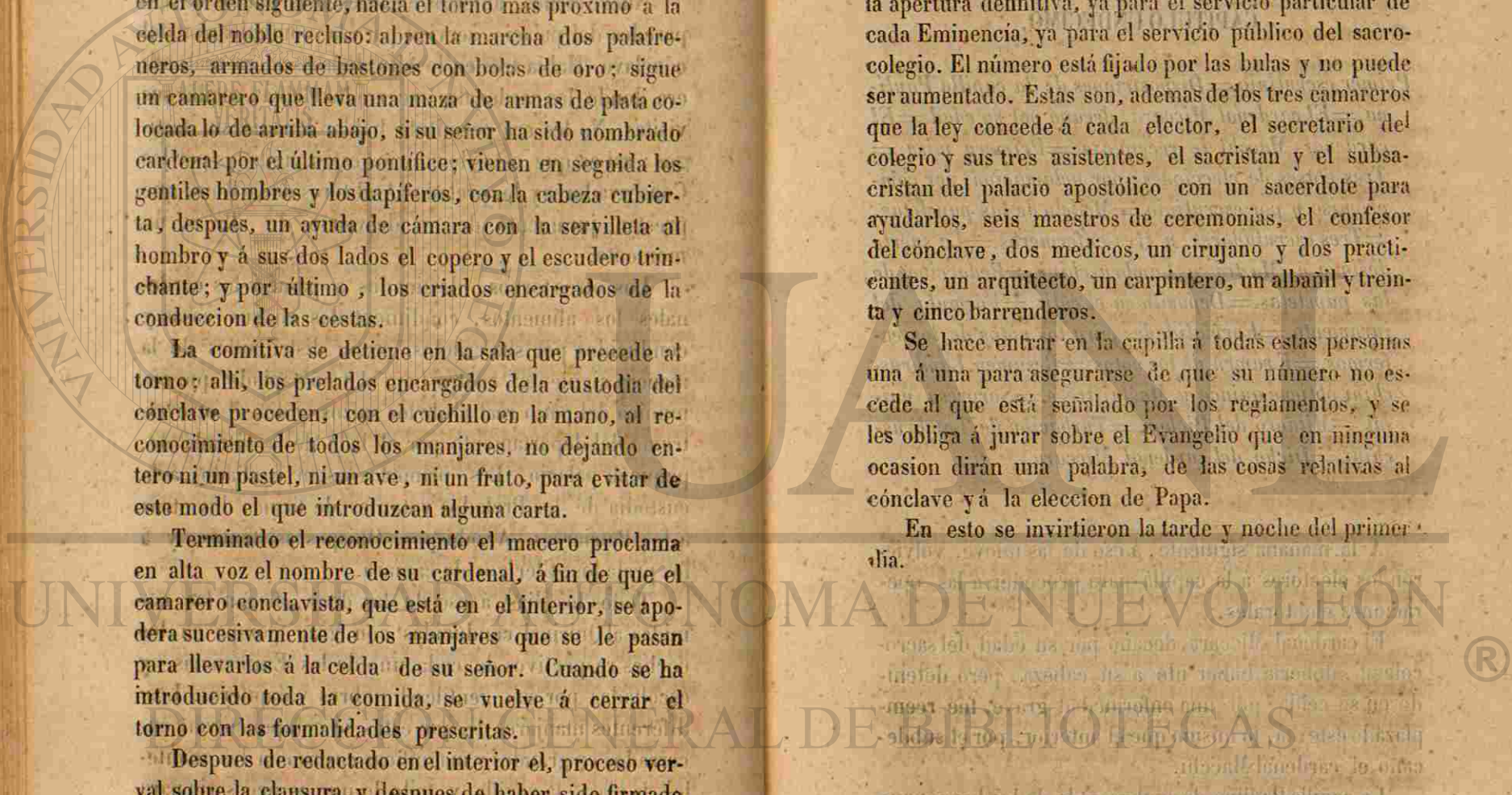
Terminado el reconocimiento el macero proclama en alta voz el nombre de su cardenal, á fin de que el camarero conclavista, que está en el interior, se apodera sucesivamente de los manjares que se le pasan para llevarlos á la celda de su señor. Cuando se ha introducido toda la comida, se vuelve á cerrar el torno con las formalidades prescritas.

Despues de redactado en el interior el proceso verbal sobre la clausura, y despues de haber sido firmado debidamente y entregado para su custodia al maestro

de ceremonias, se procede al llamamiento de las personas que sin tomar parte en la eleccion, deben permanecer encerradas con los cardenales hasta el dia de la apertura definitiva, ya para el servicio particular de cada Eminencia, ya para el servicio público del sacro colegio. El número está fijado por las bulas y no puede ser aumentado. Estas son, ademas de los tres camareros que la ley concede á cada elector, el secretario del colegio y sus tres asistentes, el sacristan y el sub-sacristan del palacio apostólico con un sacerdote para ayudarlos, seis maestros de ceremonias, el confesor del cónclave, dos medicos, un cirujano y dos practi-cantes, un arquitecto, un carpintero, un albañil y treinta y cinco barrenderos.

Se hace entrar en la capilla á todas estas personas una á una para asegurarse de que su número no excede al que está señalado por los reglamentos, y se les obliga á jurar sobre el Evangelio que en ninguna ocasion dirán una palabra, de las cosas relativas al cónclave y á la eleccion de Papa.

En esto se invirtieron la tarde y noche del primer día.



CAPITULO UNDÈCIMO,

*Primer escrutinio.*—Disposiciones de la capilla Paulina.—El cardenal Miccará, decano por su edad.—El cardenal Macchi le reemplaza.—Primera misa.—Tres clases de elecciones; por aclamacion, por compromiso y por escrutinio.—Modelo de las papeletas.—Tres escrutadores y tres enfermeros.—La suerte designa á Mastai y Lambruschini.—Redaccion de las papeletas.—Depósito en el cáliz.—Fórmula del juramento.—Formalidades para los votos de los enfermos.—Examen de los votos.—Resumen. Lambruschini obtiene quince y Mastai trece.—Sorpresa unisal.—Milagro del Pichon.—Turbacion de Lambruschini.—Dicho del cardenal Miccará.

A la mañana siguiente, á eso de las nueve, volvieron los electores á la capilla para proceder á las operaciones electorales.

El cardenal Miccara, decano por su edad del sacro colegio, deberia haber ido á su cabeza, pero detenido en su celda por una enfermedad grave, fué reemplazado este dia, lo mismo que el anterior, por el subdecano el cardenal Macchi.

La capilla Paulina desembarazada de los bancos que

ordinariamente ocupan la nave, formaban un vasto cuadrilongo, al rededor del cual se elevaban cincuenta y dos tronos cubiertos con sus correspondientes doseles. En frente de la puerta de entrada estaba el altar iluminado ya para la misa. En medio, una mesa cubierta con un magnifico tapiz y rodeada de tres sillas esperaba á los escrutadores; á la derecha del altar estaba colocada la famosa *sumetta*, especie de estufa de bronce en la que se queman las papeletas despues de cada prueba inutil, y cuya chimenea es tan municiosamente consultada dos veces al dia por las miradas del pueblo romano.

Mientras que el sub-decano subia al altar acompañado de sus dos asistentes, los cardenales se iban colocando en sus tronos respectivos á derecha é izquierda. Era un espectáculo imponente y magestuoso á la vez el que presentaba aquella asamblea compuesta en su mayoria de ancianos, y de la que iba á salir un Rey y un Pontífice. Todos parecian heridos de este mismo pensamiento; y todos se saludaban con el mayor respeto. Algunos, sin embargo, se inclinaban mas profundamente al pasar junto al cardenal Lambruschini, porque le consideraban como el candidato que ofrecia mas probabilidad de ser elegido por el cónclave.

Se dijo la misa en medio del mas profundo recogimiento. Concluido el último evangelio, el cardenal Macchi dirigió la postrera exhortacion, despues se sentaron todos y se cerró la puerta.

Antes de pasar adelante y para mayor claridad de nuestros lectores diremos que la eleccion puede hacerse

de tres maneras: por *aclamacion* por *compromiso*, ó por *escrutinio*.

La eleccion por *aclamacion* se hace, cuando sin preceder deliberacion alguna, se convienen todos repentinamente en una persona y la nombran á una voz.

La eleccion por *compromiso* tiene lugar, cuando por evitar los disturbios ó dilaciones que se temen, se conviene todo el cónclave en conferir á una ó muchas personas de su seno ó estrañas la facultad de elegir. De este modo se hizo la eleccion de Sisto V.

La eleccion por *escrutinio*, que es la que está mas en uso, lleva en su mismo nombre su definicion; por lo que no nos detenemos á explicarla.

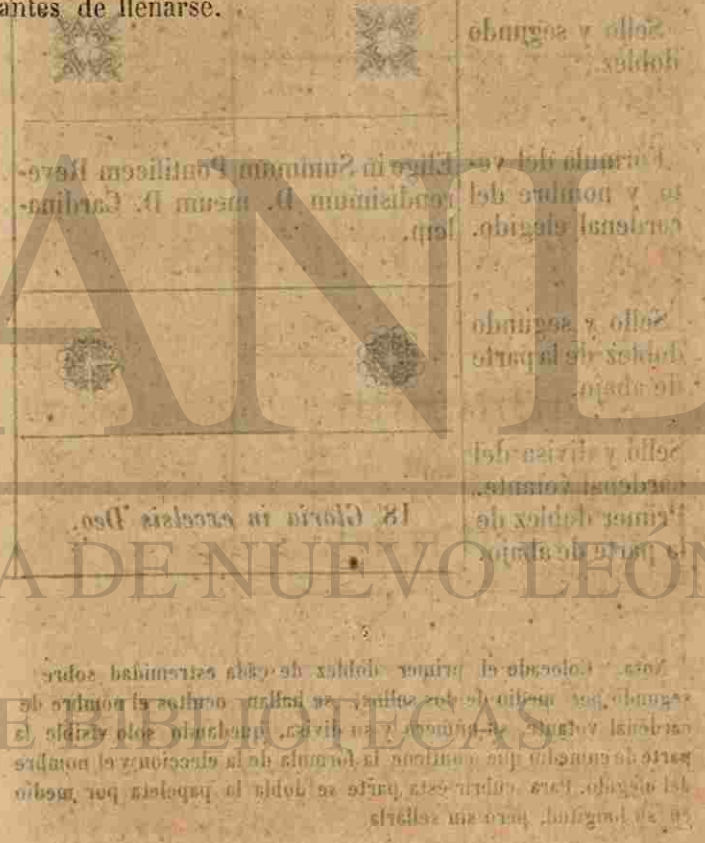
El escrutinio consta de tres partes, que son el anti-escrutinio, el escrutinio y el post-escrutinio.

La formalidad principal del anti-escrutinio consiste en preparar las papeletas. Esta preparacion está á cargo de los maestros de ceremonias; que deben hacer imprimir de antemano las papeletas, ó sino tienen tiempo, hacerlas manuscritas y colocarlas en dos urnas sobre la mesa que ocupa el centro de la capilla, de manera que los cardenales no tengan mas que tomarlas en el momento que quieran servirse de ellas y llevarlas.

Las papeletas son mas largas que anchas, y divididas de alto á bajo en cinco partes proporcionales, entre sí, que indican la manera con que se deben doblar. La primera parte contiene el nombre del cardenal elector, y la última su número y la divisa que ha elegido; la de en medio contiene la fórmula de la eleccion

y el nombre del elegido; las dos partes intermedias están destinadas para el sello por medio del cual el elector oculta su nombre y divisa. Para mas secreto, y por temor de que la transparencia del papel denuncie la firma de la papeleta, se estampa sobre el revers de las partes que contienen los nombres y las divisas una viñeta recargada de adornos.





He aqui el modelo de las papeletas tal como estan antes de llenarse.




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
AL DE BIBLIOTECAS



ESEMPIARE DELLA SCHEDOLA PER LO SCRUTINIO,

Nombre del cardenal votante y primer dobléz de la papeleta.	Ego	Card.
Sello y segundo dobléz.		
Fórmula del voto y nombre del cardenal elegido.	Eligo in Summum Pontificem Reverendissimum D. meum D. Cardinalem.	
Sello y segundo dobléz de la parte de abajo.		
Sello y divisa del cardenal votante. Primer dobléz de la parte de abajo.	18 <i>Gloria in excelsis Deo.</i>	

Nota. Colocado el primer dobléz de cada estremidad sobre segundo por medio de dos sellos, se hallan ocultos el nombre de cardenal votante, su número y su divisa, quedando solo visible la parte de enmedio que contiene la fórmula de la eleccion y el nombre del elegido. Para cubrir esta parte se dobla la papeleta por medio en su longitud, pero sin sellarla.

 <p>Signa.</p>
<p>+++++.+++++</p> <p>++ Nomen. ++</p> <p>+++++*+++++</p>



Los maestros de ceremonias habian tenido suficiente tiempo para mandar imprimir las papeletas: asi es que ya se hallaban en su sitio sobre la mesa destinada á los escrutadores.

Se echaron suertes para la eleccion de los tres escrutadores y los tres enfermeros encargados de ir á las celdas á recoger los votos de los que se hallaban en cama. Dentro de una bolsa de damasco de color de violeta se metieron tantas bolas de madera cuantos eran los cardenales que habia en el cónclave. Las bolas habian sido numeradas delante de todos, y cada una tenia inscrito el nombre de un cardenal. Las tres primeras que saliesen debian designar los escrutadores y el orden de sus funciones: el primero estaria encargado de abrir las papeletas, el segundo de apuntar los votos, y el tercero de leerlos en alta voz.

El sub-decano tomó la bolsa, la meneó bien para mezclar las bolas y la bendijo. El mas jóven de los diaconos se acercó entonces y metió en ella la mano. El nombre del cardenal Mastai salió el tercero. El era quien debía proclamar los votos.

Elegidos ya los escrutadores y habiendose colocado al rededor de su mesa, continuó la suerte para los enfermeros, y salió designado en segundo lugar el cardenal Lambruschini.

Terminadas con esto todas las operaciones preparatorias, se dió principio á los trabajos directos de la eleccion.

El cardenal Macchi y los nueve primeros cardenales se dirigieron á tomar cada uno una papeleta de la mesa de los escrutadores, se sentaron en seguida de-

lante de unas mesitas en forma de pupitres que habian sido colocadas al rededor de la capilla, y llenaron los huecos de sus papeletas. Todo el mundo podia verlos escribir, pero los pupitres estaban dispuestos de tal modo que era imposible leer lo que escribían. Cuando estos concluyeron, otros diez tomaron sus asientos, y asi fue siguiendo, hasta que todos dieron sus votos.

En cuanto un elector ponía el sello de costumbre á su papeleta, la cogía entre el pulgar y el indice, elevaba el brazo por encima de la cabeza, y se arrodillaba delante del altar, sobre el cual habia un gran caliz cubierto con su patena. Despues de una corta oracion, se levantaba, y con voz sonora pronunciaba el juramento cuya fórmula estaba escrita en un cuadro pequeño: *Testor Christum Dominum, qui me iudicaturus est, me eligere quem secundum Deum iudico elegi debere et quod idem in accessu præstabo.* En seguida, despues de haber colocado su papeleta en la patena, levantaba esta por un borde, y hacia que la papeleta cayera dentro del caliz se arrodillaba de nuevo, y volvía á su sitio.

Era necesario añadir á las papeletas de los cardenales presentes en la capilla, las de los que se hallaban enfermos. Cinco Eminencias estaban encerrados en sus celdas por razones mas ó menos graves; eran estos el decano Micará, los cardenales Alberghini, Polidori, Gizzi y Bernetti. Uno de los enfermeros tomó una caja de madera, en cuya tapa habia una hendidura estrecha, y por la que solo cabía una papeleta doblada en

debida forma, se abrió solemnemente la caja en medio del sacro-colegio, para que todos pudieran convencerse de que estaba vacía; se cerró en seguida, y Lambruschini depositó la llave sobre el altar. El tercer enfermero puso entonces sobre una bandeja tantas papeletas cuantos eran los cardenales que no habían dado aun su voto, y los tres se dirigieron á las celdas de sus cólegas. Un cuarto de hora despues, entraron de nuevo en la capilla Paulina, y pusieron sobre la mesa de los escrutadores la caja que momentos antes se habían llevado. Estos la abrieron, contaron el número de papeletas, las colocaron una á una en la patena y las metieron todas juntas en el caliz.

El primer escrutador tomó entonces sobre el altar el vaso sagrado que encerraba los votos, le meneó sin descubrirle á fin de mezclar las papeletas, y se lo entregó á Mastai que los contó en calidad de tercer escrutador. Viendo que el número estaba exacto, se procedió al examen de los votos.

Este fué el momento mas solemne del primer dia: mas de un corazon latió con violencia, mas de una mano apretó convulsivamente la cartera en que se preparaba á apuntar los votos.

Quizá el mas sereno de todos, era el que iba á ser elegido, y el que, por una rareza de la suerte, debia, como escrutador, al leer los nombres en alta voz, leer tambien el suyo.

Mastai no habia modificado en lo mas mínimo la opinion que se habia formado respecto al presentimiento de Baladelli.

El primer escrutador, vuelto de espaldas al altar, sacaba del caliz las papeletas, las abria con precaucion para no descubrir los nombres, y se las entregaba al segundo. Este las leia en voz baja, y despues de haberlas apuntado, se las daba al tercero que las proclamaba en alta voz. Mastai leyó quince veces el nombre de Lambruschini, y trece el suyo. El resto de los votos se perdió.

Este primer resultado produjo en la asamblea como una conmocion electrica: al estremecimiento que la sorpresa causó por el pronto, sucedió al instante un murmullo de voces inusitado.

La mayoria esperaba ver salir el nombre de Lambruschini. Quien era aquel rival desconocido que la primera vez, alcanzaba un número de votos casi igual al suyo? En la actualidad el pueblo atribuye este hecho á una intervencion directa de la Providencia, á un milagro. Dice que el número trece representa á Jesu-Cristo rodeado de sus doce apostoles; y añade que en el momento en que Mastai leia el voto decimotercio, un pichon, emblema del Espiritu Santo, entró por una ventana y vino á revolotear sobre su cabeza.

Que uno de esos pajaros domesticos que pueblan las mil cupulas de la ciudad se hubiese introducido en la capilla, no tiene nada de inverosimil; pero es bien seguro, que si el pueblo hubiera asistido al resumen del primer escrutinio, el pueblo, que no tenia esperanza mas que en Gizzi, no hubiera dado á aquella circunstancia el sentido que hoy la da. Gizzi no habia tenido mas que dos votos.



Lo que este resultado manifestaba claramente era, que la moderacion de la opinion liberal, la legitimidad de las reformas, el temor de las turbulencias que podia acarrear una obstinada resistencia, pasaban sobre la mayoría del conclave, aumentaban las dudas é impedían cumplir mas de una promesa. Lambruschini era mas temido que deseado. Pero á quien nombrar en su lugar? A Gizzi, el candidato popular? Era imposible que reuniese mayoría. Mastai era un santo obispo, que entregado enteramente á sus deberes, no habia abandonado nunca su diócesis. Habia encontrado en el sacro-colegio trece miembros instruidos de su mérito, de sus virtudes, y que le habian dado su voto por la consideracion de que Mastai, enemigo de la arbitrariedad, al introducir las reformas necesarias, lo haria sin exageracion. La Providencia, que vela por los destinos de la Iglesia, habia podido inclinar los corazones hacia la virtud y la santidad.

Pero lo que sorprendia no era que Mastai de la primera vez hubiese reunido tantos votos, sino que Lambruschini hubiese reunido tan pocos. Esto es lo que sobre todo llamó la atencion del conclave, y lo que preciso es añadir aqui, Lambruschini sintió, mas que nadie. Desde aquel momento, inquieto, turbado, pero ocultando sus angustias bajo una jovialidad mas verbosa que de costumbre, espiaba las miradas, trataba de sorprender las palabras que por lo bajo se dirijian los cardenales, é interrogarla con una indiferencia estudiada á los ancianos en quienes reconocia mas esperiencia y sangre fria. Su curiosidad le acarreó, segun dicen,

del cardenal Micará, á quien él contaba entre el número de sus amigos, una respuesta bastante agria.

Detenido por la enfermedad en su celda el Gefe de la orden de los capuchinos y decano del sacro-colegio, representaba allí el papel de Diogenes en su tonel. Extrañó al mundo, ridiculizando siempre sus pompas y vanidades, su carácter rudo y vivo y su lengua acerrada, no perdonaban á nadie por elevada que fuera su categoria.

Cuando el cardenal Lambruschini, en calidad de enfermero, fué, con sus dos asistentes, á recojer su voto entre el primero y el segundo escrutinio.

—Y bien! digno decano, le dijo, la lucha está ya empeñada; prevee Vuestra Eminencia el desenlace?

A esta pregunta tan directa, el viejo Micará se incorporó en el lecho, y con su familiaridad acostumbrada, le contestó:

—Si el buen Dios hace la eleccion, Mastai sera nombrado; si el diablo se mezcla en ella, seremos uno de los dos.

Lambruschini acogió con una sonrisa cortesana, aquel rasgo de su carácter: aunque aquello le persuadió de que no tenia el voto del decano, con el cual contaba, y esta defeccion le pareció un mal presagio.

CAPITULO DUODECIMO.

Roma durante el cónclave. — La FUMETTA. — Misterio sobre el resultado de los votos. — Movimiento de las sociedades secretas. — Rumores contradictorios. — Ejercicios religiosos. — Misas del Espiritu Santo. — Cantos del VENI CREATOR. — Procesion diaria, desde los santos apóstoles al Quirinal. — El clero en el patio de honor. — Pregunta á los auditores de la Rota. — Regreso esperado por el pueblo. — Noticia que pone en movimiento á toda la ciudad. — El mayordomo y los tres habitos pontificios. — Retardo del sastre. — El pueblo cree nombrado á Gizzi.

No habiendo el *accesso* cambiado en nada el primer escrutinio, se habia procedido á la operacion de la *fumetta*, el pueblo se hallaba agrupado en la plaza de Monte-Caballo, y al ver disiparse en los aires la ligera nube, signo de la nulidad de la prueba, no dudó ya que con ella se desvanecia la ultima esperanza de su candidato Gizzi.

A la sesion de la tarde, nueva reunion en la plaza, donde una ligera columna de humo, vino á justificar la nulidad del escrutinio.

A la mañana siguiente, tercera prueba y el mismo resultado.

Las operaciones del cónclave, estaban envueltas en el mas grande misterio. Cual era la causa de aquellas pruebas renovadas? Hacia progresos tal ó cual candidato? Estaban cerca del desenlace, ó debia prolongarse el interregno? Nadie podia decirlo. En esta ignorancia de las peripecias de un drama del que no debian conocer mas que el ultimo acto, y que iba á decidir de su suerte, de su sueño de quince años, el pueblo no podia contener su impaciencia.

Los miembros antiguos de las sociedades secretas, previendo que el partido liberal iba á sufrir una derrota, trataban de tender de nuevo misteriosamente las mallas de la gran red del carbonarismo, que la mano de Lambruschini habia destrozado tan cruelmente en tiempo de Gregorio XVI. Aprovechándose de la ociosidad, compañera inseparable del interregno, iban de tienda en tienda, recorrian los cafés, los paseos, las plazas y aun las iglesias, reanimaban el celo, irritaban la impaciencia, y preparaban contra la eleccion de Lambruschini, si era nombrado, todos los elementos para una protesta imponente.

El pueblo bajo, que se entrega con la misma facilidad al desaliento como á la esperanza, acogia todos los rumores y propagaba á la vez en los dos extremos de la ciudad las noticias mas contradictorias. Aqui el criado de á pié de un cardenal habia dicho á su barbero que el legado de Forli, el candidato popular, habia obtenido á una vez los votos de todos los concurrentes; alla, un proveedor de la casa de Lambruschini afirmaba que reinaba en ella un movimiento extraordinario,

porque su dueño había sido nombrado por aclamación: aquí, daban gritos de alegría, se felicitaban, se abrazaban allá, se separaban en silencio, macilentos y ca-  
hizbajos.

Sin embargo los ejercicios que tienen lugar mientras está la Sede vacante no habían sido nunca más acompañados. Multitud de personas se agolpaban á la capilla del tribunal de la Rota para asistir á la misa del Espíritu Santo que se dice en ella todos los días que dura el cónclave; de allí, corrían á la gran sala del Capitolio donde cincuenta consejeros, elegidos de antemano de la primera nobleza por el cardenal Camarlengo y los Conservadores, se reunían al toque de la campana para cantar el *Veni Creator*. Del Capitolio volvían á la plaza del Monte-Caballo á interrogar de nuevo al pequeño y negro cañón de la *fumetta*.

Pero la armonía que escitaba mayor interés, era la procesion diaria que se dirigía de la iglesia de los Santos Apostoles al palacio Quirinal. Un gentío inmenso acompañaba al clero que iba, segun costumbre, con cruz y estandarte á su cabeza á informarse de si la Iglesia tenia Gefe. Los huérfanos y los alumnos de los establecimientos de beneficencia abrían la marcha, detra-  
iban, colocados en dos filas, los franciscanos y los agustinos descalzos, los monges de S. Gerónimo, los mínimos de S. Francisco de Paula, los hermanos menores, los carmelitas, los marianitas, los dominicos, y por ultimo los sacerdotes de todas las parroquias con sus correspondientes parrocos. Todas estas corporaciones se encaminaban lentamente hacia el palacio á través de

las oleadas de gente que apenas permiten pasar, por la gran calle que va dando vueltas á lo largo de los lados de la colina.

Al llegar la procesion á su termino es costumbre que el clero entre por la puerta grande, atraviesa el patio principal y se detenga ante la capilla de los auditores de la Rota. Uno de los curas dirige entonces, á los auditores presentes, la pregunta siguiente: *Habemusne Pontificem?* Si el Papa no ha sido nombrado, la procesion debe retirarse entonando el *Veni Creator*; si ha sido nombrado, canta *Te Deum*. El pueblo cada vez que tenia lugar esta armonía, y no siendole posible penetrar en el patio, esperaba con ansiedad en la plaza la primera nota del canto religioso. Todas las bocas enmudecian, todos los oidos se aguzaban para oir el principio del himno, á fin de conocer cual era la respuesta que los auditores habían dado y que no podia llegar hasta donde ellos estaban.

Ya habia tenido lugar dos veces esta ceremonia, cuando una noticia, que tenia todas las apariencias de cierta, circuló de boca en boca y puso en movimiento á toda la ciudad.

Es costumbre que antes de la reunion del cónclave el maestro de ceremonias del anterior Pontifice mande hacer tres hábitos pontificales, de diferentes tamaños. Entre estos tres trages, se elige aquel que siente mejor al elegido, para ponerselo, concluida la eleccion los otros dos quedan á beneficio del que lo manda hacer. Poco despues de la muerte de Gregorio XVI, habían sido encargados los tres vestidos, pero aun no los ha-

bían entregado. Concluido el primer escrutinio, el maestro de ceremonias, que era Brancadoro, juzgando por el giro que habia tomado la eleccion que no duraria mucho, avisó á los sastres para que le enviasen inmediatamente los tres trages: los dos que estaban concluidos, y que eran el grande y el mediano, se los remitieron en seguida; y le prometieron que el tercero estaria aquella misma tarde.

Los sastres son tan embusteros en Roma como en Paris y como en todas partes; asi es que pasó la tarde y la noche sin que el traje mas pequeño se hubiese entregado. Las cosas marcharon tan rapidamente en el segundo escrutinio, que Brancadoro temió que el Papa fuese nombrado antes de la entrega del tercero vestido, lo que le hubiera privado de una parte de su beneficio. Envió pues, desde que empezó á despuntar el dia, mensajero sobre mensajero al maestro inexacto, diciendole que le enviara lo mas pronto que le fuere posible el tercero y ultimo vestido. «Que embarazo iba á ser el suyo, le decia, como vestirian al Papa, que podia ser nombrado de un momento á otro? Y ademas que el traje que le hacia esperar era justamente el que mas necesitaba. El sastre repitió por todas partes las palabras del maestro de ceremonias, palabras que se le habian comunicado por una tercera persona.

El cardenal Gizzi, cuya eleccion deseaba el pueblo tan ardientemente era precisamente de pequeña estatura. Notando que el traje que mejor le sentaria, era justamente el que no se habia concluido, comprendian perfectamente la razon de porque el mayordomo decia

que era el que mas necesitaba.» Todo el mundo creyó que el candidato popular habia obtenido mayoria de votos. La alegria se esparció con la rapidez del rayo hasta los extremos de la ciudad, pasando la noticia de boca en boca. Las presunciones favorables á medida que iban cundiendo, iban adquiriendo cada vez mas fuerza, hasta que tomaron la autoridad de un hecho consumado; yanó se dudaba de que la eleccion se habia hecho, y de que Gizzi habia sido nombrado. La certidumbre tomó al fin un carácter tan positivo, que hasta las mismas chancillerias lo creyeron. El embajador de Cerdeña escribió á su gobierno, é iba ya á enviarle el pliego, cuando supo que se habia engañado; felizmente fué tiempo aun de sustituir el nombre de Gizzi con el de Mastai. El representante de Austria en las visitas que hizo aquella noche anunció la eleccion del candidato popular. Por ultimo los amigos del legado de Forli se apresuraron á enviar un correo á Caceano, donde reside la familia del Cardenal. Esta ciudad acogió la falsa noticia con el mas vivo entusiasmo; se iluminaron las casas se paseó en triunfo el busto del pretendido Papa; cuando recibieron la contra noticia querian matar al primer correo, á quien acusaban de haberse querido burlar de los habitantes. Mientras llegó el verdadero parte de la eleccion, los criados de Gizzi, acompañados de sus amigos, desempeñaban el vino de su bodega y hacian una hogera con su guardarropa. El error general costó al cardenal mas de seis mil escudos.

CAPITULO DECIMO TERCIO.

*Interior del cónclave. — Resultado de los tres primeros escrutinios. — Progreso de Mastai. — Su emocion. — Pasa en oracion el tiempo que media entre el tercero y el último escrutinio. — Resumen de votos. — Mastai lee diez y siete veces seguidas su nombre. — Suplica que se le libre del cargo de escrutador. — Se lo niegan. — Suspension del escrutinio. — Mastai tremulo y lloroso. — Asombro de todos los miembros del sacro-colegio. — Continúa el resumen y pronuncia su nombre treinta y seis veces. — Todos los cardenales confirman la eleccion por aclamacion. — Formalidades de la aceptacion. — Mastai toma el nombre de Pio IX. — Desaparecen todos los doseles que cubren los asientos de los cardenales, y solo queda uno. — Ya no hay allí mas que un soberano. — Compostura del nuevo Papa. — Primera adoracion. — Se suspende la proclamacion hasta el dia siguiente. — Se abren las puertas del cónclave. — El principe Barberini. — Dicho del Papa.*

Mientras que el pueblo romano se entregaba á la alegría que le causaba la falsa noticia del triunfo de su favorito, pasaba en el cónclave, una escena estraña, dramática y tierna.

Hemos dicho que habian tenido ya lugar tres escrutinios: el resultado de ellos habia sido cada vez mas desfavorable al Austria. Mastai veia por el contrario, que en cada escrutinio se aumentaba el número de sus votos, que el de los de Lambruschini disminuia y que era mayor el de los que se perdian. En el segundo escrutinio habia ganado cuatro votos, en tanto que su rival habia perdido dos; en el tercero, el dia 16 por la mañana, Mastai, como escrutador, habia leído once veces solamente el nombre de Lambruschini, y veinte y siete el suyo.

La emocion del cónclave iba siendo mayor á medida que se acercaba el momento del desenlace.

A las tres de la tarde del mismo dia, se abrió de nuevo el escrutinio: Mastai estaba en su sitio. Estaba pálido y parecia tristemente preocupado: el resultado de la prueba de la mañana le causaba miedo. Habia pasado rezando todo el tiempo que medió entre los dos escrutinios.

Se abrió la sesion con el canto del *Veni Creator*, despues se procedió á la escritura y al deposito de las papeletas en el caliz; en seguida se recogieron los votos de los enfermos con las formalidades acostumbradas, y estando ya todos reunidos, se dió principio al examen de los votos en medio del silencio mas profundo.

Mastai leyó su nombre sobre la primera papeleta, sobre la segunda, la tercera, la cuarta y así sucesivamente y sin interrupcion hasta la diez y siete inclusive. Su mano temblaba, se debilitaba su voz, y cuan-

do el segundo escrutador le presentó la diez y ocho papeleta, y vió en ello tambien escrito su nombre, le pareció que un denso velo cubria sus ojos. Suplicó á la asamblea que tubiera piedad de su turbacion, y que encargara á otro que continuara desempeñando las funciones de su cargo. Mastai olvidaba que un escrutinio interrumpido de aquella manera hubiera anulado la votacion. Recordandolo felizmente el sacro-colegio, le gritaron de todas partes: » Descansad, descansad! tomad todo el tiempo que para ello necesiteis, nosotros esperaremos. » Los que se hallaban mas inmediatos á él le obligaron á sentarse y á que descansara. Uno de sus colegas le presentó un vaso de agua. Estaba sentado, y aun permanecia tremulo, silencioso, inmóvil. No oia nada; no veia ya: dos arroyos de lágrimas surcaban sus mejillas. Esta alteracion tan profunda, tan verdadera, conmovió á la mayor parte de los cardenales, para los que hasta entonces habia sido desconocido, y les conmovió tanto mas cuanto que en aquellos tesoros de sensibilidad y de modestia, vieron la justificacion mas inesperada y mas persuasiva del acto que acababan de cumplir.

Al cabo de algunos instantes, Mastai se levantó y volvió á la mesa de los escrutadores, sostenido por dos de sus colegas. El examen se acabó lentamente. Al leer la última papeleta habia pronunciado treinta y seis veces su nombre.

Todos los cardenales se levantaron al mismo tiempo; una sola voz resonó bajo los techos artesonados de la capilla Paulina. El sacro-colegio, habia confirma-

do por aclamacion el resultado del escrutinio; pero el nuevo Papa estaba arrodillado. Se restableció la calma; se respetó su oracion, y cada uno volvió á ocupar su trono.

El cardenal Macchi tocó entonces una campanilla; á esta señal se abrieron las dos hojas de la puerta principal, y el secretario del sacro-colegio, acompañado de los prefectos y maestros de ceremonias, entró en la capilla. Dieron una vuelta, parandose sucesivamente ante el sub-decano y los cardenales gefes de orden, todos abandonaban sus asientos, y descendian á la nave; cuando no habia ya ningun trono ocupado y todos los Eminencias estaban reunidos, se dirigieron hacia el nuevo elegido para preguntarle si consentia en la eleccion.

El cardenal Macchi llevó la palabra: *Aceptasne, le dijo, electionem de te factam in Summum Pontificem?*

Mastai se levantó, su rostro tenia una espresion indecible de dulzura: estaba sereno y radiante; respondió con sencillez que se conformaba con la voluntad de Dios, y que tomaba el nombre de Pio IX. En aquel momento, los doseles que cubrian los asientos de los cardenales cayeron todos como por su propio peso, á escepcion de uno solo. Los miembros del colegio no formaban ya parte de la soberania: estaba toda entera concentrada en un solo hombre; habia un Papa en la asamblea.

Mientras que monseñor de Ligne, prefecto de las ceremonias y notario de la Santa Sede, estendia el acto de aceptacion, se procedió á la compostura

del Soberano Pontífice. La costumbre encomendaba este cuidado á los dos primeros cardenales diáconos, Riario Sforzia y Bernetti; se colocaron á los dos lados de Pio IX y le condujeron á la sacristia: allí ayudados por sus conclavistas, le quitaron sus vestidos, y le pusieron una sotana de tabi blanco atada á la cintura con una banda cubierta de oro; después colocaron sobre sus hombros el roquete, la muceta de seda encarnada y la estola, mientras que los camareros le ponían las medias blancas y las chinelas escarlatas adornadas de cruces bordadas.

Cuando el Papa estuvo vestido con los hábitos pontificios, los dos diáconos le llevaron á la capilla, y le hicieron sentar delante del altar, en un trono que se habia colocado allí durante su ausencia. Entonces comenzó la primera adoración. Todos los miembros del sacro-colegio, con el su decano á su cabeza, fueron á besar de rodillas la chinela y la mano del Cefe de la Iglesia; en seguida se levantaban, é imprimían sobre su rostro el osculo de paz. Concluida la adoración el Camarlengo puso en el dedo del Papa el anillo del pescador que Pio IX se quitó al instante, y que entregó á su maestro de ceremonias para que hiciera grabar en él su nombre.

Cuando la elección ha sido hecha por la mañana, hay la costumbre de que después del homenaje del sacro-colegio el primer cardenal diácono se dirige inmediatamente al gran aposento, que se abre á este efecto para dar parte al pueblo de la elección. Pero cuando los trabajos del cónclave no terminan hasta por la no-

che, la ceremonia de la proclamación se dilata hasta la mañana siguiente.

En este caso, lo que únicamente se hace es abrir las puertas del Quirinal para dar libre salida á la circulación de tan gran noticia. Todos los personajes de distinción que se hallaban en el palacio ó en sus inmediaciones, fueron admitidos á besar la mano del Soberano Pontífice. Entre ellos, no tardó en presentarse el viejo principe Barberini, comandante de los guardias nobles, el mismo á quien Mastai habia solicitado que le concediera la charretera, hacia treinta y dos años, y que le habia negado aquella solicitud después de su accidente de la callejuela de S. Ana.

Apenas le vió Pio IX, le hizo seña de que se aproximara, y dándole á besar afablemente su mano, le dijo: Querido principe, á vos se debe todo esto; aunque estariáis muy distante de creer, al negarme el nombramiento de oficial, que llegara un día en que Dios hiciese de mí un Papa.

—128—

CAPITULO DECIMO CUARTO.

*Noticia de la eleccion.—Su efecto.—Mastai desconocido.—El pueblo en Monte-Cavallo.—Los albañiles abren el aposento.—El maestro de ceremonias y el primer cardenal diácono proclaman el nuevo Pontífice.—Primera bendicion.—Multitud silenciosa.—Toma de posesion en el Vaticano.—Coronacion.—Ceremonia de las estopas.—Las primeras reformas pasan desapercibidas.*

Eran cerca de las doce de la noche cuando la noticia de la eleccion de Pio IX empezó á esparcirse por la ciudad. Causó, en la mayor parte de las personas que la supieron, el disgusto mas profundo. Todos esperaban, como ya hemos dicho, el nombramiento de Gizzi. Fue grande la consternacion cuando, en lugar del nombre de su candidato, oyeron los Romanos pronunciar el de Mastai, que no era conocido mas que de algunos huérfanos de la clase obrera, y por lo cual la masa del pueblo no tenia razon alguna de interesarse. Se preguntaban lo que era aquel arzobispo-obispo de Imola, á quien los negocios de su diócesis habian tenido quince años alejado de Roma, y que habia hecho para merecer los sufragios de sus cólegas?

Algunos cuantos artesanos, y algunos misioneros, pronunciaban los nombres de Tata Giovanni, San Miguel y Chile, pero se les escuchaba con indiferencia, y el pueblo, no pudiendo atribuir al nuevo Papa ningun recuerdo glorioso, afirmaba que infaliblemente tendria que sucumbir bajo el peso del trabajo que habia aceptado.

Si Pio IX no hubiera tenido por rival mas que á Lambruschini, el pueblo se habria alegrado de su triunfo; pero habian esperado otro mejor, al menos asi lo creian, y derribar á Gizzi por Mastai, al hombre de principios políticos conocidos por aquel de quien ignoraban absolutamente las opiniones y actos, renunciar á las esperanzas de amnistia y de reformas, volver á entrar bajo el yugo de un nuevo Leon XII ó de otro Gregorio XVI, que dejaria marchar las cosas á voluntad de algun ministro de Estado retrógrado, quizá del mismo Lambruschini, eran cosas que no podian soportar con paciencia.

Sin embargo, la masa del pueblo, que no habia tenido tiempo de ser desengañada, continuaba creyendo en la eleccion de Gizzi. A la mañana siguiente, muy temprano, una multitud inmensa se agrupaba en la plaza de Monte-Cavallo para recibir la primera bendicion de su Soberano; los albañiles estaban ya colocados en sus puestos, armados de piquetas y palancas. Cuando la última procesion se fue alejando acabando de cantar el *Te Deum*, y cuando el pavimento de la plaza, los caballos de la fuente, los balcones de las terrazas, y hasta los tejados, estuvieron atestados de gen-



te, las piquetas y martillos comenzaron á hacer bambolear el tabique que cerraba el gran aposento. Los ladrillos cayeron al principio uno á uno sobre el balcon exterior, despues se desplomó un gran pedazo; y bien pronto la abertura pudo dar paso á una persona. El maestro de ceremonias del cónclave, seguido del primer cardenal diácono, apareció entonces, con la cruz papal en la mano; separando con el pié los escombros se colocó á la derecha del balcon. El cardenal, inclinado sobre la barandilla, saludó al pueblo, y le dijo en latin. *»Anuntio vobis gaudium magnum; Papam habemus eminentissimum ac reverendissimum dominum Joannem Mariam Mastai Ferretti, S. R. C. presbyterum cardinalem, qui sibi nomen imposuit Pius IX.»*

»Os anuncio una gran alegría; tenemos por Papa al eminentísimo y reverendísimo Señor Juan Maria Mastai Ferretti, presbítero cardenal del Sacro-Colegio Romano, que ha tomado el nombre de Pio IX.

A estas palabras, sonaron las trompetas de los guardias nobles, los tambores de los suizos, de los granaderos pontificios y de las tropas de linea, colocados en la plaza y calles adyacentes, tocaron marcha; la artillería del castillo de S. Angelo, avisada por una señal convenida, se dejó oír en lontananza, y las campanas de toda la ciudad se echaron á vuelo. La multitud permaneció silenciosa.

Cuando se retiraron del balcon el maestro de ceremonias y el cardenal, dos camareros pusieron la colgadura de púrpura y oro que anuncia la bendición pontifical. Se abrieron todas las ventanas de la fachada del

palacio, y un instante despues volvió á aparecer la cruz papal. Esta vez precedía á todo el cónclave. Por la abertura hecha en el tabique que cubria el aposento, se vió avanzar majestuosamente de dos en dos á los cardenales seguidos de sus camareros. Todos los que pudieron tomar sitio á los dos lados del balcon se colocaron allí, dejando en el centro un espacio vacío; las otros ocuparon las ventanas mas próximas á derecha é izquierda. El nuevo Papa apareció el último.

Cuando se asomó al balcon, se agitaron algunos pañuelos, resonaron algunos gritos; pero la masa del pueblo permaneció impassible. Pio IX levantó sus brazos hacia el cielo como para pedirle el talento y la fortaleza necesarios para el buen gobierno de un pueblo. Dos torrentes de lágrimas caian de sus ojos.

Este movimiento fue tan espresivo que todo el mundo adivinó su intencion; la multitud se conmovió. Dos salvas de aplausos probaron al Pontífice que no todas aquellas almas eran incensibles. El primer lazo entre el Soberano y el pueblo nació, segun se vé, de una emocion del corazon. Pio IX pronunció entonces, con voz firme, las palabras de la bendición, á las que multitud de voces respondieron como de costumbre, despues entró en la parte del palacio Quirinal, que habia dicho queria habitar.

En la tarde de aquel mismo dia, el Papa fué á tomar posesion de la basilica del Vaticano; recibió de nuevo la obediencia de los cardenales en la capilla Sistina y sobre el altar de la confesion de S. Pedro. Algu-

nos dias despues, el 21 de junio, fue coronado solemnemente en la misma basilica, á presencia de los cardenales, de los embajadores, de los principes romanos, y del pueblo que acudió no solo de todos los cuarteles de la ciudad, sino del campo y de las legaciones, para asistir á aquella magnifica solemnidad y ganar la indulgencia anexa á la gran bendicion pontifical.

Siguiendo la costumbre establecida, en semejantes circunstancias, se quemaron por tres veces ante el nuevo Soberano Pontifice unas estopas para recordarle la vanidad de las grandezas humanas. Pio IX no tenia necesidad de esta leccion tradicional para renunciar á las pompas de la soberania; porque hacia muy poco que habia sido elevado á aquella dignidad, y sin embargo, ya habia hecho grandes rebajas en la mayor parte de los gastos del palacio.

A pesar de las reformas interiores por las cuales el Papa preludiaba otras mucho mas importantes, las prevenciones seguian siendo las mismas; se esperaba sin creerlo aun, el decreto de amnistia, que el nuevo Pontifice habia prometido al dia siguiente de su eleccion. Desesperaban ya de conseguirlo, porque les parecia que no habiendole dado el dia de su coronacion, para inaugurar su reinado, no le daria ya, puesto que aquel era en su concepto el instante mas á proposito para el cumplimiento de su promesa.

A esta causa indudablemente se debe atribuir la frialdad con que el pueblo asistió á la ceremonia de la coronacion y recibió la bendicion del Papa en la plaza de S. Pedro.

Sé asegura que al volver de la ceremonia, y cuando entraba en Palacio, Pio IX dijo á los que le rodeaban: «Los Romanos me tratan duramente! Pero, paciencia! yo sabré disipar sus prevenciones.»

## CAPITULO DECIMO QUINTO.

*Preparacion de la amnistia.*—*Lo que debia ser.*—*Lista de los presos y desterrados.*—*Motivo de sus condenas.*—*Crimen de la opinion.*—*Dicho del Papa.*—*El padre Ventura enviado al palacio.*—*Anécdota de su viaje.*—*Detalles biograficos.*—*Mastai y Ventura condiscipulos.*—*El abate Graziosi.*—*Trinidad fecunda y poco conocida.*—*Oposicion.*—*Reclamacion del embajador de Austria.*—*Respuesta de Pio IX.*—*Congregacion.*—*De como las bolas negras se vuelven blancas.*—*Gracias parciales.*

Pio IX estaba muy lejos de renunciar á la amnistia que realmente habia prometido; pero fiel á su costumbre de no hacer nada con precipitacion, reflexionaba mucho antes de obrar. Por otra parte este hecho debia ser, segun pensaba, el primer acto de una era nueva, y queria que llevase el sello de tal.

La amnistia debia ser amplia, sin restriccion, y al mismo tiempo debia ofrecer garantias de orden para el porvenir; en una palabra la clemencia hacia una juventud mal aconsejada, no debia amnistiar el crimen, ni animar á la rebelion.

En medio de sus meditaciones, que prolongaba

en sus paseos y hasta en sus oraciones, consultaba con frecuencia una lista completa que habia mandado hacer de todos los presos y desterrados, y en la que figuraban lo menos ochocientas personas de todas edades y condiciones.

En vano preguntaba á los ministros de Gregorio XVI los motivos de las persecuciones de que aquellos desgraciados habian sido objeto, los crímenes porque habian sido condenados.

La única respuesta que le daban era esta: *Eh! Santo Padre! chi lo sa! sarà sicuro per opinione....* (*Eh! Santo Padre! quien sabe, de seguro será por sus opiniones.*)

—*Por opiniones!* exclamaba Pio IX. Pues que es acaso permitido perseguir á un hombre por sus opiniones, cuando estas no han producido ningun acto culpable? Por opiniones! Os pareceria justo que os condenara á vos, que tenéis vuestra opinion y que seguramente no es lo mismo que la mia, nada mas que por que no pensais como yo?

Los sentimientos del Papa eran conocidos por un corto número de consejeros independientes, con los que, en sus conversaciones intimas, debatia las principales disposiciones de la gran medida que preparaba.

En este número se contaba el primer predicador de Italia, cuya palabra severa recordaba frecuentemente á los grandes del mundo sus deberes para con el pueblo; y el cual habia sido tambien perseguido por el inaudito crimen de la *opinion*.

El padre Ventura había sido el primero, como se ha visto, que había comprendido, que había adivinado el carácter de Pio IX. El Papa lo había sabido en el cónclave; pasada la primera emoción que siguió á su elección, había querido informarse de cual era la causa que había decidido al cardenal Pignatelli á darle su voto, siendo así que no le conocía.

El cardenal le confesó su ignorancia respecto á las personas que componían el sacro-colegio, su incertidumbre y su entrevista en Nápoles con el padre Ventura, cuyos consejos habían decidido su elección. A esta rara casualidad es á la que el ex-general de los teatinos debe el haber sido llamado, por primera vez al palacio Quirinal.

Pero antes de introducir en la escena los acontecimientos de un hombre que como se verá está destinado á representar un papel importante, bueno será dar á conocer algunos pormenores de su persona.

El padre Ventura, gracias á las peregrinaciones de su vida de predicador, es el hombre de la Iglesia de quien circulan las anécdotas de rasgos más originales.

Hé aquí una que pinta perfectamente su carácter.

En uno de sus numerosos viajes de Nápoles á Roma, un día, después de comer, llegó con su pequeña maleta debajo del brazo á tomar sitio en un carruaje, vió un hombre solo, embozado en su capa, con una gorra echada sobre los ojos, y colocado ya, ó mejor dicho, acostado sobre las dos banquetas. Riéndose le

dijo al cochero: *«chi he questo bruto? (Quien es este avestruz?)—¡Hoooo! dijo el interpelado, in francese!»*

El reverendo padre subió se colocó en el fondo, allado de su compañero de viaje, puso sobre la banqueta de delante su pequeña maleta; y abrió el breviario; era la hora de las visperas.

No había andado diez pasos el carruaje, cuando el viajero, notando que había alguno á su lado, levantó la visera de su gorra y puso mala cara á la vista del religioso; después, reparando en la maleta, alargó el brazo, la cogió y la puso en el suelo del carruaje.

El reverendo, sin decir una palabra, tomó su maleta y la volvió á colocar sobre el asiento de delante. Nuevo movimiento del viajero que viendo la maleta donde estaba al principio, la cogió y la puso otra vez en el suelo; nuevo movimiento del religioso para volverla á la banqueta.

Esta discusión muda se repitió tres veces; á la tercera, el padre Ventura, volviéndose hacia el francés, le dijo con firmeza:

—Caballero, esta maleta debe quedar aquí.

—Y donde estiraré yo mis piernas? respondió aquel.

—Las estirais delante de vos, si os agrada; yo que no estiro las mias, pretendo guardar mi equipage delante de mi.

—Vos pretendéis, oh?... vaya una razón. Y si yo pretendiese también estirarlas?... Soy francés, caballero.

—Y yo, dijo Ventura con energía, soy *Siciliano*. Dejadme rezar mis visperas.

Esta palabra produjo en el francés el efecto de una chispa eléctrica; aun cuando al ver su exterior nadie hubiera dicho sino que era un necio, sin embargo en el fondo no tenía nada de tonto, y el mal humor que le había causado la presencia del teatino desapareció tan pronto como vió en él un hombre de energía.

—Como, dijo encogiendo las piernas, vos sois siciliano, padre mio? Porque no lo deciais. Y yo que justamente queria visitar la Sicilia. Vamos á hablar de Palermo, de Montreal y de los bosques de naranjos. Oh! Que viaje tan encantador vamos á hacer!

El padre Ventura sonrió, cerró su breviario, y respondió á estas manifestaciones de paz con su generosidad y buen humor habituales. Luego se encontró con que el francés, hombre de gusto y muy instruido tenía particularmente vastos conocimientos de botánica. El padre Ventura, curioso de todas las cosas, se puso á herborizar con él á la orilla del camino, siempre que el carruaje iba al paso largas distancias.

En fin, este viaje, empezado bajo auspicios tan sombríos, fué, segun nos ha dicho el mismo teatino, uno de los mas agradables de su vida.

Cuando estuvieron en Roma, se vieron todos los dias, y el reverendo padre le presentó al papa Pio VII. Por una estraña coincidencia, cuando el papa oyó su nombre, recordó que durante su cautividad en Francia, había sido huesped de su padre, que en aquella época era el primer presidente de Dijon.

Esta anécdota bastante curiosa, manifiesta bien á

las claras el carácter del hombre enérgico, intrépido y altivo, enfrente de la injusticia, de la groseria y de la tirania bajo todas sus formas; al mismo tiempo que el hombre complaciente, afable y cariñoso enfrente de la dulzura y amabilidad de carácter.

A traves de la bondad y la rudeza aldeanas de las facciones de su rostro, se leen todas las delicadezas femeniles de su alma pura y sensible. Apostol de los tiempos primitivos, lleno de ciencia y esperiencia, encierra dentro de su pecho de atleta un corazón de niño.

Nació en Palermo de una honrada familia, el mismo año que Pio IX. Como él abrazó tambien siendo aun jóven el estado eclesiástico. Además de sus relaciones de edad y de carrera, existia aun entre el padre Ventura y el Papa un lazo mas íntimo.

El uno y el otro habían sido dirigidos, en sus estudios por el abate Graziosi, ese gran teólogo, ese excelente anciano tan caritativo, tan modesto y tan instruido, cuya muerte debía llorar muy pronto Roma.

Mastai y Ventura amaban tiernamente á su profesor antiguo y le consultaban en todos los casos difíciles de su ministerio y de su vida. De aquí había resultado entre ellos esa especie de fraternidad espiritual que une á los hombres educados en la misma escuela y bajo unos mismos principios. A esto estaba, sin embargo limitadas las relaciones que existían entre estos dos hombres.

Las lecciones del venerable Graziosi habían dirigido á sus dos discipulos hacia el mismo objeto, pero por caminos diferentes, pues que mientras Mastai dotado

de un carácter dócil recorría lentamente los grados de la gerarquía eclesiástica, Ventura adquiría en la soledad del claustro, aquella dialéctica poderosa, y aquellos rasgos enteramente sicilianos que han hecho de él sin contradicción el primer orador de grado de los tiempos modernos.

Al principio había pensado entrar en la regla de S. Ignacio; pero no pudiendo ponerse de acuerdo con los padres jesuitas sobre el método de su enseñanza, eligió el orden de los teatinos en donde no tardó en ocupar la primera dignidad.

Habiéndose puesto en evidencia muy pronto por su ciencia y talentos oratorios, se le confió la cátedra de derecho eclesiástico en el colegio de la *Sapienza*. Ocurria esto en los primeros años del pontificado de Gregorio XVI. Las ideas independientes del profesor escitaban los recelos del partido que entonces dominaba en Roma. El Papa se vió cercado y apremiado por los embajadores que no querían que se hablase ni aun en Roma de la libertad de la iglesia; redactaron contra él una nota que no produjo efecto al principio; mas habiendo publicado el padre Ventura sus lecciones se consideraron precisados á sacrificarle.

Encerrado desde entonces en la oscuridad del claustro, el elocuente orador no dejó ya oír su voz sino á largos intervalos y cuando era rogado por el cura de alguna iglesia de Roma.

Así es que durante el adviento de 1845 predicó en S. Pedro cuatro sermones, en los que defendió con energía la causa sagrada del trabajo, en contrapo-

sición de la ociosidad de los ricos.—La nobleza se indignó, y se asegura, que la familia Borghese manifestó que ninguno de sus miembros asistiría en lo sucesivo á sus sermones.

Pío IX había llamado á su lado al mismo tiempo que al padre Ventura, á su antiguo profesor Graziosi, que acababa de obtener la tardía recompensa de una canongía, y desde entonces se formó entre el maestro y los dos discípulos, una alianza fecunda y poco conocida, que debía dar origen á una nueva era para la Italia.

Era un sublime y santo espectáculo el que presentaban estos tres hombres meditando á los pies de Cristo sobre la resurrección de un pueblo por medio de la indulgencia y el perdón.

Sin embargo, el proyecto de amnistía discutido y elaborado en las reuniones íntimas del Quirinal, encontraba fuera una oposición formidable.

Al primer rumor de semejante proyecto que circuló por Roma, corrió el embajador de Austria á presentarse al Santo Padre, y le espuso los peligros que iba á arrostrar, amenazándole al mismo tiempo con el desagrado de la corte de Viena.

Se asegura que el Papa le contestó:—Señor embajador, sois buen católico?

—Puede V. S. dudar de ello?

—Cumpliendo vuestros deberes de cristiano y de jefe de familia, esperais salvar vuestra alma?

—Sin duda!

—Pues bien, yo también tengo deberes que cum-

plir, yo tambien tengo una familia, que es mi pueblo y la Iglesia, y quiero tambien como vos salvar mi alma.

Tras el representante del Austria fueron los cardenales, de los cuales, aun los que menos prevenidos estaban contra aquel proyecto, lo consideraban prematuro é inoportuno. Semejante medida al principio del reinado, decian ellos, podia sumir los Estados de la Iglesia en la anarquia que habia echo memorable el advenimiento de Gregorio XVI; los proscritos traerian á Roma el antiguo espíritu de revueltas envenenado por doce años de prision ó de destierro. Iban á verse formar de nuevo las sociedades secretas, y á los ajentes de los carbonarios seducir las tropas por medio del oro. La insurreccion debia infaliblemente estallar en las legaciones: y, ay entonces del poder temporal de los Papas! La responsabilidad de semejante desastre caeria sobre la cabeza de aquel que lo hubiese causado por su imprudente ceguedad.

Con el objeto de no herir susceptibilidad alguna Pio IX quiso que el principio de la medida se discutiese en una congregacion de cardenales, pues esperaba calmar los terrores, y triunfar de las preocupaciones. Despues de haber explicado estensamente las ventajas de la amnistia, y demostrado el poco fundamento de los temores á que daba origen, invitó á los miembros de la congregacion á que espusieran sus objeciones. Todos, al parecer, se conformaron con su deseo; pero, cuando llegó el momento de la votacion, se vió que todas las bolas eran negras.

Pio IX tomó entonces su resolucion, y para infor-

mar de ella á la asamblea, se quitó su birreta, que como ya hemos dicho era blanca, y poniéndola sobre las bolas negras, dijo:

—Ahora todas son blancas!

Esta firmeza dió origen á mas de un arrepentimiento. Era claro á los ojos de todos, que al elegir á Mastai en lugar de Lambruschini, la mayoría del sacro-colegio se habia engañado: habia querido rechazar á un candidato demasiado simpático al Austria y demasiado odioso al pueblo romano, pero no habia creído reemplazarle con un reformador tenaz que se colocaria en medio de ella como el campeón declarado de los intereses populares.

Habian elegido en Mastai al pastor modesto, caritativo, esperando que en el gobierno de la Iglesia seguiria con su espíritu de mansedumbre y piedad, y que el gobierno temporal se lo encomendaria á algunos ministros elegidos entre los miembros de la eminente asamblea.

Pero la idea que Mastai se formaba de sus deberes era mucho mas elevada. Siendo obispo, se habia conducido como obispo; siendo Papa, debía á la vez conducirse como tal y como Principe, y no creia, en conciencia, que podia encomendar á nadie esta doble responsabilidad.

Pio IX, para demostrar á los cardenales y al Austria que no se espantaba por sus sombrías profecias ni por sus amenazas, empezó por conceder la gracia de la amnistia á todos los proscritos que se la pidieron aisladamente.

Así es que antes de la publicación del edicto, el profesor Orioli, el abogado Leoni y algunos otros desterrados ó detenidos, volvieron á su patria ó recobraron su libertad. Al mismo tiempo, el Papa decretaba las últimas bases del *multo proprio*, y escribía de su propia mano el preámbulo.

El pueblo, ignorante aun de la miras elevadas y verdaderamente cristianas de su Soberano, y de la lucha que sostenía contra las embajadas y las congregaciones, no sabía que pensar de su retardo. Viendo que después de la promesa de un perdón general, no concedía sino gracias particulares, comenzaba á creer que su clemencia se limitaría á actos parciales, y le acusaba ya de inconsecuente y débil. Pero aquellas acusaciones iban á recibir bien pronto un solemne desengaño.

#### CAPITULO DÉCIMOSESTO.

*Decreto de amnistia.—Entusiasmo de Roma.—Escena nocturnas.—Primera manifestacion improvisada.—Emocion de Pio IX.—Tres bendiciones.—Todo el pueblo en Monte-cavallo.—El dia siguiente.—Ovacion en que toma parte el conde Rossi.—Espectáculo que presenta Roma.—Los presos por deudas son puestos en libertad.—El entusiasmo estalla en las legaciones.—Explicacion del padre Ventura.—Dicho del Papa.*

El 17 de Julio por la tarde, un mes justo de la primera aparicion de Pio IX en el balcón del Quirinal, se fijó en las esquinas de todas las calles de la ciudad una hoja grandísima de papel impresa en dos columnas. Era tarde. El cielo no daba ya la suficiente claridad para que nadie se entretuviera á examinar lo que contenía aquel manifiesto. Por otra parte, el pueblo romano que casi habia perdido toda esperanza, empezaba á hacer poco caso de los actos del gobierno. Sin embargo, entre tantas personas como á aquellas horas pasaban por las calles sin detenerse á ver lo que decían aquellos anuncios, hubo una que movida por la curiosidad, se acercó á uno de los carteles, y llegó á través de las



Así es que antes de la publicación del edicto, el profesor Orioli, el abogado Leoni y algunos otros desterrados ó detenidos, volvieron á su patria ó recobraron su libertad. Al mismo tiempo, el Papa decretaba las últimas bases del *multo proprio*, y escribía de su propia mano el preámbulo.

El pueblo, ignorante aun de la miras elevadas y verdaderamente cristianas de su Soberano, y de la lucha que sostenía contra las embajadas y las congregaciones, no sabía que pensar de su retardo. Viendo que después de la promesa de un perdón general, no concedía sino gracias particulares, comenzaba á creer que su clemencia se limitaría á actos parciales, y le acusaba ya de inconsecuente y débil. Pero aquellas acusaciones iban á recibir bien pronto un solemne desengaño.

#### CAPITULO DÉCIMOSESTO.

*Decreto de amnistia.—Entusiasmo de Roma.—Escena nocturnas.—Primera manifestacion improvisada.—Emocion de Pio IX.—Tres bendiciones.—Todo el pueblo en Monte-cavallo.—El dia siguiente.—Ovacion en que toma parte el conde Rossi.—Espectáculo que presenta Roma.—Los presos por deudas son puestos en libertad.—El entusiasmo estalla en las legaciones.—Explicacion del padre Ventura.—Dicho del Papa.*

El 17 de Julio por la tarde, un mes justo de la primera aparicion de Pio IX en el balcón del Quirinal, se fijó en las esquinas de todas las calles de la ciudad una hoja grandísima de papel impresa en dos columnas. Era tarde. El cielo no daba ya la suficiente claridad para que nadie se entretuviera á examinar lo que contenía aquel manifiesto. Por otra parte, el pueblo romano que casi habia perdido toda esperanza, empezaba á hacer poco caso de los actos del gobierno. Sin embargo, entre tantas personas como á aquellas horas pasaban por las calles sin detenerse á ver lo que decían aquellos anuncios, hubo una que movida por la curiosidad, se acercó á uno de los carteles, y llegó á través de las

tinieblas, á descifrar el título. Entonces arrojó un grito de alegría. Aquel cartel despreciado era el decreto de amnistía.

Bien pronto aquel grito se esparció de puerta en puerta, de calle en calle, por todos los distritos de Roma. Cien mil personas salieron de las casas, de los cafés, de las tiendas, de todas partes, y se situaron al rededor de los sitios en que ordinariamente se acostumbra fijar los anuncios públicos. A los dos lados del decreto se colocaron inmediatamente hachones encendidos. Se golpeaban para leerlo, leyéndole lloraban, y se abrazaban despues de haberlo leído, aquello era una locura, un delirio! Los que han presenciado aquel suceso, lloran aun al recordarlo. Leían y releían estas tiernas y sencillas palabras que precedían á la ley:

»En estos días en que la alegría pública que ha escitado nuestra elevacion al soberano pontificado, nos hacia experimentar en el fondo del corazon la emocion mas viva, no podíamos échar de él un sentimiento de dolor, al pensar que un gran número de familias de nuestros súbditos no podían tomar parte en la comun alegría, porque privadas como lo estaban de los consuelos domésticos sufrían gran parte de la pena que algunos de sus miembros habían merecido por haber perturbado el orden de la sociedad, y los sagrados derechos del legítimo príncipe.»

»Echábamos, por otra parte, una mirada de compasion sobre esa juventud numerosa é inesperta, que si bien ha sido arrastrada por engañosas lisonjas al

medio de los tumultos políticos, nos parecia mas culpable por haberse dejado seducir que por haber seducido. Por esa razon, desde aquel momento pensamos en tender la mano, y ofrecer la paz del corazon á aquellos de estos queridos hijos que quisieran mostrarse sinceramente arrepentidos.»

»La afeccion que nuestro buen pueblo nos ha demostrado, y los testimonios de constante veneracion que la Santa Sede ha recibido en nuestra persona, nos han persuadido de que podíamos perdonar sin que por ello resultase ningun peligro al orden público.»

Se estasiaban en seguida al ver en la amnistía que la única garantia que se pedía al amnistiado era su palabra de honor! Generosa rehabilitacion! cuantas promesas en gérmenes se hallaban contenidas en aquella sencilla exigencia! cuanta buena fé en aquel perdon! cuanta fuerza en aquella mansedumbre! Sin duda el gobierno que se fiaba en el honor de sus súbditos, queria, á su vez que estos pudiesen fiarse en el suyo. Aclamaciones sin fin resonaban en toda Roma. Despertada de pronto por aquellos alegres clamores, la ciudad entera se iluminó. De repente una voz esclama: *A Monte-Cavallo! A Monte Cavallo!* y la multitud se precipita en desorden hacia el palacio Quirinal para dar gracias al Soberano Pontífice.

Eran las nueve. Pio IX, á través de la oscuridad y del silencio de los vastos jardines del Quirinal, oía aquellos rumores lejanos, signo evidente de que su decreto había ya sido leído por su pueblo. Veía apa-

recer sucesivamente resplandores inusitados por encima de cada distrito, y coronar con una aureola de alegría la frente de la ciudad eterna. Al cabo de un rato le pareció que el ruido se acercaba. Oyese un extraordinario murmullo que parecía un trueno lejano ó el sordo rumor del flujo del mar; distingue después los gritos, y oye su nombre pronunciado por millares de voces. Vienen á decirle que su pueblo está allí, que quiere verle y que así lo pide. Era el primer testimonio de amor, que le tributaban los Romanos, una esplosion espontánea del reconocimiento público sin que en ello tubiese la menor parte, ni el brillo de una solemnidad pomposa, ni el atractivo de una fiesta real.

Pio IX se presentó en el gran aposento; al verle, el pueblo prorrumpió en grandes y frenéticos bravos. En los raros intervalos de silencio, mientras que todos aquellos pulmones, y todos aquellos brazos descansaban un momento, voces aisladas llegaban hasta él.—Gracias Santo Padre! Gracias! Tu pueblo te da las gracias.—Has hecho por él una gran cosa! y otras mil exclamaciones (de este género, familiares, pintorescas y expresivas como lo es en general el lenguaje de los Romanos.

Después de la bendición, el Papa se retiró de aquel sitio, pero á las diez fué preciso que se presentara de nuevo. Antes no habían acudido á aquel sitio sino diez mil personas; entonces había mas de veinte mil. A las once, Roma entera le llamaba por tercera vez. Habían llevado las orquestas de los teatros, asaltado

las tiendas donde vendían achones, escalado las tapias de los palacios y el pedestal del obelisco, para colocar en ellos fuegos de Bengala: la plaza estaba tan clara como en la mitad del día. Fué tal la impresión que todas aquellas demostraciones causaron á Pio IX, que al retirarse del salón la última vez les dijo á las personas que estaban á su alrededor:

—Sería necesario ser un monstruo, para no corresponder al amor de ese pueblo.

A la mañana siguiente apareció el decreto de amnistía que se había fijado la víspera en todas las esquinas, cubierto de coronas, y rodeado de guirnaldas de flores.

El día 19, con motivo de la festividad de S. Vicente de Paul, el Papa se dirigió á la Iglesia de la Misión. El pueblo que lo supo le preparó una ovación improvisada. En un abrir y cerrar de ojos todas las casas de la calle del Corso, por donde el Papa debía pasar, se encontraron decoradas con tapices y adornadas con banderas de los colores pontificales; el pavimento de la calle estaba sembrado de flores: multitud de versos é inscripciones, se veían colocados en todas las tapias.

Concluida la ceremonia, el papa subió á su coche y tomó el camino del Quirinal. El cortejo caminaba lentamente, á causa de la inmensa muchedumbre que obstruía el paso; por fin, y después de muchos esfuerzos pudo llegar á la esquina de la plaza de la *Colonna*. Allí fué imposible pasar adelante. Una infinidad de jóvenes cerraban el camino puestos de rodillas y pi-

diendo que se les permitiese desenganchar los caballos para llevar á brazo la pesada carroza pontifical. Pio IX se opuso tenazmente á aquel homenaje que le repugnaba.—Sois hombres! gritaba á los mas decididos, pero ya no era tiempo; habian conseguido desatar los tirantes y el carruage, movido por centenares de brazos vigorosos que se reemplazaban tomaba de nuevo su interrumpido camino, y se dirigia á Monte-Caballo. El entusiasmo habia llegado á su colmo. Aquel Principe, aquel Pontifice que pasaba llorando, echando su bendicion á través de una lluvia de flores, aquella multitud arrodillada que estendia sus brazos hacia él, aquellos pañuelos que se agitaban, aquellas banderas inclinadas, aquellas casas cargadas de gente y que parecia que estaban á pique de desplomarse por los estrepitosos vitores de la muchedumbre, toda aquella felicidad, todo aquel amor, todo aquel bullicio, formaba un conjunto maravilloso y encantador, ante el cual no podian permanecer indiferentes ni aun los corazones mas frios. El Conde Rossi siguió largo tiempo al cortejo. Los Romanos le vieron, caminando cerca del estribo del coche, unir sus aplausos á los de ellos, con una emocion tan verdadera, que teniendo en cuenta sus antecedentes le llamaron desde entonces *el Amnistiato*.

En la noche de aquel dia de jubilo y alegría, se supo que Pio IX habia puesto en libertad á una porcion de presos por deudas, satisfaciéndolas él de sus propias rentas. Los Romanos imitaron tambien su noble ejemplo. Se abrió una suscripcion para socorrer á los

pobres, y al instante se llenó de firmas; de este modo Roma entera pudo regocijarse de la clemencia de su Soberano.

Las provincias no tuvieron necesidad, para entregarse á los mayores trasportes de alegría, de aguardar la noticia, de lo que pensaba hacer la capital. Apenas aparecia el decreto de amnistia, cuando en todas partes empezaban las iluminaciones, los banquetes y las fiestas. Cada ciudad tuvo sus monumentos, sus inscripciones y sus himnos. Bolonia inauguró en su plaza un busto de Pio IX adornado con una inscripcion.

Ancona hizo grabar el *motu proprio* en letras de oro sobre una columna de marmol, á fin de ponerlo al abrigo de los ultrages de algunos miserables, que lo habian rasgado durante la noche. En fin, toda la Italia se conmovió á aquel movimiento que partia de Roma, y comprendió facilmente que desde aquel dia, la Santa bandera de la libertad no se enarbolaria solo, en los Estados Romanos.

A medida que llegaba á Roma la noticia de aquel entusiasmo general, los Romanos se esforzaban mas y mas, en prodigar al nuevo Papa las mayores y mas evidentes muestras de su ternura y cariño. Pio IX estaba sorprendido del fervor de aquellos testimonios. La estremada gratitud del pueblo por un acto que á él le parecia tan sencillo y natural, concluyo por causarle asombro. El padre Ventura se encargó de descubrir á su modestia el secreto de un reconocimiento que se le figuraba exagerado.

Un dia que el Pontifice, en una conversacion fa-

miliar con él, derramaba todo el lleno de la alegría que rebosaba en su alma, el religioso le esplicó la razon de porque el pueblo, con ese tacto exquisito que caracteriza á las masas, habia juzgado el gran decreto de la amnistia mas aun por lo que prometia, que por lo que era en sí mismo.—Ha visto en el «muto propio» de V. S. dijo el teatino, el empeño formal que toma su principe, de no consentir en lo sucesivo que ningun súbdito de los Estados eclesiásticos, sea preso ni perseguido sin una causa justa y suficiente para ello. Ha encontrado en el, una prenda positiva de la inviolabilidad del domicilio, y de la seguridad de las personas; ha descubierto la facultad que de hoy en adelante tendran los ciudadanos, de vivir al abrigo de las delaciones calumniosas, del espionage, y de las injustas vejaciones de la policia. Hé aqui porque una ley destinada solamente al beneficio de algunos ha venido á ser un motivo de alegría, y de esperanza para todos.

Pio IX, con las lágrimas en los ojos ál oír las reflexiones tan justas del padre Ventura, le respondió.

—Si el pueblo ha visto todo eso en la amnistia, ha leído en el fondo de mi corazón.

## CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO.

*La amnistia no era la primera medida liberal de Pio IX.—Actos que la habian precedido.—Opinion del pueblo sobre Gizzi.—Opinion de Pio IX.—Gizzi ministro de Estado.—El Papa es acusado de sacrificar sus opiniones, á la pasion de la popularidad.—Ponen en duda su sinceridad.—Justa indignacion del Soberano Pontífice.—Su declaracion.—El pueblo le hace justicia.—Oracion del 8 de setiembre.—Suscripcion.—Arco triunfal.—Cortejo.—Bendicion.*

El decreto de amnistia tan aplaudido, tan festejado por el pueblo romano, no era sin embargo la primera medida liberal del gobierno de Pio IX. A aquel grande acto habian precedido una serie de decisiones liberales y paternales. El Papa habia suprimido las comisiones militares, establecidas aun en la Romania; habia determinado que el jueves de todas las semanas daria audiencia pública, á la que podrian asistir todas las personas que tubieran que pedirle alguna gracia ó que entregarle alguna solicitud. Habia declarado que tomaba bajo su proteccion la Academia del Liceo, y que favoreceria con todo su poder las reuniones científicas de sus Estados.

Pero Roma no habia visto en todas aquellas me-

didas, mas que el deseo de adquirir, á poca costa, una pasagera popularidad, y las habia acojido con desconfianza. Lo que ante todo queria Roma, era la amnistia. Una parte de su poblacion estaba sumida en el mayor desconsuelo, un gran número de familias lloraban la ausencia de parientes proscriptos ó encarcelados, y era preciso curar aquellas heridas, enjugar aquellas lágrimas. El amor y la confianza de Roma no podian comprarse, sino á aquel precio.

La amnistia dió pues por resultado, no solo el que se apreciáran en el porvenir las buenas intenciones del Papa, sino el haber sacado de la oscuridad, por decirlo así, en que yacian, los actos que la precedieron, ensalzándolos luego extraordinariamente la opinion pública. Desde entonces creyeron realmente en Pio IX, y el apoyo que le prestaron la mayor parte de los desterrados que volvieron á sus hogares, probó claramente que ya no existia entre ellos, y el Soberano Pontífice el mas pequeño motivo de desconfianza. Como alimentar dudas acerca de un príncipe, que no se anunciaba sino por la clemencia y la dulzura, que permitia hasta al ciudadano mas oscuro que se le acercara en dia determinado, á hablarle á solas, sin ceremonia, sin testigos? Como desconfiar de un poder que licenciaba el numeroso personal de la policia, sostenido por sus predecesores, que permitia las grandes manifestaciones populares, y que autorizaba la apertura de reuniones públicas, cuyo objeto principal confesado y proclamado, era la política?

Pio IX tenia aun que dar á su pueblo una prueba

personalísima de su adhesion y rectitud. Hacia mucho tiempo que los Romanos estaban preocupados por Gizzi. Se ha visto ya con cuanto afan habian deseado verle sentado en la silla de S. Pedro, y cuanto disgusto les habia producido el descalabro sufrido por su candidato. Es verdad que empezaban á reconocer que no habian perdido nada en el cambio; pero á pesar de todo, Gizzi no dejaba por eso de ser objeto de grandes esperanzas. Es tan difícil renunciar á una ilusion de muchos años!... Qué no haria el corazon noble y generoso de Pio IX, secundado por semejante hombre! Hé aquí lo que no cesaban de repetir en todas partes. En cualquier sitio en que el Papa se presentaba le suplicaban al momento que nombrara á Gizzi secretario de Estado. El pueblo, admitido á dar á conocer libremente sus votos, no dejaba escapar ninguna ocasion de manifestar la satisfaccion que le causaria aquella eleccion; por otra parte, las personas de alguna categoria que aconsejaban al Pontífice, le designaban al legado de Forli como el solo hombre capaz de dirigir bajo su inspiracion, los negocios públicos.

Pio IX no era enteramente de aquella opinion, porque por un lado le hacia temer la salud vacilante del cardenal, que padecia ataques de gota tan fuertes que le obligaban á permanecer en cama muchos dias despues del acceso; y por otro, dotado de un profundo conocimiento de los hombres, habia creído notar en el legado una tendencia natural á la timidez, á la irresolucion, y temia que no adoptara mas que á medias su sistema reformador.

Sin embargo, las instancias del público se hicieron tan apremiantes, que se resignó.—Creo que mi pueblo se engaña, dijo un día á una de las personas á quienes honraba con su intimidad; pero no le dejaré sufrir su error por mucho tiempo. Al día siguiente apareció el decreto: Gizzi era ministro. Roma rebotó de alegría.

Lo que fué para los unos un testimonio nada equívoco de condescendencia y de amor, pareció á otros un signo de debilidad, y aun un acto maquiavélico. El partido retrógrado y el embajador de Austria, formaron de Pio IX, con motivo de este hecho, un concepto que manifiesta, cuán poco dignos eran de comprenderlo. Oyendoles á ellos, el Papa era un hombre sin carácter, que sacrificaba sus convicciones á un deseo immoderado de popularidad.

—Adula al pueblo, decían, para tener el placer de oír gritar: Viva Pio IX! y de bendecir á sesenta mil personas; pero aquellos que se figuran que es liberal por principios se engañan mucho: la prueba de ello está en el sacrificio que pretende hacer aceptando á Gizzi. Esperad! esperad! cuando se haya hastiado de los gritos y de las demostraciones populares, se dejará guiar por sabios consejeros: que no se apresuren pues los liberales á gritar: Victoria!

Aquellas palabras llegaron á oídos de Pio IX, que se indignó al oírlas.—Sabeis que los que así me tratan me hacen un sangriento ultraje! exclamó; no saben, según eso, que si la sinceridad desapareciese del mundo, debería refugiarse en el corazón de un Papa?... Y

yo soy Papa! añadió dándose golpes en el pecho.

Otro día, el padre Ventura le leía una carta dirigida desde Paris á uno de los franceses que habitaban en Roma, en la que profetizaban al gobierno pontifical una pronta *reculada* (reculade.) Pio IX, indignado con aquella lectura, exclamó en italiano tomando de la lengua francesa la palabra expresiva que contenía la carta:— *Il Papa non fa RECULADA!* Los hechos lo probarán.

No participaron los Romanos de aquel error, ó de aquella calumnia de las gentes interesadas, en denigrar el carácter y las intenciones de Pio IX. Comenzaba á establecerse ya entre el Soberano Pontífice y el pueblo aquella correspondencia de afección, aquella verdadera y cordial inteligencia que ha causado despues la admiración de los estrangeros y que ha dado tanta fuerza al gobierno pontifical. Nadie se atrevió á ver una debilidad en aquella concesion del Papa; y antes por el contrario despertó hacia él mas estimación y reconocimiento. Los que aun dudaban, adquirieron de ello una prueba el 8 de Setiembre, día de la Natividad. Es costumbre en este día que los Soberanos Pontífices vayan á la iglesia de Santa María del Pueblo, que está situada á la estremidad del Correo, en la plaza de este nombre.

Roma habia resuelto convertir aquella travesía del Papa en una marcha triunfal. Para suministrar los medios de hacerlo, se había abierto anticipadamente una suscripción. El arquitecto Felice Cicconetti fué el encargado de elevar á la entrada de la plaza un arco de triunfo por el que debían hacer pasar al Pontífice. Lo

literatos mas distinguidos de Roma se ofrecieron á hacer las inscripciones, los pintores á ejecutar los bajos relieves. En uno de los frontis se leia: *Honor, gloria á Pio IX, á quien ha bastado un dia para consolar á sus subditos, y causar la admiracion del mundo!* y en el otro: *En celebracion del triunfo de la paz, el pueblo Romano eleva este arco á Pio IX. Ha vencido la discordia con la elocuencia, ha otorgado las audiencias publicas, ha dispuesto la construccion de caminos de hierro, ha abierto un manantial de civilizacion y de riqueza. Aplaudid, naciones!! Pio es el nombre de amor que bendecirán todos los siglos.*

El cortejo del Papa penetró en la calle del Corso, á traves de una lluvia de flores; las paredes de las casas estaban cubiertas con piezas enteras de seda y terciopelo; un gentio inmenso ocupaba los terrados, las ventanas, los balcones y las aceras. El centro de la calle en toda su longitud estaba lleno de jovenes colocados en orden y llevando alternativamente, banderas y ramas de oliva. Por mucho que dijéramos, no seria suficiente para dar una idea esacta del entusiasmo de la multitud cuando distinguió al Soberano Pontifice, vestido con sus sencillos hábitos blancos. Bástenos, sin embargo, decir que todos, todos, hasta los extranjeros vertieron, al ver aquella franca alegría, lagrimas de entusiasmo.

Cuando el Papa volvió al Quirinal, echó desde el balcon de la *loggia* una bendicion general. Por la noche el pueblo se dirigió al Palacio acompañado de un estandarte en que se leian estas palabras: *Fidelidad eterna á Pio IX.* Fué preciso que nuevamente se asomará y que

bendijera otra vez. Cuando se retiró, y en medio de la mayor emocion, le dijo á uno de sus familiares: — Es necesario tener el corazon muy gastado, para imaginar que un hombre, objeto de tantas muestras de amor y reconocimiento, pueda engañar á aquellos que se los tributan.



CAPITULO DECIMO OCTAVO.

*Primeros actos de la administracion de Gizzi=Instruccion popular.=Ejercicios militares impuestos á los ociosos.=Estudios exigidos á los gobernadores de las provincias.=Caminos de Hierro.=Diversas reformas de la administracion.=El partido retrogrado, y el Austria se agitan.=Proyecto de ordenanza sobre las manifestaciones populares.=El Papa lo sustituye con una proclama.=Efecto que produjo en Roma.=Frialdad del pueblo.=Permanencia del Papa en el campo.=Regreso de Tiboli.=El pueblo en masa sale á recibirle.=Su alegria.=Lucha en el Quirinal.=Bendicion.=Temores de envenenamiento.=Defecion de la Francia.= Dicho del padre Ventura.*

Gizzi estaba de acuerdo con el Papa en todos los asuntos de la administracion. Era, como habia dicho el padre Ventura al cardenal Pignatelli el hombre de la legalidad. Asi es que estaba resuelto á hacer todo el bien que pudiera conseguirse, sin comprometer el orden, ni el prestigio del poder; reformas economicas, caminos de hierro, mejoras en el servicio de las aduanas, de los correos, y con especialidad de la policia,

organizacion de un sistema general de educacion gratuita para los hijos de los proletarios, abolicion de la mendicidad y aun de la vagancia; en fin todas las medidas administrativas que el Papa le propuso las adoptó Gizzi al momento, y desde que tomó posesion de la secretaria de Estado, dedicó á su redaccion todo el tiempo que le dejaban libre sus ataques de gota.

El programa del Papa era muy sencillo: —Quiero, habia dicho, que mi gobierno sea un gobierno modelo, y que mi pueblo tenga mas libertad que el pueblo mas libre de Europa. Espero que poco á poco seguirán mi ejemplo todos los Principes italianos, y que llegará un dia en que podran todos hacer oir su voz en los congresos nacionales, de Roma, Napoles ó Florencia, sobre medidas de interes comun.

Gizzi habia aprobado este programa; pero aun cuando estaba de acuerdo con Pio IX sobre los principios, no estaba tan conforme en cuanto á su aplicacion. Cual era el limite en que las libertades del pueblo dejaban de ser conciliables con la seguridad del poder? Este era el punto sobre el que habia previsto el Papa, que habria disentiimiento entre su ministro y él.

Los primeros actos del nuevo gabinete, inspirados por el recuerdo de Tata Giovanni y S. Miguel, tuvieron un gran exito. Por una circular de 24 de Agosto, se invitó á los gobernadores de las provincias y á las magistraturas comunales á que estudiaran, y propusieran al gobierno, los medios de llevar á cabo la educacion popular, de modo que estuviera al alcance de todos los hijos de los proletarios, la instruccion moral, y religiosa y el

aprendizaje de un oficio. Se mandó á las autoridades que no consultaran solamente á los eclesiasticos, sino que apelaran tambien á la esperiencia y á las luces de todas las clases de la sociedad, antes de adoptar su plan de enseñanza. En la misma circular se prevenia, que para evitar las consecuencias de la ociosidad, S. S. veria con placer que los hombres sin ocupaciones se dedicasen á las maniobras militares.

Al mismo tiempo que aquella circular satisfacia la afeccion que el Papa experimentaba hacia aquellos niños abandonados, y que él llamaba tiernamente *figliuoli del povero*, manifestaba claramente sus rectas y esclarecidas intenciones, y su espíritu de tolerancia. Los miembros de la sociedad laical eran consultados lo mismo que el clero. Pio IX queria que se oyese el consejo de todos. El pueblo vió en ello un feliz presagio, y como una promesa de crear y regularizar poco á poco, el concurso de la nacion en la discusion de los intereses publicos. Tambien vió en el deseo de ocupar á los ociosos en ejercicios militares, una especie de preludio al proximo armamento de una milicia ciudadana, y la firme voluntad de sostener las reformas dadas, ó prometidas, contra toda agresion estrangera.

La interpretacion que los Romanos habian dado á la circular del 24 de Agosto fué confirmada bien pronto por el establecimiento de una comision encargada especialmente de estudiar la acertada distribucion de las materias administrativas y de analizar la naturaleza de las instituciones nuevas de que era necesario dotar al pais. Esta comision, colocada bajo la direccion

la presidencia del cardenal secretario de Estado, habia esperar escelentes resultados. Se componia del auditor general de la camara apostolica, del gobernador de Roma, del Tesorero general, del presidente de armas, del secretario de la consulta, de los dos prelados sustitutos de la secretaria de Estado y de monseñor Rusconi, prelado domestico, que debia llenar las funciones de secretario. Como se ve, ningun cardenal formaba parte de ella; desde la ocurrencia de la congregacion reunida para la discusion del proyecto de amnistia, habia dicho el Papa á proposito de los cardenales:—*Non incommoderemo piu questi signori*.—No incomodaremos mas á estos Señores.

Al mismo tiempo, y para mostrar que no temia que los ciudadanos se entregaran á la discusion de sus propios intereses, el mismo gobierno promovia el espíritu de asociacion; invitaba á que se reunieran sociedades con el objeto de deliberar publicamente sobre las medidas que seria conveniente adoptar para el fomento de la agricultura, del comercio, de las manufacturas y de las minas. La comision encargada del estudio de los caminos de hierro que debian crearse, habia acabado su programa y llamaba á las compañías que quisieran adquirir la propiedad de algunas lineas. Un comité de juriscultos elejidos entre los abogados mas distinguidos de los Estados pontificios recibia la órden de recopilar las leyes y reglamentos, y redactar las bases de un nuevo código civil y criminal. En fin los gobernadores de las provincias debian proponer las mejoras mas urgentes que se pudieran intro-

ducir en las administraciones provinciales y comunales.

Pero á medida que las tendencias reformadoras se manifestaban, con gran satisfaccion del pueblo romano, los dignatarios y los funcionarios de la antigua administracion se agitaban é inquietaban mas y mas. La política Austriaca, que se veía amenazada en su influencia sobre la Italia, se habia convencido que por medio de el razonamiento y la discusion nada conseguiria de un caracter guiado por el amor y el buen sentido. Pero no pudiendo cambiar las ideas de Pio IX, esperaba atemorizarle. Se tomaba su dulzura por debilidad, sus sabias detenciones por perplejidades. Las disposiciones personales del ministro de Estado fomentaban, sin saberlo él, las esperanzas y las intrigas de los enemigos de la libertad y del progreso. A él pues, dirigieron todos sus tiros. Las manifestaciones, provocadas por cada circular, fueron el testo perpetuo de recriminaciones y de terrores hipocritas.

—Desconfiad, le decian unos, de esa costumbre que el pueblo ha contraido de reunirse y de asaltar, por el pretesto mas frivolo, las avenidas del palacio. Llegará un dia en que los hábiles gefes de los bandos no tendrán mas que decir una palabra, hacer una seña para cambiar las demostraciones pacificas en tumultos populares. Y si las masas viniesen á Monte-Caballo á pedir la separacion de los dos poderes y la restauracion de la republica, y dieseis al Papa el consejo de mostrarse, pensais que la multitud se contentaria con una bendicion?

Otros le hacian observar que aquellas fiestas continuas acrecentaban y propagaban la miseria del pueblo.

Para atender á los gastos ocasionados por aquellos costosos regocijos, infinidad de obreros, en su entusiasmo irreflexivo, privaban á sus familias de las cosas mas necesarias á la vida. Que ganas tendrian de trabajar despues de aquellas fiestas sin fin? Lós talleres estaban desiertos, la ociosidad se apoderaba de las clases bajas, y el gobierno, por una tolerancia culpable, fomentaba asi la mendicidad, aquella llaga vergonzosa que habia anunciado querer cicatrizar por medios artificiales! Estos temores, estas insinuaciones perfidas, tenian por objeto arrastrar al gobierno á alguna medida impopular, que desacreditase al Papa, y comprometiese quizá el reposo publico.

Desgraciadamente Gizzi no estaba preparado para defenderse de una tactica tan habil. Las manifestaciones eran espontaneas, y el pueblo, para verificarlas, no esperaba la autorizacion de los magistrados. Es verdad que de ello no resultaba inconveniente alguno, pero semejante conducta no era estrictamente legal. Gizzi, naturalmente debia estar prevenido contra las manifestaciones populares. No les costó pues gran trabajo vencerle de la necesidad de restablecer en la poblacion romana la calma, y la regularidad de sus costumbres habituales. Sin embargo, conociendo el secretario de Estado el corazon magnanimo del Papa, se apoyó, para obtener su autorizacion en punto tan delicado, en la perdida de tiempo, y en los gastos que aquellos paseos al Quirinal causaban á los obreros de Roma. Pio IX, lleno de solicitud por los verdaderos intereses del pueblo, pareció convencerse con aquellas razones; y el

ministro, impelido por las personas que le rodeaban, se apresuró á redactar un proyecto de ordenanza que prohibia pura y simplemente toda reunion popular que no estuviese justificada por una previa autorizacion de las autoridades constituidas.

Cuando lo presentó á la firma del Papa, este le hizo observar que prohibir las manifestaciones espontaneas, era declararlas culpables, y que en conciencia no podia declarar como condenables actos emanados del reconocimiento y provocados por la afeccion.

—Puesto que vos creéis que esas fiestas son perjudiciales á los intereses de mi pueblo, añadio, decidsele asi simplemente en una circular. Hacedle saber que la perdida de tiempo y los gastos que ella le ocasiona me hacen desear verlas repetirse con menos frecuencia. Esponedle tiernamente mis temores relativos á la suspension de los trabajos, á los sufrimientos y á las privaciones que les son consiguientes, y suplicadle me asegure para el porvenir que se conforma con mis votos; pero no mandeis, no prohibais! Roma creeria que tengo miedo ó que me ha disgustado.

Dos dias despues se veia en las esquinas la circular siguiente:

»Las manifestaciones de alegria de las poblaciones de los Estados, para solemnizar la exaltacion al trono y los actos del nuevo Pontifice Pio IX, nuestro muy clemente soberano, demuestran bien á las claras el contento que este dichoso acontecimiento ha producido en todos los corazones. El jubilo del pueblo causa tambien el de su soberano, asi es que el augusto Pontifice, no pue-

de menos de estar vivamente conmovido. Sin embargo su corazon dispuesto á preferir el bien real de sus subditos á su propia gloria, ve mezclada su alegria con alguna tristeza, cuando reflexiona que esas fiestas son el producto de contribuciones voluntarias, y no puede soportar la idea de que su pueblo haga escesivos gastos por su causa. Ademas, vé con dolor que un gran número de sus subditos, dominados por el entusiasmo, olvidan los cuidados domesticos cuyo abandono, para ciertas clases, es la privacion de lo necesario, doble afliccion para su corazon paternal, originada por esta segunda perdida en detrimento de una parte de sus muy amados subditos. Por todas estas razones, desea que se ponga un termino á esas manifestaciones ruidosas, y que cada uno continúe en el ejercicio de sus trabajos, esperando con paciencia la adopcion de las medidas que el gobierno se propone para el gran bien del pais.»

Gracias á la forma que habia dado el Soberano Pontifice á la circular de Gizzi, el efecto que produjo en el pueblo no fué tan malo como habian esperado los instigadores. No obstante, las clases obreras sobre todo vieron en ella una prueba de desconfianza, que les afligió bastante. Todos obedecieron sin embargo, y bien pronto sucedió á los trasportes, que otras veces escitaban la persona y los actos de Pio IX, una frialdad inexplicable. Esto para el Austria y el partido retrogrado fué un semi-triunfo, pero de corta duracion; porque el pueblo, cansado pronto de su escrupulosa sumision á la circular, aprovechó la primera ocasion de explicarse con su Soberano.

El Papa valiéndose de las vacaciones de Octubre visitaba las ciudades inmediatas á Roma. Los Romanos eligieron para esta nueva demostracion el dia de su regreso de Tivoli saliendo á esperarle al campo. Hacia mas de un mes que Pio IX. estaba privado de la vista de su querido pueblo: en medio de las dificultades sin cuento de que estaba rodeado, la franca alegria de las manifestaciones publicas le hacian falta para ayudarle á superarlas. Cuando vió á mucha distancia aquella masa compacta de hombres, de mujeres y de niños de todas clases, llegando á su encuentro con palmas y ramas de oliva en la mano, su corazon se dilató: le pareció que volvía á ver á sus hijos, y dió muestras visibles del placer que aquella sorpresa le hacia experimentar. El pueblo compendió que la circular no era obra del Papa, y dió libre curso á su entusiasmo. Aquella entrada en la ciudad de Roma fué uno de los triunfos mas grandes de Pio IX. La noche, sin embargo, no debía acabarse sin un momento de inquietud y de duda.

Hacia algunos minutos que el Papa habia entrado en el Quirinal, y el pueblo, según su costumbre, aguardava, para dispersarse, que se le diese una bendicion desde el balcon del gran aposento. No obstante las persianas permanecian cerradas; ninguna señal anunciaba la proxima presencia del Papa, en aquel sitio. Le habian disgustado reuniéndose contra lo dispuesto en la circular? queria él, con su ausencia, manifestar su descontento? Entre tanto que estos temores se propagaban por la multitud, Pio IX. sostenia por su parte un recio combate. Gizzi y los personajes cuya influencia sufría,

habian tomado sus medidas para rodear al Papa, y presentarle bajo los colores mas sombríos el paso que acababa de dar el pueblo romano. Aquello no era, según ellos sino desden, desprecio hacia el deseo que en la circular habia manifestado. La dulzura animaria la propension á la indisciplina; era necesario un ejemplar, y para castigar á los rebeldes, el Papa debía abstenerse, por aquella vez, de darles su bendicion. Ocupado Pio IX. en oír y en combatir aquellos consejos ridiculos, habia olvidado dar las ordenes para la conveniente disposicion del gran aposento.

Desanimada la multitud comenzaba á replegarse; ya iban algunos grupos á abandonar la plaza, despues de haber dirigido al balcon una última mirada, cuando un criado de á pie apareció de repente en una ventana y les hizo señas de que el Papa y su acompañamiento iban á llegar. En efecto, acababan de abrir las persianas; pusieron el cojin y el tapiz de terciopelo, y Pio IX. se presentó en medio de una salva de aplausos y aclamaciones.

Roma, asegurada desde entonces de las verdaderas disposiciones del Soberano Pontifice, empezó de nuevo sus manifestaciones; pero para quitar todo pretesto á sus detractores, las hizo con mas orden y se mostró tan admirable por su prudencia como por su adhesion.

Algunos dias despues de la vuelta de Tivoli, la noticia de una indisposicion repentina de Pio IX., noticia falsa, y esparcida no se sabe con que objeto, hizo nacer la sospecha de un envenenamiento. Una multitud inmensa se dirigió á Monte-Caballo, á fin de asegurarse por

ella misma del estado del Santo Padre, y de vengarle en caso de que los temores se confirmarán. Cuatro diputados fueron admitidos á la presencia del Soberano. Pio IX se presentó á ellos con complacencia, los tranquilizó, y los despidió encargandoles que aseguraran á sus compañeros cuan grande era su reconocimiento por el interese que manifestaban por su salud.—Acordaos Santo Padre, le dijeron al retirarse los cuatro diputados, que el pueblo romano está allí!

No habia en esta advertencia motivo bastante para espantar á los mas audaces enemigos?

Por aquella época, los matrimonios españoles habian sido arreglados secretamente; Mr. Rossi fué llamado á Paris, y volvió al cabo de un mes con nuevas instrucciones de su gabinete. Decidido el gobierno frances á romper con la Inglaterra, se propuso atraerse la aprobacion del Austria, y creia no comprarla demasiado cara por el abandono de la linea politica, que hasta allí habia trazado á su embajador, en los negocios de Roma. Aquella defeccion causó al Papa un verdadero pesar. Fué un momento solemne aquel en que adquirió la prueba, y en que, en la meditacion de su oratorio, solo, delante de Dios, debió decirse:—Ya no tengo amigos!

Aquel día fué recibido en el Quirinal el padre Ventura.

—Y bien! padre mio, le dijo el Papa, la Francia nos abandona! No tenemos ya, ni una potencia por amiga.

—Santo Padre, respondió el ex-general de los teatinos, os resta Dios, los pueblos y la justicia. Con semejantes aliados podeis prescindir muy bien, de la diplomacia y de los reyes.

CAPITULO DÉCIMO NONO.

*Angelo Brunetti, llamado CICIRUACCHIO. — Su vida antes de la eleccion de Pio IX. — Origen de su apodo. — Su carácter. — Es el defensor de los oprimidos. — Su casa y su mujer es tan generosa como él. — De carretero pasa á ser abastecedor de forrages. — 1851. — Permanece fuera de los partidos. — Su politica. — Educacion de los hijos del pueblo. — Sacrificios personales. — Sus tres mil segadores. — Proscribe el duelo á puñal y juzga todas las disputas. — Se hace gefe del pueblo. — Dirige las fiestas de la amnistia. — Dinero prestado á un Romañol. Razon de porque no admite recibo. — Arco triunfal. — Estatua del Papa. — Rehusa recibirlas gracias de Pio IX. — Hambre é inundacion. — Conducta generosa de Ciciruacchio. — Siguen su ejemplo. — Al fin va á Palacio. — Su influencia fuera de Roma.*

Ha llegado ya la ocasion de que demos á conocer á nuestros lectores un hombre destinado, segun parece, á ocupar un puesto importante en la Historia de Pio IX, y que estan popular en el Corso de Roma, como lo era Lafayette en el año 89 en el Hotel de Ville de Paris. Rey del pueblo, héroe de chaqueta, dotado de un buen

ella misma del estado del Santo Padre, y de vengarle en caso de que los temores se confirmarán. Cuatro diputados fueron admitidos á la presencia del Soberano. Pio IX se presentó á ellos con complacencia, los tranquilizó, y los despidió encargandoles que aseguraran á sus compañeros cuan grande era su reconocimiento por el interese que manifestaban por su salud.—Acordaos Santo Padre, le dijeron al retirarse los cuatro diputados, que el pueblo romano está allí!

No habia en esta advertencia motivo bastante para espantar á los mas audaces enemigos?

Por aquella época, los matrimonios españoles habian sido arreglados secretamente; Mr. Rossi fué llamado á Paris, y volvió al cabo de un mes con nuevas instrucciones de su gabinete. Decidido el gobierno frances á romper con la Inglaterra, se propuso atraerse la aprobacion del Austria, y creia no comprarla demasado cara por el abandono de la linea politica, que hasta allí habia trazado á su embajador, en los negocios de Roma. Aquella defeccion causó al Papa un verdadero pesar. Fué un momento solemne aquel en que adquirió la prueba, y en que, en la meditacion de su oratorio, solo, delante de Dios, debió decirse:—Ya no tengo amigos!

Aquel día fué recibido en el Quirinal el padre Ventura.

—Y bien! padre mio, le dijo el Papa, la Francia nos abandona! No tenemos ya, ni una potencia por amiga.

—Santo Padre, respondió el ex-general de los teatinos, os resta Dios, los pueblos y la justicia. Con semejantes aliados podeis prescindir muy bien, de la diplomacia y de los reyes.

CAPITULO DÉCIMO NONO.

*Angelo Brunetti, llamado CICIRUACCHIO.*—Su vida antes de la eleccion de Pio IX.—Origen de su apodo.—Su carácter.—Es el defensor de los oprimidos.—Se casa y su mujer es tan generosa como él.—De carretero pasa á ser abastecedor de forrages.—1851.—Permanece fuera de los partidos.—Su politica.—Educacion de los hijos del pueblo.—Sacrificios personales.—Sus tres mil segadores.—Proscribe el duelo á puñal y juzga todas las disputas.—Se hace gefe del pueblo.—Dirige las fiestas de la amnistia.—Dinero prestado á un Romañol. Razon de porque no admite recibo.—Arco triunfal.—Estatua del Papa.—Rehusa recibirlas gracias de Pio IX.—Hambre é inundacion.—Conducta generosa de Ciciruacchio.—Siguen su ejemplo.—Al fin va á Palacio.—Su influencia fuera de Roma.

Ha llegado ya la ocasion de que demos á conocer á nuestros lectores un hombre destinado, segun parece, á ocupar un puesto importante en la Historia de Pio IX, y que estan popular en el Corso de Roma, como lo era Lafayette en el año 89 en el Hotel de Ville de Paris. Rey del pueblo, héroe de chaqueta, dotado de un buen

sentido esquisito, de un corazón de oro y de una fuerza hercúlea, Angelo Brunetti, llamado Cicirucchio, es en las plazas públicas el brazo derecho del Papa, como el padre Ventura, es en el púlpito su palabra de verdad.

Veremos al Masaniello del orden, servidor fiel y entusiasta de Pío IX, organizar las fiestas, prestar socorros en medio de las avenidas del Tiber, volar al auxilio de los judíos del Ghetto amenazados por el populacho de Trastevere, salvar al estado de una conjuración, y en fin presentarse en todas partes en que haya que prestar un servicio, que reparar una injusticia, ó que hacer una buena obra.

Diremos cuatro palabras de su persona y vida, antes de la elección de Pío IX.

Angelo Brunetti es un hombre de cuarenta y cuatro años, y de elevada estatura. La costumbre sin duda de inclinarse para hablar con otros más bajos que él, ha encorbado ligeramente sus espaldas. Su rostro bastante lleno, es franco y abierto. Sus cabellos castaños y sus ojos azules le dan más bien el aire de descendiente de uno de los compañeros de Brennus, que de uno de los soldados de Scipion el Africano.

Hijo de una familia de pobres obreros en la que la probidad y el valor eran hereditarios, Cicirucchio, simple carretero al principio, ha venido á ser á fuerza de trabajo y de economía, alquilador de caballos y mercader de heno. Habita una casa pequeña de la calle de Ripetta, cerca de la plaza del Popolo, cita habitual de todos los movimientos populares. En el día

se encuentra perfectamente situado, puesto que se halla en el centro de las evoluciones que él dirige; así es que con una sola palabra puede, sin salir de su casa, poner en conmoción la ciudad entera, gracias á una docena de hombres de todos los cuarteles, especie de Estado Mayor, que tiene estacionados perpetuamente en los bancos de la *Osteria*, que está en frente de su puerta.

Cuando Angelo empezó á jugar en los átrios de las iglesias, refieren las mujeres del pueblo, que era un grueso y alegre *bambino*, fresco y regordete como los ángeles moffetudos, por lo que le llamaban en el dialecto de su barrio, *cirucchiotto* (niño hermoso). A medida que fué creciendo, fué aumentándose su nombre con una sílaba; después, cuando tuvo la estatura de un hombre, la terminación diminutiva vino á ser un contrasentido, y se la quitaron; de modo que de *Cirucchiotto*, concluyeron por llamarle *Cicirucchio*. Tal es el origen de un sobrenombre que tanta celebridad debía adquirir.

Cicirucchio se distinguió desde muy joven por la energía de su carácter y la bondad de su corazón. Si recibía un golpe, daba cuatro; pero fácil de apaciguarse, cambiaba al momento sus adversarios en amigos, y estaba siempre más dispuesto aun á tender la mano que á cerrar el puño. Desgraciado de aquel que se atreviese á faltar en lo más mínimo, á los que él honraba con su amistad. Angelo tenía en el más alto grado esa cualidad del gefe que toma parte por el débil, y que en el instante del peligro común, sube



el primero sobre la brecha. Su fuerza llegó á ser tal, que á los veinte años sostenia en su cabeza á dos hombres armados. Angelo era el defensor natural de todos los oprimidos de su Rione; así es que mas de una vez rechazó las agresiones de aquellos tiranuelos subalternos.

Pero en aquella edad, desarrollada de pronto su razon, concibió la idea de casarse, y se dedicó al trabajo con el mismo ardor conque hasta entonces se habia dedicado á los juegos y á las luchas. Quizá el conocimiento que en aquella época hizo de una bella *popolana* de los alrededores, no seria extraño del todo en aquel cambio de su vida. Sea de esto lo que quiera, el resultado es, que el joven carretero se encontró á los veinte y seis años á la cabeza de su pequeña casa y de una familia naciente. Su mujer y él, tenían la misma bondad, el mismo espíritu de justicia. Caritativos y francos el uno y el otro, se entendian perfectamente y pasaban una vida encantadora. No entraba nunca, en su casa un desgraciado sin salir de ella consolado y socorrido; así es que ha pasado á proverbio entre los *minenti* de los arrabales, que cuando Angelo pone una moneda en la mano de un pobre, su muger pone en la otra, un pedazo de carne y otro de pan.

Una union tan bien adecuada debia prosperar. Gracias al trabajo del jefe de la familia, y á la economia del ama de casa, la fortuna fué aumentándose poco á poco; de simple carretero, Angelo se hizo empresario de trasportes, despues se hizo proveedor de forrajes y abasteció las casas de los cardenales y de los prin-

cipes Romanos. En aquella época murió su padre, y no le dejó sino deudas. Angelo honró la sucesion, y despues de haberlas satisfecho todas, se llevó consigo á su anciana madre, que vive aun, y á la que prodiga sus mas tiernos cariños y cuidados.

Llegaron los sucesos de 1831. Angelo no habia tomado hasta entonces parte alguna en los negocios públicos. Conmovido profundamente por las crueles peripecias de aquella revolucion abortada, lo fué sobre todo por la division que reinaba en los espíritus, por las preocupaciones de las clases elevadas, y por la indiferencia del pùeblo hacia sus verdaderos intereses, tanto que creyó que por largo tiempo seria imposible toda regeneracion política en el pais. La ignorancia de las clases populares le affligia mas que nada. El hombre del pùeblo sin instruccion, sin cultura, comprendió que la obra mas patriótica que podia emprender, seria la de proporcionar á los hijos del pùeblo una verdadera educacion moral. Como hombre de accion cuando Cicirucchio tiene una idea, la egecucion no se hace esperar. Dió el primer ejemplo, y sus sacrificios personales proporcionaron numerosos socorros á las escuelas gratuitas de los cuarteles mas grandes. El mismo pedia la limosna para aquel objeto, y siempre iba por las calles como un fraile mendicante, con el cepillo de las escuelas de los pobres en lo mano. Sus enemigos fueron los primeros que visitó. Vencidos por la franqueza de su conducta, desaparecieron los rencores, y en lugar de una buena obra, hizo dos. No por esto olvidaba sus negocios. Su probidad comercial

umentaba el número de sus parroquianos, y sus provechos le permitian mejorar la suerte y subir el salario de sus obreros. En el estio empleaba algunas veces hasta tres mil segadores, aquellos eran siempre los mejor alimentados, y mas bien pagados de toda la comarca. Habia resuelto abolir, entre ellos, el duelo á puñal que les era muy comun. Se constituyó en conciliador de todas las disputas, y cuando no se conformaban, dictaba su sentencia, observando la mas estricta equidad que era irrevocable. Conocian que bajo el sombrero gris y la chaqueta del *padron* Angelo, habia mas buen sentido, mas instinto de verdadera justicia, que bajo la toga y el birrete de los magistrados.

Cuando se fija una idea en la imaginacion de un hombre, y cuando este pone todo su empeño en realizarla, es muy raro que no consiga el resultado que se propone. Ciciruaecchio triunfó por esta razon del natural salvaje y primitivo de sus compañeros. Simbolo de justicia en su arrabal, su nombre, repetido de boca en boca, escitó bien pronto la simpatia, la confianza en todos los cuarteles, y recibió del reconocimiento popular, el glorioso epíteto de *Capo popolo romano*. Este era el primer paso hacia la union. Los hombres del pueblo reunidos por una afeccion comun, tenian una bandera, un gefe. Estaba reservado á Pio IX hacer efectivo este dictado honorífico, y hacerle redundar en bien del Estado.

No era Ciciruaecchio el primer ejemplo de esta magistratura escepcional, confiada al mas digno por la

libre eleccion popular. En todos tiempos ha tenido el pueblo romano sus *capi*, elegidos por él, de su propio seno; siendo de notar, que esta institucion ha sido siempre la mejor salvaguardia del orden público, y el apoyo mas firme de los Papas. En 1831, un *Capo popolo* fué quien hizo que se frustrara la tentativa de revolucion, persuadiendo á las gentes de los arrabales á que llevaran en triunfo á Gregorio XVI, que acababa de ser elegido. Las esperanzas de los conjurados se extinguieron en frente de aquella manifestacion.

Angelo Brunetti no habia empleado hasta entonces su popularidad en favor de ningun partido. Sin embargo, enemigo instintivo del despotismo, su corazon latia á las solas palabras de patriotismo y libertad. Quien le hubiese dicho que llegaria un dia en que seria uno de los sostenes mas seguros, mas entusiastas del gobierno papal, y que la bandera que eligiria, y que le serviria para guiar aquella multitud de amigos que confiaban en su lealtad y en su juicio, seria la del poder!!

No obstante sucedió así. Apenas leyó Ciciruaecchio el decreto de amnistia, confió en el Papa, como el pueblo habia confiado en él; habia adivinado todó el bien que Roma podia esperar de su Soberano. Habia «leído en su corazon.» Los tres dias de fiesta que sucedieron á la amnistia, Roma entera le obedeció. Ciciruaecchio dirigió las demostraciones, pagó las antorchas y los frescos que hizo circular con profusion. Despues cuando se abrió la suscripcion á favor de los amnistiados pobres, él fué tambien, quien se encargó de for-

mar las listas de los suscritores, y quien con su ejemplo decidió á muchos á inscribirse en ellas.

Dos ó tres días despues de aquellas fiestas, Cici-ruacchio atravesaba un dia la plaza de España, en ocasion en que el centro de ella estaba ocupada por un grupo de paisanos Romaños, que parecia que se lastimaban de la suerte de un viejo, que se hallaba en medio de ellos. Angelo al pasar oyó estas palabras pronunciadas con voz temblorosa:

—Ahora estoy mas desesperado que nunca.

—Quien está desesperado? exclamó mezclándose en la conversacion... Que os sucede, *fratello*? Veamos, venid á contarme vuestra historia con el vaso en la mano. Es preciso no desesperar nunca, que diablo! para todo hay remedio en este mundo! —Al mismo tiempo enlazó familiarmente su brazo con el del viejo Romañol, y se lo llevó á su casa. Allí, haciéndole sentar á la mesa en frente de él, le convidó á beber, y le instó que le refiriera su aventura.

El viejo habia ido á Roma con motivo de la amnistia, esperando llevarse consigo á uno de sus hijos encerrado en las prisiones de Civita-Vecchia por causas politicas; pero no sabemos porqué razon su hijo no podia ser puesto en libertad hasta pasado un mes. El pobre padre, que no habia contado permanecer en la ciudad sino un dia, habia sacado de su casa muy poco dinero; y, habiendolo gastado en su permanencia se veia obligado á regresar á su aldea con la bolsa vacia y sin su hijo.

—Y cuanto necesitais para volver á vuestra casa,

hermano mio? le preguntó el gefe del pueblo, despues de haber escuchado su relacion.

—Me bastarian cinco escudos, respondió el viejo.

—Pues bien, ahí los teneis, marchad, y que Dios os acompañe.

El Romañol queria á todo trance firmar un recibo de aquella suma; pero Angelo le dió esta sencilla y magnifica respuesta:

—Si te hago firmar, á tí que sabes escribir, los que no sepan no se atreveran en lo sucesivo á pedirme prestado.

En aquella ocasion la generosidad bien conocida del Capo popolo era al propio tiempo una maniobra politica muy habil. Conocida es la antigua antipatia que existe entre los Romaños y los Romanos. Despues de haber hecho desaparecer las enemistades y divisiones entre sus conciudadanos, Cici-ruacchio habia concebido la idea de unir á los habitantes de la Romania con los de la ciudad eterna.

El fué tambien el primero á quien ocurrió el pensamiento de elevar un monumento á Pio IX en la plaza del pueblo, y quiso que fuese todo entero obra de las clases populares de Roma. Para la ejecucion de este proyecto, reunió en su casa algunos de los habitantes de los arrabales, les recordó la desunion y el terror que reinaban entre el pueblo durante el gobierno anterior; les habló con entusiasmo del orden, de la union, de la justicia y sobre todo de la felicidad que Pio IX queria esparcir en todas las clases de la sociedad.— Nada de espías! nada de gendarmes! nada de bayone-

tas! Os salva de la anarquía, y os libra del despotismo! Amigos, todos los tiranos de Roma han tenido arcos de triunfo y estatuas de sus personas durante su vida! No la tendrá pues su libertador?

Estas palabras breves, enérgicas, inflamaron á la multitud. El arco de triunfo fué aprobado por unanimidad, y abierta una suscripción en aquel mismo instante. Desgraciadamente todos aquellos suscritores eran obreros, y por consiguiente no podían inscribirse sino por su trabajo. Fué preciso buscar por otra parte un suplemento de numerario. Ciciruaecchio se encargó de este cuidado, reunió en tres dias 400 escudos, y los trabajos empezaron al instante. Sus caballos trasportaron gratuitamente todo el maderaje necesario; *Pippo Frittata y Guerra*, del cuartel de los *Monti*, ambos carreteros, trasportaron los demas materiales. *Paoelli y Antonini*, el uno carpintero y el otro albañil, se pusieron á la cabeza de sus operarios. Este ejemplo fué imitado por todos los artesanos, y Ciciruaecchio vió elevarse su obra como por encanto, bajo los esfuerzos de millares de brazos, cuyas fuerzas duplicaba el entusiasmo.

El 8 de Setiembre dia de la fiesta, Ciciruaecchio dejó de presentarse en público. Pío IX encantado del poético arreglo de aquella, se informó, por diversos conductos del nombre de la persona que la habia concebido, y manifestó el deseo de darle las gracias personalmente. No le encontraron por ninguna parte. Quando le digieron que el Soberano Pontífice habia preguntado por él con objeto de demostrarle su satisfac-

cion:—Decid á S. S. exclamó, que si hay en todo esto alguno á quien dar las gracias, no es fulano ni mengano, sino el pueblo romano todo entero.

El que así hablaba como gefe, como no habia de ser obedecido!

Desde aquel dia, Roma poseyó en la persona de Ciciruaecchio, en su actividad enérgica, en su adhesión hacia el Papa, un nuevo elemento de orden y de union. Las crisis que el gobierno y la ciudad debían atravesar bien pronto, manifestarán todos los servicios que de él podían esperar.

El año habia sido malo. Los estados de la iglesia lo mismo que toda la Europa occidental, estaban amenazados de una terrible escasez. Roma temblaba ya á la sola idea de carecer de granos. Los descontentos aprovechaban naturalmente aquel momento para exagerar el peligro, aumentar las alarmas y destruir la confianza que los pueblos tenían en el gobierno de Pío IX. Ninguna providencia, ninguna medida se habia adoptado para prevenir los estragos de aquel azote. La penuria del tesoro ponía al estado en la imposibilidad de socorrer á los particulares. Los enemigos del gobierno veían ya al gran reformador vencido por el hambre y la sedición.

Nada de esto sucedió sin embargo. Tan instruido como prudente, Pío IX comprendió muy á tiempo que valia mas confiar al comercio la provision del país, que encomendar á la Hacienda pública este cuidado, por que era ya insuficiente para hacer frente á las necesidades ordinarias. Y mucho antes que los otros Es-

tados de la Europa, permitió la importación de cereales, y franqueó la entrada de los granos extranjeros. En vez del hambre que temían sufrir en Roma á causa de la escasez, nadaron en la abundancia, y los grandes almacenes de Bolonia abastecieron de harinas á Nápoles y Toscana.

Pero apenas se había librado la ciudad de Roma del azote del hambre, cuando se vió amenazada de una calamidad mucho mas terrible. El 10 de Diciembre todos los cuarteles bajos despertaron en la mayor consternación. El Tiber que con las abundantes lluvias había crecido estraordinariamente, se salió de madre y cubria ya con sus espumosas aguas mas de un tercio de la antigua ciudad. La inundación, por espacio de todo un dia fué en aumento, invadiendo poco á poco los nuevos cuarteles, penetrando en los pisos bajos de las casas, y amenazando á sus desesperados habitantes con el hambre y con la muerte.

El primero que se apercibió de aquel desastre fué Cicirucchio. Habiendose despertado muy temprano por el ruido de las aguas en la mañana del 10, se precipitó al balcon y vió la plaza del Pueblo convertida en rio. Al instante pensó en el peligro que correrian los habitantes del arrabal que está situado á la orilla del Tiber de la parte de *Ponte-Molle*. Mandó á su hijo que dispusiera una carreta, mientras él se dirigió á nado al Puerto de Ripetta á buscar una barca. Cuando volvió á su casa, llenó sus bolsillos de dinero, cargó la barca y la carreta con todo el pan y toda la carne que pudo encontrar en la vecindad, y se

encaminó hacia la puerta del Pueblo, recomendando á su hijo que le siguiera con su carreta hasta tanto que la profundidad de las aguas no se lo impidieran. Fuera de la puerta del Pueblo no se oían sino lamentos; todos los habitantes de aquel barrio contemplaban desde sus ventanas los progresos que iban haciendo las olas, viéndose precisados á refugiarse en los pisos mas altos de las casas. Cuando distinguieron al Capo popolo todos se esforzaron en escitar su compasión. Las madres le enseñaban sus hijos, los maridos le pedían que salvase á sus mujeres, los jóvenes le imploraban por sus parientes enfermos, á quienes las aguas iban á sorprender y á ahogar en sus camas. Como no podía estar á la vez en todas partes, animaba á todo el mundo y corria al socorro de los mas espuestos. Aquellos cuyas casas podían resistir, recibían viveres y la promesa de que volvería al dia siguiente. Conducía en su barca á los enfermos y á los niños, y transportaba hasta la carreta en que estaba su hijo á aquellos cuyas cabañas minadas por las olas iban á desplomarse. Este los llevaba á Ripetta, donde encontraban barcas, y aquellos desgraciados, salvados apenas de la muerte volvían á unirse á Cicirucchio y aumentaban el número de los libertadores.

Del arrabal exterior de la Puerta del Pueblo. Angelo Brunetti se dirigió á los cuarteles que se extienden á la derecha de la plaza del Oca. En aquellas calles populosas y miserables, la inundación ofrecía un espectáculo desgarrador. Gritos horrorosos salían de todas las ventanas. Las calles no eran sino cana-

les estrechos, cuyos bordes los formaban las casas.

—Valor! gritaba Cicirucchio, haciendo resbalar su barca con la rapidez del rayo y distribuyendo sus provisiones; valor! aqui teneis pan! El agua bajará esta noche! Esto no es nada! Valor, y viva Pio IX.

Al oír aquella voz tan conocida, cesaban los lamentos, el nombre del Capo popolo velaba de un extremo á otro llevando á todas partes el consuelo y la esperanza.

Cicirucchio habia dado el ejemplo, un número considerable de hombres nobles y generosos le siguió bien pronto. Tanto los grandes señores, como los monjes, los soldados y los simples obreros rivalizaban en el celo con que auxiliaban á los desgraciados, los unos en barcas y los otros con las rodillas metidas en el agua y con la espalda cargada, llevaban viveros y socorros á todas partes donde se dejaba oír el angustioso grito de los inundados. Gracias á este movimiento espontáneo de los buenos ciudadanos, todo el mundo pudo ser socorrido á tiempo y no hubo que lamentar ninguna muerte, si bien las pérdidas materiales fueron enormes.

Pio IX no escaseó nada para socorrer la miseria que sucedió á aquel desastre. Viveros, dinero, vestidos, todo lo que podia ser útil á los inundados, no cesaba de enviarlo del Quirinal; sus inquietudes paternales enternecian á todos los que le rodeaban. Fue necesario detenerle en el momento de la inundacion. Quería abandonar el palacio y dirigirse á los cuarteles invadidos por las aguas, para consolar á las victimas de aquel azote, y para animar á sus libertadores.

Pasada la inundacion, abrió él mismo una suscripcion destinada á reparar todos los males que ella habia causado, inscribiendose el primero por 3000 escudos. Colocado su nombre á la cabeza de la lista provocó una emulacion admirable en los Estados de la Iglesia; todas las ciudades del bajo pais y de las montañas, trataron de sobrepujarse las unas á las otras en las cantidades porque se suscribian. En todas partes se improvisaron banquetes, fiestas, espectáculos y conciertos en provecho de los inundados. La cantidad que se recogió escedió en mucho á la que se necesitaba para reparar los estragos que aquel desastre habia producido. Asi es, que las desgracias causadas por la naturaleza se cambiaron en la gloria del Pontifice.

Cuando Roma reposó de las primeras impresiones dolorosas que acababa de experimentar, Pio IX manifestó el deseo de recibir en audiencia á los libertadores de los desgraciados inundados, para felicitarles personalmente por los servicios que habian prestado. Facil es presumir que no se echaria en olvido á Cicirucchio. Esta vez fué al Quirinal... El Papa y el hombre del pueblo se encontraron en presencia el uno del otro. Era la vez primera que se veian. La emocion de Cicirucchio era grande. Aseguran que Pio IX le conoció entre la multitud...—Aquel hombre alto que me mira y que tiene un aspecto tan dichoso, estoy seguro que es mi Capo popolo. Le mandó que se acercara, y le dirigió algunas palabras con su acostumbrada bondad. Angelo Brunetti, cuya elocuencia popular es proverbial, no pudo pronunciar una sola

palabra en presencia del Papa. Dobló una rodilla, besó la chinela, y viendo al levantarse la mano del Soberano Pontifice estendida hacia él, tocó con sus labios el anillo del pescador. Cuando se retiró, el Papa enjugó una lágrima que resbalaba por su mano.

La popularidad de Cieiruacchio se extendió mucho mas á consecuencia de la inundacion. Había justificado noblemente su titulo de Capo popolo. El pueblo quiso tenerle á su cabeza en todos sus movimientos. La víspera de S. Juan, cuando la ciudad entera se dirigió al Quirinal para felicitar al Soberano Pontifice por ser su santo, Cieiruacchio marchó el primero al frente del cortejo. No se le permitió entonces que se ocultara como lo había hecho el 8 de Setiembre. Lo mismo sucedió en la manifestacion que tubo lugar el 1.º de Enero con motivo de ser año nuevo. Muchas veces le llamaban de las estremidades de los estados de la Iglesia. Ya para animar el celo de las poblaciones, ya para pacificar á los partidos. El llevó en todas partes la bandera de la union y de la paz, la bandera de Pio IX.

CAPITULO VIGESIMO.

*Libertad de la prensa en Roma.—Lentitud de Gizzi.—El Papa autoriza la creacion de periódicos.—El Contemporáneo.—El Alba y otros.—Quejas de los embajadores.—Respuestas de Pio IX.—Las tropas austriacas se acercan á la frontera.—El cardenal Ferretti legado de Urbino y Pescara.—Retrato del cardenal.—Motivo de esta eleccion.—Gizzi establece la censura.—El Papa la dulcifica reservándose la eleccion de los censores.—El abate Graciosi.—El abate Gioberti y el JESUITA MODERNO.—Tentativa infructuosa de los jesuitas.*

Apenas se habia repuesto Roma de los terrores de la escasez y de los desastres de la inundacion, cuando un nuevo beneficio del gobierno Pontifical escitó á la vez el reconocimiento popular, y las recriminaciones de las chancillerias. Pio IX recibió con la misma dulzura la alabanza y la critica, las felicitaciones y las persecuciones. El embajador de Austria, auxiliado por el embajador francés, le hacia perder algun tiempo; pero ni uno ni otro conseguian gastar su paciencia, ni destruir sus convicciones.

palabra en presencia del Papa. Dobló una rodilla, besó la chinela, y viendo al levantarse la mano del Soberano Pontifice estendida hacia él, tocó con sus labios el anillo del pescador. Cuando se retiró, el Papa enjugó una lágrima que resbalaba por su mano.

La popularidad de Cieiruacchio se extendió mucho mas á consecuencia de la inundacion. Había justificado noblemente su titulo de Capo popolo. El pueblo quiso tenerle á su cabeza en todos sus movimientos. La víspera de S. Juan, cuando la ciudad entera se dirigió al Quirinal para felicitar al Soberano Pontifice por ser su santo, Cieiruacchio marchó el primero al frente del cortejo. No se le permitió entonces que se ocultara como lo había hecho el 8 de Setiembre. Lo mismo sucedió en la manifestacion que tubo lugar el 1.º de Enero con motivo de ser año nuevo. Muchas veces le llamaban de las estremidades de los estados de la Iglesia. Ya para animar el celo de las poblaciones, ya para pacificar á los partidos. El llevó en todas partes la bandera de la union y de la paz, la bandera de Pio IX.

CAPITULO VIGESIMO.

*Libertad de la prensa en Roma.—Lentitud de Gizzi.—El Papa autoriza la creacion de periódicos.—El Contemporáneo.—El Alba y otros.—Quejas de los embajadores.—Respuestas de Pio IX.—Las tropas austriacas se acercan á la frontera.—El cardenal Ferretti legado de Urbino y Pescara.—Retrato del cardenal.—Motivo de esta eleccion.—Gizzi establece la censura.—El Papa la dulcifica reservándose la eleccion de los censores.—El abate Graciosi.—El abate Gioberti y el JESUITA MODERNO.—Tentativa infructuosa de los jesuitas.*

Apenas se habia repuesto Roma de los terrores de la escasez y de los desastres de la inundacion, cuando un nuevo beneficio del gobierno Pontifical escitó á la vez el reconocimiento popular, y las recriminaciones de las chancillerias. Pio IX recibió con la misma dulzura la alabanza y la critica, las felicitaciones y las persecuciones. El embajador de Austria, auxiliado por el embajador francés, le hacia perder algun tiempo; pero ni uno ni otro conseguian gastar su paciencia, ni destruir sus convicciones.



Desde el advenimiento del nuevo Papa, los Romanos habian manifestado el deseo de tener una prensa periódica, y Pio IX habia prometido darsela; pero Gizzi, dividido entre sus vacilaciones y sus accesos de gota, no podia llegar á redactar una ley. Estas demoras impacientaron á algunos jóvenes escritores, y fueron, para asegurarse por ellos mismos de las intenciones personales del Papa, á pedirle permiso para la fundacion de un periódico. El Soberano Pontifice, que estaba preparado para esta demanda, no solamente permitió que se fundara aquel periódico, sino que declaró que daría igual autorizacion á todos los ciudadanos que la solicitaran al que ofrecieran garantías de moralidad. El *Contemporaneo* abrió la marcha el 1 de Enero de 1845. A este siguieron la *Bilancia*, *l'Alba*, *la Pallade*, *l'Italico* y otros veinte que poco á poco fueron apareciendo.

El rumor de desagrado que la aparicion de aquellos periódicos produjo en las embajadas llegó al instante á conocimiento del Papa por conducto de los mismos embajadores.—El de Napoles se quejó diciendo que aquel ejemplo no podia menos de llegar á ser contagioso.—»Decid á vuestro rey, respondió el Santo Padre al enviado de Fernando, que es un vasallo de la Santa Sede; si lo ha olvidado, yo me acuerdo siempre, y sé que un Señor no recibe nunca la ley de sus vasallos.»—Del embajador de Francia se desembarazó preguntándole—»Si el nuncio de la Santa Sede habia impedido alguna vez al gobierno francés que concediera al pueblo la libertad de la prensa.»—Llegó su

vez al embajador de Austria, y le habló de la fermentacion que los actos del Soberano Pontifice escitaban en el norte de Italia.—En todas partes no resuenan ya, dijo, mas que las palabras de union, de independencia Italiana.—Y que me decis á mi de eso, Señor embajador? respondió el Papa; esas ideas no son nuevas, esas ideas existian antes que vos y que yo. No soy pues absolutamente culpable de nada de eso. Como Italiano, no puedo menos de participar de ellas, como Papa, me esforzaré en impedir las insurrecciones, hé aqui todo lo que puedo prometer.

Pio IX daba todas estas respuestas sonriéndose, con su amenidad habitual. Los ministros extranjeros no podian persuadirse de que bajo aquella apariencia de dulzura se ocultava una firme resolucion. Viendo que los consejos y las quejas no servian de nada, el representante de Metternich escribió á Viena, que una pequeña demostracion sobre las fronteras era quiza necesaria para sofocar el fuego reformador, de que el nuevo gobierno pontifical se hallaba animado. Al momento se supo en Roma que diversos cuerpos de tropas imperiales se acercaban á las fronteras de los Estados de la Iglesia. La efervescencia fué grande; no se hablaba nada menos que de partir en masa para ir á combatir á los Austriacos. El cardenal Ferretti primo hermano del Papa, que acababa de predicar una retirada á los eclesiásticos seculares de la diocesis, corrió al Quirinal, y suplicó á su pariente y soberano que le confiara el gobierno de la legacion de Urbino y Pesara, la mas inmediata á las posesiones Austriacas, y por consiguiente la mas espuesta.

El cardenal Ferretti es un hombre joven aun, de una fisonomía noble y varonil, que no desmiente en nada la decisión de su carácter. Si Napoleón hubiera permanecido en el trono, probablemente no hubiera abrazado las órdenes. Dicen, que alistado en las tropas francesas, no abandonó el servicio militar hasta el segundo destierro del Emperador; lo que podemos asegurar, es que el ardor de sus grandes ojos negros, los bruscos movimientos de sus brazos, y la arrogancia de su manera de andar, sentarían mucho mejor á un general de división que á un príncipe de la Iglesia. Apresurándonos, sin embargo, á añadir que este esterior, y aun este carácter marcial no disminuyen nada las cualidades apostólicas del prelado. El cardenal Ferretti es uno de los mejores obispos de la Iglesia católica. Lleno de solicitud y de celo en la dirección de su clero, se ha hecho notar, en Nápoles principalmente, donde era arzobispo durante el cólera, por una caridad digna de los primitivos tiempos. En aquellas aflictivas circunstancias, después de haber vendido todo cuanto poseía de algún valor como, caballos, carruages, vajillas y todas las alhajas de que era dueño, concluyó por deshacerse de su cruz pastoral para atender al socorro de los enfermos pobres.

El cardenal Ferretti, además de sus cortas campañas en Italia, durante los últimos años de la ocupación francesa, había dado en otras partes pruebas marcadas de valor. En 1851, siendo obispo de Rieti, había defendido la ciudad entera contra un pelotón de insurgentes que querían penetrar en ella, con objeto de detener la marcha de los Austriacos, lo que hubiera hecho indu-

dablemente que hubieran entrado en la plaza. En aquella ocasión el obispo arriesgó noblemente su persona; montó á caballo, armó á los ciudadanos, los colocó él mismo en las murallas, y permaneció cerca de ellos expuesto á los mismos peligros, mientras que disparaban valientemente sus fusiles. Es notable que este rasgo de audacia, que fué tan fatal á la insurrección, hiciese al cardenal Ferretti popular en el partido liberal. Mientras que su primo Mastai desarmaba y salvaba á los rebeldes encerrados en Spoleto, él, rechazaba á balazos á los que invadían su legación. Siempre encuentran partidarios en el pueblo los corazones intrepidos y los caracteres decididos. Es verdad que han sido necesarios quinientos años para que los hombres eminentes de aquella época, los que han luchado con las armas en la mano se hayan acercado los unos á los otros. Se habían hecho concesiones mutuas. El advenimiento de Pío IX había precipitado la reconciliación; y la familia Ferretti ofrecía un ejemplo bien palpable de esto en la unión del cardenal y de su hermano, el conde *Pietro*, uno de los jefes del carbonarismo que dirigía la insurrección de 1831, cuando su hermano la rechazaba con las armas en la mano.

El cardenal Ferretti es antes que todo hombre de acción. Al lado del sabio y prudente Pío IX, representa maravillosamente la fé ardiente y la intrepida adhesión al Santo Padre. Siempre está dispuesto á desenvainar su espada para repeler á los enemigos de J. C. Estos hombres ya son raros. El Papa vió pues con satisfacción el paso dado por su primo, y accedió á su demanda, exigiéndole palabra de honor de que cada vez que tuvie-

se que tomar alguna fuerte medida, esperaría para pensar en ella cuarenta y ocho horas de reflexion. El cardenal partió lleno de júbilo, para Pesara, donde fué recibido, según su carácter al ruido de las campanas y al estruendo del cañon. Los habitantes, asegurados ya con su sola presencia, dieron poco despues las gracias al Papa por haberles enviado aquel legado.

De todas estas disposiciones no se debía inferir, sin embargo, que Pio IX temiese una seria agresion de parte de los enemigos de Italia. Sabia que el Austria no se atrevería á violar sus fronteras sino con un motivo plausible. No podia impedir la regeneracion de un pais vecino, las reformas regulares cuya iniciativa tomaba el mismo gobierno. Para justificar una intervencion, era necesario que el movimiento tomase en los Estados de la Iglesia un carácter insurreccional, que se atropellasen los poderes públicos, que las manifestaciones populares ocasionasen graves desórdenes. Pero, las intenciones del Papa eran demasiado puras, su conducta demasiado leal, generosa y desinteresada, tenia demasiada confianza en el amor y buen sentido de su pueblo, y el pueblo le amaba efectivamente demasiado, para que se pudiesen temer los acontecimientos que la córte de Viena esperaba de un momento á otro. Sin embargo era muy oportuno tener en Pesara un hombre resuelto, que evitando toda imprudencia y toda provocacion, pudiese, si era necesario, protestar con energia. Pio IX no dudaba que el Austria en aquel mismo momento se creía en visperas de un acontecimiento que legitimaria no sólo la entrada de sus tropas, sino el desembarco de

tropas francesas en Civita-Vecchia, y que él mismo acababa de preparar este acontecimiento llamando al gobierno de Roma á monseñor Grassellini, que no aceptaba el empleo que se le habia confiado sino para hacerle traicion.

Pero existía la prensa que velaba y que debía concurrir al descubrimiento de aquellas tenebrosas maquinaciones. Los impresos se multiplicaban todos los dias, bajo la sola proteccion del Soberano Pontifice. Nadie sabia aun las formalidades que tenian que llenar, las garantias que era necesario dar, para la publicacion de un periódico. En Gizzi únicamente consistia aquella tardanza. Dió la última mano á su trabajo, y apareció el edicto. La intencion del Papa, desde un principio, habia sido que no se estableciese la censura, sino para las cuestiones puramente morales y religiosas; pero Gizzi le manifestó que en el estado actual de cosas, era conveniente que se hiciese tambien extensiva á las cuestiones políticas. Qué vendría á ser el gobierno pontifical, si fatigado como estaba con las incesantes reclamaciones de los embajadores, se añadían las que promoverían los ataques diarios de los periódicos contra los gobiernos extranjeros? La prensa nacional no contaba sino algunos dias de vida, y en aquel corto intervalo, cuantas veces no habia ya herido susceptibilidades é intereses, que Roma se hallaba comprometida á respetar!

Estas observaciones eran fundadas, al menos en la apariencia. Las potencias extranjeras, con la esperanza, sin duda, de sofocar en su nacimiento el foco de

patriotismo y libertad que la prensa iba á fomentar en Roma, y temiendo que de allí se estenderia inevitablemente por todos los estados vecinos, multiplicaban sus quejas y exigian reparaciones bajo los pretextos mas fútiles. Asi, mientras que la prensa francesa semi-oficial no cesaba de desfigurar los acontecimientos, de calumniar las disposiciones de la poblacion romana y el carácter de su Soberano, no se vió al conde de Rossi pedir al Papa la suspension del *Contemporáneo* por un artículo en que se habia atrevido á hablar mal de Mr. Guizot?

Pio IX tenia ademas otra razon para ceder: Gizzi queria á todo trance imponer á los periódicos la obligacion de la fianza y del timbre, y á pesar de la oposicion formal del Papa, insistia siempre en lo mismo apoyándose en el ejemplo de la Francia y de otros paises constitucionales. El ataque era tan vivo como la defensa; no habia ningun motivo mas para que la discusion se prolongase por mas tiempo: así es que el Soberano Pontífice, queriendo concluir pronto con aquella ley, hizo á su ministro la concesion de la censura, á fin de sacar mas partido en los otros dos puntos cuestionables de la fianza y del timbre.

Sin embargo, para estar mas seguro de que la censura no degeneraria nunca en abuso, se reservó la eleccion y nombramiento de los censores, y declaró que en su inteligencia, la censura politica no podia ser ni seria sino provisional. El 16 de marzo se fijó el edicto, que fué bastante mal recibido, y produjo un nuevo menoscabo á la popularidad de Gizzi, re-

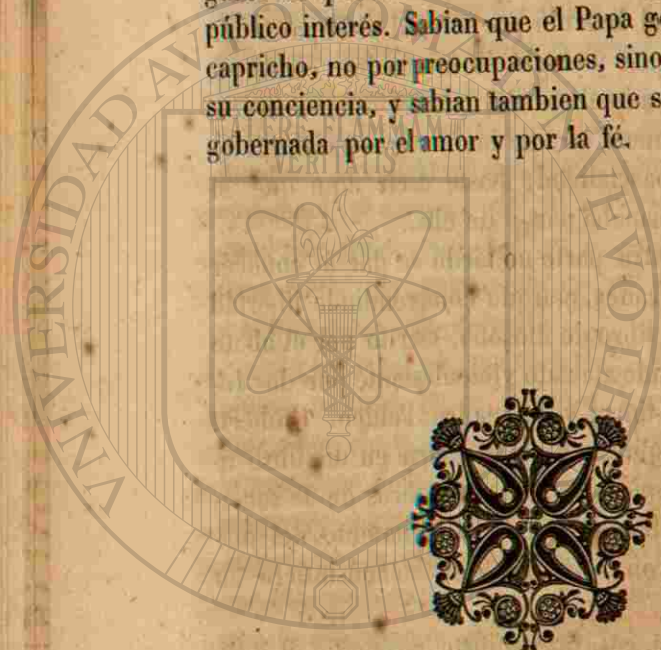
sentida ya algun tanto desde la circular sobre las manifestaciones populares. Lo que contribuyó á asegurar la opinion, fué el artículo por el cual el Papa se encargaba de designar y elegir él mismo los censores. La lista de los miembros del comité, que apareció algunos dias despues, ofrecia las mayores garantias de tolerancia é imparcialidad; baste decir aquí que el abate Graziosi formaba parte de ella.

El Papa por otra parte no tardó en dar á conocer la manera leal y franca, con que comprendia la libertad de imprenta. Un libro de filosofia, escrito por el abate Gioberti, habia sido atacado violentamente por dos Jesuitas, el padre Curci y el padre Pellico. Gioberti preparaba la respuesta á aquel ataque en un libro titulado el *Jesuita moderno*. Los miembros de la sociedad de Jesus, habiendo tenido conocimiento del manuscrito, suplicaron á Pio IX que no consintiera su publicacion.

—Me pedis una cosa muy injusta, respondió el Pontífice, como quereis que impida la publicacion de la defensa habiendo permitido la del ataque.

Así es que, cosa verdaderamente digna de notarse, no era la ley lo que servia de garantia al pueblo contra el carácter de su Soberano, sino que era el carácter del Soberano el que garantizaba al pueblo la liberal interpretacion de la ley. El amor del Papa hacia sus subditos era ya tan conocido, habia sido experimentado tantas veces, que estaban seguros, aun antes de haberse publicado la lista de los censores, de que la eleccion recaeria indudablemente en personas que

merecerian la confianza del pueblo, como estaban seguros de que sus actos tendrían siempre por móvil el público interés. Sabían que el Papa gobernaba no por capricho, no por preocupaciones, sino únicamente por su conciencia, y sabían también que su conciencia era gobernada por el amor y por la fe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

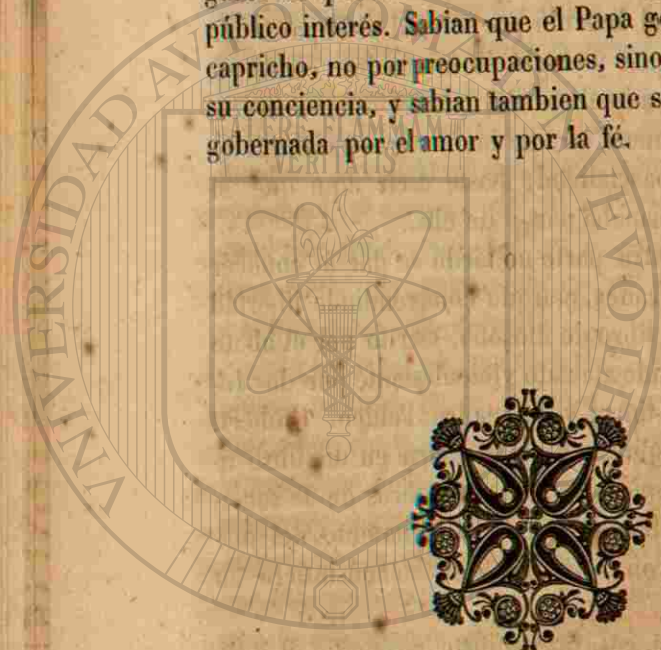
CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

*Embajada de Chékib.-Effendi.—Intrigas de los embajadores en Constantinopla.—El gran Visir y el abate Demauri.—Proyecto de protectorato de la Santa-Sede.—Desconfianza.—Correspondencia del padre Ventura.—La embajada decidida.—Obstáculos que opone á ella el Barón de Bourqueney.—Su resultado.—Chékib no lleva carta autógrafa del Sultan.—Llegada á Ancona.—Marcha triunfal.—Contraste en Roma.—Temores.—Audiencia.—Ceremonias en el Palacio.—Recepcion de Pio IX.—Conferencia secreta.—Retrato del Papa llevado á Nisham por un Turco.—Visita á Sinigaglia.—Resultado de la embajada.*

Al principio del año 1847 tuvo lugar uno de los acontecimientos mas extraordinarios del pontificado de Pio IX. Hablamos de la solemne embajada que el Sultan envió al Papa. Esta embajada tenía un objeto muy importante, como vamos á explicar; pero las negociaciones, habian sido conducidas con tanta prudencia y discrecion, que el público permaneció largo tiempo en la ignorancia del motivo que la habia provocado. Nosotros podemos aclarar todas las dudas.

®

merecerian la confianza del pueblo, como estaban seguros de que sus actos tendrían siempre por móvil el público interés. Sabían que el Papa gobernaba no por capricho, no por preocupaciones, sino únicamente por su conciencia, y sabían también que su conciencia era gobernada por el amor y por la fe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

*Embajada de Chékib.-Effendi.—Intrigas de los embajadores en Constantinopla.—El gran Visir y el abate Demauri.—Proyecto de protectorato de la Santa-Sede.—Desconfianza.—Correspondencia del padre Ventura.—La embajada decidida.—Obstáculos que opone á ella el Barón de Bourqueney.—Su resultado.—Chékib no lleva carta autógrafa del Sultan.—Llegada á Ancona.—Marcha triunfal.—Contraste en Roma.—Temores.—Audiencia.—Ceremonias en el Palacio.—Recepcion de Pio IX.—Conferencia secreta.—Retrato del Papa llevado á Nisham por un Turco.—Visita á Sinigaglia.—Resultado de la embajada.*

Al principio del año 1847 tuvo lugar uno de los acontecimientos mas extraordinarios del pontificado de Pio IX. Hablamos de la solemne embajada que el Sultan envió al Papa. Esta embajada tenia un objeto muy importante, como vamos á explicar; pero las negociaciones, habian sido conducidas con tanta prudencia y discrecion, que el público permaneció largo tiempo en la ignorancia del motivo que la habia provocado. Nosotros podemos aclarar todas las dudas.

®

que haya en este particular, y nos proponemos no omitir ningun detalle, porque las menores circunstancias de este gran negocio ofrecen, sobre las costumbres de Oriente, y sobre las relaciones diplomáticas de Francia con Roma y Constantinopla, revelaciones del mas alto interes.

Hace algunos años que en el mundo politico resonaban las quejas legítimas de los cristianos de Oriente, á quienes la Francia protegía solamente cuando el Imperio Turco no retrocedía sino ante ella, pero que abandonó en parte al menos, desde que por una falsa política, consintió en partir las cargas y el honor de su generosidad. Este nuevo estado de cosas, es tan oneroso á la Puerta como á los cristianos. Las convenciones diplomáticas, dividiendo el patronato, confiando á la Francia la Siria y el Asia-Menor, al Austria la Moldavia, la Valaquia y las demas provincias danubianas; á la Rusia, los griegos cismáticos; á la Inglaterra, y á la Prusia, las sectas protestantes; han multiplicado los protectores, sin provecho alguno para los protegidos. Cada potencia, teniendo en Constantinopla un interés contrario al de las otras naciones y contrario sobre todo al de la Turquía, usa de su derecho de proteccion para multiplicar las intrigas y crear al divan nuevos embarazos. Segun las necesidades del momento las chancillerías acogen las quejas y aun las provocan, y mientras que verdaderos perseguidos esperan en vano la represion de los abusos que les oprimen, los embajadores fatigan á la Puerta Otomana con reclamaciones imaginarias, exageran los

daños y las demandas de reparacion para aumentar su importancia, y cubrir con el manto de la justicia las maniobras de su ambicion.

Cuales son las primeras victimas de este estado de cosas? Pongamos á un lado á la Francia que no pierde sino su gloria pasada y su consideracion actual y quedan por una parte, los cristianos perseguidos por los musulmanes, y por otra, la Puerta perseguida por todas las chancillerías. Los turcos han comprendido bien pronto los abusos de semejante régimen. Hace algun tiempo que lo sufren y lo deploran, no debiendose estrañar que hayan elegido la primera ocasion de librarse de él. Tal ha sido el motivo de la embajada de Abdul-Medjid á Pio IX.

Un dia del mes de Octubre de 1846, el gran visir, indignado por algunas perfidias recientes del cuerpo diplomático, deploraba amargamente, en presencia de algunos amigos suyos, la suerte de la Turquía y la de los cristianos.

—Los embajadores, decia, pretenden conocer mejor que nosotros, y mejor que los cristianos de Oriente, nuestros comunes intereses. La Inglaterra, por ejemplo, nos ha pedido esa fatal separacion de los Drusos y de los Maronitas que debia causar la aniquilacion de estos. Resistimos naturalmente, y no lo hubieramos concedido, si la Francia tambien no hubiera tomado el partido de la Inglaterra contra los cristianos. Fué preciso ceder, y ved lo que sucede ahora! Los asesinatos que habiamos previsto, que nos habiamos esforzado á prevenir rehusando la separacion que se re-

clamaba, nos lo hecha en cara la Europa. Y hoy quiere, siempre bajo el pretexto de proteger á los cristianos, que debilitemos mas aun á la Siria,, á fin de que la Inglaterra se apodere un dia de ella, para hacer por alli su gran camino á las Indias.

Entre las personas que escuchaban estas palabras se hallaba un Napolitano, el abate Demauri, establecido hacia mucho tiempo en Constantinopla, y cuya discrecion talento, y caridad práctica habian conquistado la estimacion y afecto de los musulmanes. Las reflexiones de Reschid-Pacha llamaron la atencion del abate Demauri, el que le preguntó porque la Puerta no buscaba un buen pretexto para librarse de los embajadores de todas aquellas potencias, poniendo á los cristianos del imperio bajo la salvaguardia de una autoridad puramente moral y espiritual, que comprenderia mejor sus verdaderos intereses y que ofreceria todas las garantías de justicia y desinterés.

—Comprendo bien lo que tu quieres decir, respondió el gran visir. Es al Soberano Pontífice á quien aludes; pero consentiria Pio IX en entenderse con la Puerta Otomana?

—Si se le hiciera una proposicion formal con respecto á esto, no creo que Pio IX rehusaria recibir al embajador que fuera encargado de comunicarle las intenciones del Sultan.

Esta conversacion quedó asi, sin que nadie pudiera pensar en que una idea tan estraña por su novedad tuviera consecuencias de ninguna especie. Sin embargo, el abate Demauri resolvió asegurarse de las in-

tenciones de la Santa-Sede acerca de la Puerta. Con este motivo, escribió al padre Ventura su conversacion con Reschid-Pacha, y le preguntó que recepcion recibiria en Roma un embajador Turco enviado con este carácter, y para semejante objeto. El teatino se presentó al momento en casa del cardenal Gizzi, y le espuso directamente la cuestion. Este respondió que era un gran negocio, y que hablaria de él al Papa. Al dia siguiente el padre Ventura fué autorizado para responder al abate Demauri, que la Santa Sede entraria con placer en relaciones directas con la Puerta, y que recibiria á su representante con los mayores honores si se decidia á enviarlo.

El gran visir, por su parte, sorprendido por la proposicion del abate Demauri, habia hablado de ella al Sultan, el que, en lugar de escandalizarse al saberla, habia respondido que quizá era aquel el único medio razonable de desembarazarse de las intrigas de la diplomacia.—Desde el advenimiento de Pio IX dijo al gran visir, estoy mas sorprendido de lo que hacemos aqui. Las dos capitales religiosas del mundo han entrado en una era de regeneracion, de justicia y de humanidad. Puesto que el gran Califa de los cristianos cuenta en mis estados personas de su fé, porqué no ha de tener en los suyos un representante de Constantinopla?

A fuerza de reflexionar en ello, el Sultan y su gran visir concluyeron por persuadirse, de que la realizacion de este proyecto no presentaba tan grandes dificultades como se podia creer, y, decididos á entablar la negocia-



cion, decidieron llamar á Demauri con el objeto de tener con él una conferencia secreta. El abate acababa precisamente de recibir la respuesta del Padre Ventura; se la leyó al Sultan y al gran visir, los que despues de haber oido la lectura de aquel despacho oficioso, resolvieron afirmativamente la embajada. Chekib-Effendi recibió la orden de pasar á Roma yendo por Viena.

Hasta entonces el secreto habia sido bien guardado, pero cuando Chekib-Effendi empezó sus preparativos de viaje, comenzó tambien á traslucirse el proyecto. Los agentes de la embajada francesa conocieron bien pronto toda la verdad, y el baron de Bourqueney espantado con las consecuencias diplomáticas, que aquel paso de la Puerta podria ocasionar, sobre todo si tenia buen éxito, se presentó al momento al Sultan. No escaseó nada para disuadirle de su proyecto. Alégo las preocupaciones de Roma contra todo lo que no era cristiano y católico. Si la Inglaterra, nacion cristiana, no tiene embajador en Roma, como podria tenerle un Soberano Musulman? El enviado no seria recibido, ó su recepcion no seria mas que una burla una afrenta, y la Puerta no podia esponerse á sufrir una injuria que no tenia medio alguno de vengar.

Estas palabras, conformes en el fondo con la opinion generalmente esparcida en Constantinopla sobre las costumbres de la Santa Sede, alteraron algun tanto las disposiciones del jóven Sultan. Reschid-Pachá llamó al abate Demauri, y le encargó escribiera de nuevo á Roma pidiendo una respuesta mas esplicita y for-

mal. Un mes despues llegó la respuesta solicitada; el padre Ventura prometia bajo su palabra de honor en nombre del gobierno romano, que el encargado de negocios de la Puerta seria recibido como principe de la sangre, si se presentaba en Roma con una carta autógrafa de su soberano, para el Soberano Pontifice. Esta carta produjo una grande impresion en el espíritu del Sultan; pero en el intervalo el embajador de Francia habia trabajado tanto, que era necesario mas que una simple misiva para destruir el efecto de sus palabras y renovar la negociacion. El piadoso eclesiástico se apereibió de ello, y sabiendo muy bien de cuanta importancia era para la Santa-Sede aquel asunto, no titubeó un momento en asegurar el éxito de la embajada por un medio que tiene aun alguna eficacia en Constantinopla.

—El padre Ventura está en Roma, es verdad, respondió á las observaciones de Reschid-Pachá, pero yo estoy en Constantinopla. Me ofrezco á quedar en rehenes entre vuestras manos hasta tanto que el embajador turco haya salido de los dominios de la Iglesia. Si no es recibido convenientemente á su plena y entera satisfaccion, me hareis cortar la cabeza. La sinceridad tan conocida del simple sacerdote sobrepujó las aserciones del embajador; el compromiso fué aceptado, y Chékib-Effendi se preparó de nuevo á partir.

No pudiendo Mr. de Bourqueney impedir la marcha, volvió sus baterias á otra parte.

Manifestó que si Chekib-Effendi era portador de una

carta autógrafa, en el caso de que la recepción no fuera tan buena como esperaban, la ofensa recaería sobre el Sultan mismo; que á los ojos de los viejos creyentes que no comprenderían nada de aquel paso, sería, de parte del jefe del islamismo, un acto impío, un sacrilegio que comprometería su popularidad. En todo caso, ofrecía al enviado de la Puerta, durante su permanencia en los Estados pontificios, el patronato del gobierno francés. Abdul-Medjid se dejó convencer sobre los dos puntos. Se resolvió que Chékib-Effendi no llevaría al Papa mas que una carta del gran visir, y que tomaría en Roma por guía y consejero al conde Rossi.

Desgraciadamente para el gobierno francés, el Papa estaba informado día por día, de todo lo que pasaba en Constantinopla, de suerte que en Roma tubieron todo el tiempo necesario de prepararse para desbaratar las intrigas de la diplomacia francesa. Así fué, que la noticia de que el enviado turco no llevaría carta alguna del gran Señor, y que sería presentado al Santo Padre por Mr. Rossi, llegó á conocimiento del Papa el mismo día en que la embajada francesa recibió sus instrucciones para este objeto.

No costó gran trabajo al Papa persuadirse de cuales eran las intenciones de Mr. de Bourqueney. No yendo Chékib-Effendi acreditado sino por un ministro no podrían hacersele los honores de príncipe como habian prometido, lo cual proporcionaría á Mr. Rossi motivos para persuadirle que habia sido acojido con pocos miramientos. Por otra parte, el patronato que

á este encargado iba á dispensar el embajador de Francia, con el consentimiento del mismo Sultan, le daría el derecho de acompañar á todas partes al enviado, de donde resultaría necesariamente que todos los pasos de este serian vigilados, y que no se haría nada entre el gobierno pontifical y el divan, sin el consejo y quizá la presencia del protector. Una vez conocida esta táctica se tomaron las medidas que para su destruccion eran consiguientes. Como Chékib-Effendi no debía justificar sus credenciales hasta su entrada en Roma, su resolvió que hasta entonces se manifestaría ignorar que no traía carta del Sultan, y que la recepción sería tal como la habia prometido el padre Ventura. Para esto y como no se sabia el lugar de su arribo, se enviaron órdenes á las autoridades de todos los puertos de la Iglesia para estar prontas al recibimiento. En ellas se les mandaba esperar y arregar á Chékib-Effendi á su desembarco. Las tropas debían estar sobre las armas, los tambores tocar marcha, y los cañones de las ciudadelas disparar el mismo número de cañonazos que para el recibimiento de un príncipe soberano. Se mandó tambien, que todo estuviera dispuesto para que llegara á Roma con la mayor celeridad posible, y que los legados, gobernadores, prefectos y gefes de tropas de todas las provincias por donde pasara, salieran á su encuentro y le acompañaran algunas millas.

Cosa estraña! mientras que Pio IX tomaba en Roma todas las precauciones que creía necesarias para destruir los ardides del gabinete francés, el Gran

Turco hacia otro tanto en Constantinopla. Las instancias de Mr. de Bourqueney para impedir que el emperador escribiera á Pio IX, y sobre todo para obtener que Chekib-Effendi fuese presentado por Mr. Rossi, despertaron su desconfianza. Suplicó al abate Demauri que entregara á su embiado cartas de recomendación para el padre Ventura, porque sabia que era persona que merecia en alto grado la confianza del Papa. Prohibió á Chekib-Effendi que comunicara sus instrucciones escritas al embajador de Francia, y hasta que se las manifestara al Papa en presencia de aquel, indicándole al mismo tiempo que si no encontraba medio de tener una conferencia secreta con el soberano Pontífice, se valiera para tratar de los negocios de su mision del padre Ventura.

El embajador Otomano desembarcó en Ancona el 11 de Febrero. Las órdenes del Papa fueron puntualmente ejecutadas. Chekib-Effendi, al ver los honores que se le dispensaban, concibió al instante que su mision iba á tener un feliz resultado. Este presagio fué confirmandose mas y mas, á medida que se acercaban á Roma. Las poblaciones enteras se agolpaban al rededor de su carruage, y le saludaban con marcadas muestras de alegría. En fin la recepcion que se le hizo excedió en mucho á sus esperanzas.

Todo satisfizo los deseos del embajador hasta las puertas de Roma. Allí, concluyeron los honores, cesaron las demostraciones: el cañon de S. Angelo permaneció mudo. Chekib hizo su entrada como un simple particular, acogido solamente por el representante de Fran-

cia. Hubiera debido esperar lo; pero los honores que le habian acompañado desde Ancona formaban con aquel silencio un contraste cruel. Las insumaciones habiles de Mr. Rossi le recordaron las profecias de Mr. de Bourqueney; poco faltó para que no desesperase de su empresa. A penas llegó resolvió no obstante aclarar su posicion. Llevaba con él, como interprete, un Armenio católico en el que tenia la mayor confianza. En el momento en que se vió libre de los cumplimientos de su protector, le llamó, le entregó las cartas que traia para el padre Ventura, y le mandó que al instante, y lo mas secretamente posible, se fuera al convento de los Teatinos.

El pobre Armenio llegó mas muerto que vivo á su destino. Como católico, y católico de Oriente, habia esperado de aquella mision los mejores resultados. Se presentó temblando al padre Ventura, y le entregó las cartas. Este le tranquilizó diciendole.

—Paciencia, todo irá bien; como vuestro embajador no viene de parte del mismo Abdul-Medjid, no ha podido ser recibido de otro modo en la ciudad, y no hemos hecho poco en evitar otro tropiezo mas grande aun: era necesario no despertar con un gran aparato las sospechas del embajador frances. Decid pues al embiado del gran visir que se tranquilice: su mensaje tendrá todo el buen éxito que se puede esperar; y si vé una afrenta en la manera con que el Papa le recibirá en el Quirinal, será muy injusto ó muy descontentadizo.

Animado con esta respuesta, Chekib-Effendi, siempre acompañado del Conde de Rossi, se dirigió al día

siguiente, 16 de Febrero á ver al cardenal secretario de Estado, para presentarle sus credenciales, y suplicarle al mismo tiempo pidiera á S. S. que fijara el dia en que se dignase darle audiencia. Dos horas despues, el cardenal Gizzi le volvió la visita, y le anunció que el Papa le esperaria en la mañana del sábado 20. Era necesario aun esperar tres dias, que á Chekib-Effendi se le hicieron, tres siglos. Visitó las antigüedades, recorrió los museos, las bibliotecas, las galerias, sin gozar un solo momento de nada de lo que veia. Siempre que entraba en algun parage público, encontraba al momento un gran personage para recibirle y servirle oficialmente de *cicerone*.

Llegó por fin el deseado dia de la audiencia. Aquella misma mañana, Chekib, mas y mas inquieto á medida que se acercaba el momento decisivo, envió por última vez á su Armenio á visitar al padre Ventura, y este le dió nuevamente su palabra de honor de que todo sucederia como habia prometido. Llegó el momento de salir para el Quirinal, y nadie mas que el Conde Rossi vino á buscar al musulman. Subieron al carruage: una multitud avida por ver aquella novedad de un embajador turco, dirigiendose con gran pompa á Monte-Cavallo, se amontonaba en las calles; pero ni un personage oficial se presentaba. Los alrededores del palacio estaban desiertos; el número ordinario de funcionarios no habia sido aumentado; las tropas ni aun tomaban las armas; los centinelas de los puestos exteriores apenas hacian los honores militares al paso de los coches; Chekib-Effendi llegó á creer que si hacian aquel ligero saludo era uni-

camente por consideracion á su protector. El enviado turco estaba sombrío y silencioso, el rostro del Conde Rossi radiaba de alegría.

Los dos embajadores penetraron por último en el gran patio del Quirinal. Allí todo habia cambiado de aspecto. El Papa habia dicho: «Que se observe la etiqueta en la ciudad; pero aqui quiero ser señor de mi casa.» Los guardias nobles, los suizos, los carabineros y los granaderos de la guardia pontifical, de gran uniforme, estaban colocados en batalla á los dos lados del patio de honor. Los tambores tocaban marcha, sonaban los clarines, y las músicas de todos los cuerpos poblaban el aire con sus dulces y sublimes melodias: era una verdadera entrada real. Nunca habia sido acojido el conde Rossi con aquel brillante aparato, ni aun cuando seis meses antes conducia á los pies del Santo Padre al principe de Joinville. Chékib-Effendi miró al embajador de Francia: ya no sonreia. En el vestibulo, en la escalera, en las antecámaras el mismo lujo de guardias y lacayos, por todas partes los soldados presentaban las armas, por todas partes los criados se inclinaban respetuosamente al paso de los ilustres huéspedes. En la gran galeria que precede á la sala del trono se veian colocados de pié, en dos lineas compactas, los generales cubiertos de oro, los prelados vestidos de armiño, los camareros secretos con sus trajes morados, los gefes de órdenes religiosas con sus hábitos tan variados, y los conservadores y los principales miembros de la nobleza romana.

Todo el brillo de esta reunion se eclipsó á los ojos

de los visitantes, cuando llegaron á la sala en que el Papa, sentado en su trono, ocupaba el fondo; á derecha é izquierda, los camareros, y los gentiles hombres de servicio, colocados sobre las gradas de él tenían las insignias del poder pontifical: un vasto semicírculo de cardenales, en toda la riqueza de sus trajes, parecia no completar el círculo para dejar acercarse al embajador turco á los pies del Soberano Pontífice. Por todas partes brillaban el oro y la púrpura, las piedras preciosas descomponiendo por todas partes los claros rayos del sol, despedían destellos de mil diversos colores que deslumbraban á todos los que en ellas querían fijar su vista. Toda la majestad de la Santa Sede, todas las pompas de la Iglesia habian sido desplegadas en honor de un acontecimiento tan notable. El embajador turco estaba asombrado, fascinado con aquel lujo.

Conducido Chékib-Effendi delante del trono con el ceremonial de costumbre, se arrodilló; Pio IX le levantó al instante dándole á besar su mano, y haciéndole seña de que se sentara. El embajador turco pronunció entonces en su idioma el discurso siguiente, que su intérprete tradujo en seguida en francés:

»Muy Santo Padre:

»Su Majestad Imperial el Sultan Abdul-Medjid, mi augusto dueño y soberano, ha sabido con la mayor satisfacción el dichoso advenimiento de Vuestra Santidad al poder del mundo católico, aunque no hayan existido hasta ahora relaciones entre la Sublime Puerta y el gobierno de la Santa Sede. Así pues,

enviandome cerca de V. S. para hacerle presentes sus felicitaciones vivas y sinceras, mi Soberano no ha hecho mas que ceder á su deseo ardiente de manifestar cuan cordialmente se asociaba á la satisfacción universal con que este feliz acontecimiento ha sido acogido. Esta es la primera vez que aprovecha la agradable ocasion de entrar en relacion directa con el gobierno de la Santa Sede: este es tambien uno de los beneficios de nuestro siglo, que es el de la civilizacion y de la humanidad, pero será ademas un brillante testimonio de las virtudes y de las opiniones benévolas que caracterizan á mi Soberano y á Vuestra Santidad. Ella apreciará, estoy seguro, los afectuosos sentimientos de mi Soberano, que colma de beneficios á todas las clases de sus súbditos, iguales á sus ojos como son á los de un padre todos sus hijos que ama indistintamente. Está seguro por esta razon de haber adquirido de antemano la estimacion y la amistad de V. S. En cuanto á mí, nada puede igualar á el honor de haber sido encargado por mi Soberano de esta noble mision, sino es la dicha de haber conseguido por ella las bondades de V. S.»

El Papa respondió en términos afectuosos que agradecia al Sultan los buenos y leales sentimientos que manifestaba respecto á su persona por boca de un personaje tan ilustre; que aceptaba con placer la dulce esperanza de ver establecerse entre la Puerta y la Santa Sede relaciones francas y cordiales de que se utilizarian principalmente los cristianos esparcidos en todo el vasto imperio otomano, y que esta idea le

hacia aun de mas valor las proposiciones de amistad que le trasmitia el Gran Señor.

El Embajador presentó en seguida al Soberano Pontifice á su hijo y secretario, Arit-Bey y á las personas mas distinguidas de su comitiva, á quienes dirigió S. S. palabras llenas de benevolencia y cortesia.

Durante esta recepcion oficial, el conde Rossi habia sido naturalmente olvidado. Retirado en medio de un grupo de cardenales, ocultaba allí su despécho, comprendiendo que habia desaparecido toda esperanza de impedir entre el Papa y el enviado turco una comunicacion secreta. En efecto, despues de los discursos de ceremonia vió á S. S. bajar lentamente de su trono, presentar la mano á Chékib-Effendi, é invitarle á pasar á su gabinete con su intérprete. Chékib respondió que no queria mas intérprete que el del Papa siguió pues á Pio IX, al que acompañaba el cardenal Mezzofante, el famoso poligloto, y los tres entraron en el despacho del Papa cerrándose la puerta detras de ellos.

La conferencia duró cerca de una hora. Qué pasó en esta larga entrevista? Los resultados lo han demostrado mas tarde. Chékib-Effendi, segun dicen, declaró á Pio IX que el Sultan se veia cercado de las mayores dificultades por parte de los embajadores que le rodeaban. Su ilustre interlocutor respondió que no era tampoco mas dichoso en sus relaciones con los representantes de las potencias extranjeras. El enviado de Abdul-Medjid espuso en seguida los motivos que hacian desear á su Señor que la Santa Sede se encar-

gase de la proteccion de los cristianos orientales. Entre aquellos motivos, algunos eran puramente politicos, pero otros eran de interes general. Chékib manifestó que el Sultan contaba en sus Estados un millon de Armenios cristianos, colocados bajo el patronato de la Rusia. Que Roma favorezca sus intenciones, que les tienda sus brazos, y habra en el imperio turco, para la Santa Sede, un millon de súbditos mas, para el Sultan, un millon de Rusos menos. Las dos potencias tenian ya un motivo para entenderse. Pio IX prometió tomar esto en consideracion.

Cuando se abrió de nuevo la puerta y aparecieron ambos, todo el mundo se figuró que alguna cosa grande y solemne acababa de pasar entre ellos.

Chékib hizo presente al retirarse, que aquel dia habia sido uno de los mejores de su vida. El Papa le envió su retrato engarzado en un marco de oro guardado de brillantes; Chékib lo suspendió al instante de su cuello, y apareció, así condecorado en el palacio del conde Rossi que en obsequio suyo recibia aquella noche. Al llegar allí, enseñó su preciosa joya al embajador francés, y se regocijó de aquel presente con una naturalidad que no estaba exenta de malicia.

Tres dias despues Chékib-Effendi fué á despedirse de S. S. y le hizo presente al partir, que iba á escribir á S. A. para pedirle permiso para llevar á Nis-ham la imágen de un hombre á quien él consideraba como uno de los mas grandes soberanos de la tierra.

La noticia de la recepcion que habia sido hecha

al embajador otomano causó la mayor alegría en Constantinopla. Abdul-Medjid mandó llamar al abate Demauri, y le encargó que fuera á Italia á llevar al Santo Padre una carta autógrafa, en la que renovaba sus protestas de amistad hacia la Santa Sede, y testificaba el deseo de tener en su corte un nuncio apostólico. Chékib-Effendi por su parte, estando en camino para Viena, donde iba á representar á su Soberano, se detenía en Sinigaglia con el objeto de visitar la cuna de Pio IX, recorriendo la casa donde el Soberano Pontífice vió por primera vez la luz del día, dió marcadas muestras de un sincero enternecimiento. Quiso ser presentado á todos los parientes del Papa, y dejó á los pobres de la ciudad una erecida ostenda que expresaba mejor que sus palabras, los sentimientos que llevaba de la capital del mundo cristiano.

Veremos mas adelante cuales fueron las consecuencias de su mision.

## CAPITULO VIGÉSIMO SEGUNDO

*Pio IX y los judíos del Ghetto.*—Tienen particion en las limosnas papales.—Impuesto anual.—Es abolida la bárbara ceremonia del primer dia de carnaval.—Legado de un judio de Liorna al Papa.—Disposiciones de Pio IX.—Permiso dado á los judios para habitar fuera del Ghetto.—Fanatismo de los Transtiverinos.—Quieren atacar á los judios.—Ciciruaecchio y Favella.—Movimiento del pueblo de Regola en favor de los judios.—Los Romanos fraternizan con los judios.—Iluminacion en el Ghetto.—Gran banquete.

Mientras que la providencia reconciliaba asi en la persona del Papa y en la del Sultan, los dos principios contrarios que dominan al Oriente y al Occidente, otras reconciliaciones, no menos extraordinarias quizá iban á tener lugar. La Inglaterra protestante, conmovida con las reformas de Pio IX y con la grandeza de sus miras respecto á Oriente, se preparaba á enviar á Roma un embajador, esperando que ella tambien borraría de su constitucion los testos antiquísimos, si pudiese acreditar oficialmente un encargado de negocios cerca de la Santa Sede. En fin, los judios iban

al embajador otomano causó la mayor alegría en Constantinopla. Abdul-Medjid mandó llamar al abate Demauri, y le encargó que fuera á Italia á llevar al Santo Padre una carta autógrafa, en la que renovaba sus protestas de amistad hacia la Santa Sede, y testificaba el deseo de tener en su corte un nuncio apostólico. Chékib-Effendi por su parte, estando en camino para Viena, donde iba á representar á su Soberano, se detenía en Sinigaglia con el objeto de visitar la cuna de Pio IX, recorriendo la casa donde el Soberano Pontífice vió por primera vez la luz del día, dió marcadas muestras de un sincero enternecimiento. Quiso ser presentado á todos los parientes del Papa, y dejó á los pobres de la ciudad una erecida ostenda que expresaba mejor que sus palabras, los sentimientos que llevaba de la capital del mundo cristiano.

Veremos mas adelante cuales fueron las consecuencias de su mision.

## CAPITULO VIGÉSIMO SEGUNDO

*Pio IX y los judíos del Ghetto.*—Tienen particion en las limosnas papales.—Impuesto anual.—Es abolida la bárbara ceremonia del primer dia de carnaval.—Legado de un judío de Liorna al Papa.—Disposiciones de Pio IX.—Permiso dado á los judíos para habitar fuera del Ghetto.—Fanatismo de los Transtiverinos.—Quieren atacar á los judíos.—Ciciruaecchio y Favella.—Movimiento del pueblo de Regola en favor de los judíos.—Los Romanos fraternizan con los judíos.—Iluminacion en el Ghetto.—Gran banquete.

Mientras que la providencia reconciliaba así en la persona del Papa y en la del Sultan, los dos principios contrarios que dominan al Oriente y al Occidente, otras reconciliaciones, no menos extraordinarias quizá iban á tener lugar. La Inglaterra protestante, conmovida con las reformas de Pio IX y con la grandeza de sus miras respecto á Oriente, se preparaba á enviar á Roma un embajador, esperando que ella tambien borraría de su constitucion los testos antiquísimos, si pudiese acreditar oficialmente un encargado de negocios cerca de la Santa Sede. En fin, los judíos iban



á ver desaparecer los últimos vestigios de la legislación escepcional de la edad media, y á entrar en la plena posesion del derecho comun.

Pio IX habia querido desde el principio de su Pontificado que los judios romanos tomasen parte en la reparticion de sus limosnas proporcionalmente á su número, como los demas súbditos de los Estados pontificios, y el 15 de Julio de 1846, habia recibido en el palacio Quirinal á una diputacion de israelitas que se habian presentado á él para manifestarle su reconocimiento por las medidas liberales de que ellos eran objeto. El Papa, recibió con su acostumbrada bondad á los representantes del Ghetto, y les prometió que sus cuidados paternales no abandonarían nunca á sus correligionarios, que velaría sobre ellos con la misma solicitud que sobre los cristianos, porque no separaba en su corazon ninguna de las criaturas que Dios habia confiado á su cuidado. No tardó en presentarse ocasion de probar que no olvidaba su promesa. Una costumbre establecida de tiempo inmemorial obligaba á la comunidad judía á ir á pagar con gran pompa, el primer dia de carnaval, el impuesto anual que debia á la cámara capitolina. Esta ceremonia, humillante y bárbara, abria todos los años la época de las fiestas del invierno.

Algunos dias antes al en que debia tener lugar aquella ceremonia, el Papa mandó avisar á los israelitas que no estaban ya obligados á dirigirse en procesion al Capitolio; y que aquel impuesto escepcional seria abolido inmediatamente. Mandó ademas que las

puertas del Ghetto, que hasta entonces se cerraban todos los dias al toque de oraciones, permaneciesen abiertas toda la noche, á fin de que sus habitantes pudiesen entregarse libremente como los demas romanos, á sus ocupaciones ó placeres. Esta medida llenó á los judios de alegria porque veian en ella el preludio de mejoras mas trascendentales. Algunos de ellos no titubearon en mirar á Pio IX como al Mesias; otros, los mas, juraron serle siempre fieles, y combatir por él si alguna vez era atacado por los Austriacos. El entusiasmo pasó la frontera, y los judios de toda la Italia estuvieron conformes en sus demostraciones de adhesion al Soberano Pontifice.

Un rico negociante de Liorna, muerto en esta época, dejó en su testamento á Pio IX 30,000 escudos. El Papa manifestó que no podia aceptar un legado que privaba á los herederos del difunto de una parte tan considerable de la herencia: pero estos les respondieron que su deber era conformarse con la voluntad del testador, y que ademas eran todos bastante ricos para soportar aquel ligero sacrificio hecho al bienhechor de sus correligionarios. Forzoso le fué al Pontifice aceptar la suma; hizo de ella dos partes que mandó distribuir, la una á los pobres israelitas de Liorna, y la otra á los indigentes del Ghetto.

No debian parar allí las solicitudes de Pio IX, hacia estos antiguos parias de la ciudad de Roma. El cuartel judío es el mas espuesto á las inundaciones. Húmedo en los tiempos mas secos del año es sumergido enteramente á la crecida mas pequeña del Tiber, y sus

habitantes, encerrados en sus casas, ven con frecuencia en el invierno sus calles convertidas en canales. El agua detenida por largo tiempo en las cuevas de las casas, á consecuencia de la última inundacion, habia producido de tal modo fiebres perniciosas en el Ghetto que habia un peligro inminente en habitar en él.

Pio IX, en los primeros dias de mayo, encargó á una comision que hiciera los planos de un nuevo cuartel, destinado á recibir el exceso que la poblacion romana habia tenido á consecuencia del proyectado abandono del Ghetto. Aquella comision, que el cardenal vicario estaba llamado á presidir, se componia del gobernador de Roma, del Tesorero general de Estado, del principe de Teano y del Conde de Malatesta. Los judios entre tanto fueron autorizados para salir de su cuartel, si les parecia.

Esta medida produjo en Roma sentimientos diversos. Las clases ilustradas se alegraban de ver cesar el estado de envilecimiento en que yacia una parte laboriosa de la poblacion romana; pero el pueblo de Transtivero, cuyo fanatismo era escitado por los adversarios del nuevo gobierno, no vió en la tolerancia del Soberano sino una concesion fatal á la fé. «El Papa se engaña, decian los oscurantistas; la bondad de su corazon le lleva demasiado lejos! No podemos permitir que los judios malditos vengan á ser nuestros iguales; insultemosles, persigamosles; es preciso, aunque tengamos que hacer uso de las armas que vuelvan á sus cuarteles, y no puedan mezclarse con nosotros!» Estos discursos produjeron desde luego una sorda fermentacion que no tardó

en cambiarse en cólera y amenazas. Cicirucchio fué avisado un dia de que los Transtiverinos y los habitantes de Regola se armaban, y se disponian á marchar en masa contra el Ghetto.

El Capo-popolo salió al momento de su casa, corrió á Regola á la de Mecocetta, que es el gefe de aquel arrabal, y le dijo:—Que haces, Mecocetta? el pueblo conspira contra Pio IX, y contra la tranquilidad de Roma, y tu estas en tu casa! Ven, sigueme, impidamos á esos ignorantes que cedan á los manejos austriacos y que deshonren el nombre Romano! Al mismo tiempo arrastra de sí á su lugar teniente, que dudaba aun, y recorre con él los grupos que se formaban en las calles de Regola.—Romanos, esclama, quereis degollar á los hebreos? Pues bien, me matareis entonces, porque voy con Mecocetta á colocarme de centinela en la puerta del Ghetto: y nadie entrará allí sino pasando por encima de nuestros cuerpos. Estas palabras llegaron al corazon de los habitantes del cuartel, que le respondieron con los gritos de *Viva Cicirucchio! viva Pio IX!* Dos mil jóvenes le siguen al arrabal de los Transtiverinos; pero allí no tuvo su elocuencia el mismo resultado. A pesar de los esfuerzos de Favella, capo de aquel cuartel, que no le habia esperado para emplear su autoridad en favor de los judios, Cicirucchio no pudo vencer el fanatismo de la multitud. Sacudió entonces el polvo de sus zapatos, atravesó el puente de San Angelo á la cabeza de sus dos mil Regolienses, y se precipitó en el Ghetto para defenderle.

Esta energia hiere las imaginaciones y cambia al mo-

mento el aspecto de las cosas. Á penas el gefe del pueblo habia desaparecido, lanzando su anatema contra los Transtiverinos, cuando el pueblo baja la cabeza. Se entablan disputas. Los mas generosos toman el partido de Cicirucchio. Favella aprovecha aquel momento. » Trans-tiverimos! esclama, os separareis del pueblo de Roma, y de Pio IX?—No! no! responden millares de voces. —Pues bien, sigamos al Capo-popolo! Al Ghetto! Al Ghetto! Al instante se lanza la multitud tras de Favella, y el cuartel de israelitas es invadido; pero no ya para insultar, ni para atacar á los judios, sino para fraternizar con ellos, para reconquistar la estimacion del gefe del pueblo, y demostrar su sumision al Pontifice. Por espacio de seis horas la tropa de Cicirucchio y la de Favella recorrieron el Ghetto, llamando á los judios, y obligandolos á mezclarse con ellos. Estos, consternados al principio, se animaron poco á poco al oir salir de aquellos labios, acostumbrados á no proferir contra ellos mas que maldiciones, los dulces nombres de hermanos y de amigos. Se arrojaron en los brazos de sus nuevos aliados, dando gracias á grandes gritos á la Providencia y bendiciendo el nombre de Pio IX. Bien pronto se supo en Roma lo que pasaba, y multitud de personas fueron á mezclarse en aquella fiesta de un carácter tan nuevo. Nunca habian resonado tan alegres clamores en el oscuro y malsano cuartel del Ghetto. Por la noche resplandecian millares de luces sobre aquellas fachadas ennegrecidas, á lo largo de aquellas calles tortuosas que conservan el recuerdo de tantos ultrajes y de tantas miserias.

Cicirucchio resolvió no dejar que se entibiara el entusiasmo, y al resplandor de aquella iluminacion improvisada, abrió una suscripcion para un banquete popular. En el dia fijado, cinco mil convidados, tanto de los arrabales como del Ghetto, fraternizaron con el vaso en la mano, al rededor de inmensas mesas colocadas en las ruinas del palacio de los Cesares. Una especie de trofeo, formado de faginas y adornado de banderolas con los colores pontificales, habia sido colocado en el cercado de verde donde se daba la comida. El sol se ocultó en un horizonte dorado un poco antes de la conclusion de la fiesta. Cuando aparecieron las primeras estrellas, Cicirucchio hizo una señal y se prendió fuego al trofeo; levantandose entonces y estendiendo la mano hacia las llamas que servian de araña á la asamblea:—Romanos! gritó el gefe del pueblo, acordemonos de nuestros antepasados! y asi como ellos juraron vencer ó morir, juremos union eterna entre nosotros y fidelidad á Pio IX! Todas las manos se estendieron, todas las bocas pronunciaron el juramento. Asi se consumó en Roma la union de los cristianos y los judios, como lo habia sido, algun tiempo antes, la union de la nobleza y del pueblo, por Pio IX y Cicirucchio.

CAPITULO VIGESIMO TERCERO.

Pio IX pontifice, y sacerdote. = La enciclica. = Las doctrinas y las personas. = El Papa predica en S. Andres della Valle. = Inspeccion de los conventos. = Las ordenes mendicantes en Roma. = Instruccion del clero. = Hospicio de los peregrinos. = Lavatorio de los pies de un sacerdote Prusiano. = Primeras comuniones. = Visita á los hospitales. = El pueblo pretende que Pio IX hace milagros.

Mientras que Pio IX proseguia su carrera de Soberano, dando á sus súbditos todas las libertades compatibles con el orden y los derechos de la Santa Sede, y tendiendo una mano protectora á los judios y musulmanes, manifestaba la misma solicitud por los intereses de la fé, y llenaba con el mismo celo sus deberes de Pontifice y de sacerdote. Pocos dias despues de su toma de posesion dirigió á todos los obispos, al clero, y á los fieles de la cristiandad una enciclica notable por la energia con que condenaba y combatia todas las tendencias anticristianas del siglo, distinguiendo oportunamente las disposiciones adoptadas por la Iglesia contra las doctrinas de aquellas que se referian á las personas, hacia las que el Santo Padre mostraba tan solo sentimiento de dulzura, de paciencia y de misericordia.

Pero no se contentaba el Papa con que el mundo cristiano conociese por la enciclica los principios de su gobierno espiritual, sino que tampoco desperdiciaba ocasion alguna de ponerlos en práctica.

Hacia largo tiempo que veia con dolor el hábito de blasfemar que habia contraido el pueblo romano, y un dia que manifestaba al padre Ventura la tristeza que le causaba esta grosera costumbre, y su decidido empeño de combatirla en un sermón le respondió este que habia predicado muchas veces, sin resultado, sobre este objeto.

—Yo quisiera ensayar á mi vez, replicó el Papa, si seré mas dichoso que vos; pero hace tanto tiempo que los Papas no se presentan en el púlpito, y soy yo tan poco elocuente, que temo no ser escuchado con mejor éxito que vos.

—Vuestra Santidad se engaña, contestó el padre Ventura, el amor del pueblo hacia su persona es almenos una prenda segura de la atencion con que escuchará sus palabras.

—Pues bien, dijo el Soberano Pontifice, vos me animais. Os toca predicar el 15 de Enero en S. Andres della Valle; cededme el puesto, pero guardadme el secreto.

En efecto el espresado dia la multitud que atrae comunmente á sus sermones el talento popular del sabio teatino, llenaba la Iglesia. En el momento en que el predicador debia subir al púlpito, esparcese el rumor de que se hallaba indispuerto y que otro debia predicar en su lugar. Un disgusto muy natural se manifiesta

con este motivo entre aquella multitud; pero juzguese de la sorpresa, de la alegría y admiración generales, cuando á los ojos asombrados de los fieles aparece Pio IX dirigiéndose hacia el púlpito. Al rumor causado por un espectáculo tan nuevo, reemplazó inmediatamente el mas profundo silencio.

—El Papa habló en estos terminos:

»No puedo sin una viva emoción, mis muy amados hijos, recordar los testimonios de amor que me habeis dado el primer día del año. Mi corazón agradece vuestros votos, y creyendo, como debo, que ha sido en honor de Dios todo lo que habeis hecho por mi, su indigno vicario, os he invitado á bendecir el nombre de Cristo con estas palabras: *Sit nomen Domini benedictum!* Todos me habeis respondido con el acento de la fé: *Desde ahora hasta la consumación de los siglos! Ex hoc nunc et usque in seculum!* Vengo á recordaros vuestras solemnes promesas, por que se que aunque en corto número, hay en esta ciudad centro del catolicismo, hombres que profanan el santo nombre de Dios con la blasfemia. Vosotros los que estais aqui, recibid de mi esta misión: publicad por todas partes que no espero nada de esos hombres. Decidles que lanzan contra el cielo piedras que al caer los aplastarán. Es colmar la medida de la ingratitud, blasfemar del nombre del Padre comun que nos dió la vida, y con ella todos los bienes que gozamos. Decid á aquellos de mis hijos que le ofenden con semejantes ultrajes que no den mas escándalo en la ciudad santa.»

»Quiero hablaros tambien del precepto del ayuno.

Un número considerable de padres de familia me han hablado de las penas que experimentan viendo al demonio de la impureza ejercer sus estragos entre la juventud. El Señor nos lo ha dicho en los santos Evangelios, con la súplica y el ayuno, *in oratione et jejunio*, se encadena al demonio desolador que va destruyendo la tierra, y que no solo envenena las fuentes de la vida de los individuos, de las familias y de la sociedad entera, sino que sobre todo consume la ruina de las almas inmortales.»

»Hechas estas dos advertencias, me resta suplicar á Dios que nos bendiga á todos: Señor, *respice de celo* volved hacia nosotros vuestras miradas vivificantes. Visitad esta viña que vuestra diestra ha plantado. *Visita vineam istam quam plantavit dextera tua.* Es de vos, Señor; vos la habeis regado con vuestra sangre, vos la habeis guardado. Visitadla, no para castigar á los malos, sino para hacerlos sentir los dulces efectos de vuestra misericordia. Visitadla para curar la llaga de la incredulidad que devora al mundo. Visitadla, y al visitarla, separad esa mano de hierro que pesa sobre ella. *Visitate la, é nel visitarla, allontanate quella mano de ferro che pessa sopra di lei.* Visitadla y purificad el corazón de sus hijos. Derramad en el seno de las generaciones crecientes esos dos caros atributos de la juventud, la modestia y la docilidad. Estinguid esos odios funestos que dividen á los ciudadanos y los arman unos contra otros. Visitadla señor, y al visitarla, advertir á los centinelas de Israel que den buenos ejemplos y que se armen de una fuerza y

de una prudencia divinas para velar por los intereses de los pueblos confiados á su custodia!»

«Dignaos, ó Dios mio! oír mi súplica, y echad sobre este pueblo, sobre esta ciudad y sobre el mundo entero vuestras mas dulces bendiciones!»

Las palabras del Soberano Pontifice produjeron una impresion profunda en su auditorio. Algunas horas despues Roma entera las repetia. Se admiraba aquel celo apostólico, aquella ternura paternal que no olvidaba ninguno de los detalles del santo ministerio. Hacia muchos siglos que no se habia dado aquel ejemplo, y cada uno, remontando su pensamiento á la época mas gloriosa del cristianismo, veia renacer la sencillez y la caridad prácticas de los mejores dias de la primitiva Iglesia.

No todos participaban de aquella admiracion y de aquel reconocimiento. Los espíritus medrosos, los partidarios del absolutismo y los embajadores sobre todo, se habian conmovido vivamente por aquella súplica: *Separad la mano de hierro que pesa sobre ella.* Unos y otros se espantaban, por diferentes motivos, de aquella resolucion; y no atreviendose á atacar directamente las palabras del Papa, por temor de hacer traicion á sus pensamientos secretos, atacaban su conducta. Aquel acto evangélico del Pastor Rey descendiendo de su trono para velar mas de cerca por la salud de su rebaño, lo consideraban ellos como un escándalo, y se esforzaban en ajarle con los argumentos mas puetiles y mas ridiculos. Pio IX, decian unos desconceptua el pontificado, le despoja de todo pres-

tigio presentándose asi en el púlpito; otros aseguraban que los Papas no podian predicar sino en las grandes basilicas, y S. Andrés no era ni aun una iglesia parroquial!

Gracias á sus intrigas, el discurso del Papa, no apareció sino truncado en *El Diario* del dia siguiente: era preciso á toda costa impedir á la cristiandad que conociera los verdaderos sentimientos de su gefe respecto á los gobiernos temporales. Un solo diario francés publicó entero el sermon, tal como se le habia dirigido un corresponsal que asistió á la ceremonia. Ganados por los enemigos de la verdad, los empleados de correos intentaron suprimir el número; pero los suscritores manifestaron que se quejarían á Pio IX de aquel acto arbitrario, y el periódico fué repartido.

No se limitaba Pio IX á predicar en S. Andrés della Valle, visitaba él mismo los monasterios para asegurarse de que eran observadas las reglas de la disciplina, y para impedir que aquellos que debian edificar á los fieles con su conducta se convirtiesen en una piedra de escándalo.

Se asegura que una noche, vestido con su sotana blanca y acompañado de un solo camarero, fué á llamar bastante tarde á la puerta de un convento y pidió permiso para ver al prior.

—Volved mañana, contestó el portero á traves de los hierros del ventanillo: el prior está acostado y toda la comunidad está ya durmiendo.

—Id á decir á vuestro prior, respondió el Papa levantando la voz, que el hermano Mastai desea hablarle al momento.

A esta espantosa revelacion, el hermano abre los ojos, y reconoce al Papa. Pio IX manda llamar á los monges, y notando que faltaban muchos, pregunta por ellos; la respuesta que le dieron fué, que habian salido á tomar el fresco á causa del mucho calor que hacia. Al dia siguiente cada uno de los delinquentes ocupaba una celda en la casa de correccion eclesiástica.

Algunos dias antes de la cuaresma de 1847, Pio IX habia convocado al Quirinal á los eclesiásticos designados para predicar en las diferentes iglesias de Roma á fin de recordarles los deberes de su ministerio. En un discurso lleno de calor y de celo apostólico, les habia trazado los sentimientos que debian animarlos en la predicacion. «Acordaos, les dijo, de buscar el secreto de vuestra fuerza en nuestro amor; si no amais á los hombres, si vuestro corazon no es todo amor y adhesion no tendreis sobre ellos ninguna influencia. El amor solo hará á vuestros labios elocuentes y persuasivos. Vigilad tambien vuestra conducta; sed severos para vosotros mismos, á fin de que los fieles no digan de vosotros lo que los súbditos dicen de los déspotas: Nuestros predicadores se reservan el beneficio de todos los derechos, y no nos dejan sino el de la obediencia.

Un dia se dirigió Pio IX al hospicio de la Trinidad de los peregrinos, donde tienen un albergue los cristianos que van á Roma á cumplir sus piadosas devociones. Aquel dia habia llegado allí precisamente un sacerdote prusiano, llamado Teodoro Lauvensen. Estaba cansado del largo camino que habia andado y

descansaba en el aposento que le habia sido destinado. Las aclamaciones de los habitantes del hospicio le anunciaron que iba á ver al Papa el mismo dia de su llegada. Se levantó al instante y salió al encuentro del ilustre visitador. Notando Pio IX que aquel traje y aquella figura indicaban un hombre venido de lejos se informó del nombre y de la cualidad del peregrino y manifestó el deseo de renovar respecto á él una solemne ceremonia. Encargó á uno de los miembros de la cofradia que llevara al abate Lauvensen á la sala del lavado. Allí, le hicieron que se sentara en un banco de madera; dos hermanos colocaron delante de él un lebrillo lleno de agua, y en seguida se pusieron á descalzarle. El extranjero preguntaba en vano lo que querian hacer con él, cuando entró Pio IX rodeado de los cardenales Mezzofante, Massimo y Simonetti y le contestó, arrodillándose delante de él. Lauvensen comprendió que el Soberano Pontifice iba á labarle los pies. Entonces comenzó la escena que tuvo lugar entre Cristo y los apóstoles, cuando el Mesias, disponiéndose á llenar con ellos igual deber, se oponian á tanto honor, alegando que no eran dignos de él. «Lo que yo hago en este momento con vosotros, les dijo Cristo, es preciso que vosotros lo hagais con los demas.» El alemán era sacerdote, Pio IX le dió la misma respuesta. Concluido el laboratorio, el Papa interrogó á Lauvensen sobre su vida pasada y las circunstancias que le habian conducido á Roma; salió en seguida del hospicio dejando antes al pobre peregrino un pequeño socorro.

Pío IX se presenta con frecuencia, y sin avisar anticipadamente, en las parroquias en que tienen lugar las primeras comuniones: tiene un verdadero placer en interrogar á los niños, en dirigirles exhortaciones paternales, y en bendecirlos, como bendecía en otro tiempo á los huérfanos de Tata Giovanni. Visitaba también á los enfermos de los hospitales; ninguna de las obras santificadas por la religion, ninguno de los deberes para cuyo cumplimiento ha sido instituido el santo ministerio, no le parece ageno al pontificado. Quien dá limosnas como él? quien como él, vacia sin cesar su bolsa en la de los desgraciados? Todo el mundo conoce en Roma la historia de aquel carretero de los Monti que no tuvo mas que decir: Hé perdido mi caballo! para encontrar otro entre los escuderos del Pontifice. Se sabe que Pío IX no rechaza á ningun desgraciado, no se muestra sordo á ninguna queja. Un dia lloraba un niño á la puerta del Quirinal en el momento en que el Papa subia á su coche para dar el paseo que tiene de costumbre; temiendo los guardas que los gritos de aquel chico importunasen al Pontifice, trataron de separarlo de allí pero el Santo Padre llamó al niño y le preguntó la causa de sus lágrimas; este refirió cándidamente que acababan de prender á su padre porque no tenia doce escudos para pagar una deuda. Pío IX se volvió hacia las personas que le acompañaban, y como ninguna de ellas pudiese prestarle aquella suma, subió él mismo á buscarle á su aposento.

Lo que le distingue sobre todo es la delicadeza

la prevision estrema con que hace estos dones. El padre Ventura le entregó un dia la peticion de una familia indigente que tenia derecho á una pension del Estado. El Papa cogió al instante la pluma y empezó á decretar la demanda para enviarla á la caja de socorros y pensiones; pero de repente se detuvo y le dijo:

—Las formalidades serán quizá muy largas, de que vivirá entretanto esa familia? Tomad añadió abriendo un cajon y sacando de él quince escudos, enviadla esa pequeña suma, y decidla que soy muy pobre al presente; y que siento no poder enviarla mucho mas. En seguida acabó de escribir el decreto marginal y lo firmó.

Tanto por sus virtudes y su piedad, como por sus reformas, ha conquistado Pío IX el amor y la admiracion de sus súbditos. Para ellos, el Soberano Pontifice no es solamente un libertador, es tambien un santo. Aseguran con la mayor candidez que hace milagros. En una de sus visitas al hospital del Espiritu Santo, vió al entrar en la sala de los paralíticos una anciana que se esforzaba en levantarse, la dió á besar su mano, y la dijo: «No os molesteis mi buena madre.» La enferma cojió la mano y se levantó como se nunca hubiera estado mala. Es preciso añadir que aquella mujer estaba en el hospital por la recomendacion personal del Papa. Y si los incrédulos esplican el milagro por un efecto del magnetismo, no negarán seguramente que el magnetismo del amor y de la fé es en mucho preferible á todos los demas.



CAPITULO VIGÉSIMO CUARTO.

*Necesidad de una proclamacion de principios.*—*La muerte de O' Connell ofrece una ocasion para ello.*  
—*Legados del libertador.*—*Pio IX quiere honrrar con brillo su memoria.*—*Gastos de los funerales.*  
—*El padre Ventura es elegido para pronunciar la oracion sinebre.*—*Ceremonias.*—*Disposicion de la iglesia.*—*Efecto producido por el predicador.*—*Los oscurantistas.*—*Tratan de impedir la impresion del sermon.*—*Gracioso consultado.*—*El Papa censor.*  
—*Consideracion sobre la alianza de la religion y de la libertad en los Estados romanos.*

Hemos dado á conocer el programa temporal y espiritual de Pio IX. Aquel programa habia sido revelado sucesivamente por la enciclica, por una multitud de reformas y de obras apostólicas, pero no habia aparecido aun en toda su unidad. Los ataques de que eran objeto las tendencias y la política del gobierno pontifical, las esperanzas que aquellas tendencias habian hecho nacer en los pueblos vecinos y los temores que ellas inspiraban á sus gobiernos, las insinuaciones péfidas sobre el carácter y los designios de Pio IX que

diariamente le dirigian por bajo de cuerda, con la máscara de un celo hipócrita, hacian mas y mas necesaria una proclamacion de principios que reasumiese el pensamiento del nuevo reinado y fuese como la bandera del pontificado.

Una circunstancia dolorosa dió al Papa ocasion de esponer sus intenciones á la faz del mundo, y supo aprovecharla.

O' Connell, deseoso de recibir antes de morir la bendicion del Santo Padre, se habia puesto en camino para los Estados romanos; pero vencido por la enfermedad, acababa de sucumbir en Génova, legando su cuerpo á la Irlanda y su corazon á la ciudad eterna. El legado de aquel gran hombre llegaba á Roma acompañado de las lágrimas de la cristiandad. El Soberano Pontífice trataba de hacer al ilustre agitador, al gefe de aquel pueblo infortunado, para el cual imploraba no hacia mucho las súplicas y las limosnas de los fieles, los honores fúnebres dignos del legatorio y de él. Pio IX decidió que aquellos magníficos funerales se harian á sus espensas en una de las grandes iglesias de Roma, y que el mas célebre predicador se encargaria de pronunciar la oracion sinebre.

Con este motivo llamó una mañana al padre Ventura, y le dijo:—Quiero dar al mundo un gran ejemplo mostrándole como acoge la Iglesia las cenizas de los que defienden su causa sagrada y la de los pueblos. Es preciso que los funerales de O' Connell sean tales que sirvan de estímulo á todos aquellos que se pro-

pongan imitarle; preparaos pues á componer el elogio fúnebre de O' Connell.

El padre Ventura respondió que suplicaba al Papa que no le encomendara aquel trabajo.

—Por que? preguntó S. S.

—Porque no podría tratar esa cuestion mas que de una sola manera, y temeria, al tratarlo así, ó disgustar á Vuestra Santidad, ó acarrearle demasiados enemigos.

—Pues que es lo que veis en la vida de O' Connell que pueda justificar semejante temor?

—Veo unicamente la alianza de la religion y de la libertad; y hé estudiado de tal manera esa cuestion bajo este punto de vista, que ahora me seria imposible considerarla bajo otro aspecto.

—Precisamente es ese el punto de vista bajo el que yo la considero tambien. Con que así no mas excusas os suplico que componais la oracion fúnebre, y si esto no basta, os lo mando.

El padre Ventura se inclinó en señal de sumision y preguntó al Santo Padre para que dia la queria.

—Lo fijaré ma tarde, respondió Pio IX; preparaos entretanto.

Pasaron algunas semanas sin que el Papa volviera á hablar de aquel proyecto. Suponiendo que lo habia olvidado, ó que renunciaba á él, el teatino le dijo un dia que no esperaba mas que sus órdenes.

—Ay! dijo el Santo Padre, quisiera que fuese mañana. Una sola cosa me atormenta. Desearia que la funcion fúnebre fuera magnífica, y no tengo sino cua-

trocientas piastras; esto no es bastante para pagarlo todo.

—Si esta razon es la sola que detiene á Vuestra Santidad, ordenad, nosotros encontraremos el dinero.

—Lo creéis así! replicó el Papa con una alegria natural. Pues bien, tomad estos cuatrocientos escudos, y disponedlo todo para el 28 de junio.

El teatino estaba seguro de encontrar el dinero necesario; sabia ya á que bolsa debia recurrir. Todo estuvo dispuesto para el dia señalado. Los preparativos escedieron en magnificencia á lo que el Papa se habia imaginado. La iglesia, cubierta de terciopelo negro franjado de oro, semejava una vasta tumba. En medio se elevaba un gran catafalco en el que se leia por todos sus lados el nombre de O' Connell. El cenotafio, alumbrado por millares de luces, concluia con dos estatuas de virgenes que parecian talladas en alabastro y que se daban la mano sosteniendo una cruz: eran la Religion y la Libertad. Escudos llenos de textos sacados de la sagrada Escritura, aludiendo á los actos de la vida laboriosa del ilustre difunto, servian para asegurar á las columnas los largos pliegues de terciopelo matizados por todas partes de innumerables lágrimas de oro. Diez mil bujías artísticamente colocadas, arrojaban á la nave torrentes de luz deslumbradora. El incienso humeaba por todas partes. No hay nada que pueda dar una idea de la riqueza de aquella pompa fúnebre. Al levantar el pesado tapiz que cerraba la puerta principal, se sentia uno fascina-

do, enternecido, sobre todo cuando las voces de los cantantes, elevando al cielo sus sentidas quejas hacian gemir las bóvedas de la iglesia con sus funerarios cantos.

La misa fué celebrada por Monseñor d' Andrea, y cantada por los artistas de la capilla papal, acompañados de una numerosa y escogida orquesta. Despues de la absolucion, el reverendo padre Ventura subió al púlpito y pronunció la oracion fúnebre. El orador habia elegido por testo aquellas palabras de la Escritura: *Simon magnus, qui liberavit populum suum á perditione et in diebus suis corroboravit templum.* Estas palabras perfectamente apropiadas al objeto, indicaban la division del discurso. En la primera parte, el predicador trató de probar como el hombre extraordinario enviado por Dios al pueblo mártir, le habia salvado de la ruina sirviendose para ello de la poderosa palanca de la religion para conquistar la libertad; en la segunda hizo ver como el libertador se habia servido de la libertad conquistada, para asegurar el triunfo de la religion.

Aquella oracion fúnebre, cuya lectura duró cerca de tres horas, fué escuchada con la mayor atencion. El predicador fué interrumpido muchas veces por los movimientos de admiracion, bastando á penas á contenerlos la santidad del lugar. Cuando llegó á este magnífico pasaje de la segunda parte donde pinta á la Iglesia bautizando á los gefes de los bárbaros para hacer con ellos *el milagro de la monarquia cristiana*, exclamó: «Si pues llega un dia en que los sucesores

de los gefes bárbaros, dejándose arrastrar por el elemento pagano no quieren comprender la doctrina de la libertad religiosa de los pueblos y de la independencia de la Iglesia, la Iglesia sabrá prescindir de ellos: se volverá hacia la democracia; bautizará á esa heroína salvaje; la hará cristiana, como ha hecho ya cristiana á la barbarie; imprimirá sobre su frente el sello de la consagracion divina! La dirá: Reina! y reinará! Entonces el entusiasmo no pudo contenerse; los aplausos resonaron por tres veces, á traves de las reiteradas llamadas al silencio, y fueron necesarios diez minutos para que la multitud volviera de su emocion.

No bien hubo bajado el predicador de la sagrada tribuna, cuando una infinidad de nobles, de prelados de cardenales y de embajadores se dirigian al Quirinal á quejarse á Pio IX de aquellas doctrinas impias que no tendian nada menos que á trastornar el mundo: —Hé aquí, decian al Papa, los efectos de la libertad; habeis querido que el pensamiento pudiera manifestarse libremente, y los conventos os envian tribunos con hábitos que atizan desde el púlpito fuego de la revolucion. Es tiempo de que Vuestra Santidad reflexione, si no quiere sufrir la muerte de Luis XVI. Al menos que ese discurso no se imprima; salvad al pueblo de un veneno corruptor, contened el mal antes de que haya tenido tiempo de causar grandes estragos.

Pio IX no se dejó intimidar ni abatir por aquellas palabras. Mandó al padre Ventura que enviara una copia de su discurso al abate Graziosi, por ser este el censor en quien tenia mas confianza para materias

teológicas, y suplicó, por otra parte, al abate que fuera al Quirinal despues de haber leído la oracion fúnebre. El sabio profesor leyó detenidamente la obra del teatino, en seguida puso al fin de ella su *nihil obstat*, y se dirigió á Monte-Caballo.

—Y bien! le dijo Pio IX en cuanto le vió, que pensais de ese manuscrito, mi venerable maestro! Sacadme pronto de esta inquietud.

—Hé aquí lo que pienso de él, respondió el abate enseñándole su *nihil obstat*. No hay nada en esta obra que no esté conforme con las doctrinas de la Iglesia; todo lo que ahí he leído se encuentra ya en Santo Tomás.

—No podeis imaginaros el placer que me causan vuestras palabras, dijo el Papa. Hace algunos dias que me veo perseguido de tal manera con motivo de esta oracion fúnebre, que empezaba á no saber que pensar de ella. Dejad ahí ese manuscrito; por esta vez desempeñaré yo mismo las funciones de segundo censor.

El Papa leyó en efecto el discurso; preguntándose á la conclusion de cada párrafo que podia encontrar de impio en un lenguaje tan conforme con los principios del catolicismo. Cuando acabó, puso al final un segundo *nihil obstat*, que firmó con su propio nombre, y mandando llamar en seguida al maestre del sacro-palacio, que es el gefe de la censura.

—Hé aquí, le dijo, la oracion fúnebre de O' Connell! Ya lo veis, ha sido censurada por el abate Gracioso y por mi. Sera impresa tal cual es: *no quiero que se la cambie ni siquiera una coma. Lo que ella dice es lo que yo pienso.*

Cuando estuvo impreso el discurso, el padre Ventura fué á ofrecer un ejemplar á Pio IX:

—Santo Padre, le dijo al presentárselo, hé aquí vuestra obra.

La oracion fúnebre de O' Connell ha habierto una nueva era para la Italia. Practicando la agitacion legal inventada por O' Connell y proclamada por el padre Ventura, ha sido como Florencia, Luca y Turin han obtenido instituciones análogas á las de Roma.

La oracion fúnebre de O' Connell, verdadera declaracion de los derechos y de los deberes de los pueblos, manifestó como comprende la Iglesia el porvenir político del mundo. Sin embargo no terminaremos este capitulo sin dar esplicaciones indispensables sobre la posicion particular de Roma.

Es preciso tener presente desde luego que en los dominios de S. Pedro, la religion abraza no solamente la conservacion de la fé, de la gerarquia, de los cánones, de las órdenes religiosas, de todo lo que compone lo espiritual, sino tambien que su gefe es soberano temporal. (a) El Papa, vicario de Jesucristo, no puede ni enagenar ni dividir, ni debilitar el poder que le ha sido trasmitido; es un depósito que debe entregar á su sucesor tal como lo ha recibido; esto es un artículo de fé; pero como rey de los Estados romanos tiene libertad para poder conceder á sus súbditos las instituciones mas propias para asegurar su felicidad,

(a) Sobre la autoridad temporal de los Papas ha publicado el Señor Riesco Le-Grand, un elocuente discurso digno de consultarse, titulado el *Patrimonio de San Pedro*. (N. del T.)

y no podemos hacer nada mejor para dar á conocer la distincion capital que existe entre los dos poderes ejercidos por el Soberano Pontifice, que citar el siguiente trozo tomado de un folleto publicado por monseñor el obispo de Langres, cuya persona no atacará seguramente la ortodoxia.

«Pio IX nos enseña, reuniendo en su mano doblemente soberana los dos poderes á los cuales Dios ha dado el gobierno del género humano, como están colocados en sus condiciones diversas.»

«Como gefe de la Iglesia, no comparte con nadie su supremacia absoluta, porque la Iglesia es una en su gefe y solo á la persona de Pedro se la ha dicho: *Tu es Petrus, et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam*. Asi no se hace nada en el catolicismo que no esté enteramente sometido á la plena autoridad del principe visible de los pastores. No solamente puede reformar las decisiones de cada obispo en particular del mismo modo que puede limitar ó suspender el ejercicio de su ministerio; sino que aun cuando los obispos estén reunidos para ejercer por derecho divino su poder de jueces en las cosas de la Iglesia, aun entonces sus actos están subordinados al concurso del Soberano Pontifice. Asi es que el mismo concilio general, el mas alto poder del Episcopado, tiene necesidad, para existir y para obrar, de la cooperacion continua del único sucesor de S. Pedro: de tal suerte que no hay concilio ecuménico, á menos que el Papa no lo haya convocato; no lo hay tampoco, á menos que el Papa no lo haya presidido él mismo ó por sus le-

gados; en fin, no lo hay, á menos que el Papa no haya ratificado personalmente sus actos.

«Y este poder, siempre superior á todo, es de tal manera inherente á la persona del Soberano Pontifice como gefe de la Iglesia, que le es imposible renunciar á él, porque su poder supremo es tal por institucion divina; de suerte que en la Iglesia todo depende del Papa, salvo sus propios poderes.

«Al contrario, como gefe de los Estados romanos Pio IX está en la condicion de todos los reyes de la tierra que pueden, á su arbitrio, hacer participar á otros de los derechos de la soberania, por las constituciones y las cartas, por las elecciones de todos grados y por las asambleas deliberantes de todas formas. Porque si es verdad que el poder real dimana siempre de Dios en alguna manera, es tambien cierto que, salva la escepcion antigua de la teocracia judaica, no es Dios quien determina inmediatamente por sí mismo la forma de los gobiernos humanos. Asi se ve que ha entregado el mundo á la libre disputa de los hombres, hasta tal punto que están admitidas en la enseñanza católica las opiniones mas diversas sobre el principio inmediato del poder, y que entre otras seria permitido sostener, al menos en teoria, que el principio de los poderes humanos ha sido depositado por la voluntad divina en la comunidad humana colectivamente tomada, de tal suerte que todo poder puramente natural dimanaria primitivamente ó de la eleccion, ó de la libre aceptacion de la sociedad á quien hubiese sido propuesto. Esta opinion, que seria

una heregia formal aplicándola á lo que concierne á la organizacion de la Iglesia, no tiene nada de condenable aplicada á la constitucion de los Estados.

La ley divina es inmutable como Dios que la ha revelado; pero la ley humana puede ser cambiada por dos motivos, segun Santo Tomas: 1.º porque procede de la razon y esta se perfecciona de edad en edad; 2.º porque la ley ha sido establecida para reglar las relaciones de los hombres entre sí, y debe para ser justa sufrir modificaciones segun los cambios que se verifiquen en la sociedad. El Papa es dueño, por lo que concierne á las instituciones puramente civiles y politicas de los Estados romanos, de establecer las mejoras que juzgue á propósito para responder á las necesidades del tiempo presente. El mismo dogma católico, como el mayor manantial de la caridad y la justicia, viene en su ayuda contra el partido retrógrado. El Pontifice puede llegar hasta á compartir su poder sin salir de las tradiciones de un gran número de sus predecesores y de la enseñanza de los Padres de la Iglesia. *Si un pueblo es grave y moderado, dice S. Agustin, si es fiel celador del bien comun, es justo hacer una ley que permita á semejante pueblo elegir magistrados para administrar los negocios públicos. (San Agustin. Del libre arbitrio, L. Ac. VI.)*

Pero en lo que concierne á la libertad de conciencia, importa no olvidar que en los Estados de la Iglesia, la ley religiosa es al mismo tiempo ley civil, y que un doble principio garantiza su inviolabilidad.

Esto depende de que la autoridad del principe

descansa en las manos del Pontifice; el Papa no puede cuando obra como principe desentenderse un solo instante de la fé de aquel. Porque no es vicario de Jesucristo mas que para moralizar á los hombres, para propagar la verdad y combatir el error. No puede pues admitir como principio la libertad de conciencia que supone duda entre muchas creencias.

Las potencias temporales que no están consagradas, que no han recibido ni la mision ni la responsabilidad de la propaganda, pueden y aun deben admitir esta duda; pero el Papa no puede admitirla sin dejar de ser Papa. No puede mas que abstenerse de toda persecucion, y tolerar por consiguiente el error: pero no puede conceder ese derecho de lucha pública sin caer, á sus propios ojos, en el escándalo y el olvido de su caracter, de su mision.

Este doble punto de vista sobre la manera de entender la alianza de la libertad y la religion es, segun se vé, especialísimo á los Estados Romanos. Fuera del dominio de San Pedro, el poder temporal no es un depósito confiado para un objeto divino; y la libertad que implica la duda entre las diversas creencias es, á los ojos de la Iglesia, de derecho comun por lo que hace á las potencias puramente seculares, puesto que solo ella puede ofrecer garantías favorables á la verdad, en frente de un poder que no ha recibido la mision de conservarla, ni de propagarla.

Colocada así la cuestion, no es indiferente preguntar si los Romanos sufren politicamente por este estado de cosas.

Hemos oído algunas quejas, pero muy raras. Allí donde reinan la fé y la tolerancia, como nosotros la entendemos, esto no es una necesidad formal. Allí donde el pueblo es unánime y fuerte, las instituciones no tienen necesidad ni de derechos ni de garantías para perpetuarse. Reasumiendo, los Estados de la Iglesia no son nada sino por la Iglesia. Roma hubiera ya desaparecido del mundo sin el pontificado. Y los inconvenientes inherentes á la forma y á la naturaleza de la autoridad pontifical no son nada al lado del lustre, de la independencia y del poder moral que Roma goza hoy en medio de todos los Estados Italianos, y que no debe sino á aquella autoridad. En los mismos Estados Unidos, el territorio en que está situado el gobierno no goza de las mismas libertades concedidas á los demas Estados de la Union.

CAPITULO VIGÉSIMO QUINTO.

*El conde Rossi en el convento de los teatinos.*

Ha llegado el momento de que demos á conocer á nuestros lectores un incidente diplomático ignorado hasta el dia, y que no deja de tener interés. Aconteció que el conde Rossi empezó á ver desaparecer sus medios de accion y su crédito cerca de la Santa Sede; y trató de buscar fortuna por otra parte, y de crearse nuevos aliados al lado del Papa. Tal es el origen de la entrevista que vamos á referir.

Habia en Roma un principe francés, M. de C..., que representaba ante el gobierno pontifical una compañía de capitalistas, formada con motivo de la construccion y explotacion de los caminos de hierro que se iban á establecer en los Estados de la Iglesia. Ligado igualmente, con los partidos mas extremos, visitaba á la vez al conde Rossi y al padre Ventura. El embajador de Francia fué á buscarle y le encargó que le llevara al teatino. M. de C... no dudó un momento en aceptar el papel de negociador: la alianza de dos hombres tan considerables no podía menos de favorecer sus intereses.

Hemos oído algunas quejas, pero muy raras. Allí donde reinan la fé y la tolerancia, como nosotros la entendemos, esto no es una necesidad formal. Allí donde el pueblo es unánime y fuerte, las instituciones no tienen necesidad ni de derechos ni de garantías para perpetuarse. Reasumiendo, los Estados de la Iglesia no son nada sino por la Iglesia. Roma hubiera ya desaparecido del mundo sin el pontificado. Y los inconvenientes inherentes á la forma y á la naturaleza de la autoridad pontifical no son nada al lado del lustre, de la independencia y del poder moral que Roma goza hoy en medio de todos los Estados Italianos, y que no debe sino á aquella autoridad. En los mismos Estados Unidos, el territorio en que está situado el gobierno no goza de las mismas libertades concedidas á los demas Estados de la Union.

CAPITULO VIGÉSIMO QUINTO.

*El conde Rossi en el convento de los teatinos.*

Ha llegado el momento de que demos á conocer á nuestros lectores un incidente diplomático ignorado hasta el dia, y que no deja de tener interés. Aconteció que el conde Rossi empezó á ver desaparecer sus medios de accion y su crédito cerca de la Santa Sede; y trató de buscar fortuna por otra parte, y de crearse nuevos aliados al lado del Papa. Tal es el origen de la entrevista que vamos á referir.

Habia en Roma un principe francés, M. de C..., que representaba ante el gobierno pontifical una compañía de capitalistas, formada con motivo de la construccion y explotacion de los caminos de hierro que se iban á establecer en los Estados de la Iglesia. Ligado igualmente, con los partidos mas extremos, visitaba á la vez al conde Rossi y al padre Ventura. El embajador de Francia fué á buscarle y le encargó que le llevara al teatino. M. de C... no dudó un momento en aceptar el papel de negociador: la alianza de dos hombres tan considerables no podía menos de favorecer sus intereses.



Una mañana que fué á visitar al Padre Ventura, hizo que la conversacion rodara sobre el gobierno francés. En su concepto, obraban mal todos los que creian que la Francia no aprobaba las reformas de Pio IX. El habia tenido lugar de pensar que su gabinete no deseaba mas que marchar de acuerdo con la Santa Sede, en tanto que esta permaneciese en los limites de sabiduria y moderacion conque él sostenia su politica. El conde Rossi se lo habia dicho, y el conde Rossi era un hombre incapaz de mentira ó de doblez. Añadió que era una desgracia que no existiese ya ninguna inteligencia entre los dos gobiernos, y que esto no podia menos de ser fatal para el uno y para el otro. Despues, abordando mas francamente la cuestion, preguntó al padre Ventura porque no se encargaba de reconciliar al Papa y al embajador; esto era una mision digna de su noble caracter, una obra apostólica.

—No conozco al conde Rossi, respondió el teatino con indiferencia.

Este era el lugar á que queria llegar M. de C...

—Como! exclamó no conocéis á M. Rossi, una de las lumbreras de la cámara de los pares! nuestro ilustre economista! Ese por quien á no dudarlo, ha dicho el Papa estas profundas palabras: «No hay mas que dos grandes cosas en el mundo, la religion y la economia politica.» El conde Rossi! Es preciso que le conozcais! Dos hombres de talento deben entenderse. Justamente está solo en este momento; abajo está mi coche, podemos ir á verle en un instante.

—Calmaos, mi querido principe, replicó sonriendo el teatino. Las obras y el mérito del embajador de Francia las conozco perfectamente; pero esta no es una razon para que busque su presencia, y mi visita no estaria justificada á sus ojos, puesto que no tengo ningun negocio, ningun asunto interesante que tratar con él, y diré mas, ningun deseo personal de verle.

—Vamos, vamos, dijo el principe, es tarde, y no tengo tiempo de insistir en mi proposicion pero volveré; Vos reflexionareis. Mañana espero encontraros con disposiciones mas favorables.

—Mis disposiciones serán mañana las mismas que han sido hoy.

—Vos reflexionareis, mi reverendo padre; hasta mañana! hasta mañana!

Desde la celda del religioso, el principe se dirigió á la embajada.

—Y qué? dijo el conde Rossi.

—Nada, rehusa.

—Dudaba de ello! Orgullo de fraile! Los religiosos romanos son todos iguales. Y que dice para escusarse.

—Si no se escusa. Dice que no tiene ningun negocio que tratar con vos, y por consiguiente ningun motivo para visitaros.

—Cuestion de etiqueta; quiere que le visite primero; no tengo inconveniente, con la condicion sin embargo de que seré recibido convenientemente, y de que su primera palabra no será un sarcasmo á la manera de ese viejo capuchino Micara.

—Que hos ha dicho?  
—Nada.... un suceso que él ha recordado. Esto era en el momento en que yo habia entrado al servicio...

—De la Francia?

—No.

—De Génova?

—No, antes que eso. Era al servicio de la corte de Nápoles, y yo buscaba un medio de revolucionar la Italia en favor de Murat. Esto era en 1815. Me persiguieron, y á pesar de que refugiado en Milan, ofrecia mis servicios á la corte de Viena, mi proceso seguia su curso y llegaba á un desenlace que yo no habia previsto. Cuando llegué aquí para el negocio de los jesuitas, fui á visitar al cardenal Micara, decano del sacro-colegio, y le dije: «Vuestra Eminencia no se acordará quizá de mi nombre?—Oh! si tal! si tal! me contestó sonriéndose, os conozco bien! vos sois el que ha sido ahorcado en efigie!...

—Ah! que chanza!

—No era chanza, era verdad. Me habian ahorcado, mi querido amigo! Rei esta gracia del viejo decano; pero no quisiera que semejante escena se renovara en la celda de un teatino.

—Tranquilizaos, Ventura es un hombre entregado á Dios, que desconoce hasta las sutilezas del mundo pero que en politica es un gran voto.

—Pues bien, volved allá; arreglad eso.

Al dia siguiente, el principe llamaba de nuevo á la puerta de la celda del padre Ventura.

—Vamos, mi reverendo padre, soy un mal diplomático, y mi torpeza de ayer me ha valido vuestros reproches; debí haber obrado como voy á hacerlo ahora y haber confesado francamente mi mision. Sabed pues que M. el conde Rossi desea conversar con vos sobre las relaciones de la corte de Francia con la de Roma, y justificar á vuestros ojos la conducta del gabinete francés, de tal manera que no os quede duda alguna sobre sus buenas intenciones. Quiere manifestaros toda su correspondencia, y como es muy voluminosa, habia pensado que si vos quierais podriais leerla en su casa. Pero no tiene ningun inconveniente tampoco en traerla aquí. Estoy pues encargado de preguntaros, en el caso de que elijais este sitio, si estais dispuesto á recibirle.

—No acostumbro cerrar mis puertas á las gentes que me visitan: si el conde Rossi tiene algo que comunicarme le escucharé y responderé con la franqueza que me es propia; pero, os lo repito, insisto en creer que esta entrevista no puede producir ningun resultado.

El principe se retiró, y dos horas despues, el conde Rossi, seguido de un agregado, cargado de papeles, entraba en la celda del padre Ventura. El agregado desapareció despues de haber dejado los legajos sobre una caja.

Que pasó entre aquellos dos hombres, entre el representante de las Tullerias y el panegirista de O' Connell? Esta es la parte mas secreta y la mas curiosa naturalmente de esta aventura.

La conversacion empezó por las fórmulas de ordenanza despues, cuando el embajador creyó que habia llegado el momento de entrar en la cuestion, le dijo al padre Ventura.

—Vos creéis, mi reverendo padre, que el gobierno francés es hostil á la política del Papa?

—Creolo que veo, respondió el teatino.

—En ese caso, ved y creed!—Y diciendo esto, el conde Rossi abrió un legajo de papeles y sacó del una infinidad de cartas del ministro de negocios extranjeros, dandoselas á leer á su interlocutor. Aquellas cartas, concebidas en los terminos mas lisongeros para Pio IX manifestaban la profunda admiracion, que sus reformas inspiraban al gobierno francés, y el deseo que este tenia de secundar la causa de Roma en todas sus empresas.

—Que decis de esas cartas, preguntó el Conde Rossi cuando concluyó.

—Digo que esa es la lengua del gran siglo; la forma de Bossuet! pero el fondo no está ahí.

—Que entendéis por ahí, mi reverendo padre?

—Tomad, señor conde, yo no soy diplomático como vos; pero he visto bastante para saber que en diplomacia hay dos clases de correspondencias, la que está destinada á ser mostrada y la que no se muestra nunca. Estas cartas pertenecen á la primera categoria, y por consiguiente no las doy importancia alguna. Lo que yo necesito, son los actos; juzgo siempre por los hechos y no por las palabras. Amar á Pio IX, secundar á Pio IX, es amar y seguir su obra. Podeis negar que vuestro ministerio la combate?

—Ciertamente que si, lo niego.

—Lo negais? Negais que la diplomacia francesa ha hecho cuanto ha estado en su mano en la córte del Divan para impedirle que enviara á Roma á Chékib-Effendi?

—Si, lo niego. Como hubiera tratado, en ninguna época, de oponerse á aquella embajada, cuando la habeis visto solicitar el honor de presentar al Papa al enviado musulman.

—Veo que es necesario que yo tambien os enseñe mi correspondencia. Perdonad si las cartas que voy á leeros no están tan bien escritas como las de M. Guizot; en cambio tienen el mérito de la sinceridad.

El padre Ventura leyó entonces á M. Rossi parte de la correspondencia del abate Demauri, que contenia detalles tan secretos, tan exactos sobre los pasos y las insinuaciones de M. de Bourqueney, que el diplomático no tuvo mas remedio que bajar la cabeza sin responder ni siquiera una palabra.

—Quizá me direis que mi corresponsal de Constantinopla se ha engañado? pero poco importa! pasemos á los hechos oficiales. Vuestro gobierno no ha tomado por su cuenta el perjudicar á los intereses de la religion? Que significa sino esa ley sobre el capitulo de S. Dionisio, y esa otra sobre la enseñanza que han sido presentadas á las cámaras en la última sesion?

El conde Rossi creyó que el padre Ventura le ofrecia el medio de tomarse la revancha, y meneando la cabeza:—Deteneos! le dijo. Habeis tocado un punto sobre el que puedo edificaros enteramente. Estoy autorizado

para deciros, añadió bajando la voz, lo que ya he confiado á Su Santidad y al cardenal secretario de Estado. Al proponer esas dos leyes, el gobierno ha cedido á las exigencias de la situación y del partido; pero esta convencido de antemano de que sus proyectos no serán presentados mas que á una cámara y no tendrian ninguna consecuencia.

—Habeis confesado que vuestro gobierno engaña á las cámaras, á la opinion y al pais, y todo para probarme que no engaña al Papa! Ah! señor con le, si engaña á los unos puede engañar al otro; y no hay tampoco ninguna razon para creer que no los engaña á todos á la vez.

El embajador se habia levantado y recogia sus papeles.

—No quereis, segun eso consentir en hablar al Papa de nuestras buenas intenciones? le dijo disponiendose á partir.

—Pero no teneis medios para hablarle vos mismo? Si no podeis persuadir al Santo Padre, vos que estais tan convencido de vuestra sinceridad, como quereis que con una fé tan vacilante como la mia, pueda alterar sus convicciones? Que el gobierno francés obre conforme á sus pretendidos deseos, y no tendrá necesidad de ningun apoyo para con Pio IX.

Vencido M. Rossi en todas las cuestiones que habia presentado, trató por otro medio de conseguir el aprecio del padre Ventura. Le manifestó las humillaciones que habia sufrido la embajada de Francia; como habia á su teólogo destituido de las altas funciones que desem-

peñaba al lado del Papa; como habia usado vanamente su credito, sin conseguir nada; y concluyó por suplicarle que se interesara por un desgraciado eclesiastico cuyas culpas ignoraba.

El teatino respondió que aquel de quien el embajador le hablaba habia sido culpable de una grande ligereza, porque él no le conocia criminales intenciones, que pudiesen acusarle de ser un mal sacerdote. Prometió por consiguiente hablar de él al Papa, no por agradar al gobierno francés, sino por cumplir un acto de caridad cristiana.

Aquella misma noche el padre Ventura dió cuenta á Pio IX del paso dado por el embajador de Francia. El Papa escuchó sonriendo aquella relacion, y cuando hubo acabado, le dijo:

—Y creeis en esas bellas protestas?

—Confieso, respondió ironicamente el predicador, que me quedan algunos escrúpulos.

—Y yo, replicó el Papa, tengo muchos.

El religioso probó entonces á desempeñar la mision caritativa de que se habia encargado en favor del teólogo de la embajada:—Basta! Basta! le dijo el Papa al oír las primeras palabras, no me hableis nunca de ese hombre!

El teatino no se desanimó, volvió segunda vez á la carga y fué mas afortunado:—Puesto que vos creeis que no ha habido mas que una ligereza en su conducta, le daré un empleo. Sin embargo la ligereza es algunas veces un crimen en un sacerdote.

CAPITULO VIGÉSIMO SEXTO.

*Se retarda el cumplimiento de las promesas de Pio IX.*

*—Causas de este retardo.—Personal de la antigua administracion.—Monseñor Corboli Bussi.—El verdadero obstáculo es Gizzi.—Planes.—Desacuerdo entre él y Pio IX.—Diferente manera de entender la libertad.—Proyecto del Papa para la organizacion de la guardia civica.—El ministro de Estado cae enfermo.—Corboli Bussi redacta el decreto.—Gizzi presenta su dimision, que es aceptada.—Gizzi antes de retirarse firma el decreto.—El cardinal Ferretti es llamado á Roma para reemplazar á Gizzi,*

Iba á espirar el primer año del nuevo pontificado, y á pesar de las buenas intenciones del Papa, á pesar de sus trabajos y sus promesas, las reformas mas importantes permanecian en proyecto. Pio IX habia anunciado sucesivamente su intencion de dar á las ciudades ayuntamientos y guardias nacionales, y á la nacion una asamblea de diputados encargados de tomar parte en la discusion de los intereses publicos; y nada de esto se verificaba. De donde provenian estos retardos? á quien se debia acusar de ella? Todo el mundo se engañaba en Roma sobre este punto.

La dificultad de encontrar hombres que estuviesen al corriente del manejo de los negocios habia hecho conservar el personal de los despachos de la secretaria de Estado. Todos los altos funcionarios de Pio IX habian servido en tiempo del cardenal Lambruschini; este era un precedente que el pueblo no les perdonaba. Era pues sobre ellos, y principalmente sobre Monseñor Corboli Bussi, subsecretario de Estado, sobre quien recaian todas las sospechas y recriminaciones. Le acusaban de servir á la causa de los oscurantistas, de contrariarlo y de entorpecerlo todo. Esto era á la vez un error y una injusticia, y el subsecretario de Estado se ha lavado despues de estos reproches en su nunciatura de Turin.

El autor de estos retardos, el hombre que por sus vacilaciones, estorbaba el cumplimiento de las promesas de Pio IX, no era otro que el cardenal Gizzi, aquel liberal modelo, aquel ministro popular, que una vez en las realidades del gobierno, temblaba al pensamiento del menor progreso, y veia una revolucion en el fondo de toda reforma esencial. Las nuevas instituciones no debian ser, segun sus planes, mas que apariencias, vanos simulacros, por medio de los que se habria distraido á la opinion sin satisfacerla. Asi es que él comprendia la prensa con la censura, la fianza y el timbre, la guardia civica sin las elecciones populares, la asamblea de los diputados sin el voto del impuesto ni el examen de los gastos. El Papa, desde el principio, le habia juzgado bien.

Esta era la causa de la inaccion aparente del poder: Pio IX obligado á rechazar todos los proyectos de Gizzi,

le decía frecuentemente:—No son *medias-medidas* las que yo quiero; no soy Soberano de mala fé. Es necesario que mi pueblo goze de una libertad verdadera. No me propongais pues engañarle. Se que la franqueza solamente salva á los principes y á los pueblos; y que la astucia y la mentira son las que provocan las revoluciones. Pero ni la sabiduria ni la dulzura de un soberano pueden cambiar los caracteres.

El desacuerdo que existia entre Pio IX y Gizzi se manifestó bien pronto sobre un asunto tan grave, que no hubiera podido prolongarse sin un verdadero peligro. El Papa queria que se crease la guardia nacional para el aniversario de la amnistia. Hacia mucho tiempo que habia informado de esto á Gizzi, el que por su parte trataba de eludir la cuestion; porque en su inteligencia, la guardia civil de Roma no debia componerse mas que de mil cuatrocientos hombres, mandados por oficiales nombrados por el estado; y sabia que semejante plan no podia convenir á Pio IX.

En aquellos momentos Gizzi fué acometido de un ataque de gota. Al ver Pio IX que pasaban dias y dias, y que su ministro seguia enfermo, llamó á Corboli Bussi, le dictó las bases del *motu proprio* sobre la guardia civil y le encargó su redaccion.

Cuando Gizzi leyó los articulos del *motu proprio*, en los que se invitaba á todos los ciudadanos á hacer parte de la guardia nacional, y en los que se confiaba la formacion de las listas de cada cuartel á una comision de notables, manifestó que le era imposible estampar su nombre al pié de una ordenanza que era la

la ruina y el fin de la autoridad pontifical.—Si poneis, le dijo al Papa, las armas en las manos del pueblo, llegareis á ser el juguete de la multitud; y el dia en que cansado de sus exigencias, querais resistir, os echará de Roma con los fusiles que le habeis dado para defenderos. En cuanto á mi no quiero ser responsable de las consecuencias de semejante acto. Prefiero retirarme.

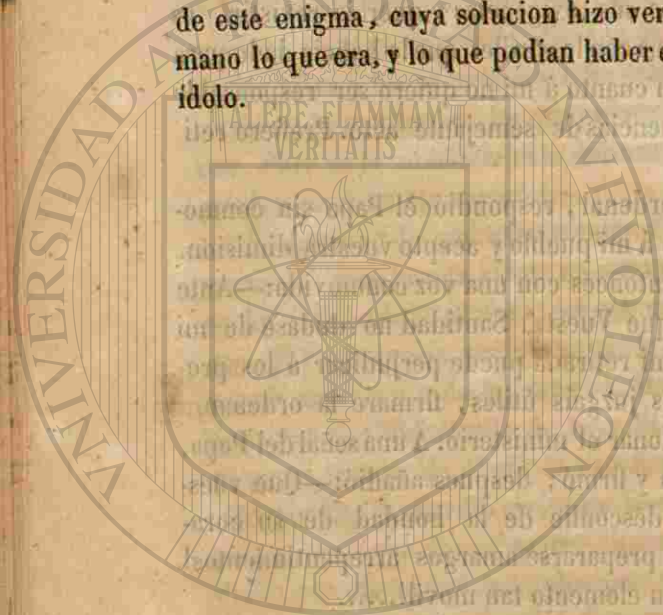
—Señor Cardenal, respondió el Papa sin conmovirse no temo á mi pueblo y acepto vuestra dimision.

Gizzi dijo entonces con una voz conmovida:—Ante todo quisiera que Vuestra Santidad no dudase de mi adhesion; si mi retirada puede perjudicar á los proyectos que vos juzgais útiles, firmare la ordenanza antes de abandonar el ministerio. A una señal del Papa, tomó la pluma y firmó; despues añadió:—Que vuestra Santidad desconfie de la bondad de su corazon! Que tema prepararse amargos arrepentimientos! El pueblo es un elemento tan movill!.....

Aun hablaba Gizzi, cuando Pio IX escribia á su primo el cardenal Ferreti que viniera á ocupar lo mas pronto posible el cargo vacante de secretario de Estado. La carta concluia asi: «*Ven, apresurate, Dios está con nosotros!*»

Aquella misma tarde, se fijó en todas las esquinas de Roma el decreto que instituia la guardia nacional y que provocó nuevas manifestaciones. Casi al mismo tiempo se esparcia por toda la ciudad la noticia de la dimision del cardenal secretario de Estado sin que el público pudiese atribuirle un motivo plausible. No

abia firmado la institucion de la guardia civica? ¿Que disentimientos habrian tenido lugar entre él y el Papa? Solo despues de algun tiempo conocieron la clave de este enigma, cuya solucion hizo ver al pueblo romano lo que era, y lo que podian haber esperado de su idolo.



El pueblo es un elemento tan noble...  
Una palabra Gizi, cuando Pio IX escribia a su primo el cardenal Ferretti que vivia en su exilio en Ginebra, le escribia: "Gizi, el cardenal de la corte de Ginebra, es un hombre de bien, pero es un hombre de bien que vive en el extranjero".

Una oposicion mas perniciosa que la resistencia de Gizi, porque obraba en silencio, amenazaba a la obra y a la persona de Pio IX. Aunque el antiguo personal administrativo habia sido conservado en su mayor parte, habia sido necesario hacer apresuradamente algunas nuevas elecciones, y por consecuencia sin un profundo conocimiento de las personas. Así es que se habia nombrado gobernador de Roma á monseñor Grassellini, partidario acérrimo de Lambruschini y de las ideas austriacas, y que no habia aceptado aquellas fun-

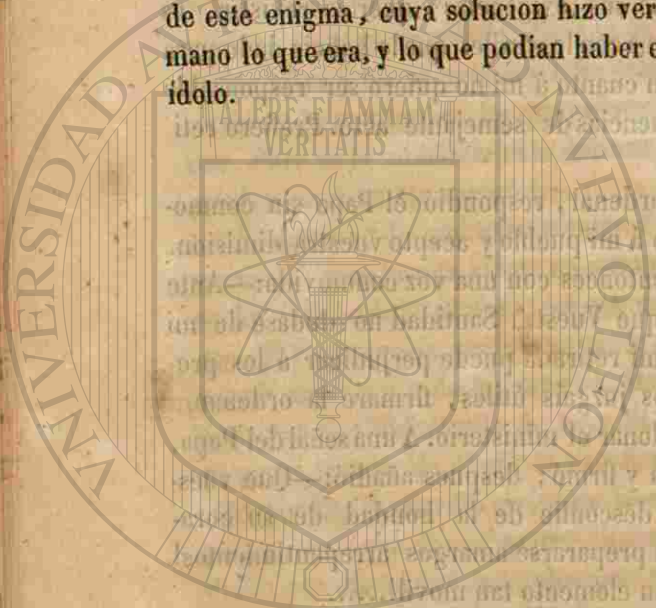
CAPITULO VIGÉSIMO SEPTIMO.

Monseñor Grassellini, gobernador de Roma.—Sus opiniones. Su principal agente Nardoni.—El espia Minardi.—Lucha sorda de las autoridades administrativas contra el Papa.—El coronel Freddi colocado á la cabeza de la gendarmeria.—Complot.—Romanos llamados á la ciudad.—Uno de ellos, encargado de asesinar á Cicirucchio, se lo avisa.—Querrela de los cocheros.—Amenaza de Nardoni.—El Capo popolo y sus amigos en el convento de los teatinos.—Ventura en el Quirinal.—Sorpresa de Pio IX.—Aleja á los gefes del movimiento reaccionario y previene la conjuracion.

Una oposicion mas perniciosa que la resistencia de Gizi, porque obraba en silencio, amenazaba a la obra y a la persona de Pio IX. Aunque el antiguo personal administrativo habia sido conservado en su mayor parte, habia sido necesario hacer apresuradamente algunas nuevas elecciones, y por consecuencia sin un profundo conocimiento de las personas. Así es que se habia nombrado gobernador de Roma á monseñor Grassellini, partidario acérrimo de Lambruschini y de las ideas austriacas, y que no habia aceptado aquellas fun-



abia firmado la institucion de la guardia civica? ¿Que disentimientos habrian tenido lugar entre él y el Papa? Solo despues de algun tiempo conocieron la clave de este enigma, cuya solucion hizo ver al pueblo romano lo que era, y lo que podian haber esperado de su idolo.



El pueblo es un elemento tan noble...  
Una palabra Gizi, cuando Pio IX escribia a su primo el cardenal Ferri...  
Una oposicion mas perniciosa que la resistencia de Gizi, porque obraba en silencio, amenazaba a la obra y a la persona de Pio IX. Aunque el antiguo personal administrativo habia sido conservado en su mayor parte, habia sido necesario hacer apresuradamente algunas nuevas elecciones, y por consecuencia sin un profundo conocimiento de las personas. Así es que se habia nombrado gobernador de Roma á monseñor Grassellini, partidario acérrimo de Lambruschini y de las ideas austriacas, y que no habia aceptado aquellas fun-

...con la esperanza de servir mejor a sus...  
...cuanto millares...  
...de una conviccion profunda...  
...conceder...  
...de los...  
...de los...

CAPITULO VIGÉSIMO SEPTIMO.

Monseñor Grassellini, gobernador de Roma. = Sus opiniones. Su principal agente Nardoni. = El espia Minardi. = Lucha sorda de las autoridades administrativas contra el Papa. = El coronel Freddi colocado á la cabeza de la gendarmeria. = Complot. = Romanos llamados á la ciudad. = Uno de ellos, encargado de asesinar á Cicirucchio, se lo avisa. = Querrela de los cocheros. = Amenaza de Nardoni. = El Capo popolo y sus amigos en el convento de los teatinos. = Ventura en el Quirinal. = Sorpresa de Pio IX. = Aleja á los gefes del movimiento reaccionario y previene la conjuracion.

Una oposicion mas perniciosa que la resistencia de Gizi, porque obraba en silencio, amenazaba a la obra y a la persona de Pio IX. Aunque el antiguo personal administrativo habia sido conservado en su mayor parte, habia sido necesario hacer apresuradamente algunas nuevas elecciones, y por consecuencia sin un profundo conocimiento de las personas. Así es que se habia nombrado gobernador de Roma á monseñor Grassellini, partidario acérrimo de Lambruschini y de las ideas austriacas, y que no habia aceptado aquellas fun-





ciones sino con la esperanza de servir mejor á sus principios.

Grassellini era tanto mas peligroso, cuanto que sus opiniones eran el resultado de una conviccion profunda. Un gobierno que no empleaba ni fondos secretos, ni espías ni gendarmes, estaba á sus ojos por lo menos muy comprometido: para el no significaba nada la fuerza moral. Aquellos movimientos populares, aquellas manifestaciones espontáneas de una agitacion amorosa, como las habia calificado el padre Ventura, eran para el, de desorden, de rebelion, de motin, era pues preciso salvár al Papa del peligro de sus ilusiones. Tal era el juicio que Grassellini tenia del nuevo orden de cosas. Se rodeaba naturalmente de hombres que pensaban como él, y poco tiempo despues de su nombramiento, las autoridades administrativas de la ciudad se declararon en lucha abierta con el Papa.

A la cabeza de los agentes de Grassellini estaba un tal Nardoni gefe de la policia romana, que habia servido en tiempo del cardenal Lambruschini, que despues de haber sido destituido y echado de la ciudad por mandato de Pio IX á principios de junio, habia vuelto clandestinamente y continuaba ejerciendo sus funciones. Aquel hombre, con la ayuda de un espia llamado Minardi, habia llegado á reconstituir la antigua policia, y para estar á punto de dar un golpe de mano reaccionario no les faltaba mas que disponer de la fuerza pública.

El gobernador alteraba el sentido de las órdenes que le transmitian; la policia por medio de vejaciones,

suscitaba todos los dias turbulencias en la ciudad. Cuando un ciudadano pedia justicia.—Id á buscar á Cicirucchio ¡le respondian, ese es el gefe del pueblo y no nosotros! Roma, tan unida, tan tranquila al principio del año, estaba inquieta y agitada: El gobierno no funcionaba ya.

Un acontecimiento preparado hacia mucho tiempo vino á completar las disposiciones del partido reaccionario. Un tal Freddi, mariscal (coronel) de la gendarmeria de Bolonia, fué puesto á la cabeza de la de Roma. Freddi era conocido generalmente como enemigo de Pio IX y como hechura de Lambruschini; era evidente que aquel nombramiento habia tenido lugar con objeto de favorecer los designios de Grasellini y de Nardoni. Una vez dueños de la gendarmeria romana por su nuevo gefe podian ya obrar.

En el dia no cabe duda alguna de que en medio de aquellos elementos absolutistas, que poco á poco habian ido reuniendo en sus manos todas las influencias, todos los poderes, tanto militares, como municipales y de policia, se tramó un complot serio en el que tubieron entrada toda clase de personas.

Se acercaba el 17 de Julio aniversario de la amnistia. El pueblo queria celebrar con una gran fiesta aquel solemne dia. Un banquete de millares de personas debia tener lugar en una de las plazas públicas. La conjuracion estaba dispuesta: aquel era el dia señalado para que estallara.

Se convino en que por diversos motivos se alejaria á toda la tropa de linea, y que la gendarmeria

solamente haria el servicio de la guarnicion; que se harian venir dos mil Romañoses, cuyo fanatismo se escitaria por medio de una buena gratificacion y por frecuentes libaciones: y en fin, que mientras tenia lugar la funcion del 17, un agente disfrazado dispararia sobre un carabinero, y que á favor del desorden y de la confusion que este atentado debia producir, se apoderarian de la persona del Papa, y lo encerrarian en una capital de provincia. Creemos poder asegurar que el plan no era desconocido ni de la embajada de Austria ni de la de Francia. Desde el 1.º de Junio, un número considerable de Romañoses, recorrían la ciudad, vanagloriándose de haber sido llamados para hacer entrar en razon á los Romanos y para librar á Pio IX de las cadenas con que le sugetaban los enemigos de la Iglesia. Por la noche se reunian en las posadas de los arrabales, agentes diestros reanimaban allí su celo, exaltaban su fanatismo, y les daban instrucciones. Los principales partidarios del Papa eran los primeros que debian sucumbir bajo sus golpes. Los asesinos habian sido elegidos; llevando cada uno de ellos el nombre de la persona á quien debia asesinar.

Entre aquellos montañeses, groseros y fanaticos se encontraba un pariente del viejo á quien Cicirucchio habia socorrido algunos dias despues de la amnistia. Por una casualidad providencial, aquel hombre debia asesinar al Capo popolo. Al saber el Romañol que estaba destinado á matar á aquel á quien tantas veces habia oido bendecir en las veladas de la choza, fué

asaltado por un violento remordimiento. Disimulando sin embargo aquel buen sentimiento, que podia perderle en el estado á que habian llegado las cosas, procuró buscar á Cicirucchio por todas partes, para advertirle la suerte que le esperaba.

Angelo Brunetti estaba ocupado entonces en conciliar una grave cuestion que existia entre los cocheros de los carruages de plaza. La mala cosecha del año anterior habia atraido á Roma una infinidad de montañeses de los Abruzos que ejercian la profesion de cocheros. Los de la ciudad, espantados por una concurrencia que se aumentaba todos los dias, habian resuelto prohibir el ejercicio de su oficio á los extranjeros. Siempre que veian á un Abruziano sobre el pescante de un coche, le insultaban, le amenazaban, y mas de una vez, habia corrido la sangre. La policia que no tenia mas que un objeto, que era el de aumentar el desorden, veia con placer aquellas disputas, y las provocaba por bajo de cuerda en lugar de reprimirlas. Cicirucchio unicamente fué quien consiguió reconciliarlos; y cuando volvia de haber concluido esta grande obra, un hombre, en traje de Romañol le salió al encuentro y le preguntó si era el famoso Capo popolo romano?

—Yo soy, respondió Cicirucchio; que tienes que decirme?

—Tengo que decirte que debes ser asesinado el 17 durante la fiesta!

—Gracias amigo! Si los que te envian te han pagado para asustarme, puedes decirles que les robas el dinero.

—Nadie me envía, y sé quien es el encargado de matarte.

—Y quien es?

—Yo!

—Ah! dijo Cicirucchio avanzando un paso. Entonces haz tu oficio si puedes! A Dios.

El paisano le detuvo por su vestido y le dijo:—Sino temes nada por ti, piensa en tus amigos! no estás tu solo amenazado!

El día en que pasaba esto era el 10 de Julio. Al día siguiente Cicirucchio recibió un segundo aviso anónimo, en el que se encontraban los nombres de los conjurados y el plan de la conspiración. Angelo leyó el papel; pero no pudiendo creer en tanta audacia, lo estrujó convulsivamente entre sus manos y fué á reunirse con la multitud que se hallaba en la plaza del palacio de Venecia. El pueblo esperaba allí la traslación de la estatua que de Pio IX se habia hecho con objeto de ornar el sitio en que iba á tener lugar el banquete del día 17. Imposible seria describir la animación de aquella multitud; baste solo decir, que mas de treinta mil espectadores presenciaron entusiasmados aquella función nocturna.

Eran las diez. La estatua acababa de ser colocada sobre su pedestal, y Cicirucchio, antes de retirarse á su casa, se habia detenido con algunos amigos delante del café Nuevo, cuando Nardoni, el jefe de la policia, acompañado de algunos agentes, pasó por aquel sitio. Al llegar junto á Cicirucchio y sus amigos, cerró el puño, y dijo amenazandoles:

—Gozad de vuestros restos! Dentro de ocho días os haré clavar á todos á la puerta del gobierno.

A esta amenaza, el grupo de obreros quiso arrojarse sobre Nardoni, pero Angélo, deteniendolos, respondió al jefe de la policia:

—Miserable! sigue tu camino, y da gracias á Pio IX. Viva Pio IX!

Este grito, signo de reunión para la multitud, hizo en Nardoni el efecto de un exorcismo; y desapareció inmediatamente.

Sin embargo, aquel violento insulto del jefe de la policia fué para Cicirucchio un rayo de luz. La confianza del paisano Romañol, y el escrito anónimo que habia recibido aquel mismo día vinieron á su memoria. Comprendió que aquellas amenazas de muerte, aquella lista, aquel plan de conjuración, no eran imaginarios. Corrió al instante á casa de los jefes populares de los diferentes cuarteles; muchos de ellos habian recibido avisos del mismo género; todos estaban espantados de la insolencia de los empleados de policia, y del considerable número de personas que vagaban por las calles de Roma sin ocupación alguna. Que hacer? Esperar el acontecimiento. Dejar á los enemigos de Roma que se quiten la máscara para conocerlos y anonadarlos? Pero el pueblo está sin armas, sin organización, sin defensa, y los conspiradores disponen de la fuerza pública. Cicirucchio y sus compañeros deciden que vale mas prevenir el complot. En todo caso, los que la voz pública designa como culpables no son otros que el cardenal Lambrus-

chini, el gobernador Grassellini, Nardoni, Minardi y Freddi. Deliberan, toman un partido desesperado; pero antes de ponerle en ejecucion, Cicirucchio propone ver al predicador popular, al amigo del Papa, al pastor en quien todos ellos tienen mas confianza. Adoptan su proposicion, y doce hombres le acompañan al convento de los Teatinos.

Las once acababan de sonar, y la comunidad dormia ya, cuando los reiterados aldabonazos de la puerta del convento despertaron al portero de él. Este, despues de haber hablado largamente con Cicirucchio se decidió á abrir; pero lleno de espanto á la vista de aquellos hombres mal vestidos, reunidos á semejante hora á la puerta del convento, emprendió á huir dejándoles á oscuras. Cicirucchio que conocia aquel terreno los guió á todos hasta la puerta de la celda del padre Ventura, donde se detuvo y llamó.

El ex-general de la orden no se habia acostado aun; al oír la voz del Capo popolo, se imaginó que pasaba alguna cosa extraordinaria y abrió apresuradamente.

—Qué es esto? tanta gente.....á la mitad de la noche! que sucede?

Mi reverendo padre, respondió Angelo Brunetti, mañana mataremos á cinco personas! Venimos á advertiroslo para que se lo hagais saber al Papa.

—Matar á cinco personas!...vosotros!...desgraciados!... Como quereis que vaya á destrozar el corazon de Pio IX dándole esa horrorosa noticia?

—Sino los matamos, padre mio, ellos nos mata-

ran! nos degollarán, y no solamente á nosotros, sino á nuestros hermanos!...al pueblo entero! y quien sabe, mi reverendo padre, si despues de nosotros sucumbireis vos y el Papa!

Cicirucchio refirió entonces todo lo que le habia sucedido desde la vispera: el aviso del Romañol, el insulto de Nardoni y las cartas anónimas que él y sus amigos habian recibido, y que se las enseñaron.

—Veo, dijo el padre Ventura, despues de haber escuchado con mucha atencion, que vuestra indignacion es legitima; pero habeis elegido un remedio peor que el mal. Prometedme no hacer nada hasta conocer las intenciones de Pio IX. Corro al Quirinal; mañana al rayar el dia, que venga uno de vosotros yo le transmitire la orden del Santo Padre.

—Cicirucchio y sus compañeros prometieron esperar hasta el dia siguiente y se retiraron; el padre Ventura se dirigió al momento á Monte-Cavallo.

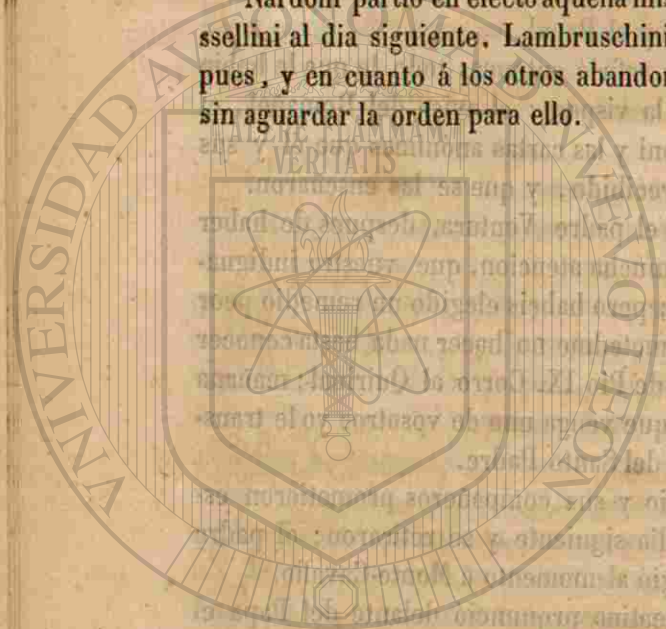
Cuando el teatino pronunció delante del Papa el nombre de Nardoni:—Como! exclamó este, ese miserable está aquí aun? Estais seguro de que el Capo popolo no se habrá engañado? Hace mas de un mes que he mandado que saliera de Roma.

—Todavía está aquí, Santo Padre, estad seguro de ello. Como quereis que un romano no conozca al monstruo que hace quince años que es el azote de la ciudad?

—Pues bien, dijo el Papa, tranquilizad á Cicirucchio y á sus amigos; decidles que al rayar el dia todos los peligros habrán desaparecido, que les doy las gra-

cias por la confianza que han tenido en vos, y que les suplico que no hagan nunca nada sin consultarme.

Nardoni partió en efecto aquella misma noche, Grassellini al dia siguiente. Lambruschini tres dias despues, y en cuanto á los otros abandonaron la ciudad sin aguardar la orden para ello.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo lo que estaba en el momento de salir de la ciudad, como el ejército y el pueblo, se dirigieron hacia el campo de Marte, donde se reunieron los restos de la guardia nacional. En el momento de salir de la ciudad, como el ejército y el pueblo, se dirigieron hacia el campo de Marte, donde se reunieron los restos de la guardia nacional.

CAPITULO VIGÉSIMO OCTAVO.

*Situacion critica de Roma.—Cicirucchio y los carabinieri.—La gendarmeria fraterniza con el pueblo.—El espia Minardi descubierto y perseguido.—Se encierra en un oratorio.—El pueblo le cerca alli.—Ventura, les predica desde las escaleras de una iglesia.—Concluye por enternecer al pueblo, que le acompaña á su convento.—Minardi huye á Florencia.*

Roma no supo el peligro que habia corrido sino por las precauciones tomadas para preservarla de el. Entonces la imaginacion, como sucede siempre, aumentó el riesgo. La mas grande consternacion reinó en la ciudad el dia 12. Los espíritus previsores temblaban por el porvenir. El ministerio estaba tan desorganizado como la policia. Un número considerable de empleados habian huido ó se habian ocultado; la mayor parte de los oficiales de las tropas habian sido destituidos como complices de la conjuracion, y no podian ser reemplazados de la noche á la mañana. La fuerza pública privada de sus gefes era un instrumento inutil ó perjudicial. Quien podia decir si los soldados habian permanecido estraños á los proyectos de sus gefes?



Todos los ojos estaban fijos en Cicirucchio. Desde que el era universalmente designado y seguido como el Capo popolo romano, los gefes de los diferentes cuarteles habian contraído la costumbre de dirigirse á su casa á la menor noticia. El 15 por la mañana, Cicirucchio, rodeado de sus lugartenientes, resolvió asegurarse de las disposiciones de los carabineros y de la gendarmeria de Roma, que mandaba la vispera el coronel Freddi. Los carabineros eran reputados como el cuerpo mas hostil á las libertades populares; pero, sea que sus simpatias secretas fuesen contrarias á lo que publicamente se les hacia representar, sea que la actitud de Roma y la fuga de su comandante los hubiesen cambiado, el resultado es que cuando vieron llegar á Cicirucchio rodeado de sus lugartenientes y de una porcion de personas del pueblo, bajaron sus armas. La multitud gritó: Viva los carabineros! y ellos contestaron: Viva el pueblo! Viva Pio IX.

La paz estaba hecha. Para sellar aquel tratado de alianza entre la ciudad y la fuerza armada, se abrazaron como hermanos; cada ciudadano se unió á un soldado, y aquellas parejas de nuevos amigos se pasearon por la ciudad, entraron en las casas, fraternizaron en las mesas, y bebieron por todas partes en el mismo vaso.

Aquella fraternizacion ocupó á los romanos todo el dia 15 y parte del 14: Roma sin embargo no olvidaba aun sus resentimientos.

En la noche del 14, un hombre del pueblo, saliendo de repente de un grupo, empezó á correr gritando

que acababa de ver pasar al espia Minardi. Minardi era execrado; era el agente mas diestro de la antigua policia, el que habia denunciado ó arrestado con su propia mano á casi todos los ciudadanos perseguidos en el último pontificado. Su nombre habia llegado á ser, en boca del populacho, sinonimo de la injuria mas grosera. Hacia dos dias que aquel miserable, cambiando de disfraz huia de una parte á otra, no considerandose seguro en ningun sitio.

Apenas oyeron el grito del paisano, cuando todos los ojos se dirigieron al lugar que él indicaba. Mil gritos de maldicion y de venganza le responden; por todas partes se dirigen en persecucion del fugitivo. Minardi seguia la calle de la Merced; vuelve á la derecha y viendo entre-abierta la puerta del oratorio que está en frente de S. Andres delle Frate, se precipita en él, cruzando por dentro las barras de hierro y echando los cerrojos.

Los que le perseguian, habiendo perdido repentinamente sus huellas, se imaginaron que habia encontrado asilo en los alrededores. Por temor de que se escapara, rodearon el cuartel de un triple cordón de centinelas; ocuparon los balcones con hombres armados de teas, y registraron las casas. Bien pronto descubrieron las huellas del fugitivo por la resistencia que encontraron en la puerta del oratorio: llevan escalas, y se disponen á entrar por las ventanas. Pero Cicirucchio, que no habia olvidado la leccion del convento de los Teatinos, se dirige con una veintena de hombres adietos á buscar al padre Ventura.

—Venid! venid pronto, padre mio! le dice: *el pueblo Romano va á causar un disgusto á Pio IX!* El teatino que estaba ya medio desnudo, se puso su correa y su hábito cogió apresuradamente su crucifijo, y siguió á Cicirucchio. El religioso penetró entre la multitud, ayudado por Angelo y sus amigos, que le servían de guardias de corps y le abrian paso. Por los sitios en que la muchedumbre estaba mas furiosa ó mas compacta los bravos compañeros del Capo popolo se acercaban al religioso y le decian: »Padre, no tengais miedo, nosotros estamos aqui!» Llegó junto á la puerta del oratorio, cuando los mas determinados la golpeaban con una viga arrancada de una casa medio demolida; el padre Ventura subió á las gradas de la iglesia que está enfrente, y exclamó desde allí con una voz de trueno:—Amigos míos! mis buenos amigos! la Iglesia y Pio IX no quieren ser defendidos, ni cometiendo asesinatos, ni derramando sangre.

A aquella voz tan conocida, cesaron los golpes; todos los ojos se volvieron hacia las gradas de S. Andres, tribuna improvisada donde se colocó el predicador energico, el amigo del Papa y del pueblo! Habla, lamenta el extravío de los furiosos; les amenaza con la colera celeste, y para enternecer sus corazones, levanta sobre sus cabezas la imagen de Dios crucificado. Aquel sagrado emblema del perdon, desarma á algunos, pero el mayor número, despues de haberse santiguado, vuelve de nuevo á su interrumpida tarea. El teatino se ve precisado á precipitarse en medio de ellos, llamando á los que conocia por sus nombres, hablando á

todos de su adhesion al Papa á quien quieren llenar de dolor, y del honor romano que quieren empañar. Aquella lucha moral duró parte de la noche. Por fin, hacia las dos de la mañana, el auditorio enternecido, subyugado por la elocuencia del apóstol, consistió en dispersarse. Para asegurarse de que aquella buena resolucion seria puntualmente ejecutada, el teatino exclamó con una voz trémula mas de emocion que de cansancio:—Amigos míos, mi convento está distante; la noche no está muy segura, quien me acompañará?

—Todos, respondió la multitud.

—Pues bien, abrid la marcha!

—Ah! ah! el reverendo desconfia de nosotros, dijo riendo Frittata, el gefe del cuartel de los Monti. Despues dió el ejemplo cantando, y todos le siguieron.

Minardi abandonó á Roma, y no se detuvo hasta Florencia.

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO.

*Organización espontánea de la guardia civil. — Los oficiales. — Las banderas y los estandartes. — Ventajas del espíritu de asociación. — Historia de la guardia nacional de Roma. — Reorganización de la policía. — Manifestación en favor del nuevo gobernador. — Palabras de Monseñor Morandi. — Llegada á Roma del cardenal Ferretti. — Regocijos públicos. — Cicirruacchio en el banquete del círculo Romano. — Alocución del príncipe Aldobrandini. — Primera gracia del cardenal Ferretti al pueblo romano. — Arresto del coronel Freddi y del capitán de carabinieri Alaí.*

La escena nocturna de S. Andres delle Frate, sirvió de aviso á la parte sana de la población de Roma. En el estado de agitación en que se encontraba la ciudad, debían temerse nuevos desordenes, que la decisión del gefe del pueblo y las palabras de un predicador no bastarian á reprimir. Los arrabales se removían ya, Pio IX se apresuró á adoptar las medidas necesarias para restablecer la confianza y la tranquilidad. Se ocupó desde luego de reemplazar á Grassellini. Monseñor Morandi, abogado distinguido, hombre de principios sólidos y

revestido de la confianza pública, fué nombrado pro-gobernador de Roma. Al momento tomó posesion de su destino. Al mismo tiempo, para poner á su disposicion una fuerza con la que pudiese contar el gobierno, decidió el Papa que no se aguardara para formación de la guardia civil al reglamento que debia organizarla, y que provisionalmente se instituyera de cualquier modo. Con este objeto hizo que circulara por todos los cuarteles de Roma, una invitacion á los ciudadanos. Antes de que concluyera el dia la guardia nacional estaba improvisada. Los almacenes se transformaron en cuerpos de guardia, y numerosas patrullas recorrían la ciudad.

Entonces se vieron las ventajas que tanto al gobierno como al país, debia producir la libertad de asociación que gozaba Roma desde hacia un año. Acostumbrados á reunirse para ir al Quirinal á manifestar los sentimientos de sus corazones, la nobleza y el pueblo habian tenido suficiente tiempo para estudiarse y conocerse: se habian acostumbrado naturalmente á obedecer á los hombres en quienes reconocían el centro de sus influencias. Los gefes designados por la opinion no tuvieron mas que ceñirse una espada para que la nueva guardia civil tubiese oficiales; nada faltó á la institucion, ni aun banderas y valientes brazos que las llevaran. Desde los primeros dias cada cuartel habia elegido una bandera para que sus habitantes pudieran reunirse mejor alrededor de ella. Aquellas banderas fueron confiadas á los hombres mas resueltos y mas simpáticos. Cicirruacchio guardaba la del Campo Marzo; Favella, la de los Transteverinos; Caravacei, la de Regola, y Girolametta,



la de los Monti. Los estandartes tenían en el centro el escudo de Roma con la loba y los dos gemelos, y encima esta divisa: *Viva Pio IX!*

En un abrir y cerrar de ojos se encontró Roma con una fuerza regular, capaz de tener á raya á las facciones, y mantener el orden. Sin la libertad de asociacion, hubiera sido necesario mas de un mes para organizar aquella tropa que se habia formado, como por encanto, á una indicacion de Pio IX. El efecto moral de aquel levantamiento espontáneo de catorce mil hombres, animados de un mismo pensamiento, fué inmenso; todo temor cesó desde que se vió marchar en buen orden aquellas filas de ciudadanos llevando bizarramente el fusil al hombro.

La guardia nacional no era en Roma una institucion nueva: creada en 1798, en ocasion de la conquista, se mantuvo durante todo el tiempo de la ocupacion francesa. Pio VII, de vuelta de su largo destierro en 1814, encontró el tesoro pontifical de tal manera exhausto que reconocia la imposibilidad de poner sobre las armas los diez y ocho mil hombres que el tratado de Viena exigia de él. Suplió el número de las tropas regulares conservando algunos batallones de milicia civil. Sus sucesores redujeron sucesivamente el número y el efectivo, tanto que en tiempo de Gregorio XVI, no quedaban ya mas que cien hombres de guardia civil, que despojados del derecho de nombrar sus gefes, no eran mas que una sombra destinada á recordar las antiguas inmunidades de la ciudad. Solo se habia conservado el estado mayor con el objeto de que el gobierno tur-

viese un gran número de charreteras que distribuir entre la nobleza romana.

El primer cuidado de Monseñor Morandi, despues de su nombramiento, fué reorganizar la policia, que hacia tres dias que no funcionaba por falta de gefes. Mandó arrestar en seguida á todos los que designaba la opinion publica como complices de la conjuracion con el doble objeto de instruir proceso contra los delincuentes y de sustraer á los inocentes de la venganza del pueblo.

La primera patrulla de la guardia nacional escitó los mayores transportes de alegria; los carabineros quisieron fraternizar con ella; los soldados que se paseaban por las calles, y los que estaban encerrados en los cuarteles, corrieron á felicitar á los ciudadanos armados y á rehabilitarse á los ojos de todos abrazandolos. Al anochecer de aquel mismo dia, el pueblo, llevando antorchas, se dirigió al palacio del gobernador, reclusando todo lo que encontraba á su paso como mujeres, niños, soldados, monges, obreros etc. Una numerosa diputacion se presentó á Monseñor Morandi. Un hombre del pueblo le felicitó en nombre de la ciudad entera. El pro gobernador respondió que agradecia á los Romanos aquellos testimonios de confianza, que los encargaba que no traspasasen los limites de la moderacion que es la señal de la fuerza y de la verdadera grandeza y que él por su parte, prometia desempeñar sus funciones con el celo de un amigo de las leyes y de la seguridad publica. La multitud gritó: *Viva Monseñor Morandi! viva Pio IX!* y se encaminó á los diferentes cuerpos de guardia de

la milicianacional para continuar sus demostraciones.

À eso de las once, se esparció el rumor de que el cardenal Ferretti entraba por la puerta del pueblo. La multitud se precipitó á su encuentro: detuvieron su carruaje y le rodearon de aplausos y vítores. Saludó con placer á las banderas de la guardia civil, y declaró enérgicamente que los enemigos del pueblo y los de Pio IX. serian siempre los suyos. La multitud le acompañó en triunfo hasta su morada.

Al día siguiente Roma despertó tranquila y calmada como en sus mas bellos dias, y el 17, en lugar de los regocijos públicos, suspendidos por exceso de prudencia, no hubo sino banquetes particulares, á los que asistieron los amnistiados que habian vuelto á los Estados Romanos de resultas de lo dispuesto en el decreto dado hacia un año en aquel mismo dia. El dinero que se hubiera gastado en músicas é iluminaciones, se empleó en socorrer á familias desgraciadas.

El círculo romano llenó aquel dia, un deber de justicia y de delicadeza. Este círculo es el club mas distinguido de los de la ciudad, en el se reunen la juventud política y los hombres eminentes en las letras, en las ciencias y en las artes. Los miembros de esta sociedad se entregan publicamente al estudio de las cuestiones que ocupan al gobierno, las discuten entre si, y comunican su opinion á los gobernantes. Pio IX no es de esos hombres que piensan que hay un grave peligro en permitir esta clase de reuniones; lo que él teme, lo que prohíbe, son las sociedades clandestinas, donde se citan las malas pasiones para alimentarse de ellas mismas, y

el estado mayor...

propagar en secreto la desconfianza y la discordia. Cree que el mejor medio de prohibir estas asambleas peligrosas, es permitir á todos los ciudadanos que se reúnan cuando les parezca, y que discutan á la luz del dia los intereses del pais.

El círculo romano habia invitado á Cicirucchio á que concurriera á su banquete del 17. Angelo Brunetti se presentó, por primera vez, en medio de los representantes de la aristocracia y de las capacidades de todo género, á ocupar el lugar que su reputacion de honrado y sus numerosos actos de patriotismo le habian conquistado. Al fin de la comida, el principe Aldobrandini presidente de la asamblea, se levantó, y en medio del mas profundo silencio, recordó en pocas palabras los principales hechos de la vida de Brunetti y los ensalzó en nombre del círculo, de la nobleza y de la ciudad de Roma. Cuando habló de la conducta del Capo-popolo durante la inundacion, este hizo un gesto que parecia decir:—Que hay en eso de particular, no habeis hecho vos otro tanto? Aquel gesto, comprendido por todos los convidados, provocó una salva de aplausos, todo el mundo recordó, en efecto, haber visto al principe Aldobrandini dirigirse á caballo hacia los cuarteles inundados, mientras que Cicirucchio se dirigia á ellos con su carreta. Los nombres de los dos heroes de aquella catástrofe resonaron unidos por espacio de algunos minutos. Á la conclusion del discurso, el presidente presentó á Cicirucchio una medalla de oro, de sesenta escudos de peso; que el círculo romano habia costado en honor suyo.

Aquel mismo día el cardenal Ferretti tomaba la dirección de los negocios. El primer acto de su ministerio fué una manifestación al pueblo romano, en la que después de felicitarle por la moderación que había observado durante las turbulencias de los días anteriores, citaba el pasaje de la amnistía, en el que Pío IX declaraba que la JUSTICIA era el PRIMERO DE SUS DEBERES; y concluía, dando las gracias, en nombre del Soberano Pontífice, á los soldados y oficiales de la guardia civil por el celo que habían desplegado en aquellas circunstancias.

Aquella manifestación fué acogida con entusiasmo. Tacitamente se implicaba en ella el reconocimiento de las elecciones populares. La calificación de oficiales dada por la autoridad á los gefes que los ciudadanos se habían elegido era la consagración de aquellas elecciones. La milicia civil supo entonces lo que ignoraba aun, lo que no debía saber oficialmente sino por el reglamento definitivo de ella, que tendría la elección de sus gefes. Se tiraron numerosos ejemplares de la circular, á fin de que cada cuerpo de guardia pudiese fijar uno debajo del retrato de Pío IX, iluminarlo por la noche, y rodearlo durante el día de guirnalda de siempre vivas.

Los días que siguieron á este fueron marcados por arrestos importantes. El ejemplo de la guardia civil había reanimado el celo de las tropas; los carabineros sobre todo desearon borrar hasta las menores huellas de la desconfianza que habían escitado. En Roma y en las provincias redoblaban su actividad y vigilancia. No podían perdonar á sus gefes el que hubieran compro-

metido á todo el cuerpo con sus tramas inicuas. El cuartel maestro de Camerata divisó una mañana á dos hombres que huían á pie hacia las fronteras de Nápoles. El aire militar de aquellos extranjeros, y las precauciones que tomaban para disfrazarlo, despertaron sus sospechas; dió parte de sus temores á un caporal de aduanas que se hallaba cerca de allí, y le decidió á perseguir con él á los fugitivos. Estos estaban armados, y trataron de defenderse, pero los dos sub-tenientes no les dieron tiempo para ello acababan de reconocer en los dos viajeros al coronel Freddi y al capitán Alaí, del cuerpo de carabineros.

Monseñor Morandi, instruido de aquella captura, envió sobre la marcha al Coronel Cattivera y al juez Mazza, con orden espresa de conducir los prisioneros al fuerte de S. Angelo. Aquellos arrestos demostraron que el gobierno estaba decidido á tratar con rigor á los culpables, lo que impulsó á los ciudadanos á abandonar el proyecto de tomar la venganza por su mano.

CAPITULO TRIGESIMO.

*El Austria estaba informada de los planes de la conjuración.—Sumas considerables encontradas á los Romanos.—Noticia de la ocupacion de Ferrara y de la protesta del cardenal Ciacchi legado gobernador.—Indignacion publica.—Disposiciones de la guardia civica.—La reserva.—La ciudad santa se convierte en una plaza de armas.—Suscripcion entre los miembros del clero.—Envios de armas de las provincias.—Las ciudades rivales abjurán sus antiguos rencores.—Reconciliacion presidida por Cicirucchio.—Zagarolo.—Un gesto del Capo-popolo y sus consecuencias.—El Austria habia cometido una falta.—Pio IX la da en vano el medio de repararla.—Actitud de la Francia.—Navios destacados de la flota esperan las ordenes de la embajada en Civita-Vecchia.—Nueva Ancona.—Conducta del conde Rossi. Sus instrucciones, su lenguaje.—Dicho del Papa.*

Roma y Pio IX acababan de escapar de peligros mas graves que los de la insurreccion. El Austria habia esperado que el complot urdido en los despachos de Grassellini la ofreceria un brillante pretesto para invadir los Estados de la Iglesia y restablecer en el poder al par-

tido caido. Se habia visto que los Romanos arrestados en los dias 15 y 16 estaban provistos de sumas considerables. Fueron interrogados por esta causa sin que se obtuviera resultado alguno. Los que habian proporcionado aquel dinero habian desaparecido. Una circunstancia imprevista ofreció bien pronto el medio de descubrir la huella de aquellas distribuciones, y demostró que los enemigos mas temibles de Roma no estaban en Roma, sino fuera de las fronteras, preparados á caer sobre su presa tan pronto como la sedicion les diese un plausible pretesto para ellos.

El 19 de Julio un correo de Ferrara llegó al Quirinal y causó en el un rumor bastante vivo; el contenido de las cartas de que era portador permaneció sin embargo desconocido. Pero al dia siguiente, una carta, llegada por el correo ordinario, fué impresa y fijada por millares en todas las esquinas de la ciudad. Estaba fechada del 18 y concebida en estos terminos: Ayer mañana, á las siete, los Austriacos en numero de mil hombres poco mas ó menos, han entrado en Ferrara por las dos puertas de S. Benito y S. Juan. Han hecho alto en los arrabales, y un coronel los ha arengado; despues se han introducido en nuestras calles. El cuerpo de tropas extranjeras marchava de este modo: á la cabeza una compania de cazadores con la bayoneta calada; venia despues un coronel rodeado de ocho husares con la carabina sobre el muslo y el sable pendiente por el cordon del puño de la muñeca derecha; seguia un cuerpo de infanteria, dos piezas de campaña y un obus escoltados de artilleros con la mecha encendida; la retaguardia la

formaban otro cuerpo de infantería y un escuadrón de husares. Estas tropas se han colocado en batalla en la plaza. El coronel ha pedido al Cardenal Ciacchi alojamientos para todos sus hombres; el cardenal legado ha rehusado esta petición, y ha enviado á Roma un correo para pedir instrucciones.»

La estraña coincidencia de la entrada en Ferrara de las tropas del Emperador el día mismo en que Roma debía estar entregada á la anarquía, no dejaba duda alguna sobre las relaciones de la embajada austriaca con los gefes del complot. Esta noticia produjo una indignación universal, sobre todo en la guardia cívica, que juró vengar la violación del territorio apostólico. La relación de la conducta energética del cardenal legado de Ferrara, que el gobierno creyó deber publicar, sirvió para alimentar la colera pública en vez de calmarla.

El Cardenal Ciacchi no solo había negado alojamiento á los Austriacos, sino que había dictado al doctor Eliseo Monti, notario de la legación, una protesta llena de energía y dignidad, de la que había dirigido una copia al comandante de las fuerzas enemigas, otra á la Santa Sede, y otra á la municipalidad de Ferrara. El círculo romano votó una medalla de oro para el cardenal Ciacchi. Todo el mundo quería protestar también; pero de una manera más eficaz y con las armas en la mano. Se abrieron registros para recibir las firmas de los que voluntariamente quisieran alistarse. Se organizó a reserva de la guardia cívica, y previendo que tal vez pronto tendría que hacer otra cosa más que velar por el orden y la tranquilidad de las calles de Roma, obtu-

vieron sus gefes la autorización de ejercitarla dos veces cada día en las maniobras militares.

Un espectáculo curioso ofreció entonces la ciudad santa, cambiada en una plaza de armas. Por todas partes no se oía más que el ruido del tambor ó del clarín. La antigua Roma volvía á renacer: nuevos batallones iban todos los días á adiestrarse al Campo de Marte; los pelotones se alineaban entre las derruidas columnas del Forum, en las praderas de la villa *Borghese*, en los lugares en que los consules acampaban sus ejércitos esperando el triunfo, en el círculo de Romulos y hasta en las ruinas del palacio de los Cesares. Los que no tenían tiempo para ir tan lejos se reunían en los patios espaciosos de los palacios, donde soldados ú oficiales de línea les servían de instructores. Los miembros del clero, quisieron contribuir á la defensa de la patria con sacrificios pecuniarios, para lo cual circularon por las parroquias unas listas de suscripción con el encabezamiento siguiente: *Asociación eclesiástica*. Debajo de estas palabras se leía: *Los que suscriben, individuos del clero romano, se obligan espontáneamente á dar una contribución mensual, por un año á lo menos, para subvenir á los gastos del armamento de la guardia cívica.*

Este ardor por la defensa del suelo patrio se extendió á las provincias: la milicia se organizó en todos los Estados pontificios. Todas las provincias enviaban á Roma armas ó banderas: una municipalidad votaba un cañon para los Romanos, otra un estandarte; esta quince fusiles; aquella renunciaba á las diversiones del carnaval para emplear sus fondos en objetos militares.

En cambio de todos estos dones, Roma remitía á las provincias banderas, manifestaciones, bustos y estatuas de Pio IX.

Mientras que Roma recibía socorros de las provincias, estas abjuraban sus odios y rivalidades. Aquellas reconciliaciones públicas tenían lugar bajo el patronato del clero, y algunas veces bajo el de Cicirucchio. Así es que una diputación de Zagarolo vino á suplicar al Capo popolo romano que asistiera á una fiesta de fraternización que aquella ciudad quería ofrecer á los habitantes de Palestrina. Angelo partió el instante y les llevó, en nombre del pueblo romano, una rica bandera bajo la que debían marchar en adelante unidos. Al fin de la comida que dieron en obsequio suyo, y en la que ocupó el sitio de la preferencia, un poeta leyó una composición patriótica en la que hacía alusión á la lucha probable que se iba á empeñar contra los opresores de Italia, Cicirucchio entusiasmado con aquella composición, levantó la mano y la dejó caer rudamente. Un grito doloroso resonó á su lado; acababa de derribar sin saberlo á su vecino y amigo, Salvator Piccioni.

El gabinete de Viena había cometido una falta. Se había colocado en una falsa posición de la cual hubiera podido salir fácilmente sin vergüenza. El mismo papa le ofreció medio para ello, haciendo correr el rumor de que los Austriacos no habían tenido intención de ocupar la ciudad de Ferrara, y que su permanencia en ella no era más que temporal, para facilitar los movimientos relativos al relevo de la guarnición. El

príncipe Metternich, en lugar de aprovechar esta coyuntura, prefirió sostener la ocupación como un derecho, y prolongarla, en la esperanza de que volverían á acontecer en Roma nuevas turbaciones á favor de las que podría sofocar las instituciones nacientes de los Estados pontificios, é impedir que el fuego de las reformas se apoderara del resto de Italia.

Si se ha de creer a la opinión generalmente esparcida entre los personajes políticos de Roma, otra potencia fué más prudente ó más dichosa. Se asegura que la Francia, secretamente de acuerdo con el Austria, había preparado todo para intervenir en medio de las turbulencias y de la confusión que habían esperado ver estallar en Roma. Es cierto que muchas embarcaciones francesas cruzaron al principio del mes por delante de Civita-Vecchia y esperaron allí las órdenes de la embajada. Todo el mundo está convencido en Italia de que aquellas embarcaciones no tenían otro objeto que repetir el movimiento de Roma en Ancona. El conde Rossi puede hoy protestar contra la suposición de un proyecto cuya ejecución no tuvo siquiera principio. Civita-Vecchia está tan cerca de Roma que un correo anda fácilmente en cuatro horas la distancia que separa á estas dos ciudades; partió uno de la embajada el día 16 cuando toda apariencia de revolución había sido desvanecida. Al mismo tiempo salió otro de la embajada de Austria; pero Ferrara está en los confines septentrionales de los Estados de la Iglesia y no pudo llegar sino después del golpe.

En el fondo no había nada sorprendente en que el

gabinete francés hubiese meditado secretamente una nueva campaña en Ancona. En un año en que tan frecuentes han sido los acontecimientos políticos era una buena fortuna para el ministerio poder levantar su popularidad caída por una intervención en Italia. Que admirable posición ocupaba frente á frente del Austria y de la Francia! Podía sacar de aquel acto de vigor dos interpretaciones distintas, diciendo por un lado al príncipe Metternich: «Veis que obramos como buenos hermanos; no podeis llegar á tiempo para contener á Roma, y desembarcamos nuestras tropas en Civita-Vecchia. Procurad ayudarnos también en Madrid:» y por otro á la Francia: «El Austria intervenía, hemos volado al socorro de Pio IX! Hemos mantenido la inviolabilidad del territorio de la Iglesia, las leyes del equilibrio Italiano, los principios sagrados de la independencia de los pueblos, que no cesamos de defender.»

Esto es más que una conjetura, puesto que las personas mejor informadas de Roma, no tienen duda alguna respecto del particular. Comparando esta opinión con los rumores que circularon en Francia en aquella misma época, no tenemos el menor escrúpulo en creer tan firmemente como ellos estos proyectos abortados.

Un día desenvolvía uno delante del Soberano Pontífice las tramas de aquella sabia táctica:—Es verdad dijo el Santo Padre, es verdad, son muy hábiles! Pero añadió señalando al crucifijo de marfil colocado sobre su mesa de despacho, cuentan siempre sin aquel.

### CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO.

*Primeros actos del ministerio Ferretti.*—La prensa.

—El Austria y la Francia.—Plan de excomunión.

—Disposiciones militares.—Ardor del Cardenal.—

Pio IX le calma.—La guardia nacional.—Simpatía

del clero acia ella.—Reglamento definitivo que la

organiza.—Sus principales disposiciones.—Nuevas

banderas.—Modestia del Papa, que no quieren dar

sus armas á la ciudad.—La loba y los dos gemelos.

—Ventura propone la sustitución del emblema paga-

no por las armas cristianas.—Su sermón con este

objeto.—Medidas administrativas de Morandi.—

Quejas de un noble romano al Papa.—Respuesta de

Pio IX.

El nuevo ministerio se anunció bajo los mejores auspicios; sus primeros actos probaron que ni la presencia de los Austriacos en Ferrara, ni el lenguaje doble de la Francia, ni las tentativas desesperadas del partido retrógrado detendrían al Papa en sus reformas. Las miras del secretario de Estado, perfectamente de acuerdo con las de Pio IX, prometían para lo sucesivo una marcha más franca y más rápida. Apesar de los embarazos del tesoro, á pesar de los grandes de-

gabinete francés hubiese meditado secretamente una nueva campaña en Ancona. En un año en que tan frecuentes han sido los acontecimientos políticos era una buena fortuna para el ministerio poder levantar su popularidad caída por una intervención en Italia. Que admirable posición ocupaba frente á frente del Austria y de la Francia! Podía sacar de aquel acto de vigor dos interpretaciones distintas, diciendo por un lado al príncipe Metternich: «Veis que obramos como buenos hermanos; no podeis llegar á tiempo para contener á Roma, y desembarcamos nuestras tropas en Civita-Vecchia. Procurad ayudarnos también en Madrid:» y por otro á la Francia: «El Austria intervenía, hemos volado al socorro de Pio IX! Hemos mantenido la inviolabilidad del territorio de la Iglesia, las leyes del equilibrio Italiano, los principios sagrados de la independencia de los pueblos, que no cesamos de defender.»

Esto es más que una conjetura, puesto que las personas mejor informadas de Roma, no tienen duda alguna respecto del particular. Comparando esta opinión con los rumores que circularon en Francia en aquella misma época, no tenemos el menor escrúpulo en creer tan firmemente como ellos estos proyectos abortados.

Un día desenvolvía uno delante del Soberano Pontífice las tramas de aquella sabia táctica:—Es verdad dijo el Santo Padre, es verdad, son muy hábiles! Pero añadió señalando al crucifijo de marfil colocado sobre su mesa de despacho, cuentan siempre sin aquel.

### CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO.

*Primeros actos del ministerio Ferretti.*—La prensa.

—El Austria y la Francia.—Plan de excomunión.

—Disposiciones militares.—Ardor del Cardenal.—

Pio IX le calma.—La guardia nacional.—Simpatía

del clero acia ella.—Reglamento definitivo que la

organiza.—Sus principales disposiciones.—Nuevas

banderas.—Modestia del Papa, que no quieren dar

sus armas á la ciudad.—La loba y los dos gemelos.

—Ventura propone la sustitución del emblema paga-

no por las armas cristianas.—Su sermón con este

objeto.—Medidas administrativas de Morandi.—

Quejas de un noble romano al Papa.—Respuesta de

Pio IX.

El nuevo ministerio se anunció bajo los mejores auspicios; sus primeros actos probaron que ni la presencia de los Austriacos en Ferrara, ni el lenguaje doble de la Francia, ni las tentativas desesperadas del partido retrógrado detendrían al Papa en sus reformas. Las miras del secretario de Estado, perfectamente de acuerdo con las de Pio IX, prometían para lo sucesivo una marcha más franca y más rápida. Apesar de los embarazos del tesoro, á pesar de los grandes de-



sembolsos que habian sido necesarios para el armamento de la guardia nacional y para poner al territorio en estado de defensa, el impuesto de la sal se disminuyó considerablemente.

Al mismo tiempo el ministro declaró que las nuevas instituciones, particularmente las municipalidades y la consulta de Estado, estarían arregladas por leyes especiales antes de la conclusión del año.

Los trabajos administrativos no impedían al cardenal Ferretti ocuparse de la defensa del país. Los recursos de aquel espíritu activo parecían que se multiplicaban con la perspectiva de una guerra; aquella firmeza, aquel espíritu de decisión e independencia de que la naturaleza le había dotado se revelaban en todos sus actos y palabras. El embajador de Austria fué el primero que tuvo una prueba de ello. Desde que una fuerza Austriaca ocupaba las orillas del Pó, el representante de Metternich se había figurado que podía atreverse á todo, y que un terror profundo reinaba en el Quirinal. Habiendo manifestado la prensa romana, en terminos energicos, la indignación que la causaba la ocupación de Ferrara, se presentó el embajador Austriaco al cardenal Ferretti á pedirle una reparación de lo que él consideraba como un ultraje. El cardenal respondió que la prensa no había hecho mas que cumplir con su deber, que había olvidado hasta entonces felicitarla por ello, pero que las reclamaciones que le hacía le recordaban sus deberes. Mandó llamar á los redactores de los principales periodicos y los cumplimentó por su conducta. El embajador apeló del mi-

nistro al Papa. Este rió mucho la calaverada de su primo, pero declaró que estaba en su puesto respondiendo lo que había respondido. El representante de Austria no tuvo mas remedio que contentarse con aquella respuesta.

Poco despues llegó su turno al embajador de Francia. El conde Rossi, siguiendo siempre su política de una intervención francesa directa ó indirecta, propuso al ministro que dejara á su diplomacia el cuidado de conseguir la evacuación de Ferrara. El cardenal respondió que el gobierno pontifical no tenía necesidad, para reparar el ultraje que le hacía el Austria, de la intervención de ninguna potencia. «Pío IX, añadió, empleará todos los recursos de la paciencia para conseguir su objeto; pero si esto no bastara, recordará que es Soberano Pontífice, y hallará recursos en las armas que Dios ha puesto en sus manos. No excomulgará ni al Emperador, ni á los simples soldados, porque estos no disponen libremente de su voluntad; pero excomulgará al príncipe Metternich, al conde Kolovrat, á todos los miembros del consejo aulico, y á todos los oficiales y empleados que hayan concurrido directa ó indirectamente á esta ocupación sacrilega.»

El conde Rossi insinuó entonces que un movimiento de tropas francesas semejante al de Ancona, en un punto del litoral, decidiría la cuestión mas pronto que una excomunión.—Con nuestro asentimiento? jamás! exclamó vivamente el cardenal. Sin nuestro asentimiento? esto sería colocar frente á frente de nosotros el gobierno y los navios franceses en la misma

posicion que están hoy las tropas y el gobierno austriaco. El conde Rossi pudo convencerse mas tarde de que aquella manera firme y decidida de abordar la cuestion era personalmente la del Papa.

Las disposiciones militares de los Estados romanos no tenian otro objeto que el de tener á los Estados vecinos en espectacion, herir su imaginacion, y obligandoles á hacer aquellos preparativos, mostrar al Austria el poder y los recursos del principe que ella queria avasallar.

El cardenal Ferretti dirigia maravillosamente aquel movimiento. Hombre de accion antes que todo, era belicoso de buena fé.—Yo, le dijo un dia al Papa, si llega la ocasion, monto á caballo.—Y yo, dijo Pio IX mirandole con esa sonrisa que no siempre está exenta de una dulce ironia, creéis que no debo montar tambien? El cardenal comprendió, y un vivo carmin coloró su rostro. Asi es como Pio IX despertaba en su primo los sentimientos pacíficos; pero una vez fuera de los departamentos del Soberano Pontifice, daba rienda suelta á su temperamento. Le gustaba extraordinariamente la vista y el ruido de las armas; iba á los cuarteles á visitar las tropas; las pasaba revista y las arengaba; y destinaba un dia por semana á recibir exclusivamente á los militares. Desde los generales hasta los simples soldados eran admitidos aquel dia indistintamente en sus salones; escuchaba con benevolencia las reclamaciones de cada uno, no rechazaba ninguna queja, ningun consejo util. La guardia nacional no tenia en Roma un partidario mas ardiente, ni un pro-

tector mas celoso. Uno de sus primeros cuidados fué recorrer sus diferentes cuerpos de guardia para inspeccionar su instalacion y dar un testimonio personal de interés á la institucion. Era un espectáculo curioso el que presentaba aquel principe de la Iglesia, con roquete y sotana encarnada, revisando á los soldados, examinando como persona inteligente las armas, y dando frecuentemente consejos llenos de justicia sobre las cuestiones de ensenanza y disciplina. Los Romanos le recibian con placer en sus puestos; les agradaba oírle hablar del corto tiempo que habia servido en el ejército de Napoleon.

El clero tambien manifestaba sus simpatias acia la guardia nacional; habia algunos sacerdotes que visitaban los cuerpos de guardia que se presentaban en los campos donde tenian lugar las maniobras para gozar del golpe de vista que presentaba la poblacion romana en sus ejercicios militares.

Llegó por fin el dia en que apareció el reglamento de la milicia nacional. Aquel reglamento, cuya ejecucion habia sido confiada á tres ciudadanos elegidos entre los habitantes mas honrados de cada cuartel, tenia por objeto dar á la institucion un caracter de duracion y de moralidad capaz de justificar las esperanzas que los ciudadanos fundaban en ella. Todo el mundo se habia presentado y habia sido admitido en sus filas en los primeros dias temiendo hacer descontentos y aumentar el número de los enemigos del orden. Hoy no existia ya aquel peligro. No se podia permitir que las gentes acusadas por la opinion ó por

sentencias judiciales formasen parte de un cuerpo en que no debía figurar sino lo escogido de los ciudadanos. Era necesario además distribuir el servicio de suerte que no fuese oneroso ni vejatorio. El cardenal recomendó á los que lo formaron que fueran estrictos y rigurosos con los ociosos; pero diferentes y suaves con las personas ocupadas. Los maestros obreros, cuya presencia era indispensable en los talleres y en las fabricas, y los padres de familias numerosas para los que el servicio activo les habria impuesto un sacrificio demasiado pesado, fueron relegados á la reserva; los demas artesanos, no debian hacer guardias mas que los domingos y dias de fiesta. Los barberos estaban exentos de guardias los sabados y las visperas de los dias de fiesta; los médicos podian abandonar la guardia á cualquier hora del dia ó de la noche; en fin todos los guardias nacionales que tenian un oficio ó ejercian una profesion podian ausentarse dando al jefe *su palabra de honor* de que no se alejaban sino por causas justas, y que volverian á hora determinada. El peso del servicio debia pues caer sobre las gentes que no tubiesen nada que hacer: ocupar á los ociosos, talera el gran pensamiento de Pio IX; obligar á todos los que gozan de las ventajas de la vida social á velar por el orden público, á garantir la seguridad de los que trabajan, á hacerse utiles á la sociedad en vez de pervertirla con perniciosos ejemplos, tal fué el objeto que se propuso en Roma la intitucion de la guardia civica.

La guardia nacional existía; estaba regularizada,

é iba á tener armas; no se trataba ya mas que de darla banderas para reemplazar á las de los cuarteles, que hasta entoncer la habian servido. Una cuestion importante se suscitó con aquel motivo; que emblema se colocaria en ellas? Pio IX que no habia querido consentir que pusieran, segun costumbre, sus armas sobre los monumentos y los muebles de su palacio, no podia consentir tampoco en hacer de ellas el signo de reunion de la guardia civica. Decia con razon que las armas de un Papa no son mas que un emblema personal y efimero, y que era preciso colocar en los estandartes un signo nacional y permanente, al rededor del cual el respeto tradicional de las generaciones forma como una aureola magica. Por otra parte, se vacilaba en ceder á los deseos del pueblo, que queria conservar sobre las banderas las armas antiguas de Roma, la loba y los dos gemelos. El padre Ventura se encargó de resolver la cuestion, proponiendo al pueblo nuevas armas. Debia predicar el 7 de Agosto en S. Andres de la Valle, con motivo de la fiesta de S. Cayetano. Aprovechó aquella ocasion; recordó desde luego el gran movimiento de regeneracion que habia tenido lugar en la Iglesia en tiempo del Santo cuyo panegirico hacia; en seguida, despues de haber establecido un paralelo entre el Papa de la reforma y el de la libertad, entre Pablo III y Pio IX, terminó su discurso con una peroracion de un caracter tan nuevo y tan grande, que nuestros lectores agradecerán que se la insertemos toda, entera como lo hacemos.

«Los grandes hombres no son generalmente com-»

prendidos y debidamente apreciados ni durante su vida, ni en su patria. Así Pablo, aunque Pontífice tan celoso como gran hombre de Estado, por haber adoptado en su bula la palabra misma de la heregia y hecho oír el grito de *reforma*, llegó á hacerse sospechoso para los falsos celosos de su siglo; y Pio IX, digno como lo es de su nombre por la piedad que reina en su corazón, ha escitado la desconfianza de los falsos celosos de su siglo por haber él mismo, con las mismas intenciones que Pablo, articulado la palabra de la revolución, prometiendo con ella una *sabia libertad*.

«Las bocas sacrilegas acusaron entonces á Pablo de ser un factor de heregias; y las bocas igualmente sacrilegas han acusado á Pio IX de ser un factor de revoluciones. Pablo, en su tiempo pasó casi por un luterano; Pio, á los ojos de algunos de sus contemporáneos, es casi un demagogo.

«Pero que importa! Pio IX podrá ser impugnado, calumniado, afligido, el bien no se hace sino con esta condicion. La persecucion es la prueba y el sello de la verdadera grandeza, como la humillacion lo es de la verdadera gloria. Pero al fin triunfará, y la historia imparcial que ha vengado á Pablo, vengará tambien á Pio IX; é inscribirá su nombre entre los de los Soberanos Pontífices que han merecido bien de la religion y de la humanidad.

No os dejéis pues, ó Romanos! engañar ó seducir por los clamores de un celo ignorante ó hipócrita, y no ceséis de prodigar vuestras alabanzas á nuestro buen Soberano y Padre, de depositar en él toda vuestra con-

fianza, de animarlo con vuestra docilidad, con vuestra adhesion, con vuestro amor, y de haceros cada vez mas digno de él.

«Una sola cosa, el gran amor que os profeso, me obliga á deciros que al mostraros buenos ciudadanos y subditos adictos y fieles, os acordeis tambien de ser verdaderos cristianos. Ciertamente en el año que ha pasado, habeis sido admirables, grandes, sublimes. La sabiduria de vuestro amor por el orden, la constancia de vuestra adhesion acia el benevolo principe que os gobierna, os han conciliado el respeto de vuestros enemigos, y el aprecio y admiracion del mundo.»

«Pero no olvidéis que vuestros enemigos os acusan de aplaudir en la persona de Pio IX, mas bien que á un santo pontífice, á un principe liberal; que aseguran que vuestras demostraciones de amor son provocadas mas bien por sentimientos revolucionarios que por un espíritu de religion. Creo, estoy profundamente convencido de que esta acusacion es una falsedad, una calumnia. Sé que el amor del principe y el de el Pontífice, el amor de la libertad y el de la religion, estan unidos en vuestro noble corazón, su confunden y no forman mas que un solo y único amor. Pero no basta que yo lo sepa; esos nobles sentimientos que os caracterizan, los solos dignos de un corazón romano, es preciso que los manifestéis, que los confeséis en voz alta, de manera que confundan á la calumnia mas desvergonzada. Es necesario que todas vuestras demostraciones políticas tengan un vivo matiz de religion. Me agrada oírlos gritar con tanta frecuencia y entusias-

mo: *Viva el Papa! viva el Vicario de Jesu-Cristo! viva la Iglesia!* Persuadidos de que todo el bien que habeis gozado desde el advenimiento de Pio, y el que aun aguardais con razon, no lo habeis recibido de Pio como Mastai, sino de Pio como sacerdote y sobre todo como Pontifice. Pio, Soberano secular, se hubiera conducido quizá de otra manera. Si se ha anticipado á vuestros legitimos deseos para satisfacerlos, si ha previsto vuestras miserias para aliviarlas, consiste en que es Soberano eclesiastico, y como tal, está obligado de una manera especial, por este caracter augusto de que se halla revestido, á dar ejemplos de la caridad y de la justicia evangelicas, de que es el guardian y el interprete.»

»Asi pues, deudores, como le sois de vuestro bien presente y futuro por la influencia del espiritu católico, de la caridad y de la jutzicia con que Pio os gobierna, no debeis separar al Pontifice del Soberano, la ley civil de la ley evangelica, la politica de la religion. Ah! os lo he dicho ya y no me cansaré de repetiroslo, no hay nada mas insensato y al mismo tiempo mas funesto, que proclamar los derechos del hombre hollando los derechos de Dios, que establecer la libertad sobre las ruinas de la religion, hacer leyes bajo la influencia de las pasiones y la inspiracion del sacrilegio. Os lo he dicho ya y no me cansaré de deciroslo, quien dice libertad sin religion pronuncia una palabra infernal. La libertad sin la religion es la anarquia. La religion es el aroma que impide á la libertad el corromperse. Ninguna institucion politica puede ser util, ni duradera, si la

religion no la cimenta, no la consagra y no la toma bajo la egida de su proteccion divina.

»Estas maximas, os lo repito, sé que están grabadas en vuestro espiritu y en vuestro corazon, la benevolencia con que las escuchais lo demuestra claramente. Pero quisiera que dieseis de ello una prueba mas evidente aun al mundo cristiano, que fija sus miradas en vosotros con tanta sollicitud y tanto amor. Desearia que á las armas paganas con que habeis acostumbrado á caracterizar á vuestra Roma, quisieseis con un movimiento espontaneo que no podria menos de ser aprobado por la autoridad, sustituir las con armas cristianas.

»Y en efecto, las actuales armas de Roma: *una loba alimentando á dos gemelos*, son armas demasiado frias, demasiado prosaicas, demasiado ineptas, y que nada dicen al corazon, ó, si algo le dicen, no es nada generoso, nada grande. Digo mas: la loba no recuerda mas que una cortesana: los gemelos no recuerdan mas que á dos hermanos rivales de los cuales el uno ha empapado sus manos en la sangre del otro. Ahora bien es honroso para una ciudad, para un pueblo hacer alusion á semejante origen? Son armas gloriosas aquellas que no recuerdan mas que la prostitucion y el fratricidio?

»Y por otra parte, vosotros, Romanos modernos, no existis solamente porque la sangre de los antiguos Romanos circule por vuestras venas, y porque su generosidad, su valor, animan vuestros corazones. Si no hubieseis tenido un titulo mas elevado de nobleza, vosotros tambien, como los demas pueblos paganos

que habitaron las ciudades mas celebres de la antigüedad, hubieseis sido aniquilados, y sobre este suelo privilegiado donde tantos milagros del arte escitan la atencion y el entusiasmo del mundo, se verian pacer los rebaños.

»Roma moderna no existe sino porque Pedro y Pablo, desde el instante en que establecieron en ella el trono de la verdadera religion, la han sostenido milagrosamente, Roma moderna no existe sino porque dos Soberanos Pontifices, S. Leon y S. Gregorio, la han salvado, el uno de la crueldad de Atila, y el otro del furor de Genserico. Roma moderna no existe sino porque su suelo, lo mismo que su pueblo, lavados purificados, santificados, consagrados, regenerados por el bautismo de sangre de un millon de martires, se elevaron á una vida nueva, formaron una nueva ciudad y un pueblo nuevo. Vosotros descendéis de estos primeros heroes cristianos que el apostol S. Pedro ha llamado: *la nacion santa, el real sacerdocio, el pueblo de la conquista. — Gens sancta, regale sacerdotium, populus acquisitionis.* Vosotros no sois la raza fabulosa de Quirinus, sino la gloriosa descendencia de Jesu-cristo.»

»Así pues las armas de la Roma pagana, que no exista sino en sus ruinas, no convienen ya, no se adoptan á la Roma cristiana, cuyo origen data del cristianismo. Las armas de la moderna Roma deben recordar aquel nuevo y divino origen, el solo que la hace inmortal, y eterna. En el siglo XIX, en el siglo que va en busca de lo positivo, de lo real, de lo verdadero, pretender relevar el sentimiento popular con tradiciones vergonzosas ó fabulosas, dando un mentis á las que son santas y verdaderas; querer regenerar á un pueblo con recuerdos de una civilizacion muerta y que no puede ya revivir, no es una pretension ridicula, una locura; un absurdo, una inconsecuencia?»

—301—

»Cuando una era nueva empieza para un pueblo, las nuevas ideas que aquel pueblo tiene en su imaginacion, que abraza y que se propone desenvolver, deben manifestarse en sus emblemas. Ahora bien, como vosotros no querreis ni una region servil, ni una libertad sin creencias; como querreis retener el deposito del cristianismo, y adquirir el pleno goce de los derechos civiles y politicos; como estareis decididos á no separar la verdadera libertad, de la verdadera religion, ni la verdadera religion de la verdadera libertad, he aqui las nuevas armas particulares de Roma, he aqui el nuevo emblema que os propongo para sustituir al antiguo.»

»En un escudo, cuya mitad inferior estará rodeada de trofeos militares de la Roma pagana y la superior de instrumentos del martirio, verdaderos trofeos de la Roma cristiana, se elevará la cruz dominando al globo terrestre. La Religion á la derecha, la libertad á la izquierda, sentadas las dos sobre el globo, con una mano abrazaran el arbol sagrado de donde emanan la fuerza y la virtud, y con el otro se estrecharán ambas en señal de amistad y de paz. A los pies de la Religion estará la imagen del Panteon, el monumento mas grande del paganism que la verdadera religion ha cambiado en monumento cristiano. A los pies de la Libertad estará representado el Coliseo, donde los esclavos eran immolados

al cruel capricho de los hombres libres. Este monumento sangriento de la antigua esclavitud, consagrado al culto de la cruz, ha venido á ser el simbolo de la libertad y de la igualdad cristiana. En medio de la cruz estará la tiara, emblema del Soberano Pontificado, para demostrar, que por medio de los Soberanos Pontifices, han sido establecidas en el mundo la verdadera religion y la verdadera libertad; que por ellos solos, pueden propagarse y sostenerse, asi como la verdadera moral y la verdadera civilización.

»Las nuevas armas de Roma recordarán aquella vision de Constantino, á consecuencia de la cual hizo grabar sobre los estandartes y sobre el Labarum, la cruz que se le habia aparecido en el cielo rodeada de estas palabras: *In hoc signo vinces*, divisa milagrosa á la que debió aquella victoria sobre Licinio y Magencio, que hizo del cristianismo la region legitima del imperio, y comenzó la existencia politica y la grandeza de la Roma cristiana. Con objeto de perpetuar el recuerdo de un acontecimiento tan grande que cambió la faz de Roma y del mundo, al rededor de la cruz de las nuevas armas estarán grabadas estas palabras profeticas: *In hoc signo vinces.*»

»He aqui pues, mis queridos hermanos, mis buenos amigos, el nuevo escudo que debe adoptar Roma en la carrera politico-religiosa en que ha entrado, guiada por su mui amado Soberano y Pontifice. Estas armas servirán para hacer conocer mejor á los estrangeros, y conservar siempre mas vivos en vosotros mismos, los nobles sentimientos que os animan y de que nunca os

separeis, el amor de la verdadera religion y el de la verdadera libertad. Estas armas os dirán siempre que sin la cruz, la religion no es mas que supersticion, y la libertad desorden; que como la religion de la cruz es la sola verdadera, asi tambien la libertad que se agrega á la cruz es la sola santa; ellas os diran que la cruz eleva todo, ennoblece todo, santifica todo, conserva y perfecciona todo lo que se sienta á su sombra. Ellas os diran en fin que la religion y la libertad, estrechamente unidas con un nudo indisoluble al pie de la cruz, y sirviendose mutuamente de sosten y apoyo, gracias á la influencia de la autoridad del Santo Padre y al encanto de vuestro ejemplo, se estenderán mas y mas por el mundo, para hacer refluir en él, el orden, la concordia, la paz y la felicidad.»

» Adoptad pues con transporte tales armas que reúnen tambien todas vuestras ideas, todos vuestros sentimientos, todos nuestros deberes, y que recordando el brillo de vuestra gloria pasada, os procurarán en el porvenir glorias no menos brillantes. No os contenteis con gravar estas armas en el frontispicio de los edificios publicos, en el sello de vuestro consejo municipal, en los cascotes de vuestros soldados, ni en los pliegues de vuestras banderas; imprimidlas en vuestros espíritus y en vuestros corazones, con la confianza de que por la virtud de la cruz, de la religion y de la libertad, reunidas en vuestros estandartes, sereis siempre vencedores: *In hoc signo vinces*. Vosotros vencereis las preocupaciones de una politica estacionaria y las exageraciones de un progreso mal entendido; vosotros ven-

cereis los artificios de la traicion y las imposturas de la hipocresia; vosotros vencereis vuestros enemigos de fuera y á vuestras pasiones de dentro; vosotros vencereis la incredulidad y la supersticion, la debilidad y la fuerza, el despotismo y la anarquía; vencereis como ciudadanos y como cristianos; vencereis en la vida y en la muerte; vencereis en el tiempo y en la eternidad: *In hoc signo vinces!*

El efecto que produjo este discurso fué inmenso. Al dia siguiente, las nuevas armas propuestas por el padre Ventura se vendian en todas las tiendas de estampas. Los periodicos las reproducian acompañandoles comentarios.

Mientras que todo el mundo se ocupaba así de la instalacion y perfeccion de la guardia nacional, el gobernador de Roma y sus nuevos empleados llenaban su deber con el mismo celo que el cardenal Ferretti. Las prensas clandestinas multiplicaban los pasquines alarmantes que se pegaban de noche en las paredes de la ciudad. Monseñor Morandi prohibió que se fijará cualquier escrito que anticipadamente no se hubiera sometido á la censura. La politica dió bien pronto con los culpables cuyas prensas fueron ocupadas. Para facilitar la circulacion y evitar los accidentes que ordinariamente produce el entorpecimiento de las calles publicas, se prohibió á los mercaderes ambulantes que establecieran sus puestos en las aceras. Aquella medida de utilidad publica, tan sencilla y tan justa suscitó una tormenta contra el pro-gobernador. Muchos propietarios que alquilaban, desde hacia muchos años, las fachadas de

sus casas á aquellos comerciantes, se vieron privados de unos beneficios que para algunos ascendian á sumas considerables.

Un noble romano, á quien la ordenanza arrebatava una renta bastante fuerte, fué á quejarse al papa. Pio IX le recibió con su bondad acostumbrada y procuró consolarle; pero viendo que nada conseguia.—Esa ley os hace perder mucho dinero? le preguntó.

—Ah! Santo Padre es una renta de tres mil escudos romanos (57,000 rs.) que me arrebatan de un solo golpe!

—Y desde que época disfrutais tan buen alquiler de la parte de la calle publica que ocupa vuestro palacio?

—Eso es lo que debe llamar mas la atencion de Vuestra Santidad! La primera escritura de arrendamiento data de 1791.

El Papa contó:—Cincuenta y [seis años á 5000 escudos por año, son ciento sesenta y ocho mil escudos que habeis percibido: es una suma considerable!

—Ciertamente, dijo el principe que creia ya leer en el semblante del Papa la promesa de retirar la ordenanza.

—Pues bien! hijo mio, replicó entonces Pio IX, os aconsejo que volvais tranquilamente á vuestra casa, y que no confieis á nadie lo que acabais de decirme. Si la ciudad de Roma supiese la enorme suma que hoy tiene derecho á reclamar de vos, os armaria un proceso, y lo ganaria; porque la acera de vuestra calle es una propiedad municipal. Sed pues prudente! en cuanto á mi, podeis contar con mi discrecion.



CAPITULO TRIGESIMO SEGUNDO.

*El gran rabino judío y el P. Valerga llegan á Roma. — Son recibidos por Pio IX. — Ceremonia en la sinagoga del Ghetto. — El gran rabino imita los establecimientos de la Roma cristiana. — Salas de asilo en el Ghetto. — Consagración del patriarca de Jerusalem por Pio IX. — Maniobras de la embajada francesa. — Veto. — Correspondencia diplomática sobre las capitulaciones de la Francia en Oriente. — La Francia tiene á su favor al Austria y á la Rusia. — Pio IX se apoya en la Inglaterra protestante y en el Sultan. — Arreglo con la Puerta. — Cartas autografas de altos personajes de Francia. — Respuesta del Papa. — Reputación de parsimonia de M. Rossi. Anecdota.*

En aquella época, dos viajeros que venían de Oriente desembarcaron casi al mismo tiempo en las costas de Italia: el uno era el P. Valerga, misionero católico, que hacía diez años predicaba el evangelio en la Persia y en la Armenia; el otro era un Judío de Jerusalem, hombre justo y sabio en la ley de Moises, descendiente de una familia de filósofos y de poetas.

Aquellos dos hombres habían sido enviados á Ro-

ma, el primero para ser consagrado patriarca de Jerusalem y marchar á ejercer cerca de la Puerta el protectorado pontifical convenido con Chékib-Effendi; el segundo, para desempeñar en el Ghetto de Roma las funciones de gran rabino. El uno y el otro parecían destinados por la providencia para estrecharmas y mas los lazos que Pio IX y Abdul-Medjid habían establecido entre el Oriente y el Occidente.

El padre Valerga es un hombre de alta estatura, de andar decidido y rápido; sus facciones regulares recuerdan las medallas antiguas; su barba negra y larga, imprime á su fisonomía, joven aun, un carácter venerable. Así es como la llevaban los sacerdotes de la primitiva Iglesia; así es como los sucesores de los apóstoles en Efeso, en Antioquia y en Jerusalem, marchaban majestuosamente vestidos con un hábito largo y flotante. Al verle, se remonta uno á los gloriosos tiempos de las primeras conquistas de Cristo. Nadie tiene una figura mejor que la suya para representar á la Iglesia en Oriente.

En cuanto á Moises-Israel Kassan, el otro viajero, solo diremos, que en sus grandes ojos vivos, coronados de espesas cejas, en su nariz aguileña y en sus miembros vigorosos como los de los pastores orientales, se descubre uno de las fieles tipos de la raza descendiente del pueblo de Dios. Lleva cubierta la cabeza con un turbante, y va vestido con una túnica de seda morada cubierta con una capa negra de echura árabe.

Pio IX había llamado al padre Valerga para investirle con la nueva dignidad que iba á crear, y había

provocado la llegada de Moises-Israel Kassan permitiendo á los judios de Roma que llenaran la larga vacante de doce años, que las preocupaciones de Gregorio XVI habian impuesto á su sinagoga.

Al dia siguiente de su llegada, los dos viajeros se presentaron en el Quirinal, el uno para recibir ordenes de su gefe espiritual, el otro para rendir á su nuevo soberano el homenaje de su fidelidad y de su reconocimiento. Pio IX recibió á ambos con un lenguaje y unos sentimientos muy diferentes, sin duda, pero con la misma benevolencia. Al sacerdote catolico le encargó que se preparara por medio de la oracion y del recogimiento á la funcion importante de que iba á ser revestido. Al Judio, le recordó que los Judios romanos eran subditos de la Santa Sede, y le recomendó que los velará con la mas tierna solicitud.

Al salir de aquella audiencia, Moises-Israel Kassan fué á tomar posesion de la sinagoga del Ghetto. Un inmenso concurso de israelitas de Roma y de las provincias le esperaba allí: el templo habia sido decorado de nuevo para aquella ceremonia; y Kassan el poeta, el hombre de la tradicion biblica, habia, como Moises, como Isaías y como Simeon, compuesto un cantico y hecho una plegaria.

Aquel cantico, cuya traduccion no podria reproducir las bellezas poeticas, razon por que no lo insertamos, estaba compuesto en lengua hebrea, hablada hoy solamente por los sabios judios; pero un miembro de la comunidad del Ghetto habia hecho una traduccion que se repartió entre los circunstantes, de suerte que

todos pudieron seguir y comprender las palabras del gran rabino.

Kassan demostró á los israelitas que era tan recomendable por sus virtudes como por su inspiracion religiosa y poetica. El Ghetto vió, por sus cuidados, abrirse numerosas escuelas nocturnas, donde mas de doscientos adultos pudieron aprender á leer, á escribir, y á conocer los principios de su religion. El gran rabino sepuso tambien á estudiar todas las instituciones caritativas de la Roma cristiana á fin de introducirlas en la Roma judia. El Ghetto tuvo salas de asilo y casas para alimentar á los niños abandonados.

Mientras pasaban todas estas cosas en el cuartel judio, una ceremonia imponente y tierna á la vez se preparaba en la capilla Paulina. Pio IX iba á consagrar con sus propias manos al patriarca de Jerusalem. Era una manera digna de responder á las objeciones de todos géneros que el gabinete francés multiplicaba por medio de su embajador, desde que habia traslucido el resultado de la conferencia de Chékib y el Papa. La Francia habia prevenido al Austria y á la Rusia del peligro que amenazaba á su protectorado de las provincias danubianas y de la Arminia; y apoyado por estas dos potencias M. Rossi se presentó en el Quirinal, armado del veto francés.

El derecho que la Puerta pretendia conceder á la Santa Sede, decia, estaba reservado exclusivamente á la Francia por capitulaciones mas antiguas y mas autenticas. La Francia habia pagado aquellas capitulaciones á precio de la sangre de sus caballeros y de sus solda-

dos; era una parte de su historia, una de sus glorias nacionales, que no podia, que no debia ni queria abandonar á ningun precio.

La corte de Roma respondia que las capitulaciones habian sido rotas en 1840; que la separacion de los drusos y de los Maronitas, probaban que el gabinete francés no tenia ya en Oriente el poder de un protector, que habia concluido el protectorado. Se citaban las propias palabras de M. Guizot, justificando la impotencia del gobierno ante las Cámaras, por la razon de que desde S. Luis y Luis XIV, los tiempos y la situacion respectiva de las naciones europeas habian cambiado.

Estaban contra el Papa en aquella lucha, la Francia, el Austria y la Rusia. El gabinete de S. James, que observaba con una secreta satisfaccion todas las faltas de la diplomacia francesa, se colocó al lado de Pio IX. Le hizo saber oficialmente que entraba en sus miras y que le socorreria en caso de necesidad. Cosa estraña! se vió entonces al gefe de la religion catolica, en una cuestion que no tenia relacion sino con los intereses de la Iglesia, atacado por dos potencias ortodoxas, y apoyado y defendido en sus pretensiones por la Inglaterra protestante y por el Sultan mahometano.

Pio IX, sin dejarse intimidar por las reclamaciones del Conde Rossi, se ocupó, ante todo, en hacer una buena eleccion para la alta dignidad que iba á establecer. Despues de diez años que el padre Valerga recorria la Siria, la Armenia y la persia, habia tenido tiempo de familiarizarse con los idiomas y las costumbres de Oriente. Conocia las necesidades y los intereses de los

cristianos de aquellas lejanas comarcas; por las relaciones que habia enviado á Roma se conocia su espiritu conciliador, y su buen sentido elevado y practico.

El Papa, una vez asegurado del caracter y de los méritos apostolicos de su representante, consintió en que no tomase ni aun el titulo de legado, y que no fuese acreditado cerca de la Puerta sino con el titulo de Patriarca. En virtud de esta cualidad, tenia, como todos los obispos catolicos de los Estados musulmanes, el derecho de jurisdiccion civil sobre los fieles de su provincia. Satisfizo tanto á Abdul-Medjid aquel arreglo, que ofreció dotar al nuevo Patriarca con una buena pensión; pero el Papa creyó que no la debia aceptar, por no poner á su enviado bajo la dependencia de la Puerta.

Aquellas negociaciones tenian lugar entre la corte de Roma y la de Constantinopla sin noticia del gabinete francés y á pesar de las reclamaciones de su embajador. El conde Rossi reprimaba y amenazaba. Pio IX escuchaba, sonreia y ejecutaba. La noticia de todo esto llegó á Paris con la velocidad del rayo. Se encargó al Conde Rossi que impidiera al menos, por todos los medios posibles, que la residencia del patriarca se fijase en Constantinopla. Al mismo tiempo, altos personajes de Francia dirigian al Papa cartas autografas para disculparse en algun modo de lo pasado y echar toda la culpa, de lo que llamaban *una mala inteligencia*, sobre M. Rossi y sobre el nuncio.

En medio de aquellas intrigas diplomaticas el patriarca recibió la santa uncion de manos del mismo Papa

en la capilla Paulina. La ceremonia se celebró con la mayor pompa; los cardenales, los prelados, los príncipes romanos, y los embajadores fueron convidados á ella; el Conde Rossi se hizo notar por su ausencia.

Era esto una manera de protestar contra un hecho ya inevitable, ó queria solamente vengarse de la soledad en que la alta sociedad romana habia dejado á la embajada, el día de la consagracion de los dos nuevos cardenales franceses, Monseñor Girand y Monseñor Dupont? Nunca los bancos reservados de la sala del Consistorio y los salones de la fonda de los Santos Apóstoles habian presentado vacios tan desoladores como en aquella circunstancia. Aseguran que toda la nobleza de Roma se habia puesto de acuerdo. Las invitaciones del Conde Rossi no encontraron á nadie en los palacios; todo el mundo estaba en el campo; solo, entre todas las señoras, la princesa de Canino fue fiel á la cita. La embajada hizo en valde los gastos de la representacion, lo que no habria disgustado poco al dueño de la casa, si aquella clase de dispendios no figurasen bajo el nombre de crédito supletorio en el presupuesto general.

El conde Rossi pasa en efecto por la ilustracion mas arreglada del cuerpo diplomático. Se cuentan con este motivo una porcion de anécdotas; he aquí una de ellas.

El príncipe de Colonna, volviendo una noche de Nápoles encontró la entrada y escalera de su casa, de la que el embajador de Francia tiene alquilada la mitad, tan oscura como boca de lobo. Preguntó al suizo de la legacion porque habian apagado tan temprano los faroles.

—Excelencia, no se puede apagar mas que lo que se ha encendido.... Pero la embajada no enciende nunca.

Puesto que él es así, replicó Colonna, como yo no quiero que mis amigos se rompan la cabeza cuando vengán á visitarme, propon de mi parte á tu señor que pagaremos á medias los gastos del alumbrado!

Pagar á medias los gastos del alumbrado! exclamó el conde Rossi, cuando le hicieron la proposicion; la embajada no recibe á nadie! Si el príncipe tiene amigos que le visiten de noche, que la alumbre él solo.

Aquel ultimatum llenó al príncipe de tal indignacion, que resolvió no volver á pasar por aquel vestibulo, y se mandó hacer una nueva escalera que conduce únicamente á su aposento y que ilumina magníficamente.

CAPITULO TRIGESIMO TERCERO

*Pio IX, la Italia y el Austria.*—Efecto de la ocupación de Ferrara.—La agitación legal.—Manifestaciones en Florencia y Luca.—Los dos soberanos entran en la vía de las reformas.—Las dos ciudades se visitan.—Iluminación en el camino de hierro.—Guardia nacional toscana.—Gran fiesta de la independencia italiana en Florencia.—Pio IX en Sta. Maria del Pueblo.—Ovación.—El conde Mamiani.—Banquetes del círculo romano.—Disputa.—Discurso de Cicirucchio.—Aventura del café DELL'CONVERTITO.—El busto del Papa.—Espedición del Capo popolo y sus consecuencias.—Nápoles y Turin.—El Papa en la abadía de Subiaco.—Carlos Alberto entra en la política de las reformas.—Los Austriacos desanimados consienten en salir de Ferrara.—Firmeza y habilidad del Papa.

El gabinete de Viena, ocupando á Ferrara, habia esperado poner termino á las reformas liberales de Pio IX, ó cuando menos circunscribir aquellas reformas é impedir á los Estados vecinos que las imitaran, teniendo suspendida sobre sus gobiernos y sobre sus pueblos la amenaza de una intervencion. La actitud firme de

Pio IX y sus protestas energicas, influyeron mas en las imaginaciones italianas que las bayonetas del Austria. Comprendieron que la regeneracion de los Estados romanos era una cosa sagrada, inatacable: que tarde ó temprano los Estados vecinos obtendrian las instituciones que Pio IX realizaba por su plena y libre autoridad; que para ser fuerte bastaba alistarse bajo su bandera, y adoptar el nuevo sistema de propaganda popular: la agitación legal.

El lenguaje que usaron los representantes de la Santa Sede en Nápoles, en Florencia y en Turin, tuvo por objeto hacer ver á los Soberanos de aquellos Estados que el Papa hacia de la política en que habia entrado un caso de conciencia; que no estaba en el poder de nadie hacersela cambiar, bajo pretexto de que aquella política podia suscitar embarazos á los gobiernos vecinos; que no tenian por esto que adoptarla, lo que por otra parte consolidaria su autoridad dentro de sus dominios por los nuevos lazos de simpatía y de reconocimiento que se formarían entre sus subditos y ellos y su independencia fuera por la fuerza moral y material que daría á la península entera la unidad de miras y de tendencias y la homogeneidad de las instituciones.

Estos razonamientos tan sensatos hallaron desde luego prevenidos los animos. Era necesario triunfar de terrores tradicionales, de preocupaciones de castas y de dinastías. Los enviados de la Santa Sede no obtuvieron mas que promesas vagas para un porvenir lejano hasta el momento en que el panegerista de O' Connell predicó osadamente á las poblaciones italianas la agi-

tacion legal, la agitacion amorosa. Entonces las manifestaciones populares vinieron á fortificar en Toscana en Luca y en Cerdeña, la política de la Santa Sede y el language de sus nuncios. Los principes no dieron ya un paso sin ir acompañados de bravos y exclamaciones á las que se mezclaba el nombre de Pio IX! medio inocente de manifestarles las esperanzas y los votos del pueblo. Cuando las poblaciones supieron la noticia de la ocupacion de Ferrara pidieron en masa ir allá á sostener la independenciam italiana. El rey de Cerdeña manifestó á Pio IX sus simpatias; el gran duque de Toscana se acordó de que era italiano de nacimiento; Luca siguió tambien el torrente. La corte de Viena precipitó asi por su violencia el movimiento que queria impedir.

El gran duque de Toscana fué el primero que adoptó la política popular del Papa. El 4 de Setiembre, despues de una manifestacion llena de dignidad y de mesura, dió á sus subditos instituciones analogas á las de Roma.

Los habitantes de Luca no consiguieron del primer golpe tanta felicidad. Los gefes de un movimiento popular semejante al de Florencia fueron apresados por los agentes de la policia y encerrados en los calabozos de Viareggio. Al dia siguiente se esparció el rumor de que habian sido puestos en libertad, y la multitud se dirigió á aquel punto. Cuando llegaba al puente de S. Pedro, y en el momento en que el principe heredero volvia de paseo, supieron qu aquella noticia era falsa. Al instante rodearon al principe y se formaron en columna para acompañarle gritando Viva Pio IX!

viva el principe! Libertad á los prisioneros! En vano arrancaron los caballos á golpes; los gritos perseguian el carruaje; las ventanas se abrían, y millares de voces salian de las casas pidiendo justicia y libertad.

Por la tarde se puso á la tropa sobre las armas, y numerosas patrullas recorrieron las calles toda la noche. El pueblo permaneció calmado y grave. Al dia siguiente, el ministro presidente del consejo y los principales empleados presentaron su dimision al gran duque retirado en su villa de S. Martino, En fin, una diputacion acompañada de gran parte de la ciudad, fué á manifestar al principe los votos de su pueblo; no resistió mas y concedió todas las reformas solicitados en un *motu proprio*, cuyo preambulo es digno de conservarse, porque manifiesta la influencia que la conducta política seguida por el Papa ejercia hasta en el estilo de los soberanos vecinos. He aqui el preambulo:

»Nos, Carlos Luis de Borbon etc.. á nuestros muy amados subditos:

»Queriendo reinar sobre vosotros, no por el temor, sino por el amor, no por la fuerza, sino por los beneficios, os abrimos nuestro paternal corazon. Estamos dispuestos á examinar lo mas pronto posible todo lo que pueda concurrir á vuestro bien, y á daros instituciones semejantes á las que da en este momento el gobierno vecino de la Toscana, á fin de haceros gozar de las ventajas que puedan resultar de ellas. En su consecuencia, os anunciamos que hemos instituido la guardia nacional, cuya existencia ha llegado á ser necesaria para el reposo público, y que ya hemos dado las

ordenes oportunas á nuestro consejo de Estado, que se halla animado de los mejores sentimientos, á fin de que nos proponga, con la mas activa solicitud todas las reformas capaces de satisfacer nuestros justos deseos, y de calmar la ardiente impaciencia en que estamos de haceros felices para el presente, y para el porvenir.»

«Tened pues confianza en vuestro Padre y soberano que quiere sinceramente vuestro bien, y que no se aconsejará sino por aquellos de vuestros conciudadanos que merezcan vuestro aprecio y eleccion.»

Nada bastaria á dar una idea de la alegría y entusiasmo que aquellos primeros sucesos de Pio IX fuera de sus Estados, causaron en Italia. Los habitantes de Pisa, Liorna y Florencia, gracias á sus caminos de hierro, pudieron transportarse inmediatamente á Luca. Los convoyes partian con la música á la cabeza y la bandera papal enarbolada en el primer vvagon. Las gentes del campo, atraídas por el ruido de la música militar á los caminos de hierro, se santiguaban piadosamente al ver pasar aquel estandarte de salvacion que habia venido á ser el emblema de la libertad y de la nacionalidad italianas. Cuando los viajeros echaban pié á tierra al llegar á las estaciones principales, se colocaban en pelotones y atravesaban las aldeas y las ciudades cantando el himno de Pio IX; en todas partes eran saludados con aclamaciones freneticas; las señoras agitaban sus pañuelos, los soldados elevaban sus chocós sobre las puntas de sus bayonetas ó de sus sables. El convoy fué recibido en Luca al estruendo del cañon y al ruido de las campanas; toda la ciudad se hallaba

en el desembarcadero. Aquella inmensa multitud desfiló bajo las ventanas del palacio; por la noche las señoras de Luca quisieron llevar ellas mismas las banderas aliadas en la procesion que volvió á acompañar á los viajeros al camino de hierro. Los convoyes no partieron hasta muy entrada la noche: se habian adornado los trenes con faroles de colores, asi es que llamó mucho la atención aquel espectáculo nuevo de una iluminacion corriendo á todo vapor por medio de los campos.

En Florencia, la institucion de la guardia nacional dió lugar á una fiesta magnifica: el pueblo, formado en columnas regulares, se dirigió con el mayor orden al Palacio Pitti. Detras de los Toscanos iban los Lombardos, los Romanos, los Luquenses los Sardos y los Modenenses colocados bajo sus banderas respectivas. Todas las provincias y todas las ciudades de Italia estaban representadas en aquella inmensa procesion. Napoles solamente no tuvo alli cabida. Algunos Napolitanos, habian querido llevar su bandera nacional; pero la tenian cubierta con un crespon negro en señal del duelo que pesaba entonces sobre su patria, se rehusó admitirlos, con el objeto de no entristecer aquel dia de jubilo. Detras de los Italianos iban los extranjeros, Franceses, Ingleses, Griegos, Prusianos, Americanos, etc. A cada nueva bandera que aparecia, resonaba en la plaza una nueva salva de aplausos; millares de espectadores se habian colocado en las ventanas, en los balcones, en las azoteas y hasta en los tejados. Parecia que las casas se iban á desplomar bajo los esfuerzos de todos aquellos brazos que se agitaban, de todas aquellas manos que aplau-

dian, de todas aquellas voces que entonaban á la vez el himno de Pio IX cuando apareció la bandera pontifical. El cortejo empleó hora y media en colocarse; el Gran Duque apareció entonces en su balcon rodeado de su familia: en lugar del uniforme austriaco que siempre usaba, vestia el traje toscano y tenia en la mano la bandera de Florencia. Aquel cambio acabó de trastornar todas las cabezas: los gritos y los vivas al Gran Duque, al Papa, á la Independencia Italiana y á la unidad nacional, se aumentaron, se mezclaron y se convirtieron en una verdadera tempestad de voces humanas. Del Palacio Pitti, la multitud se dirigió á casa del nuncio de Su Santidad, á la embajada de Cerdeña, á los diferentes cuarteles de tropa de linea, y por ultimo al Ghetto. Á ejemplo de Roma querian sofocar todas las antipatias, estirpar todas las preocupaciones. La divisa de aquel dia era. *La discordia ha perdido á la Italia, como la union la salva y la regenera!*

La noticia de aquella imponente manifestacion popular llegó á Roma la tarde del 7 de Setiembre en el momento en que una parte de la poblacion trabajaba en adornar la plaza del pueblo, para el transito del Papa á Santa Maria que debia tener lugar al dia siguiente. Al instante se suspendieron los trabajos, para que todos pudieran ir á sus cuarteles á divulgar la noticia. En adelante los Romanos no estaban solos contra el Austria: tenian de su parte á Luca, la Toscana, y quien sabia si la Italia entera marcharia con ellos! Gritos de Viva la Independencia Italiana! resonaron espontaneamente á aquella idea; se formaron grupos al rededor de

algunas banderas luquenses y florentinas, y la multitud se dirigió á las casas del encargado de negocios de Toscana, del representante de Luca y del de Cerdeña que se vieron obligados á presentarse en los balcones para responder á las felicitaciones de la muchedumbre.

Al dia siguiente 8, el Soberano Pontifice tenia que ir á Santa Maria del Pueblo. Todas las calles por donde debia pasar estaban magnificamente adornadas; colgaduras, banderas, inscripciones y flores cubrian las fachadas de las casas. En la plaza del pueblo, en el lugar mismo en que se elevaba el año anterior el magnifico arco de triunfo, obra de Cicirucchio y de sus compañeros, estaba colocada la estatua colossal de Pio IX, que habia sido trasportada allí el 11 de Julio. El Papa apareció. En su semblante se leia la satisfaccion que le causaban los cambios sobrevenidos en Toscana y Luca. Atravesó el Corso en medio de los aplausos frenéticos de una multitud compacta. Despues de la ceremonia religiosa, el Papa tomó asiento en un trono que se habia colocado á la izquierda de la plaza enfrente del paseo construido y plantado durante la ocupacion francesa. Al otro lado de la plaza, el vasto anfiteatro del Monte-Piucio desaparecia bajo una muchedumbre cuyos pañuelos, sombreros y cabezas se agitaban á la vez, y cuyas voces se confundian en una sola. En el momento de la bendicion el silencio mas profundo sucedió como de costumbre á aquel tumulto. Pio IX tomó en seguida el camino del Quirinal, á donde Roma le acompañó para pedirle una segunda bendicion.



Los días siguientes se sucedieron los banquetes y los regocijos de todas especies. El círculo romano imitó de nuevo á Cicirucchio á que asistiera á una comida que daba al Conde Mamiani, desterrado del reino. Aquel noble romano rehusaba aun someterse á las condiciones de la amnistia; no habia pedido mas que el permiso de pasar algun tiempo en su patria, y Pio IX no habia encontrado dificultad alguna en concedérselo.

—Y bien! hijo mio, le habia dicho el Papa, quereis pues continuar siendo rebelde con sentimiento de ambos?

—Santo Padre, mi corazon os es adicto; amo, venero, admiro vuestra persona. Pero mi palabra seria á mis ojos mas que un compromiso de no turbar el orden; permitidme esperar los acontecimientos antes de darosla.

—Que Dios os ilumine, respondió el Papa; cuando os conduzca hacia mí, los brazos de vuestro soberano se abrirán para recibiros.

Al fin del banquete se suscitó una disputa entre Orioli y Sterbini, los principales redactores de la *Bilancia* y del *Contemporáneo*, se dirigieron palabras bastante agrias, y las personalidades iban á convertirse en amenazas, cuando el Capo popolo se levantó y pidió la palabra:

—Señores, dijo, yo tambien he dado comidas, y comidas de dos ó tres mil *chaquetas*. Todos eramos siempre obreros y artesanos de oficios y de intereses opuestos. Se disputaba tranquilamente, cada uno ha-

cia valer sus razones, pero sin violencia, con la dignidad que los hombres se deben entre sí. Y vosotros, marqueses, principes, banqueros, abogados y sabios, no podeis sentaros quinientos á la misma mesa sin injuriaros y amenazaros! Buen ejemplo dais al pueblo!! Aquel discurso pronunciado con una voz de trueno, con la franqueza y la rudeza del hombre de pueblo, calmó súbitamente todos los ánimos. La leccion sacó los colores al rostro á mas de una persona pero todos la encontraron provechosa.

Florenca no tardó en enviar á algunos de sus guardias nacionales á fraternizar con la guardia cívica de Roma. La presencia de aquellos enviados ocasionó en uno de los cafés del Corso una escena bastante original. Un guardia nacional de Roma y otro de Florenca entraron en el café *dell Convertito*, seguidos de una porcion de gente atraida por la novedad del uniforme. El dueño del café pasaba por ser adicto al partido de los oscurantistas. El hecho es que la mayor parte de sus parroquianos, entre los que figuraba el embajador francés, pertenecian á aquel partido. Queriendo mantener sin duda el buen nombre de su establecimiento, y temiendo que tras de la curiosidad siguiese alguna manifestacion liberal, suplicó á los dos guardias nacionales y á la multitud que fueran á fraternizar á otra parte. Mariani, tal es su nombre, estaba en su casa y fué preciso ceder. Los dos soldados ciudadanos y sus nuevos amigos no tubieron que ir muy lejos para encontrar asilo, la tienda del barbero de enfrente estaba abierta, y entraron en ella murmurando de la

inhospitalidad del dueño del café. Sus quejas fueron oídas. Un hombre del pueblo fué corriendo á avisar á Cicirucchio lo que pasaba.

—Ah! dijo el Capo popolo, Mariani no se contenta con abrir su café á los oscurantistas, sino que además se lo cierra á los guardias nacionales y á los amigos del Papa! Está bien! ahora veremos! y llevando consigo á una docena de hombres del pueblo, se presentó al instante en el *Convertito*. El busto de Pio IX adornaba una de las consolas del establecimiento. Angelo hizo señas á dos hombres de los que le acompañaban para que se apoderase de él, y arrojando tres piastras, el doble del precio de la escultura, sobre el mostrador. —Te quito este busto, le dijo, porque no puede permanecer en tu casa! El que á echado á los hijos no es digno de tener en su casa la imagen del padre! En seguida se retiró con sus amigos que llevaron el busto al cuerpo de guardia mas inmediato. La noticia de aquella singular expedición se esparció al momento por la ciudad, y desde aquel mismo dia, el café estuvo desierto. Nadie se atrevia á entrar en él por temor de pasar por oscurantista. Toda la noche estuvo el Corso lleno de personas que al pasar dirigian al infortunado Mariani chiflas y sarcasmos. Si algun extranjero, ignorante de la aventura del dia, acertaba á entrar y sentarse á una mesa, redoblaban los silvidos y los gritos de *al oscurantista!* resonaban sin cesar, y antes de que los mozos hubiesen servido el chocolate ó los helados pedidos, la tempestad de que el consumidor era objeto le hacia desaparecer, y los refrescos

encontraban la plaza vacia. Mariani comprendió que estaba perdido.

Confuso, desesperado y no sabiendo que hacer, cerró el café dos horas antes de lo que tenia de costumbre y fué á aconsejarse de sus amigos. Es preciso que veais á Cicirucchio, le dijeron, y que le supliqueis que aplaque la tempestad popular que contra vos se ha levantado, y que despues de todo habeis merecido. Mariani se presentó en la casa del Capo popolo.

—Que debo hacer, le dijo, para recobrar el busto de Pio IX?

—Es preciso hacer acto de buen ciudadano, le respondió Brunetti.

—Y como?

—Enviando cincuenta piastras á la caja de equipos de la guardia nacional, á quien habeis ultrajado, cambiando la muestra de vuestro *café dell Convertito* por la *del Progreso*, y jurando dejar entrar libremente en él á todos los ciudadanos, sin distincion de clases ni de partidos. A este precio prometo reconciliaros con el pueblo, y obligarle á que os devuelva el busto del Papa.

Al dia siguiente envió Mariani al Capo popolo un recibo de cincuenta piastras firmado por el cajero de la comision de equipo de la guardia civica; y encima de la puerta principal de su café, en lugar de la antigua inscripcion, se leian sobre una muestra gigantesca estas palabras grabadas con letras de oro sobre fondo blanco: *Caffè del Progreso*.

En la noche de aquel mismo dia, la imagen de

Papa, coronada de flores, y escoltada de mas de mil personas y de un piquete de la guardia nacional, volvió á ser colocada sobre la consola del café. Los salones de Mariani estuvieron llenos toda la noche, y millares de brindis tubieron lugar en ellos á la salud del *recien convertido*. Así terminó por una fiesta, un acontecimiento que en cualquier otro país, hubiera podido ocasionar un desórden. El pueblo, aunque indignado, no habia lanzado una piedra, ni habia roto un vidrio siquiera; se habia contentado simplemente con apoderarse del busto del Soberano.

Mariani ha confesado que el extraordinario consumo de aquella noche y de las que le siguieron le reembolsó largamente de las cincuenta piastras que habia dado á la caja de equipos, y de los gastos de la nueva muestra.

Poco tiempo despues de la visita que los Toscanos habian hecho á los habitantes de Luca, sobrevino la abdicacion de Luis Carlos de Borbon en favor de Leopoldo; Luca con este motivo se encontró unida á Florencia. La causa de la Italia central, estaba ganada; pero lo mas difícil, lo mas importante quedaba que hacer en las dos estremidades de la peninsula. Nápoles habia servido siempre ostensiblemente á los proyectos del Austria, y Turin hacia mucho tiempo que guardaba una neutralidad dudosa sobre todas las cuestiones italianas. Alistados aquellos dos reinos á la causa de Pio IX, podia asegurarse que la unidad y la independencianacional estaban conquistadas, pero el Soberano Pontifice reconocia tanta falta de voluntad del lado de

Nápoles, como dudas y vacilaciones del de Turin. Animosos é impacientes los liberales de Sicilia y de la Calabria habian tomado las armas en el momento en que Florencia y Luca entraban pacificamente en la política de Roma, y aquella precipitacion habia ocasionado nuevos embarazos.

El gobierno napolitano, exasperado hasta la crueldad, ponía á precio las cabezas de los rebeldes, los hacia fusilar por bandas, y respondía á los mensajeros del Soberano Pontifice, que la revolucion era obra suya. El Conde Pedro Ferretti, hermano del cardenal ministro, y el conde Mastai, sobrino del Papa, habian sido encargados en varias ocasiones de ir á catequizar al rey de las Dos Sicilias, pero siempre habian salido mal de su mision. Fernando no queria oír nada mientras durase la revolucion. El Papa se esforzaba en hacerla cesar por todos los medios que tenia en su mano. Recomendaba á los obispos que predicaran la sumision y la paz; suplicando al Soberano, en nombre de Dios, que economizara el derramamiento de sangre y exhortando á los súbditos á la fidelidad y obediencia de su Soberano.

Pio IX aprovechó la ocasion de predicar estas doctrinas á los súbditos de Fernando en su viage á la abadia de Subiaceo, que se habia reservado á sí mismo con el objeto de aplicar las considerables rentas de ella á mejorar las clases populares. Los caminos que conducen á aquella abadia, situada en los limites meridionales de los Estados de la Iglesia, estaban cubiertos de napolitanos, cuando el Papa fué á tomar pose-

sion de ella en cualidad de abad. El entusiasmo de aquellos montañeses groseros fué tal, á la vista del Papa, que en el momento en que montó á caballo para subir á la colina escarpada en que está edificado el convento, el mayor número de ellos se arrojó al suelo á través del camino para que caminase sobre ellos; pero como Pío IX se detuviese para no pisar aquel pavimento de carne humana, uno de ellos, tomó al caballo por la brida y quiso obligarle á avanzar. Fué preciso que el Pontífice demostrase á aquellas pobres gentes que degradaban su dignidad de hombres, y que lo que hacían era una cosa detestable á los ojos de Dios, para decidirlos á que se levantaran. Todo el tiempo que duró la viajata, Pío IX no cesó de predicarles la paciencia y la moderación; hizo que se le presentaran los principales de entre ellos, y los empeñó á emplear toda su influencia en el sosten de la tranquilidad de sus provincias. Es probable que las poblaciones de las fronteras septentrionales del reino, deban á aquellos saludables consejos la tranquilidad de que han disfrutado en medio de la conflagración general.

Por lo que hacia á la corte de Nápoles era necesario esperarlo todo del tiempo, de la providencia y del ejemplo; quedaba solo la corte de Turin. En ella habia que luchar, si no contra las preocupaciones personales del príncipe, al menos contra las de sus más íntimos consejeros. Por largo tiempo se desesperó de conseguirlo, pero allí al menos, el pueblo secundaba las miras del Soberano Pontífice. Los productos de

los espectáculos, de los conciertos y de las fiestas se destinaban á la guardia civil de los Estados pontificios; se cantaban *Te Deum* en las iglesias para solemnizar los grandes aniversarios de la vida, y del reinado de Pío IX.

Multitud de veces habia sido propagada y desmentida la noticia de la adhesión de Carlos Alberto á la política papal. Debía ir á Génova, según costumbre para inaugurar allí la estación del invierno. Los genoveses, cansados de las tergiversaciones de su soberano, resolvieron, para manifestarle su descontento, salir en masa á las alturas que dominan la rada del lado del sur, mientras que el príncipe hiciera su entrada en medio de las calles desiertas, por la puerta de Turin. De repente se esparce el rumor de que Carlos Alberto va á dar un *mentis solemne* á los que habian dudado de sus sentimientos liberales; y casi en el mismo instante aparece aquel acto de aquella política por el que adhiriéndose al sistema del Papa, el rey de Cerdeña completó en el Norte la unión de los príncipes italianos. Génova y Turin tuvieron también entonces sus días de fiestas, sus testimonios de reconocimiento y de amor, en los que el nombre y la bandera de Pío IX recibieron los primeros aplausos, y los más gloriosos honores.

Tales eran las concesiones que el Austria obtenia de Pío IX por su ocupación de Ferrara, Florencia, Luca y Turin sustraídas tanto como Roma á la influencia extranjera, Nápoles terrorizada y vacilante con su política absoluta; Módena, Parma y Milan aspirando á la

emancipacion y previendo ya el dia de la libertad; hé aqui lo que la injusta agresion del gabinete de Viena, patrocinada y secundada por bajo de cuerda por la Francia, habia conseguido. Entonces, desesperando de su causa, los enemigos de Pio IX, ensayaron otro sistema. Se exageró la importancia y estension de las concesiones hechas por Leopoldo y Carlos Alberto comparándolas con las nuevas instituciones que Roma acababa de recibir de la munificencia pontifical. Aquellos esfuerzos, puestos en práctica sobre todo por la prensa ministerial francesa, no produjeron resultado alguno para los que los intentaron. Las reformas introducidas en Toscana están puramente copiadas de las de Roma, y vamos á mostrar bien pronto, analizando las bases de la municipalidad y de la consulta, que los romanos no tienen nada que envidiar á las naciones constitucionales.

La verdad es que desanimados los Austriacos, no ocupaban ya á Ferrara si no por una falsa vergüenza, hubieran querido para retirarse, obtener la sombra de una concesion, y el papa no queria hacérsela. Antes de los acontecimientos de Luca y de Florencia, el principe de Meternich habia propuesto un programa de reformas, y habia prometido retirar sus tropas si la Santa Sede consentia en conformarse con aquel plan.

—Aceptad, decia el conde Rossi á Pio IX; un programa es una cosa vaga y puede ser facilmente eludido. Aceptad! los austriacos se retirarán al menos. A lo que el Papa respondia con su dulzura acostum-

brada:—Mi programa está hecho; no tengo necesidad ni del suyo ni del vuestro. Que permanezcan en Ferrara todo el tiempo que quieran! no se atreverán á dar un paso mas, y será preciso que tarde ó temprano se vayan de alli.

Esta tranquilidad de espíritu, esta voluntad firme é inalterable en su dulzura, desconcertaban todos los manejos diplomáticos. El Austria concluyó por obligarse á evacuar á Ferrara sin condiciones; retiró en efecto parte de sus tropas, y se limitó á ocupar los puestos principales de la ciudad, aguardando un pretesto cualquiera para abandonarla del todo.

Pero cuando la Toscana abrazó el partido de las reformas, el gabinete de Viena rehusó llevar adelante sus compromisos, echando la culpa de esta ruptura á la Santa Sede. La guarnicion se entregó entonces á toda clase de violencias; muchos súbditos del Papa fueron maltratados, retenidos arbitrariamente en prision. Esperaban precipitar á la Santa Sede á tomar alguna peligrosa determinacion. La actitud digna del cardenal *Ciacchi*, legado de Ferrara, y la sabiduria del Papa, desconcertaron todos aquellos cálculos. Pio IX se limitó á pedir la ejecucion de la promesa de evacuacion sin añadir á ella la menor reclamacion imprudente, pero reservándose exigir una solemne reparacion tan pronto como los austriacos hubiesen entrado en la ciudadela.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO.

*Motu proprio.*—Del senado de Roma y de la consulta de Estado.—Opinion de Pio IX sobre el sistema electoral francés.—Sistema que él adopta.—Condiciones impuestas á los miembros del senado ó cuerpo municipal de Roma.—Categorías.—Condiciones de elegibilidad relativas á la consulta de Estado ó asamblea de los representantes de las provincias.—Elecciones hechas por Pio IX.—Alegria y reconocimiento universales.—Nueva manifestacion mas magnífica que las anteriores.—Las ventanas del Quirinal.—Fiesta nacional de la tropa de linea y de la guardia civica.—Fraternizacion en la Farnesina, sobre el campo de batalla en que Constantino venció á Majencio.—Escena sensible.—Pio IX espectador en el Vaticano.—Denuncia de malversacion en el CONTEMPORÁNEO.—Dicho de Pio IX sobre la prensa.—El autor de los artículos, Paradisi.—Pio IX le felicita y le anima.—Los culpables son castigados.—El principe Torlonia.—Carta del cardenal Ferretti á Paradisi.

Pio IX habia dicho que su programa estaba hecho, y que la presencia de los austriacos en Ferrara no le

importaba nada; probaba esto provocando en el exterior, con su influencia, la liga de los principes italianos, y prosiguiendo en el interior su sistema de reformas. A principios de octubre aparecieron sucesivamente dos *motu proprio*, uno de ellos instituia la municipalidad de Roma, el otro la asamblea de los representantes de las provincias, bajo el nombre de consulta de Estado. Estas dos instituciones, que el cardenal Ferretti habia prometido realizar antes de la conclusion del año, eran esperadas con igual impaciencia por los liberales que por los oscurantistas. Estos últimos creian que el Papa se limitaria á copiar el sistema electoral de los gobiernos representativos de Europa, y se aprestaban á aprovechar las intrigas y turbulencias que necesariamente habria en las elecciones.

Pero Pio IX conocia demasiado bien el estado del pais y los ardides del partido retrógrado, para cometer aquella falta. Si en Roma no habia peligro alguno en reunir á los ciudadanos en colegio electoral y en confiarles la eleccion de sus consejeros municipales ó de sus diputados, no existia la misma seguridad en la Romania, donde las dos opiniones, igualmente exaltadas, se equilibraban; y menos aun existia en las provincias vecinas al reino de Nápoles, donde dominaban los partidarios del absolutismo. Confiar en aquellas localidades, el poder electivo á los colegios electorales hubiera sido suscitar graves desórdenes, proporcionar al Austria un pretexto á sus recriminaciones, y dar en definitiva representantes á las facciones y no

al interes general; y esto era justamente lo contrario de lo que el Papa se habia propuesto. Quería que los miembros de la consulta representasen el interes del país, el bien público. Quería tener cerca de sí hombres de negocios y no retóricos.

Hemos oido á Pio IX hacer la crítica mas sensata del sistema francés de eleccion y de elegibilidad. Resulta en efecto de aquel sistema que una sola clase de ciudadanos se halla representada, ya en los colegios ya en los consejos municipales, ya en la cámara legislativa, y que las otras clases, componiendo la gran mayoría de la nación, no tienen parte alguna en los negocios públicos y se ven obligadas á someterse á la voluntad de una minoría, juez y parte en su propia causa.

Cuando el liberalismo consiste en conceder el derecho de elegir, como un privilegio, á cierto grado de mediana fortuna, la corrupcion debe disponer frecuentemente de los votos, y como la mala fé intrigante que cuenta con mas recursos para llegar al objeto que la clase laboriosa, resulta de aqui que el gobierno de un pueblo, es decir lo que el debería tener de mas esclarecido, de mas noble, de mas adieto, puede ser entregado á los mas bajos intereses, á las prevenciones mas ciegas, y puede llegar á ser la ruina ó el oprobio de una nación.

Pio IX nos hacia observar tambien que en otro tiempo aun cuando la administracion era muy sencilla, como las luces no estaban generalmente esparcidas, habia necesidad de concentrar todos los poderes y aun la discusion de los intereses públicos en los consejos

del soberano; pero que hoy si bien los negocios politico, financieros y administrativos de los Estados estan considerablemente complicados, lo elegido de las poblaciones es instruido y experimentado, de donde se sigue, por una parte, que las naciones tienen derecho de participar de la gestion de los intereses comunes, y por otra, que es un deber, para un gobierno, el llamar á los representantes, consejeros naturales de la nacion. Pero para que estos consejeros tengan la aptitud necesaria para el buen desempeño de su mision, es preciso que representen todas las clases cuyos deseos debe conocer y satisfacer el Soberano. Los ricos comerciantes y los propietarios no tienen el monopolio de la inteligencia ni el de las necesidades.

Pio IX en su sistema de eleccion, quiso garantir á su pueblo de las asechanzas de la desmoralizacion y de las decepciones de todo género que producen las elecciones locales. Decidió que una vez elegidos los miembros de la municipalidad romana y los de la consulta de Estado, elegirían ellos mismos á sus sucesores. Todo dependia de las primeras elecciones cuya responsabilidad echó toda sobre sí, con aplauso general de su pueblo, que estaba seguro de antemano, de que los candidatos designados por la opinion pública serían los preferidos por el Soberano. El Papa, viviendo en medio de los Romanos, creyó poder elegir consejeros municipales sin provocar candidaturas intermediarias; para la consulta, las municipales de las ciudades de provincia debían dirigir una lista de tres candidatos cada una, entre los que el Soberano Ponti-

fice haria su eleccion. Este modo de elegir tuvo por objeto evitar toda especie de agitacion, y dar, sin discusion y sin turbulencias, á la Santa Sede consejeros ilustrados y habiles, y á la nacion representantes que velasen por sus intereses.

Los cien miembros de que se habia de componer el senado ó municipalidad fueron sacados de entre los ciudadanos de mas de veinte y cinco años y en la proporcion siguiente:

1.º Sesenta y cuatro propietarios ó capitalistas, de los cuales quince habian de gozar una renta anual de 6,000 escudos (114,000 rs.) á lo menos; treinta y cuatro de 1,000 escudos (19,000 rs.), y quince de 200 escudos (3800 rs.)

2.º Treinta y dos capacidades, elegidas entre los ciudadanos que desempeñasen cargos públicos, ejerciesen artes liberales para las que fuese necesario sufrir exámenes ó hacer pruebas, ó perteneciesen á colegios, instituciones científicas, literarias y artísticas aprobadas. En esta categoria estaban comprendidos ademas, los banqueros, negociantes y mercaderes capaces de formar parte de la camara de comercio, y los maestros de artes y oficios que pagasen la media cuota de la patente ó tuviesen mas de diez obreros á sus ordenes.

3.º y último. Cuarto eclesiasticos, destinados á representar el clero secular y regular, las instituciones piadosas y todos los establecimientos de beneficencia.

En cuanto á los miembros de la consulta de

Estado, podian ser elegidos indistintamente de las seis clases siguientes:

1.º De los consejeros provinciales y de los miembros del gobierno:

2.º De los gonfaloneros y de los antiguos agregados de los comunes que tienen un gonfalonero á su cabeza:

3.º De los ciudadanos que gozasen de un capital de 10,000 escudos (190,000 rs.) ó de una renta de 1,000 escudos, (19,000 rs.):

4.º De los abogados inscritos en el cuadro de los tres cursos de llamada:

5.º De los sabios que perteneciesen á las primeras academias del Estado:

6.º De los principales comerciantes y de los propietarios de grandes establecimientos industriales.

El *motu proprio* declaraba incompatibles las funciones de miembro de la consulta con todo empleo del gobierno que exigiese la residencia del titular fuera de la capital. Ademas excluia á todo miembro no funcionario que aceptase un empleo durante el curso de la legislatura. Los ministros debian tener en ella voz consultiva, pero no podrian en ningun caso dar su voto.

De esta suerte los Romanos no tenian que temer ni la opresion de una casta, ni la corrupcion que dimana del curso electoral, ni la usurpacion ya de los intereses locales, ya de los ministeriales sobre el interés público.

Se puede pues, se debe hacer esta justicia al So-



berano pontífice, que ha obrado lealmente sin segunda intencion; que ha cumplido todo lo que habia ofrecido, y que en su conciencia de cristiano y de Papa, ha evitado esos efugios por medio de los que mas de un principe reputado liberal puede retener ó anular en la práctica los derechos que en un principio habia concedido.

Las elecciones de Pio IX fueron tales como se debian esperar de un principe ageno de toda preocupacion personal, y que no gobierna sino teniendo á la vista la felicidad de su pueblo. Roma entera supo con alegria que seria representada en la consulta por los principes Barberini y Odescalchi, y por los abogados Lunati y Vannutelli. En las provincias, las elecciones del Soberano Pontífice escitaron tambien vivos transportes de alegria. Todas tenian por diputados ilustraciones locales: Bolonia, Antonio Silvani y Marco Minghetti; Ferrara, Cayetano Recchi; Forli, el marques Paolucci; Ravena, el conde José Pasolini; Urbino y Pesara, el conde Carlos Ferri; Velletri, el abogado Santucci; Ancona, el principe Simonetti; Macerata, el marqués Amico Ricci; Perusa, el conde Luis Cioffi; Orvieto, el marques Ludovico Gualterio; Civita-Vecchia, el legista Benedetti; Frosinona, el abogado Pascual Rossi; Benevento, el Baron Saberiani.

A medida que la noticia de cada una de aquellas elecciones se esparcia en Roma, escitaba en ella el reconocimiento mas vivo. Se conocian desde hacia un año los sentimientos que animaban á Pio IX; se sabia que las afecciones y los votos de sus súbditos eran los

suyos; pero no se habia tenido aun ocasion de apreciar aquel instinto paternal que le hacia elegir los candidatos preferidos de cada ciudad, de cada provincia, á pesar de las objeciones del partido oscurantista de que estaba rodeado siempre. De donde procedia aquella adivinacion? Quien se la inspiraba? Habia alli un misterio que su amor á Dios y á sus *figliuogli*, nombre que da algunas veces á sus súbditos, podia solo esplicar.

Las elecciones de Pio IX, preparadas desde el mes de Abril, hacia algunos dias que eran conocidas de todos cuando apareció el *motu proprio* de octubre que instituia la consulta, reglaba sus atribuciones y la convocaba para el 9 de noviembre. Es preciso haber sido testigo de la alegria que los romanos demostraron en aquella ocasion para poder formarse una idea de ella. A penas se promulgó el *motu proprio*, cuando la poblacion entera se trasportó á la plaza del Pueblo, puesto ordinario de partida de todas manifestaciones. Cicirucchio, los gefes de los diferentes cuarteles y los miembros del circulo romano organizaron la multitud y la colocaron por barrios. Se llevaron las banderas de los cuarteles, y las preparadas esprofeso para aquella circunstancia. Habia una para cada una de las reformas de Pio IX: aqui se leia, *amnistia* mas allá *audiencias públicas*, despues *código romano*, *camino de hierro*, *alumbrado de gas*, *guardia civica*, *municipalidad*, *consulta*, etc. etc. La aparicion de cada una de aquellas banderas era saludada por triples salvas de aplausos. Detras de estas iban los estandar-

tes de forma antigua, sobre los que estaban grabados los diversos sobrenombres dados al papa por el reconocimiento popular. Sobre el uno se leía, *Pio IX, padre del pueblo*; sobre otro, *Pio IX, padre de la patria*; *Pio IX, padre del mundo*; *Pio IX, libertador*; *Pio IX, reformador*; *Pio IX, salvador*; nueva letania que todas las bocas repetían, que todas las manos aplaudían. Muchos ciudadanos, entre los que se distinguía al Capo popolo, enviaron á buscar á sus espensas carretas de antorchas que las hicieron pasar por entre las filas, á fin de distribuir las sin desorden.

En cuanto estuvieron encendidas las teas, el cortejo, compuesto de mas de treinta mil personas penetró en la calle del Corso; la música de diferentes cuerpos de la guarnición marchaba á la cabeza tocando el himno de Pio IX, himno que ha llegado á hacerse el canto nacional de Italia. Se enviaron destacamentos de ciudadanos al Capitolio y á todas las iglesias para tocar las campanas, de suerte que un repique de mas de trescientos campanarios servía de acompañamiento magestuoso á la música y al coro de la multitud. En toda la longitud del Corso, los balcones y las ventanas estaban decoradas de guirnaldas de fuego, de transparentes y de banderas. Las señoras agitaban sus pañuelos y arrojaban flores, los gritos de *viva Pio IX*, se sucedían de las calles á las ventanas y de las ventanas á las azoteas. Al llegar á la plaza de Monte Cavallo, que ya estaba llena de espectadores, la procesion se colocó en líneas iguales, paralela-

mente á la fachada del Quirinal. En frente del gran aposento todo los estandartes, banderas y pendones fueron reunidos en haz. A una señal dada, todas las antorchas se bajaron y desaparecieron entre la multitud; entonces el pueblo entonó el himno nacional y esperó la aparición del Papa.

El Pontífice, ya lo hemos dicho, es sumamente económico en su vida interior. Todas los gastos de su palacio no ascienden mas que á unos 300,000 francos por año. Se concibe desde luego que por la noche no haya iluminado en el palacio Quirinal mas que el patio de honor, los pasillos de servicio, y las habitaciones ocupadas. La oscuridad de la inmensa galería interior que se estiende á lo largo de la plaza de Monte Cavallo permite pues á los Romanos conocer el instante preciso en que el Soberano Pontífice abandona su gabinete de trabajo para ir á darles su bendición. A medida que se acerca al gran aposento, se ven sucesivamente iluminarse y quedar á oscuras las ventanas del Quirinal. Desde el momento en que aparece luz en la mas lejana, un estremecimiento magnético se apodera de la multitud, y se reproduce con sacudidas mas fuertes á medida que las luces iluminan una ventana mas próxima al gran aposento.

Aquella vez la emoción creciente del público era mas viva y mas profunda que lo habia sido en otras ocasiones. Cuando el gran aposento se abrió y cuando apareció el Papa, las antorchas se levantaron por un movimiento espontáneo, por encima de aquel oceano de cabezas que poblaban la plaza. Fuegos de Bengala

colocados sobre las cornisas de un palacio inmediato se encendieron entonces despidiendo una luz blanca y fantástica sobre aquella escena de entusiasmo. Los tambores batían marcha, las banderas se inclinaban, los pañuelos se agitaban, y aquella multitud de frentes descubiertas, vueltas todas acia un mismo sitio, y agitadas por un mismo sentimiento, presentaban un admirable golpe de vista.

Pio IX, vestido sencillamente con una túnica blanca, llevando por todo acompañamiento á su *maestro di cámara*, monseñor Medice, y dos familiares con candelabros, se apoyó largo tiempo sobre el balcón del gran aposento, para contemplar aquel pueblo cuyas aclamaciones regocijaban su corazón paternal. Después de un rato hizo la señal de la cruz. A aquel movimiento, todas las rodillas se doblaron y el mayor silencio reinó en la plaza. Aquella multitud, un instante antes tan ruidosa, tan agitada, escuchó con el mas profundo recojimiento las palabras de la bendición, á la que millares de voces respondieron.

Después de la última señal de la cruz, Pio IX saludó y se retiró lentamente. Apenas hubo desaparecido, cuando todas las antorchas se apagaron, se plegaron todas las banderas, y aquella inmensa multitud se dispersó poco á poco, sin un grito, sin el menor desorden. Los extranjeros que asistían en gran número á aquella fiesta no sabían que admirar mas, si la confianza del soberano ó la sabiduría del pueblo.

Durante la bendición, se levantó un viento bastante fuerte que arrojó el humo de las antorchas acia

la parte del Este. El palacio de la consulta, que habita el cardenal Lambruschini, se vió literalmente envuelto en él.—Sea en buen hora, dijo uno de los concurrentes mirando á la casa del obispo de Civita Vecchia, cada uno tiene en la fiesta la parte que le corresponde! Pio IX la luz, Lambruschini el humo!

Ocho dias antes de aquella imponente manifestación habia tenido lugar una solemnidad mas dramática y mas tierna aun; hablamos de la unión de la guardia civil y la tropa de línea, en las praderas de la Farnesina, situadas entre las pendientes del monte Marius y el puente Molle. Hacia mucho tiempo que el pueblo deseaba estrechar los lazos que le unían á la guarnición, y para esto se dispuso una gran revista que habia sido diferida porque el Papa queria tomar parte en aquella fiesta nacional y bendecir á la vez á todos sus hijos reunidos. El dia 8 de octubre fué el elegido para aquella ceremonia; aquel dia, Pio IX volvió muy temprano de S. Pedro, donde celebró la misa. La guardia nacional, aumentada con la reserva y la tropa de línea, fueron por destacamentos á colocarse en batalla al rededor del obelisco. El Soberano Pontífice, acompañado del patriarca de Jerusalem, á quien no cesaba de rodear de atenciones y honores, apareció en el balcón del Vaticano, y dió su bendición. Las tropas se dirijieron entonces, por la puerta Angélica y la sombría calle que está enfrente, al campo de las maniobras.

Una multitud de curiosos ocupaba el vasto semicírculo de colinas que rodea á la Farnesina; un espec-

táculo maravilloso era el que ofrecían en aquel momento los flancos del monte Marius transformado en anfiteatro y cargados de espectadores formando un espacioso círculo en cuyo fondo iban á aparecer dos ejércitos para tenderse las manos y abrazarse.

Con el intervalo de mil quinientos años, el cristianismo triunfaba, por la union y por la paz, sobre el mismo campo de batalla en que otras veces habia triunfado por la guerra. Sobre el sitio ocupado por la línea, la caballería y la artillería, Constantino habia colocado sus tropas al rededor del Labarum, el día de aquella famosa victoria que cambió la religion del imperio. La vanguardia de Licinio y de Magencio estaba en frente, delante del puente Molle, en el lugar que ocupaba la guardia cívica. El mismo Tiber, con sus aguas lentas cenagosas, corría á lo largo de aquellas praderas y bañaba el pié de aquellas mismas colinas.

Cuando los dos ejércitos hubieron ejecutado algunas maniobras, el general Zamboni, que los mandaba les ordenó presentar las armas y levantando la espada por encima de su cabeza, gritó el primero: Viva Pio IX! Los cuerpos de línea, la guardia cívica, y la inmensa multitud de espectadores, respondieron á aquel grito con frenéticas aclamaciones. Entonces se mandó romper filas; á aquella orden, la tropa de línea y la guardia cívica se precipitaron la una acia la otra, oficiales y soldados se mezclaron; hubo gritos, abrazos y lágrimas. Todos se hablaban á la vez y espresaban de mil maneras diversas un mismo sentimiento: «No hay ya en Roma mas que una tropa, como no hay mas que

un gefe y un padre! Viviremos y moriremos todos por Pio IX!»

En medio de aquella alegre confusion de uniformes las músicas de los diversos cuerpos pasaban y repasaban tocando el himno de Pio IX, y los espectadores, arrastrados por una conmocion eléctrica, estrechaban espontáneamente el círculo que habian formado para tomar una parte mas inmediata en el entusiasmo de los soldados y de los ciudadanos.

Pio IX, acompañado del patriarca de Jerusalem, gozaba entretanto de aquella admirable perspectiva, paseándose con él por las elevadas terrazas de los jardines del Vaticano. Los gritos de su pueblo compuesto en adelante de amigos y de hermanos, llegaban hasta él á través de los setos de naranjos. De cuando en cuando se paraba y parecia que se recogía dentro de sí mismo; su alma se elevaba entonces acia el cielo para dar gracias á Dios por las dulces emociones que le proporcionaba en aquel día.

Al entrar en el Quirinal, dijo enjugándose una lagrima, á los que le rodeaban:—Es de alegría, hijos míos, no os aflijais por ella!

Por aquella misma época apareció un día en el *Contemporáneo* un artículo en que se denunciaban varios actos de corrupcion cometidos por tres empleados de la administracion romana. El Papa, despues de haber leído el artículo, exclamó:—Perfectamente! hé aquí para lo que debe servir la libertad de la prensa.—Mandando llamar en seguida al gefe de la justicia pontifical, le encargó que instruyera una informacion

con el objeto de averiguar la verdad de los hechos denunciados, para castigar á los culpables, si los habia, con todo el rigor de las leyes. El resultado de la informacion confirmó las acusaciones del periódico. Ocho dias despues, los tres culpables, condenados al sufrimiento de una pena proporcionada á su crimen, dejaban vergonzosamente la administracion. Pio IX quiso que la justicia fuese completa; envió á preguntar á la redaccion del *Contemporáneo* el nombre del autor del artículo, que era uno de los sabios mas distinguidos de Roma, M. Paradisi. De órden del Papa le invitaron á que pasara al Quirinal, para darle una prueba de su reconocimiento. El periodista se apresuró á obedecer aquella órden.

—Os debo un gran servicio, le dijo el Soberano Pontífice: gracias á vos, la administracion acaba de ser purgada de tres empleados infieles. Os lo agradezco, M. Paradisi, si hubiera conservado algunos escrúpulos contra la libertad de la prensa, vuestro artículo los hubiera disipado. Continúad indicándome así el bien que puedo hacer, y el mal que puedo evitar; llenad vuestro deber de periodista, yo llenaré mi deber de soberano.

Paradisi continuó desde entonces firmando sus artículos; las revelaciones sucesivas que en ellos hizo proporcionaron á las diversas administraciones del país la deposicion de sus malos empleados. El celoso periodista, animado por su Soberano, no ha retrocedido ante el rango, ni ante la fortuna; no ha temido denunciar los enormes beneficios, realizados con vio-

lacion de los contratos, por el príncipe de Torlonia, en la renta de los tabacos y de las sales: la justicia romana ha entendido en aquel negocio.

Por otra parte no era aquella la primera vez que semejantes acusaciones se levantaban en Roma contra aquel opulento banquero. En el pontificado de Gregorio XVI, la marcha poco escrupulosa con que el príncipe cumplia sus compromisos con los consumidores y con el Estado levantó contra él una tempestad tan general, que el gobierno pontifical, para satisfacer el público clamor, decidió que no renovaria ya ningun contrato con él. El debil Gregorio XVI tenia entonces por barbero á un tal Gaetano Moroni, conocido mas comunmente con el nombre de Gaetanino; tenia una particular predileccion acia aquel servidor, por cuya mediacion se hacian y deshacian muchas negociaciones.

Para conjurar la tempestad, el príncipe invocó á la vez al Dios Mercurio y á su cocinero; este último construyó por su orden un inmenso pastel, representando un edificio adornado con treinta columnas huecas de un pié de altura. La pieza, sacada del horno con suma precaucion, fué trasladada á la caja, donde introdujeron en cada una de las columnas y en toda su altura una pila de piezas de oro de diez escudos cada una. Cuando el barbero probó aquel pastel, se despertó en él un gusto muy pronunciado á los manjares de pasta. El príncipe tuvo cuidado de que su gefe de cocina satisficiera aquella inocente pasion, y así fué que sus contratos, que espiraban al fin del año, fueron renovados.

Pio IX que se afeita á sí mismo, no se contentó con cumplimentar á Paradisi, sino que lo agregó á la consulta, en eualidad de auditor encargado de redactar la estadística administrativa de los Estados romanos, haciendo que el ministro de Estado le dirigiera la siguiente carta:

»El vivo interés que toma el Santo Padre en todo lo que puede producir mejoras en la administracion pública, le ha impulsado á colocar en la consulta de Estado un empleado encargado de dirigir la estadística administrativa.»

»Su Santidad, conociendo la esperiencia y las luces que posee en este ramo el señor Felipe Paradisi, el cual ha dado pruebas numerosas y no equivocadas de providad, capacidad y aptitud, ha querido destinarle á un empleo de confianza tan importante, y espera que lo desempeñará con su celo acostumbrado, para mostrarse digno de este nuevo testimonio de confianza que le dá su Soberano.

EL CARDENAL FERRETTI.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO.

*La prensa y la censura.*—Pio IX quiere dar á los periodistas mas libertades.—Su proyecto.—Situacion de Lambruschini en Civita-Vecchia.—Obtiene del Papa permiso para volver á Roma.—Compasion de Su Santidad.—El partido de los oscurantistas vuelve á tener su gese.—Intrigas nuevas.—Cartas del Papa interceptadas.—Ciciruaecchio pacificador.—Almuerzo en casa del cardenal Ferretti.—Brindis.—Banquete.—Protesta de Angelo contra un soneto.—Nuevos embarazos.—Dimision aplazada del Cardenal Ferreti.—Monseñor Movandi dimite su cargo de gobernador de Roma.—Dificultades de un gobierno evangélico.—Domingo Savelli le reemplaza.

La conducta del gobierno pontifical con Paradisi hizo ver la buena fé, la lealtad con que el Papa queria sostener la libertad de la prensa. La censura, tal como habia creído necesaria establecerla por el interes de la religion, era molesta para los periodistas y comprometida para la Santa Sede en sus relaciones con los gabinetes estrangeros. El Papa hubiera querido modificarla. Le parecia preferible establecer en Roma doce teólogos censores que no tubieran mas mision que la

Pio IX que se afeita á si mismo, no se contentó con cumplimentar á Paradisi, sino que lo agregó á la consulta, en eualidad de auditor encargado de redactar la estadística administrativa de los Estados romanos, haciendo que el ministro de Estado le dirigiera la siguiente carta:

»El vivo interés que toma el Santo Padre en todo lo que puede producir mejoras en la administracion pública, le ha impulsado á colocar en la consulta de Estado un empleado encargado de dirigir la estadística administrativa.»

»Su Santidad, conociendo la esperiencia y las luces que posee en este ramo el señor Felipe Paradisi, el cual ha dado pruebas numerosas y no equivocadas de providad, capacidad y aptitud, ha querido destinarle á un empleo de confianza tan importante, y espera que lo desempeñará con su celo acostumbrado, para mostrarse digno de este nuevo testimonio de confianza que le dá su Soberano.

EL CARDENAL FERRETTI.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO.

*La prensa y la censura.*—Pio IX quiere dar á los periodistas mas libertades.—Su proyecto.—Situacion de Lambruschini en Civita-Vecchia.—Obtiene del Papa permiso para volver á Roma.—Compasion de Su Santidad.—El partido de los oscurantistas vuelve á tener su gese.—Intrigas nuevas.—Cartas del Papa interceptadas.—Ciciruaecchio pacificador.—Almuerzo en casa del cardenal Ferretti.—Brindis.—Banquete.—Protesta de Angelo contra un soneto.—Nuevos embarazos.—Dimision aplazada del Cardenal Ferreti.—Monseñor Movandi dimite su cargo de gobernador de Roma.—Dificultades de un gobierno evangélico.—Domingo Savelli le reemplaza.

La conducta del gobierno pontifical con Paradisi hizo ver la buena fé, la lealtad con que el Papa queria sostener la libertad de la prensa. La censura, tal como habia creído necesaria establecerla por el interes de la religion, era molesta para los periodistas y comprometida para la Santa Sede en sus relaciones con los gabinetes estrangeros. El Papa hubiera querido modificarla. Le parecia preferible establecer en Roma doce teólogos censores que no tubieran mas mision que la

deno dejar pasar nada que fuera contrario á la moral ó al dogma. Cada periódico hubiera tenido la facultad de elegir su censor y de agregarlo á la redaccion á fin de que su examen no ocasionase ningun retardo. Fuera del dominio de la religion, la libertad hubiera sido amplia, y el abuso de ella hubiera constituido delitos punibles de cuyo conocimiento hubieran entendido los tribunales. Asi se habrian evitado las recriminaciones incesantes de los embajadores, que revistiendose del poder tanto político como religioso de censores, recurrían al gobierno cada vez que un artículo cualquiera les disgustaba. De esta suerte no era ya el periódico el que hablaba, sino los censores, ó mas bien la Santa Sede hablaba por el periódico, aprovando lo que él decía.

Pio IX suscitó muchas veces en su consejo la cuestion de censura, diciendo que no quería libertades ilusorias; que garantidos los intereses de la religion, la prensa debía ser allí mas libre que en otras partes. Pero encontraba á su alrededor grandes dificultades. El mismo cardenal Ferretti fué de parecer de que se esperara, para constituir definitivamente el periodismo, un momento mas favorable. «Vos estais aun aislado, decia á Pio IX; esperad para obrar á que se reunan los representantes de las provincias. Si se quejan entonces, podreis enviar los descuentos á los diputados, que sabrán responder á sus quejas.» La revision de la ley sobre la prensa, así como otra porcion de proyectos fué pues aplazada para despues de la reunion de la consulta de Estado.

El consejo del cardenal Ferretti se hallaba justificado por el extraordinario movimiento de los oscurantistas desde que el gefe de ellos, el cardenal Lambruschini, habia vuelto al Quirinal. Lambruschini, que como ya hemos dicho, habia partido para su obispado el 15 de Julio, no tardó en suplicar al Papa que le volviera á llamar á Roma. Su posicion en Civita-Vecchia no era la mejor; el pueblo aprovechaba todas las ocasiones de manifestarle su antipatia; evitaba su presencia y se burlaba de sus limosnas. Algunas personas aconsejaron á Pio IX que no consintiera en la vuelta de Lambruschini; pero esto hubiera sido transformar su alojamiento de Roma en un verdadero destierro, y el Soberano Pontífice se sentia conmovido por los sufrimientos de un anciano que habia ejercido el poder por tanto tiempo. Le creia bastante castigado con su abatimiento. Y ademas en que ciudad hubiera hallado reposo? En Roma, al menos, podia perderse entre la multitud de cardenales, y el respeto del pueblo hacia la persona del Soberano Pontífice garantizaba que no seria insultado. El obispo de Civita-Vecchia volvió pues á habitar el palacio de la Consulta. Su presencia alentó á su partido, y las intrigas comenzaron de nuevo, llegando la audacia de ellas hasta interceptar la correspondencia del Papa. Aseguran que escribió varios despachos, que hizo echar por los diferentes buzones de Roma, y que no llegando á sus destinos aquellas misivas, llamó al director de correos, le indicó el lugar á donde iban dirigidas, y le amenazó con la destitucion si no parecían. Parecieron y desde



entonces no volvió á interceptarse la correspondencia del Papa.

En varias provincias la nobleza trataba de poner travas á la accion de la autoridad administrativa y aun espiritual. Habiendo reprimido el obispo de Terni con bastante severidad los desórdenes de un convento de religiosas, los nobles se declararon contra él. El pueblo tomó parte á favor del prelado; habiendose acalorado los espíritus, se temia que estallara una lucha, cuando los moderados tuvieron la idea de llamar en su ayuda á Ciciruaecchio. El Capo popolo se presentó allí. Gracias á su reputacion de imparcialidad, fué aceptado por mediador. Examinó la causa, y dió la razon al obispo. Restablecida la paz, los patricios y los plebeyos le ofrecieron una fiesta brillante, y en seguida volvió á tomar el camino de Roma.

Cuando regresó de aquella espedicion apostólica fué convidado por el cardenal Ferretti á almorzar con él en su villa del monte Soracte; al fin del almuerzo, Angelo levantó su vaso y dijo: »Por Vuestra Eminencia y Nuestro Santo Padre el Papa! pero por vosotros dos solos! Los otros son unos malos galeotes (galeotacci).» Dicen que el cardenal celebró mucho aquel brindis, que el hombre del pueblo habia pronunciado con tono muy formal.

En Roma existe, autorizada por las costumbres, una gran familiaridad entre todas las clases, porque todas se respetan y nadie sale de su posicion. Viendo la especie de dominio moral ejercido por Angelo Brunetti, y los homenajes públicos de que era objeto, el

lector habrá sospechado tal vez que podría dejarse arrastrar por el orgullo y la ambicion; para darle una prueba de lo contrario diremos que Ciciruaecchio recibe las ovaciones con tanta modestia como gravedad. Un dia en un banquete que daban en su obsequio, habiendole proclamado un poeta en unos versos magníficos, mas noble y mas grande que todos los patricios de Roma:—Protesto! exclamó levantándose de su asiento, protesto contra el soneto! Se que no soy mas que un hombre del pueblo y que nunca seré otra cosa! Respeto á los nobles, y me quedo en mi puesto!

A medida que se acercaba el momento de la reunion en Roma de los miembros de la consulta de Estado, el partido retrógrado multiplicaba los embrazos y las intrigas en todos los servicios públicos y aun alrededor del Soberano Pontífice. Se habia conservado, como ya hemos dicho, el personal de la administracion. Los empleados en su mayor parte hecharas de Lambruschini, creian agradecer á su antiguo protector, cuya vuelta al poder esperaban, promoviendo dilaciones de todo género en el despacho de los negocios, que ni el carácter resuelto del cardenal Ferretti, ni mucho menos la bondad de Monseñor Morandi, lograban evitar. El cardenal fué el primero que se desanimó, declaró al Papa, que si no le daba el poder necesario para poner término á estas intrigas, se veria precisado á presentar su dimision. Pio IX le escitó á que tubiera paciencia hasta la apertura de la consulta, y el Secretario de Estado dejóse persua-

dir por dos veces! pero á la tercera fué inflexible y resignó su cargo, sin que Pio IX pudiese conseguir otra cosa de él que la promesa de permanecer hasta el mes de enero al frente de los negocios.

En cuanto á Monseñor Morandi, no presentó su dimision mas que una vez y se negó á retirarla, sin que en aquella resolucion hubiese tenido la menor parte ningun motivo personal.—Sé, dijo á Pio IX que Vuestra Santidad obra como debe. Un soberano cualquiera se serviria de un partido para destruir el otro; pero como representante de Dios, un Papa debe su amor y comiseracion á todos sus súbditos, y debe gobernar evangélicamente por la conciliacion. Pero el gobierno evangélico es difícil. Impone pesadas obligaciones y crea inmensas dificultades á las autoridades subalternas. Muchos hombres se gastarán como yo muy pronto en el destino que dejo. Qué importa! los ojos se abrirán al fin, y Pio IX triunfará.

El Soberano Pontifice no quiso que Monseñor Morandi resignase su cargo sin darle un testimonio particular de su satisfaccion por la manera conque lo habia desempeñado. Dió orden al cardenal Ferretti de que le dirigiera una carta oficial en la que le agradecia el celo que habia observado en el cumplimiento de sus deberes. Monseñor Domingo Savelli, clérigo de la cámara apostólica y pro-legado extraordinario de la ciudad y provincia de Forli, fué nombrado pro-gobernador de Roma y director general de la policia.

## CAPÍTULO ÚLTIMO.

*La consulta de Estado.*—*Llegada de Lor Minto á Roma.*—*Sus impresiones al atravesar la Italia.*—*Reunion de los delegados.*—*La consulta es instalada.*—*Discurso de Pio IX en la apertura.*—*El cortejo de los diputados.*—*Misa del Espiritu Santo en San Pedro.*—*Se establece la consulta en el Vaticano.*—*Efecto decisivo de aquel dia.*—*El conde Rossi quiere turbar la alegria.*—*Sutileza de etiqueta.*—*La bandera de julio no aparece en el cortejo.*—*El embajador ausente de su asiento en el teatro Torlonia.*—*Primeros trabajos de la consulta.*—*Contestacion al discurso de apertura.*—*Caracter de este documento.*—*Su efecto.*—*Desenlace de la obra emprendida por Pio IX.*—*Comparacion con la obra análoga de Federico Guillermo en Prusia.*—*Diferencia.*—*La religion lo hace todo en Italia.*—*El liberalismo de los principes, la sabiduria del pueblo, el acuerdo de todos.*—*Caracter y virtudes del Papa.*—*Ojeada retrospectiva sobre su vida.*—*Lo que le distingue de los demas soberanos.*—*No tiene mas que una moral y una conciencia.*—*Su opinion sobre si mismo y sobre los partidos.*—*Su firmeza, su paciencia y su bondad.*

En los primeros dias de noviembre, en el momen-

dir por dos veces! pero á la tercera fué inflexible y resignó su cargo, sin que Pio IX pudiese conseguir otra cosa de él que la promesa de permanecer hasta el mes de enero al frente de los negocios.

En cuanto á Monseñor Morandi, no presentó su dimision mas que una vez y se negó á retirarla, sin que en aquella resolucion hubiese tenido la menor parte ningun motivo personal.—Sé, dijo á Pio IX que Vuestra Santidad obra como debe. Un soberano cualquiera se serviria de un partido para destruir el otro; pero como representante de Dios, un Papa debe su amor y comiseracion á todos sus súbditos, y debe gobernar evangélicamente por la conciliacion. Pero el gobierno evangélico es difícil. Impone pesadas obligaciones y crea inmensas dificultades á las autoridades subalternas. Muchos hombres se gastarán como yo muy pronto en el destino que dejo. Qué importa! los ojos se abrirán al fin, y Pio IX triunfará.

El Soberano Pontifice no quiso que Monseñor Morandi resignase su cargo sin darle un testimonio particular de su satisfaccion por la manera conque lo habia desempeñado. Dió orden al cardenal Ferretti de que le dirigiera una carta oficial en la que le agradecia el celo que habia observado en el cumplimiento de sus deberes. Monseñor Domingo Savelli, clérigo de la cámara apostólica y pro-legado extraordinario de la ciudad y provincia de Forli, fué nombrado pro-gobernador de Roma y director general de la policia.

## CAPÍTULO ÚLTIMO.

*La consulta de Estado.*—*Llegada de Lor Minto á Roma.*—*Sus impresiones al atravesar la Italia.*—*Reunion de los delegados.*—*La consulta es instalada.*—*Discurso de Pio IX en la apertura.*—*El cortejo de los diputados.*—*Misa del Espiritu Santo en San Pedro.*—*Se establece la consulta en el Vaticano.*—*Efecto decisivo de aquel dia.*—*El conde Rossi quiere turbar la alegria.*—*Sutileza de etiqueta.*—*La bandera de julio no aparece en el cortejo.*—*El embajador ausente de su asiento en el teatro Torlonia.*—*Primeros trabajos de la consulta.*—*Contestacion al discurso de apertura.*—*Caracter de este documento.*—*Su efecto.*—*Desenlace de la obra emprendida por Pio IX.*—*Comparacion con la obra análoga de Federico Guillermo en Prusia.*—*Diferencia.*—*La religion lo hace todo en Italia.*—*El liberalismo de los principes, la sabiduria del pueblo, el acuerdo de todos.*—*Caracter y virtudes del Papa.*—*Ojeada retrospectiva sobre su vida.*—*Lo que le distingue de los demas soberanos.*—*No tiene mas que una moral y una conciencia.*—*Su opinion sobre si mismo y sobre los partidos.*—*Su firmeza, su paciencia y su bondad.*

En los primeros dias de noviembre, en el momen-

to en que monseñor Valerga se preparaba á salir de Roma, Lord Minto entraba en ella. Representante de un soberano protestante que no podia entrar en comunicacion con la Santa Sede, sin perder todos los derechos á su corona Lord Minto habia atravesado lentamente el Piemonte, la Lombardia y la Toscana. Habia visto á los Milanese reunirse en las plazas públicas para cantar el *Himno de Pio IX*, insultar por espacio de ocho dias á la policia y á la fuerza armada, resistir sin armas al choque de la caballeria y volver en mayor número todos los dias aumentándose hasta tal punto que el gonfaloniero, justamente asustado del caracter que tomaba la manifestacion, trató de calmar los ánimos obteniendo del comandante militar que retirase sus tropas. Lord Minto habia visto espirar las últimas dudas de Carlos Alberto en Turin. Habia presenciado las violencias de la entrada de las tropas de Modena en Fivizzano, repeticion ridicula de la malhadada ocupacion de Ferrara. Llegaba pues á la ciudad eterna edificado ya sobre el poder y la gravedad del movimiento impreso á la politica italiana por las reformas de Pio IX. Contemplaba con sorpresa y complacencia aquella joven Italia, que salia despues de tres siglos de sus ruinas, y rompía sus yerros sin violencia, sin sacudidas, obedeciendo á la voz de un solo hombre con la precision con que los soldados disciplinados ejecutan una maniobra.

La Inglaterra desde hace muchos siglos goza de la libertad mas completa de asociacion y de manifestaciones públicas. Pero habia en las inmensas reuniones

de Roma una cosa nueva para un ingles, y era el entusiasmo! Lord Minto fué arrastrado bien pronto, subyugado por la fuerza de aquel nuevo sentimiento, en medio de los regocijos que tubieron lugar con motivo de la apertura de la consulta.

Aquella ceremonia, esperada tanto tiempo y con tanta impaciencia, tuvo lugar el 15 de noviembre. Á las nueve de la mañana, los diputanos de las provincias, que hacia algunos dias habian llegado á Roma, se reunieron en el Quirinal en la sala del trono. El cardenal Antonelli, como presidente, ofreció al Papa los homenajes de la asamblea, Pio IX respondió á aquel discurso con las palabras siguientes:

»Agradezco vuestras buenas intenciones, y las aprecio en gran manera porque tienen por obgeto el bien público. Yo tambien he hecho en favor del mismo cuanto he podido desde mi elevacion al trono pontifical, siguiendo los consejos inspirados por Dios, y estoy dispuesto con su asistencia, á continuar haciendolo igualmente en adelante, conservando sin embargo intacta la soberania del pontificado, cuyo depósito sagrado debo trasmitir á mis sucesores sin restricciones de ninguna especie y en la misma forma en que lo he recibido. Tengo por testigos tres millones de súbditos; tengo por testigo á toda la Europa de cuanto he hecho hasta aqui para aproximarme á mis súbditos, para unirlos á mi, conocer de cerca sus necesidades y ocurrir á ellas.... A fin pues de conocer mejor estas necesidades y proveer con mas acierto á las exigencias públicas es principalmente por lo que os he reunido

en una consulta permanente; es para oír vuestros consejos, para que me ayudeis en mis resoluciones soberanas, en las que consultaré á mi conciencia, y para conferenciar acerca de ellas con mis ministros y el Sacro-Colegio.... Se engañaría mucho quien viese otra cosa en las funciones que vais á llenar; se engañaría mucho quien viese en la consulta de Estado que acabo de crear la realizacion de sus propias utopias, y el germen de una institucion incompatible con la soberania pontifical. Estas palabras no se dirigen á ninguno de vosotros, cuya educacion social, providad cristiana y civil, y cuya lealtad de sentimientos y rectitud de intenciones me eran ya conocidas cuando procedí á vuestra eleccion. Estas palabras tampoco se refieren á la inmensa mayoria de mis súbditos, porque estoy seguro de su fidelidad y de su obediencia. Sé que sus corazones están unidos al mio en el amor del orden y de la concordia. Pero existen desgraciadamente algunas personas, aunque en pequeño número, que no teniendo nada que perder, desean el desorden y las revueltas y abusan de las mismas concesiones. A estos es á quienes se dirigen mis palabras; que comprendan bien su significacion. En la cooperacion de los señores diputados no veo mas que el firme apoyo de personas que despojándose de todo interes privado, trabajarán conmigo por medio de sabios consejos en favor del bien público, y á quienes no retraerán en su marcha los vanos propósitos de hombres turbulentos y poco sensatos. Vosotros me ayudareis con vuestra sabiduria á disponer lo que sea mas útil para la seguridad del tro-

no y para la verdadera felicidad de mis súbditos.»

Despues de estas palabras, el Soberano Pontifice se levantó, dió su bendicion á la asamblea y la escitó á que diera principio inmediatamente á sus trabajos.

Los diputados salieron entonces del Quirinal; una multitud inmensa los esperaba en la plaza de Monte-Cavallo, donde subieron en veinte y cuatro carruages magníficamente decorados. El cortejo se puso en marcha precedido de un destacamento de dragones pontificales; el carruage de cada miembro de la consulta iba rodeado de una diputacion de ciudadanos de la provincia que él representaba. Aquellas diputaciones llevaban un trofeo con las armas de su legacion y dos banderas en que estaban escritos el nombre de la ciudad representada y el del representante. Dos batallones de guardia civica cerraban la marcha. Todas las calles que atravesó el cortejo estaban llenas de gente entusiasta que arrojaba gritos de alegria, y que cantaba el himno de Pio IX. Despues de haber oido la misa del Espiritu Santo en la basilica de S. Pedro, la consulta se dirigió al Vaticano, donde tomó posesion de la sala destinada á sus sesiones, y comenzó sus trabajos por la contestacion al discurso de Pio IX.

Aquel dia puso fin á todas las vacilaciones y á todas las dudas sobre el caracter y la intencion de las reformas de Pio IX. Su discurso de apertura de la consulta, discurso improvisado é inesperado aun por sus ministros, era de tal naturaleza que bastaba á disipar los terrores de los retrógrados de buena fé puesto que recurriendo á los consejos y al concurso de lo

mas selecto de sus súbditos, el Papa mantenía integros todos los derechos de la Soberanía de la Santa Sede. Al mismo tiempo, el sistema electoral, las elecciones hechas y sobre todo el haber puesto en ejecución, antes de la época prometida, la institución mas importante y mas impacientemente esperada, probaban á los liberales que ninguna intriga, ninguna amenaza, ninguna resistencia, podrian impedir el movimiento de regeneración que habia emprendido. Las falaces imputaciones, los cálculos pérfidos, las sospechas injuriosas sobre las intenciones secretas, ó la debilidad del Papa, caian en el ridiculo y desprecio. Solo, sin socorros, sin amigos, á pesar del Austria y del partido retrógrado, Pio IX continuaba su obra en Roma y obligaba á la Italia á imitarla.

Se concibe pues que el día de la apertura de la consulta de Estado hubiese sido el mas decisivo y el mas grande del reinado de Pio IX. Sin embargo, la mala intención del Conde Rossi, envenenada por la acogida popular hecha á lord Minto, ensayó por última vez á turbar la alegría pública, promoviendo una sutileza de procurador que las cancillerías tienen siempre de reserva para semejantes ocasiones. Hé aqui con qué motivo: los extranjeros presentes en Roma, reunidos por naciones y llevando la bandera de cada una de ellas, debían unirse al cortejo. Todo estaba dispuesto, se habian obtenido las competentes autorizaciones para ello, cuando, en la mañana misma del 15, se supo que habia contraorden. La Inglaterra no estaba representada oficialmente en Roma, y el em-

bajador francés promovió una cuestión de presidencia. Se trataba de hacer que las dos banderas marcharan al frente; pero como habian de caminar juntas en Roma, cuando estaban tan separadas en Madrid? El conde Rossi se mantubo firme y fué él mismo á solicitar del Papa que diera la contraorden. La ceremonia tuvo lugar, no por la mañana, sino por la tarde. Las banderas de todas las naciones, menos la de la Francia rodearon á la bandera Italiana, verde, blanca y encarnada, á la que se habia añadido el color amarillo y la cruz en honor del Papa.

El cortejo, compuesto de jóvenes de todos los países y de una gran parte de la ciudad, se detuvo sucesivamente bajo las ventanas de los ministros de Toscana y de Cerdeña, y bajo las de Lord Minto, cantando el himno de Pio IX y gritando: *Viva Pio IX! Viva la liga italiana! Viva la union aduanera!* Los representantes de Leopoldo y de Carlos Alberto se asomaron á sus balcones y dirijieron á la multitud palabras llenas de simpatías. En cuanto á Lord Minto, escitó el entusiasmo mas estrepitoso gritando con toda su fuerza: *Viva la Italia! Viva la liga italiana! Viva la independencia! Viva Pio IX.*

Algunas horas despues, los diputados y los embajadores extranjeros, menos el de Francia, eran todavia aplaudidos en el teatro Torlonia, donde se les habia preparado una función.

La contestación votada por la consulta, que segun los enemigos de la libertad, debia ser despues del discurso del Papa, una declaración de guerra de los

representantes al Soberano, no tubo otro caracter que el del reconocimiento y el de la adhesion. Aquella contestacion espresó la opinion solemne de la nacion sobre aquellos diez y ocho meses de reinado, y su confianza, su esperanza en el porvenir, respira la independencia de espíritu de los pueblos libres; es respetuosa sin bajeza; justifica todo lo que el Papa ha hecho; es á la vez su mayor triunfo y su recompensa; es en fin desde aquel momento, uno de los documentos mas importantes de la carrera politica de Pio IX, y no podemos hacer nada mejor para concluir esta obra que reproducirla toda entera.

»Los miembros de la consulta de Estado, dijo al Papa el presidente cardenal Antonelli, rodeado de sus cólegas, comprenden bien que su primer deber, de acuerdo por otra parte con sus mas ardientes deseos, es el de depositar al pié del trono de Vuestra Santidad, el homenaje de gratitud de las provincias que representan, con la seguridad unánime de su adhesion y reconocimiento, y de la confianza que inspira á vuestros súbditos la alta inteligencia, y el corazon magnánimo de Vuestra Santidad; y al ver los homenajes que Vuestra Santidad recibe de la cristiandad y del mundo entero, se consideran dichosos y llenos de orgullo de ser gobernados por vos.»

»Desde los primeros momentos de su pontificado, Vuestra Santidad ha creído que podia hacer marchar de acuerdo el progreso civil del siglo con los principios eternos de la religion católica; union admirable que asegura por una parte á la iglesia mayor independencia,

preparando nuevos triunfos á la religion, y que por otra proporciona á los pueblos considerables ventajas, y llama á un nuevo porvenir á estas hermosas comarcas.»

»La institucion de la consulta, es el mas grande entre los numerosos beneficios que Vuestra Santidad ha concedido á sus pueblos. Por ella habeis dado participacion á los legos en los negocios públicos, y habeis proporcionado á vuestros súbditos una de aquellas garantias estables que en nada afectan á las condiciones esenciales del gobierno pontifical.»

»Penetrados de reconocimiento por la confianza con que nos habeis honrado nos esforcaremos en corresponder dignamente á ella; y nada descuidaremos para contribuir á la ardua tarea de la reorganizacion del Estado, haciendo de manera que la verdad, y solo la verdad impere entre un padre tan afectuoso y sus propios hijos.»

»Animados por las benévolas palabras de Vuestra Santidad, y por la bendicion de Dios que habeis invocado sobre nuestras personas, nos preparamos á examinar con tanta franqueza como imparcialidad las importantes materias de administracion pública que se nos sometan, y permaneceremos tan distantes de una timidez inactiva, como de pretensiones exageradas.»

»Nos consideramos pues dichosos [al concurrir por nuestra parte á la obra de la legislacion comprendida por Vuestra Santidad hace ya bastante tiempo, y procuraremos que la justicia, la igualdad civil y la uniformidad, se introduzcan en todas las partes de la nueva ley.]»

«En el ramo de hacienda, será nuestro deber proponer los medios mas á propósito para el restablecimiento del equilibrio entre los ingresos y los gastos procurando establecer este equilibrio á beneficio de una justa distribucion de los impuestos, y aprovechando la oportunidad de disminuir, y aun de abolir ciertas cargas muy onerosas para el pobre, ó que impiden el desarrollo de la riqueza nacional. Nuestros esfuerzos se dirigirán á aumentar el crédito público, y pediremos que sin atacar derechos existentes se supriman ciertos monopolios, provechosos á algunos individuos, pero gravosos al pueblo entero; y llenos de admiracion por la parte que Vuestra Santidad ha tomado en la importante obra de la union aduanera italiana, cooperaremos á todo progreso que tienda á establecer la libertad comercial.»

En la administracion interior, nos dedicaremos á secundar los nobles designios de Vuestra Santidad, que aspira á establecer en ella, la moralidad, la economia, la sencillez, y en cuanto dependa de nosotros vigilaremos porque los empleos de categoria, acompañados siempre de responsabilidad, se concedan al verdadero mérito, teniendo presente el objeto que Vuestra Santidad se propuso al instituir el cargo de auditores cerca de la consulta. Será tambien para nosotros una agradable tarea, proporcionar todos los datos convenientes para hacer florecer la agricultura, nuestra principal industria, asi como las demas fuentes de produccion, porque *nosotros tendremos siempre presente el bien estar de las clases mas numerosas y mas pobres.*»

«Cuando Vuestra Santidad tenga á bien interrogarnos sobre materias militares, contribuiremos con nuestras luces á la mas perfecta organizacion de una fuerza ciudadana, á fin de que sea el núcleo al rededor del cual se reuna esta guardia nacional que despliega tanto celo en la defensa del orden público, y que en caso necesario sabrá tambien sostener la independencia de vuestros Estados.»

«Por lo que hace á las cárceles y casas de detencion, procuraremos que lejos de ser una escuela de corrupcion y perversidad, sean mas bien un medio de regeneracion, y que por medio del castigo y de los buenos egemplos se atraiga á los espíritus descarriados en cuanto sea posible, á la moral y á la religion.

«Uno de los primeros pensamientos de Vuestra Santidad, aun antes de la institucion de la consulta de Estado, fué el de la reorganizacion del régimen municipal y provincial, como base fundamental de toda reforma. Este será el principal objeto de nuestras investigaciones, y nos esforzaremos en someter á Vuestra Santidad todos los proyectos capaces de conciliar el mayor desarrollo de las instituciones locales con la fuerza del gobierno central.

Si á todas estas mejoras se añadiera, como lo esperamos de la alta sabiduria de Vuestra Santidad, la de un sistema amplio de educacion y de instruccion pública, y asi mismo una administracion de policia, justa, moral, destinada á vigilar y á auxiliar en caso de necesidad á los ciudadanos, creemos que semejantes reformas darian por resultado, la prosperidad,



la seguridad y la dignidad de todos sus súbditos.»

Pero una tarea tan vasta y tan difícil exige, para que pueda llenarse debidamente, mucho estudio, tiempo, y una paz profunda. Sin embargo, confiando en la noble tranquilidad de que han dado tan marcadas pruebas los pueblos que os están sometidos, esperamos que aguardarán con paciencia y confianza, de un gobierno fuerte y bienhechor á la vez, los frutos saludables de las semillas que ha sembrado á manos llenas.»

»Vuestro obra, ¡oh Santo Padre! no tiende á favorecer esta ó la otra clase de ciudadanos, pues comprende á todos vuestros súbditos. Esta obra es tan grande que la vemos admirada y seguida aun por otros soberanos de Italia unidos á sus pueblos y ligados entre sí por los lazos de la concordia, de los principios, de las afecciones y de los intereses. Se ha visto muchas veces en el mundo principiar las reformas por exigencias populares, desarrollarse por medio de disensiones y trastornos, y no obtenerse sino á costa de lágrimas y de sangre; pero entre nosotros, es la primera y mas respetable de todas las autoridades la que quiere iniciarnos en los progresos que reclama la civilización; es ella quien dirigiendo los espíritus por medio de un movimiento pacífico y gradual, los guía á aquel objeto supremo que constituye el reinado de la justicia y de la verdad sobre la tierra.

Este lenguaje noble y sencillo; mereció la acogida mas favorable de Su Santidad. Mientras que los diputados de las provincias daban así un *mentis formal* á los que habían desconocido ó calumniado sus

intenciones, Pio IX acababa de suministrar una nueva prueba de la rectitud de su juicio, y de su solicitud por los intereses públicos, eligiendo para senador ó jefe de la municipalidad romana al candidato designado por la opinion pública,

De este modo reina la mas completa armonia entre la nacion y el soberano; y para ejecutar, en menos de dos años, la mas extraordinaria transformacion política que se ha intentado en estos últimos tiempos, ha bastado un hombre; es verdad que este hombre, investido del poder soberano, ha querido llenar, cuanto le ha sido posible, la suplica dominical, y hacer, sobre la tierra que le ha sido confiada, la voluntad de Dios. Las reformas políticas que han tenido lugar en Roma y en la Italia no son, en efecto, sino las consecuencias de una iniciativa y de un movimiento religioso. Si el Papa ha luchado victoriosamente contra la revolucion, contra los retrógrados, contra la diplomacia, y contra las amenazas de una invasion, es porque es Pontífice! Si el pueblo romano ha vencido al despotismo y á la anarquia, es porque es moral y religioso. La agitacion legal ha sido proclamada desde lo alto del púlpito, en las iglesias ha sido donde ha tenido principio. Las acciones de gracias, los *Te Deum*, los canticos, han sido por todas partes las primeras manifestaciones de las poblaciones italianas. En una porcion de diócesis, los votos de los ciudadanos han sido transmitidos á los soberanos por los obispos. La cruz se elevaba sobre los estandartes de las provincias el dia de la apertura de la consulta; el pavillon de la union aduanera tiene la cruz en el centro de

sus tres colores, El signo que la Italia enarbola en su reconocimiento y en su amor, es el verdadero signo de la libertad.

En fin el alto carácter y las virtudes del Pontifice dan un sello durable y universal á su obra. Hace un año que otro soberano reunia tambien por primera vez, por su plena autoridad, los delegados de su pueblo. Meditaba una constitucion y preparaba unos códigos; tenia necesidad de los consejos y del concurso de los representantes de los intereses nacionales. A la sorpresa que produjo en Europa la iniciativa de Federico Guillermo, que ha sucedido al cabo de algunos meses? pesares de parte del soberano, sospechas de parte del pueblo, para la politica del país una lucha mas agria, mas violenta, y mas graves complicaciones

El establecimiento de Pio IX por el contrario adquiere cada dia mas solidez, y su nombre se hace mas y mas popular entre las naciones. (1) Y esto consiste en que representa la autoridad moral en accion, consiste en que es gefe de la iglesia universal y como tal obra, consiste en que una vaga esperanza se oculta en el fondo del entusiasmo y de las simpatias de los otros pueblos; porque él practica en cuanto depende de él, la justicia; porque cree que la mejor manera de apresurar la llegada del reinado de Dios sobre la tierra, es acercarse á él.

(1) Tengase presente, que Félix Clavé escribia esto á fines de, año 1847 ó principios del 48, y que entonces era adorado, bendecido por su pueblo. En aquello época la ingratitud no se habia apoderado aun, de aquellos á quienes habia dispensado tantos beneficios á quienes tantas concesiones habia hecho. (N. del T.)

Lo confesamos, los designios de la providencia son impenetrables. El modo con que desembuelve los caracteres y constituye el poder y la grandeza terrestres tiene algo de sobrenatural, de maravilloso y de fecundo en provechosas meditaciones.

A la edad de veinte y dos años, despues de haber recibido una brillante educacion social, hemos visto á Mastai en Roma, inscrito en las listas de los guardias nobles, siguiendo la carrera militar, en la que su nacimiento, sus relaciones, sus esperanzas de fortuna le ofrecian en perspectiva la consideracion del mundo honores, un matrimonio, y los goces de la familia. Entonces, enfrente de un porvenir brillante, ocupado de sí mismo, era silencioso, melancólico, debil. Por sus venas corria el germen de un mal que bien pronto debia estallar en crisis terribles, y cuyo primer efecto seria destruir el porvenir que su familia y él habian soñado. Al poco tiempo le hemos vuelto á ver en Roma radicalmente curado del mal que le habia amagado. Se habia robustecido, y pudo afrontar sin temor las fatigas y las pruebas de una mision á los antipodas, á través de los ardores devorantes del ecuador. Entonces el jóven Mastai renunció á todo porvenir personal, no se ocupó ya de sí mismo, se entregó á Dios y á los hombres: se hizo sacerdote.

Esta circunstancia importante de la vida de Pio IX puede sola explicar aquella grande devocion que no tiene nada de triste ni de severa, y cuyo caracter distintivo es la serenidad la dulzura, y el amor! En su larga carrera eclesiástica, jamás se arrepintió de vestir

el hábito que llevaba. Aquel hábito de nada le habia privado; lejos de esto, Mastai se lo debía todo, salud, tranquilidad de espíritu, felicidad. La abnegacion, origen de privaciones tan crueles, cuando es el fruto de uno de esos esfuerzos violentos sobre si mismo que destruye toda piedad acia las debilidades de los demas, la abnegacion, esta virtud del santo ministerio católico lejos de imponer sacrificio alguno a Mastai le proporcionaba por el contrario tesoros de felicidades desconocidas. Así, en vista de la benevolencia inalterable y de la dulce tranquilidad esparcida por su semblante, se conoce que las oraciones de este corazon puro al dirigirse á Dios, se refieren especialmente á acciones de gracias, y que se halla predestinado á derramar sobre su pueblo, y sobre el mundo entero todo género de bendiciones.

Un hombre cuyo corazon se halla formado de esta manera, en quien desde su primera juventud se verificó aquella alianza maravillosa entre su salud y su abnegacion, y cuya razon, buen sentido y esperiencia se desarrollaron en medio de todos los dolores humanos y sociales, y á la vista de los grandes espectáculos de la naturaleza, y de las convulsiones populares, semejante hombre, investido de la autoridad pontifical, no podia separar la religion de la politica, y aplicar una moral diferente al gobierno de su pueblo y de la Iglesia.

Tal es el hecho característico que domina toda la vida y toda la carrera del Papa.

Lo que distingue á Pio IX de los demas príncipes y hombres de Estado, es que tiene dos deberes, dos

existencias, y solo una moral. Cree que su deber es hacer la felicidad de su pueblo, preparar y practicar como soberano el reinado de la justicia, cuya completa realizacion en todo el mundo, desea como pontifice y como cristiano. El príncipe y el sacerdote no tienen pues mas que una misma conciencia, y esto es lo que constituye la garantia del pueblo y el poder del Soberano.

Tambien nuestros gobernantes tienen dos existencias la vida privada y la vida pública; dos deberes, como individuos particulares y como hombres de Estado; pero para estos dos deberes tienen dos morales, y para estas dos vidas, dos conciencias.

Se ofenderian si creyesen que como hombres, en sus relaciones de familia y del mundo, empleaban la misma conducta y recurrian á los mismos expedientes de que habitualmente hacen uso en sus relaciones y conducta como hombres de Estado.

Que confianza puede inspirar semejante proceder? Que garantia ofrece? Porque vivais honradamente en vuestra casa, y seais benévolos en vuestras relaciones y fieles á vuestra palabra, quereis que uno se fie de vosotros en los asuntos de gobierno? Pero vosotros no reconocéis el imperio de la moral que practicais en vuestra casa. Fuera de vuestros lazos de familia, de vuestros intereses de propietarios, y de vuestras relaciones de amistad, no hay para vosotros otro derecho que el de la fuerza, santificado únicamente por el éxito obtenido. No extrañeis pues que no podais haceros populares, y no negéis ni denigreis la popularidad de Pio IX.

Pio IX es popular porque no tiene interes alguno contrario á los intereses de su pueblo, ninguna pasion, ningun cálculo, ninguna segunda intencion capaz de escitar sospechas. Es popular porque inspira una confianza absoluta. Es popular porque todos se abandonan al amor que inspira, y que él mismo siente.

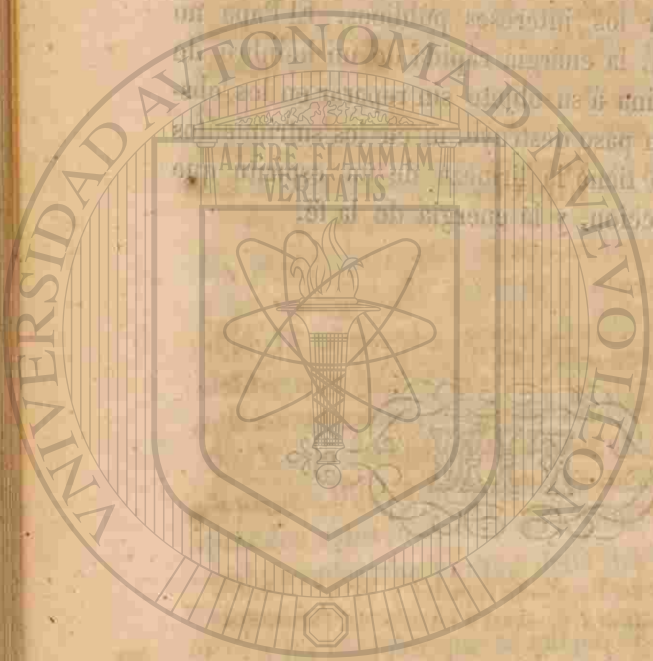
Pio IX se detiene algunas veces... Entonces creen los progresistas que vacila, triunfan los retrógrados, y los embajadores escriben á sus respectivas cortes: «Pio IX retrocede, somos dueños de él;» pero antes del regreso del correo, una nueva reforma, mas liberal que las anteriores, disipa estos terrores y estas alegrías. Que hacia el Papa en el silencio de su oratorio? Pedia consejo á Dios. Con frecuencia dice á los que no comprenden estos intervalos de reposo: «Cada uno á su oficio! yo reflexiono porque debo dar cuenta de mis acciones.»

A los liberales que se quejan de la insuficiencia de sus reformas, les cita el proverbio italiano que dice: «La gata demasiado acosada deja ciegos á sus hijos.» Y añade luego: iré menos de prisa y mas lejos que vosotros.»

Tal es la fé del Pontifice á la que debe el Soberano su tranquilidad, que ningun acontecimiento puede llegar á turbar. Dulce, sufrido, hombre de paz y de caridad, el Papa, reducido á las inspiraciones de su propio corazon, quisiera que el bien de todos, á nadie costase sacrificio alguno; quisiera en todas las cosas que lo presente sirviese de lazo entre lo pasado y el porvenir, y que las innovaciones de Pio IX se llevaran

á cabo por los antiguos empleados de Gregorio XVI. Pero este exceso de bondad no llega hasta el punto de comprometer los intereses públicos. El Papa no tiene, es verdad, la energia rápida de un hombre de accion que camina á su objeto sin reparar en los obstáculos que á su paso destruye, ni en los sufrimientos que causa; pero tiene la firmeza de un espíritu que obra por conviccion, y la energia de la fé.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## INDICE.

	PAGINAS.
<b>CAPITULO I.</b> Introduccion.—De como el autor ha adquirido intimos pormenores de la vida del Papa.—Mr. Augusto Barre y Mlle. Rachel.—El padre Ventura protege al escultor francés.—Mr. Barre es encargado de hacer la estatua del Papa y aposentado en el salon de S. Jorge.—Sesiones de S. S.—Conversaciones familiares.—Este bosquejo tiene la exactitud de un retrato al daguerreotipo. . . . .	5
<b>CAPITULO II.</b> Retrato del Papa.—Su carácter y hábitos.—Distribucion de su dia.—Orden personal é interior del Palacio Quirinal. . . . .	10
<b>CAPITULO III.</b> Mastai gentil hombre, y hombre de mundo.—Sus relaciones con la familia Devoti.—Es inscrito en la lista de los guardias nobles.—Sus visitas á Tata Giovanni.—Hospicio industrial para los huérfanos aprendices.—Su origen.—Historia del viejo albanil que lo fundó.—Mastai es hallado sin conocimiento en la callejuela de Santa Anna.—La epilepsia de que es atacado le impide seguir la carrera militar.—Pío VII le consuela y le anima.—Curacion.—Resolucion de entrar en las sagradas órdenes.—Es nombrado director del hospicio y reemplaza al abate Bigli.—Palabras pronunciados por este último en compañía del padre Ventura.—Palabras de Graciosi. 25	25
<b>CAPITULO IV.</b> Mastai, director de Tata Giovanni.—El zapatero	

Angelo Tocacelli, su antiguo discípulo, nos sirve de guía.—  
 Visita al hospicio, la capilla, el refectorio, la sala de estudio.  
 —Aposento ocupado por Mastai.—Deja el hospicio para em-  
 prender una misión en Chile.—Tierna despedida de sus dis-  
 cipulos.—El zapatero nos suplica hablemos de él al Papa.—El  
 Papa recuerda á su antiguo discípulo y le envia una memoria. 56

CAPITULO V. Mastai forma parte de la misión de Chile.—Llegada  
 á Génova.—Hospitalidad de Lambruschini.—Singular encuen-  
 tro.—Se hacen á la vela.—Tempestad y parada en Mallorca.  
 —Los pasaportes.—La misión sospechosa.—Mastai arrestado  
 y preso.—Golpe de Estado.—Los prisioneros son puestos en  
 libertad.—Encuentro de un corsario.—Castigo de un marine-  
 ro.—Mastai entre un buque negrero y la roca de Santa Helena.  
 —Llegada á Buenos Aires.—Larga travesía por los Pampas.  
 —Sufrimientos.—Privaciones.—Paciencia y alegría de Mastai.  
 —El historiografo Sallusti.—Aventuras.—La función frustra-  
 da.—Vuelta á Roma.—Utilidad del viaje para Mastai.—Ense-  
 ñanza. 46

CAPITULO VI. El hospicio de San Miguel.—Su origen.—Objeto  
 del establecimiento.—La escuela mas antigua de las artes y  
 oficios de Europa.—Mastai director.—Descubre sus facultades  
 administrativas.—Orden en las rentas.—Participacion de los  
 obreros aprendices en los productos de su trabajo.—Leon XII  
 conoce á Mastai y le nombra obispo de Spoleto.—Afección de  
 Pio IX por el Hospicio.—El día de San Miguel.—El Papa abre  
 en persona la esposicion de las obras hechas por los alumnos. 61

CAPITULO VII. Mastai arzobispo de Spoleto.—Estado de la diócesis.  
 —Desórdenes reparados.—Fusion de opiniones.—Revolucion  
 de 1831: los Austriacos llegan á Spoleto.—Mastai les obliga á re-  
 troceder.—Desarma á los rebeldes.—Lista de los sospechosos.—  
 Mastai y el agente de policia.—Gregorio XVI envia á Mastai á Ro-  
 ma.—Mastai y su mayordomo.—La pobre mujer y el candelero. 72

CAPITULO VIII. Mastai arzobispo-obispo de Imola.—Entrada en

la ciudad.—El obispo en el púlpito.—Reforma en la disciplina  
 y la instruccion del clero.—Ejercicios espirituales en el Pira-  
 tello.—Asesinato cometido por un cura de aldea.—Mastai  
 consigue de los aldeanos que entreguen al culpable y reciban  
 otro cura.—Niños abandonados puestos en aprendizaje.—  
 Mastai introduce en Imola las hermanas de la caridad.—Const-  
 ruye el *Convitto* para los esternos de los seminarios.—Sus  
 salones abiertos á todos los partidos.—Elevación al cardenalato  
 en 1841.—Solemnidades y regocijos en esta ocasion.—La mu-  
 jer del porta-estandarte y el padrino del niño, anecdota.—Ase-  
 sinato cometido en la escalera de la catedral, en el carnaval.  
 —Mastai en las cárceles.—Muerte de Gregorio XVI.—Baladelli  
 en el Piratello.—Presentimientos.—Dicho de Mastai. 80

CAPITULO IX. Situación de Italia á la muerte de Gregorio XVI.  
 —Estado de la opinion.—Los partidos en el cónclave.—Gizzi y  
 Lambruschini.—Nadie pensaba en Mastai.—Encuentro del car-  
 denal Pignatelli y del Padre Ventura en Nápoles.—Disposiciones  
 en la ciudad de Roma.—Apertura del cónclave.—Misa del Es-  
 piritu Santo en San Pedro.—Procesion.—Nubes y tempestad.  
 —El Sacro colegio entra en el palacio Quirinal.—Ceremonias  
 en la capilla Paulina.—Lectura de las bulas.—Juramento de  
 los cardenales.—Los embajadores y los principes romanos ad-  
 mitidos en las celdas.—Señal de partida.—Salidas tapiadas.  
 —Doble proceso verbal de la clausura. 91

CAPITULO X. Disposiciones interiores del cónclave.—Departamento  
 ocupado por los cardenales.—Ceremonial.—Reconocimiento de  
 los manjares.—Los dapiferos.—Llamada de todas las personas  
 que deben permanecer encerradas para el servicio del cónclave. 100

CAPITULO XI. Primer escrutinio.—Disposiciones de la capilla  
 Paulina.—El cardenal Miccara, decano por su edad.—El car-  
 denal Macchi le reemplaza.—Primera misa.—Tres clases de  
 elecciones: por aclamacion, por compromiso y por escrutinio.  
 —Modelo de las papeletas.—Tres escrutadores y tres enferme-  
 ros.—La suerte designa á Mastai y Lambruschini.—Redac-

ps.

cion de las papeletas.—Depósito en el cáliz.—Fórmula del juramento.—Formalidades para los votos de los enfermos.—Examen de los votos.—Resumen.—Lambruschini obtiene quince y Mastai trece.—Sorpresa universal.—Milagro del Pichon.—Turbacion de Lambruschini.—Dicho del cardenal Miccara. . . 404

CAPITULO XII. Roma durante el cónclave.—La *Fumetta*.—Misterio sobre el resultado de los votos.—Movimiento de las sociedades secretas.—Rumores contradictorios.—Ejercicios religiosos.—Misas del Espíritu Santo.—Cantos del *Veni creator*.—Procesion diaria, desde los Santos Apóstoles al Quirinal.—El clero en el patio de honor.—Pregunta á los auditores de la Rota.—Regreso esperado por el pueblo.—Noticia que pone en movimiento á toda la ciudad.—El mayordomo y los tres hábitos pontificios.—Retardo del sastre.—El pueblo cree nombrado á Gizzi. . . . . 416

CAPITULO XIII. Interior del cónclave.—Resultado de los tres primeros escrutinios.—Progreso de Mastai.—Su emocion.—Pasa en oracion el tiempo que media entre el tercero y último escrutinio.—Resumen de votos.—Mastai lee diez y siete veces seguidas su nombre.—Suplica que se le libre del cargo de escrutador.—Se lo niegan.—Suspension del escrutinio.—Mastai trémulo y lloroso.—Asombro de todos los miembros del sacro-colegio.—Continua el resumen y pronuncia su nombre treinta y seis veces.—Todos los cardenales confirman la eleccion por aclamacion.—Formalidades de la aceptacion.—Mastai toma el nombre de Pio IX.—Desaparecen todos los doseles que cubren los asientos de los cardenales, y solo queda uno.—Ya no hay allí mas que un Soberano.—Compostura del nuevo Papa.—Primera adoracion.—Se suspende la proclamacion hasta el dia siguiente.—Se abren las puertas del cónclave.—El principe Barberini.—Dicho del Papa. . . . 422

CAPITULO XIV. Noticia de la eleccion.—Su efecto.—Mastai desconocido.—El pueblo en Monte-Gaballo.—Los albañiles abren el aposento.—El maestro de ceremonias y el primer cardenal

ps.

diácono proclaman el nuevo Pontífice.—Primera bendicion.—Multitud silenciosa.—Toma de posesion en el Vaticano.—Coronacion.—Ceremonia de las estopas.—Las primeras reformas pasan desapercibidas. . . . . 426

CAPITULO XV. Preparacion de la amnistia.—Lo que debia ser.—Lista de los presos y desterrados.—Motivo de sus condenas.—Crimen de la opinion.—Dicho del Papa.—El padre Ventura enviado al palacio.—Anécdota de su viage.—Detalles biográficos.—Mastai y Ventura, condiscipulos.—El abate Graciosi.—Trinidad fecunda y poco conocida.—Oposicion.—Reclamacion del embajador de Austria.—Respuesta de Pio IX.—Congregacion.—De como las bolas negras se vuelven blancas.—Gracias parciales. . . . . 434

CAPITULO XVI. Decreto de amnistia.—Entusiasmo de Roma.—Escenas nocturnas.—Primera manifestacion improvisada.—Emocion de Pio IX.—Tres bendiciones.—Todo el pueblo en Monte-Caballo.—El dia siguiente.—Ovacion en que toma parte el conde Rossi.—Espectáculo que presenta Roma.—Los presos por deudas son puestos en libertad.—El entusiasmo estalla en las legaciones.—Esplicacion del padre Ventura.—Dicho del Papa. . . . . 445

CAPITULO XVII. La amnistia no era la primera medida liberal de Pio IX.—Actos que la habian precedido.—Opinion del pueblo sobre Gizzi.—Opinion de Pio IX.—Gizzi ministro de Estado.—El Papa es acusado de sacrificar sus opiniones á la pasion de la popularidad.—Ponen en duda su sinceridad.—Justa indignacion del Soberano Pontífice.—Su declaracion.—El pueblo ne hace justicia.—Oracion del 8 de setiembre.—Suscripcion.—Arco triunfal.—Cortejo.—Bendicion. . . . . 453

CAPITULO XVIII. Primeros actos de la administracion de Gizzi.—Instruc co popular.—Ejercicios militares impuestos á los ociosos.—Estudios exigidos á los gobernadores de las provincias.—Caminos de hierro.—Diversas reformas de la adminis-

ps.

tracion.—El partido retrógrado y el Austria se agitan.—Proyecto de ordenanza sobre las manifestaciones populares.—El Papa lo sustituye con una proclama.—Efecto que produjo en Roma.—Frialdad del pueblo.—Permanencia del Papa en el campo.—Regreso de Tiboli.—El pueblo en masa sale á recibirle.—Su alegría.—Lucha en el Quirinal.—Bendicion.—Temores de envenenamiento.—Defecion de la Francia.—Dicho del padre Ventura. . . . . 160

CAPITULO XIX. Angelo Brunetti llamado *Cicirucchio*.—Su vida antes de la eleccion de Pio IX.—Origen de su apodo.—Su caracter.—Es el defensor de los oprimidos.—Se casa y su mujer es tan generosa como él.—De carretero pasa á ser abastecedor de forrajes.—1851.—Permanece fuera de los partidos.—Su política.—Educacion de los hijos del Pueblo.—Sacrificios personales.—Sus tres mil segadores.—Proscribe el duelo á puñal y juzga todas las disputas.—Se hace jefe del pueblo.—Dirige las fiestas de la amnistia.—Dinero prestado á un Romano.—Razon de porque no admite recibo.—Arco triunfal.—Estatua del Papa.—Rechusa recibir las gracias de Pio IX.—Hambre é inundacion.—Conducta generosa de *Cicirucchio*.—Siguen su ejemplo.—Al fin va á Palacio.—Su influencia fuera de Roma. . . 471

CAPITULO XX. Libertad de la prensa en Roma.—Lentitud de Gizzi.—El Papa autoriza la creacion de periodicos.—El *Contemporáneo*.—El *Alba* y otros.—Quejas de los embajadores.—Respuestas de Pio IX.—Las tropas Austriacas se acercan á la frontera.—El cardenal Ferretti legado de Urbino y Pescara.—Retrato del cardenal.—Motivo de esta eleccion.—Gizzi establece la censura.—El Papa la dulcifica reservándose la eleccion de los censores.—El abate Graciosi.—El abate Gioberti y el *Jesuita moderno*.—Tentativa infructuosa de los jesuitas. . . 487

CAPITULO XXI. Embajada de Chekib-Effendi.—Intrigas de los embajadores en Constantinopla.—El gran Visir y el abate Demauri.—Proyecto de protectorato de la Santa Sede.—Desconfianza.—Correspondencia del Padre Ventura.—La embajada

ps.

decidida.—Obstáculos que opone á ella el baron de Bourquenei.—Su resultado.—Chékib no lleva carta autógrafa del Sultan.—Llegada á Ancona.—Marcha triunfal.—Contraste en Roma.—Temores.—Audiencia.—Ceremonias en el Palacio.—Recepcion de Pio IX.—Conferencia secreta.—Retrato del Papa llevado á Nisham por un turco.—Visita á Sinigaglia.—Resultado de la embajada. . . . . 197

CAPITULO XXII. Pio IX y los judios del Ghetto.—Tienen participacion en las limosnas papales.—Impuesto anual.—Es abolida la bárbara ceremonia del primer dia de carnaval.—Legado de un judío de Liorna al Papa.—Disposiciones de Pio IX.—Permiso dado á los judios para habitar fuera del Ghetto.—Fanatismo de los transtiverinos.—Quieren atacar á los judios.—*Cicirucchio* y Favella.—Movimiento del pueblo de Regola en favor de los judios.—Los romanos fraternizan con los judios.—Iluminacion en el Ghetto.—Gran banquete. . . . . 215

CAPITULO XXIII. Pio IX pontifice, y sacerdote.—La enciclica.—Las doctrinas y las personas.—El Papa predica en S. Andrés della Valle.—Inspeccion de los conventos.—Las órdenes mendicantes en Roma.—Instruccion del clero.—Hospicio de los peregrinos.—Lavatorio de los pies de un sacerdote Prusiano.—Primeras comuniones.—Visita á los hospitales.—El pueblo pretendente que Pio IX hace milagros. . . . . 222

CAPITULO XXIV. Necesidad de una proclamacion de principios.—La muerte de O' Connell ofrece una ocasion para ello.—Legados del libertador.—Pio IX quiere honrar con brillo su memoria.—Gastos de los funerales.—El padre Ventura es elegido para pronunciar la oracion fúnebre.—Ceremonias.—Disposicion de la Iglesia.—Efecto producido por el predicador.—Los oscurantistas.—Tratan de impedir la impresion del sermón.—Graciosi consultado.—El Papa censor.—Consideracion sobre la alianza de la religion y de la libertad en los Estados romanos. 252

CAPITULO XXV. Elconde Rossi en el convento de los teatinos. . 245



PS.

**CAPITULO XXVI.** Se retarda el cumplimiento de las promesas de Pio IX.—Causas de este retardo.—Personal de la antigua administracion.—Monsenor Corboli Bussi.—El verdadero obstáculo es Gizzi.—Planés.—Desacuerdo entre él y Pio IX.—Diferente manera de entender la libertad.—Proyecto del Papa para la organizacion de la guardia civica.—El ministro de Estado cae enfermo.—Corboli Bussi redacta el decreto.—Gizzi presenta su dimision, que es aceptada.—Gizzi antes de retirarse firma el decreto.—El cardenal Ferretti es llamado á Roma para reemplazar á Gizzi. . . . . 254

**CAPITULO XXVII.** Monseñor Grasellini, gobernador de Roma.—Sus opiniones.—Su principal agente Nardoni.—El espia Minardi.—Lucha sorda de las autoridades administrativas contra el Papa.—El coronel Freddi colocado á la cabeza de la gendarmeria.—Complot.—Romañoses llamados á la ciudad.—Uno de ellos, encargado de asesinar á Ciciruaecchio, se lo avisa.—Querrela de los cocheros.—Amenaza de Nardoni.—El Capo popolo y sus amigos en el convento de los teatinos.—Ventura en el Quirinal.—Sorpresa de Pio IX.—Aleja á los gefes del movimiento reaccionario y previene la conjuracion. . . . . 258

**CAPITULO XXVIII.** Situacion critica de Roma.—Ciciruaecchio y los carabineros.—La gendarmeria fraterniza con el pueblo.—El espia Minardi descubierto y perseguido.—Se encierra en un oratorio.—El pueblo lo cerca allí.—Ventura les predica desde la escaleras de una iglesia.—Concluye por enternecer al pueblo, que le acompaña á su convento.—Minardi huye á Florencia. . . . . 269

**CAPITULO XXIX.** Organizacion espontánea de la guardia civica.—Los oficiales.—Las banderas y los estandartes.—Ventajas del del espíritu de asociacion.—Historia de la guardia nacional de Roma.—Reorganizacion de la policia.—Manifestacion en favor del nuevo gobernador.—Palabras de Monseñor Morandi.—Llegada á Roma del cardenal Ferretti.—Regocijos públicos.—Ciciruaecchio en el banquete del círculo romano.—Alocucion

PS.

principe Aldobrandi.—Primera gracia del cardenal Ferretti al pueblo romano.—Arresto del coronel Freddi y del capitán de carabineros Alai. . . . . 274

**CAPITULO XXX.** El Austria estaba informada de los planes de la conjuracion.—Sumas considerables encontradas á los romañoses.—Noticia de la ocupacion de Ferrara y de la protesta del cardenal Ciacchi legado gobernador.—Indignacion pública.—Disposiciones de la guardia civica.—La reserva.—La ciudad santa se convierte en una plaza de armas.—Suscripcion entre los miembros del clero.—Envios de armas de las provincias.—Las ciudades rivales adjuran sus antiguos rencores.—Reconciliacion presidida por Ciciruaecchio.—Zagarolo.—Un gesto del Capo-popolo y sus consecuencias.—El Austria habia cometido una falta.—Pio IX la da en vano el medio de repararla.—Actitud de la Francia.—Navios destacados de la flota esperan los órdenes de la embajada en Civita-Vecchia.—Nueva Ancona.—Conducta del conde Rossi.—Sus instrucciones, su language.—Dicho del Papa. . . . . 282

**CAPITULO XXXI.** Primeros actos del ministerio Ferretti.—La prensa.—El Austria y la Francia.—Plan de excomunion.—Disposiciones militares.—Ardor del cardenal.—Pio IX le calma.—La guardia nacional.—Simpatia del clero acia ella.—Reglamento definitivo que lo organiza.—Sus principales disposiciones.—Nuevas banderas.—Modestia del Papa, que no quiere dar sus armas á la ciudad.—La loba y los dos gemelos.—Ventura propone la sustitucion del emblema pagano por las armas cristianas.—Su sermón con este objeto.—Medidas administrativas de Morandi.—Quejas de un noble romano al Papa.—Respuesta de Pio IX. . . . . 289

**CAPITULO XXXII.** El gran rabino judío y el P. Valergo llegan á Roma.—Son recibidos por Pio IX.—Ceremonia en la sinagoga del Ghetto.—El gran rabino imita los establecimientos de la Roma cristiana.—Salas de asilo en el Ghetto.—Consagracion del patriarca de Jerusalem por Pio IX.—Maniobras de la embajada

Ps.

francesa.—Veto.—Correspondencia diplomática sobre las capitulaciones de la Francia en Oriente.—La Francia tiene á su favor al Austria y á la Rusia.—Pío IX se apoya en la Inglaterra protestante y en el Sultan.—Arreglo con la Puerta.—Cartas autografas de altos personajes de Francia.—Respuesta del Papa.—Reputacion de parsimonia de M. Rossi.—Anecdota. . . . . 506

CAPITULO XXXIII. Pío IX, la Italia y el Austria.—Efecto de la ocupacion de Ferrara.—La agitación legal.—Manifestaciones en Florencia y Luca.—Los dos soberanos entran en la via de las reformas.—Las dos ciudades se visitan.—Iluminación en el camino de hierro.—Guardia nacional toscana.—Gran fiesta de la independencia italiana en florencia.—Pío IX en Sta. Maria del pueblo.—Ovacion.—El conde Mamiani.—Banquetes del circulo romano.—Disputa.—Discurso de Ciciruaecchio.—Aventura del café dell convertito.—El busto del Papa.—Espedicion del Capo-polo y sns consecuencias.—Nápoles y Turin.—El Papa en la abadia de Subiaco.—Carlos Alberto entra en la política de las reformas.—Los Austriacos desanimados consienten en salir de Ferrara.—Firmeza y habilidad del Papa. . . . . 514

CAPITULO XXXIV. Motu propio.—Del senado de Roma y de la consulta de Estado.—Opinion de Pío IX sobre el sistema electoral francés.—Sistema que él adopta.—Condiciones impuestas á los miembros del senado ó cuerpo municipal de Roma.—Categorías.—Condiciones de elegibilidad relativas á la consulta de Estado ó asamblea de los representantes de las provincias.—Elecciones hechas por Pío IX.—Alegría y reconocimiento universales.—Nueva manifestacion mas magnífica que las anteriores.—Las ventanas del Quirinal.—Fiesta nacional de la tropa de linea y de la guardia civica.—Fraternización en la Farnesina, sobre el campo de batalla en que Constantino venció á Majencio.—Escena sensible.—Pío IX espectador en el Vaticano.—Denuncia de malversacion en el Contemporáneo.—Dicho de Pío IX sobre la prensa.—El autor de los artículos, Paradisi.—Pío IX le felicita y le anima.—Los culpables son castigados.—El Principe Torlonia.—Carta del cardenal Ferretti

Ps.

á Paradisi. . . . . 352

CAPITULO XXXV. La prensa y la censura.—Pío IX quiere dar á los periodistas mas libertades.—Su proyecto.—Situacion de Lambruschini en Civita-Vecchia.—Obtiene del Papa permiso para volver á Roma.—Compasion de Su Santidad.—El partido de los oscurantistas vuelve á tener su gefe.—Intrigas nuevas.—Cartas del Papa interceptadas.—Ciciruaecchio pacificador.—Almuérzo en casa del cardenal Ferretti.—Brindis.—Banquete.—Protesta de Angelo contra un soneto.—Nuevos embarazos.—Dimision aplazada del cardenal Ferretti.—Monseñor Morandi dimite su cargo de gobernador de Roma.—Dificultades de un gobierno evangélico.—Domingo Savelli le reemplaza. . . . . 548

CAPITULO ULTIMO La consulta del Estado.—Llegada de lord Minto á Roma.—Sus impresiones al atravesar la Italia.—Reunion de los delegados.—La consulta es instalada.—Discurso de Pío IX en la apertura.—El cortejo de los diputados.—Misa del Espíritu Santo en San Pedro.—Se establece la consulta en el Vaticano.—Efecto decisivo de aquel dia.—El conde Rossi quiere turbar la alegría.—Sutileza de etiqueta.—La bandera de Julio no aparece en el cortejo.—El embajador ausente de su asiento en el teatro Torlonia.—Primeros trabajos de la consulta.—Contestacion al discurso de apertura.—Caracter de este documento.—Su efecto.—Desenlace de la obra emprendida por Pío IX.—Comparacion con la obra analogá de Federico Guillermo en Prusia.—Diferencia.—La religion lo hace todo en Italia.—El liberalismo de los principes, la sabiduría del pueblo, el acuerdo de todos.—Caracter y virtudes del Papa.—Ojeada retrospectiva sobre su vida.—Lo que le distinguen de los demas soberanos.—No tiene mas que una moral y una conciencia.—Su opinion sobre si mismo y sobre los partidos.—Su firmeza, su paciencia y su bondad. . . . . 555



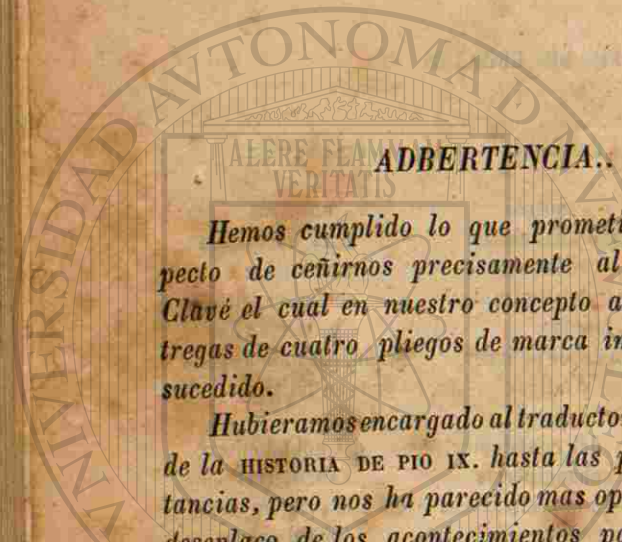


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FÉ DE ERRATAS.

PAGINAS.	LINEAS.	DONDE DICE.	DEBE DECIRSE
41	18	sotros	nosotros
43	1. <sup>a</sup>	estaba habitacion reduncida	esta habitacion reducida
52	28	las vicisitudes, los riesgos,	en las vicisitudes y en los riesgos
58	26	En fin, de peligros y fatigas	En fin, pasando de peli- gros en fatigas
82	50	poyo	apoyo
85	25	del confalonier, chancillerias	del gonfaloniero, cancillerias
95	9	de la primera vez	á la primera voz
114	19	muto propio	<i>motu proprio</i>
152	6	Correo	Corso
157	24	manufacturas	manufacturas
163	20	al que ofrecieran	y que ofrecieran
188	15	esperaria para	se tomaria para
192	1. <sup>a</sup>	iusumaciones	insinuaciones
207	5	arrastra de sí	arrastra tras sí
219	12	nuestro amor	vuestro amor
228	16	como habia á su teólogo)	como habia destitui- do á su teólogo.
252	29 y 30	destituido.	acusar de ellos?
254	29	acusar de ella?	en el circo de
285	41	en el círculo de Rómulos	Rómulo
298	2. <sup>a</sup>	persuadidos de que	persuadios de que
301	10	ni una religion servil.	ni una religion servil.
304	12 y 15	acompañádoles co- mentarios	acompañándolas con comentarios
id.	22	La politica.	La policia.
347	2	los caballos á golpes	los caballos á galope



### ADVERTENCIA..

Hemos cumplido lo que prometimos en el prospecto de ceñirnos precisamente al original de Mr. Clavé el cual en nuestro concepto arrojaría seis entregas de cuatro pliegos de marca imperial como ha sucedido.

Hubieramos encargado al traductor, la continuación de la HISTORIA DE PIO IX. hasta las presentes circunstancias, pero nos ha parecido mas oportuno esperar al desenlace de los acontecimientos para que de este modo se pueda escribir con mas imparcialidad, y sin aventurar conjeturas que podian ser inexactas. Luego que los sucesos lo permitan publicaremos la historia del ilustre proscrito, y satisfaremos la ansiedad de nuestros suscritores, á quienes con este motivo damos las mas repetidas gracias por la buena acogida con que han favorecido las publicaciones de nuestro establecimiento. =Madrid 8 de Junio de 1849. =Los editores.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOLE  
LIOTE